





185

Lib. de J. Gonzalez S. Clara 2.ª

— ¿ Quien eres ? — le preguntó al fin Azan.

## CAPITULO XXIX.

## De la entrevista de Cervantes y Azan.



ERVANTES entró en el aposento de Azan con una altivez y desembarazo mas propios del señor que del cautivo, y contempló al renegado con mirada tan serena y firme que este quedó por algunos instantes admirado y sorprendido. Lo cual no era extraño, pues á cualquiera hubiese sorprendido ver á un hombre en tan miserable estado y de tan triste condicion, quizás próximo á sufrir una muerte afrentosa, presentarse ante su verdugo con aquel continente orgulloso y aquella tranquilidad.

—¿Quién eres?—le preguntó al fin Azan.

—¿Acaso no lo sabes?—replicó el poeta.

—Sí, pero temo haberme equivocado, viéndote entrar aquí

con tan poco respeto y mirarme tan atrevidamente que parece que vengas á pedirme cuentas en vez de llegar á implorar humildemente el perdon de que tanto necesitas.

—¡Perdon!—repuso Cervantes á la vez que sonreia con expresion desdeñosa.—Yo no necesito otro perdon que el de Dios. Me llamo Miguel de Cervantes Saavedra y fuí soldado de los tercios que en tantas ocasiones han hecho temblar y huir des-pavoridos á vuestra soldadesca cobarde y á ti tambien.

—¡Perro cautivo!—exclamó Azan con tono de ira y de amenaza.

—Para que comprendas—prosiguió el poeta con imperturbable acento —por qué me presento ante tí orgulloso y te miro atrevidamente, te diré que soy español é hidalgo, y sabiendo esto perderás la esperanza de verme doblar la frente y te evitarás el disgusto de avergonzarte porque tu poder se ha estrellado contra mi firmeza.

—¡Soy dueño de tu vida!

—Los soldados españoles no tienen miedo á la muerte.

—Yo haré que inclines la cabeza.

—Habrás de cortarla primero, porque es preciso que sepas que un hidalgo español no dobla la cerviz sino ante Dios y ante su rey.

—¡Oh!—exclamó Azan apretando los puños y rechinando los dientes mientras que sus ojos brotaban fuego.—¿No tienes miedo á la muerte ni á los tormentos horribles que puedo hacer-te sufrir?

—A nada—contestó tranquilamente el poeta.

—Estás loco.

—En vano te cansas, Azan. Cálmate y con ello te evitarás el disgusto de alterarte. ¿No eres dueño de disponer de mí á tu antojo? Pues sin necesidad de atormentarte con esa rabia, puedes ahorcarme, ó sino, imponerme otros castigos, los mas atroces que imagine tu crueldad, que verdugos tienes que te obedecerán sino prefieres ejecutarlos tú mismo, como diz que

sueles hacer para dar entretenimiento al ócio y combatir el fastidio. Pero no te esfuerces para intimidarme, porque no lo conseguirás. Si quieres verme humillado, otros medios tienes de alcanzar tu deseo: amenázame con atormentar á mis hermanos cautivos, y me arrastraré á tus pies implorando tu perdón.

Azan fijó en el poeta una mirada de asombro. ¿Era posible que existiese un hombre dotado de alma tan noble y de corazón tan grande? Sí, delante lo tenia, estaba escuchándolo, pero dudaba aun y hasta pensaba si el estravio de la razón hacia obrar de tal modo al cautivo.

—Cristiano—dijo al fin Azan—mucha es tu arrogancia, ó mas bien tu locura, y aunque me agrada encontrar hombres de corazón valeroso, me ofende que un cautivo desafie mi poder, y lo que es mas, me injurie como tú lo has hecho.

—¿Por qué intentas humillarme?—replicó el poeta con calma.—¿No soy un hombre como tú? ¿Quién te ha dado el derecho de tratarme como á una bestia? ¿Por qué consentes que me pongan al cuello un cordel como si no fuera una criatura?

—Porque eres un criminal.

—¿Y cuál es mi crimen?

—El que tú mismo has confesado.

—No intenté fugarme para burlar la justicia, porque no estaba preso por haber cometido ningun delito; me fugaba para alcanzar mi libertad, y así no delinquia, sino que cumplia con un deber. ¿Qué harias tú en mi caso? Así como vosotros os valisteis de la fuerza para atentar contra mi libertad, justo es que yo me valga de la astucia para burlar vuestra fuerza. A vosotros os favoreció la fortuna y á mí me ha sido contraria. Vosotros quereis hacerme perder unos cuantos centenares de escudos en mi rescate, y yo quiero que los perdais vosotros no rescatándome sino huyendo. ¿Es el derecho igual? Creo que sí, y si criminal es mi proceder no es menos el vuestro, sino mas, porque habeis sido los primeros en violar los

derechos mas sagrados del hombre y yo no hago otra cosa sino querer recuperar esos derechos.

El acento con que Cervantes pronunció estas palabras, produjo tal efecto en Azan que quiso convencer con razones al prisionero y no se le ocurrió alegar las que eran el móvil de todas sus acciones, la arbitrariedad y el abuso de la fuerza.

—En buen hora—dijo el renegado—que intentes recuperar tu libertad, pero ¿por qué mueves el ánimo tranquilo de otros para que te se unan é imiten? Esto es un delito del que tú mismo te has acusado.

—Yo solo no tenia medios de fugarme, y con los otros, si. Además, pudiendo libertar á mis desdichados hermanos ¿por qué no hacerles ese beneficio? Mi religion me impone el deber de amar al prógimo como á mí mismo, y yo sé cumplir mis deberes á cualquier riesgo.

—En vano intentas disculparte—dijo Azan.

—¡Disculparme!—repitió el poeta.—¡Disculparme cuando yo mismo me acuso! .... No temo ningun castigo de los que tu crueldad quiera imponerme, y no el miedo, sino el deseo de hacer triunfar la razon dictó mis palabras. ¿Qué quieres, que confiese mi culpa? Ya lo hice sin que nadie me forzase á ello. ¿Necesitas algo mas para dictar la sentencia? Dilo, y si de mí depende, muy pronto se cumplirá tu deseo.

—¡Esa arrogancia española!....

—Debes agradecérmela porque te escusa la molestia de escuchar mis súplicas, porque no te hace perder tiempo para obligarme á declarar mi delito. Repasa la historia, larguísima por cierto, de tus crueles arbitrariedades, y dime si has encontrado una víctima mas inocente que yo y que se haya sometido á tu fallo con ánimo tan conforme.

—Ten la lengua, cautivo—replicó Azan con enojo—y no des comienzo nuevamente á tus ofensas.

—A eso se espone—contestó Cervantes tranquilamente—el que como tú emplea su fuerza contra el débil ó el indefenso.

El hombre de corazón grande no emplea su fuerza ni muestra su arrogancia contra el que no puede defenderse, porque eso....

—¿Quieres llamarme cobarde?—interrumpió Azan con arrebató.

—Nó, pero tú lo dices—contestó con calma el poeta.

—¡Oh!—exclamó el renegado con tono de despecho.—¡Si no estás loco, no hay ningún hombre que valga tanto como tú!

Cervantes se encojó de hombros.

—Oye, cautivo—prosiguió el rey—los hombres como tú deben vivir porque pueden ser muy útiles, y á mí me remuerde la conciencia si quito la vida á un héroe, porque creo que es quitar una gloria á la humanidad sin distincion de razas ni de religiones, y no me importa que perezcan cien mil cobardes, porque estos rebajan la importancia de los demás hombres.

—¿Entonces por qué no te suicidas?—replicó Cervantes:

—Cristiano—repuso Azan, reprimiendo un arrebató de ira—yo tu señor, yo el rey de Arjel, yo Azan el poderoso, estoy haciendo contigo lo que nunca pensé que haria, me intereso por tí, te hablo, no como á un esclavo, sino como á un hombre, te escucho y permito que me repliques y entro contigo en razonamientos que solo se tienen entre iguales, y no es prudente ni justo que me correspondas con injurias. Ya me has llamado cobarde tres veces....

—Si no eres cobarde—interrumpió el poeta, clavando en el renegado una mirada penetrante y fascinadora—si no eres cobarde, rompe las ligaduras que me sujetan los brazos, empuña tu alfange, dame una espada, siquiera un puñal, y veamos cuál de los dos queda por señor del otro.

—¿Te atreves?....

—Sí, me atrevo á proponerte un desafío, pero tú no te atreves á aceptarlo.

—Cautivo, me apuras la paciencia....

—Habla que ya te escucho, no temas que te interrumpa.

—Quiero que vivas á pesar de tus crímenes; quiero que vivas, no para que me seas útil, sino para tener el orgullo de haber conservado á un hombre que hará proezas nunca oídas. Pero si te empeñas en morir, morirás. Todo te lo perdono, la fuga y el que me hayas ofendido con tus palabras; y advierte que es el primer perdón que otorgo en mi vida.

—Lo creo, y te diré que no haces mas que pagarme porque yo te habia perdonado ya.

—¡Tú perdonarme cuando!....

—Sí, en el fondo de mi alma puedo aborrecer, desear la venganza ó el castigo y puedo perdonar. La libertad de mi cuerpo es tuya; pero no la de mis sentimientos.

—Tú no puedes perdonarme en el fondo de tu alma—dijo Azan.

—Te juro—contestó Cervantes—que si yo volviese á mi pátria y algun dia fueses tú cautivo á ella y en mi mano estuviese tu libertad, no tardarian en romperse tus cadenas una hora.

—Pues bien; quiero que seas libre, y lo serás—resplícó el renegado.

—Asi harás una buena accion y disfrutarás de goces que no has conocido.

—Díme quienes son tus cómplices, los que te han favorecido en la empresa de tu intentada fuga, y te daré la libertad.

—¿Nada mas exijes de mí?—dijo Cervantes, fingiendo que el deseo de romper sus cadenas le alucinaba hasta el punto de convertirse en delator.

—Nada mas—contestó el rey;—pero no me engañes.

—Ya puedes conocerme lo bastante para no temer de mí la mentira.

—Bien, dime....

—Me han ayudado en mi empresa, mi ingenio y mi arrojo—dijo el poeta.

—¿Te burlas de mí?—exclamó el renegado cuyos ojos despidieron centellas de rabia y cuya frente se contrajo con muestras de la mas reconcentrada ira.

—Te contesto, y nada mas.

—¡Mientes!

—No se alteró Cervantes, sino que muy reposadamente contestó:

—Hace algunos meses que me encerraron en una cueva de la que no he podido salir, donde nadie entraba, y mal he podido ponerme de acuerdo con otras personas.

—¿Y los cautivos que te seguian?

—Estaban hablados por mi hermano que se rescató.

—Ese mismo pudo tratar con otros.

—Con nadie mas habló de nuestra fuga, te lo aseguro.

—Quieres engañarme.

—¿Si no has de creerme, para qué me preguntas?

—Declara, cautivo, ó mando que te ahorquen.

—No sabrás por mí otra cosa de lo que acabo de decirte.

—¿Piensas que porque he tenido la debilidad ó el capricho de escucharte y de entrar en contestaciones contigo no tendré bastante energía para castigarte como mereces?

—Creo que cumplirás tu palabra de ahorcarme porque eres una hiena, no un hombre; pero ya te he dicho que ni tengo miedo á la muerte ni me espanta la idea de que me atormentes de cualquiera otro modo mas cruel que quitándome la vida.

—Pues bien, ya que así lo quieres—dijo Azan, acercándose al poeta—disponde á morir.

—Dispuesto estoy desde que entré en Arjel. Llama á los verdugos que te sirven sino preferes serlo tu mismo para tener mayor deleite.

—Piénsalo bien—replicó Azan resueltamente.

—Lo tengo pensado.

—Por última vez.

—¿No has comprendido que te desprecio?—dijo Cervantes con insultante desden.

—¡Miserable!....

—No conseguirás hacerme temblar.

El rey, ébrio de coraje, despechado porque no había podido doblegar la firmeza del cautivo, solo sintió el deseo de vengarse, y acercándose á la puerta llamó á sus soldados y ordenó que llevasen á Cervantes al jardín.

Obedecieron los esbirros, y el poeta, con la misma dignidad que antes, caminó con paso firme y sin hablar una palabra.

Siguiólo Azan en extremo agitado por la ira que desahogaba en amenazas terribles y que hacian temblar á sus vasallos solo al oírlas.

Llegaron al jardín.

—Una cuerda de cañamo para ahorcar á este perro—dijo Azan.

Y algunos esclavos corrieron para obedecerle, volviendo á pocos instantes con una cuerda untada de sebo que había estrangulado ya á muchos infelices.

—Ahora veremos—dijo el renegado—á lo que se reduce tu arrogancia.

Se habia interesado de tal modo el amor propio del rey en la lucha sostenida con Cervantes, que con tal de que este cediese lo hubiera perdonado. Además, con fundamento sospechaba el moro que habria muchos cómplices en el asunto de la fuga, y deseoso de tener un pretexto para acusar á algunos cristianos libres de los que residian en Arjel, y particularmente á un virtuoso fraile de la Merced que habia hecho algunas conversiones, cifraba todo su afan en que declarase el poeta por si entre los que nombrase estaba el sacerdote. Empero vista la firmeza del cautivo, y pensando que con ahorcarle nada conseguiria sino perder el producto de un rescate, porque ya era suyo como fugado, trató solo de infundirle miedo,

no creyendo que su valor se sostuviese cuando sintiera al cuello el mortífero dogal.

Cervantes continuaba tranquilo, con la mirada fija en su verdugo, y solo una ligera contraccion se advertia en su pálida frente.

—Voy á tomar tu consejo —dijo Azan. —Yo mismo te ahorearé, y este honor podrá llenarte de orgullo en tu agonía: quiero hacerlo así porque no eres un hombre vulgar.

Y quitó á Cervantes la sogá que llevaba al cuello y le puso la cuerda ensebada.

—¡Dios mio!—exclamó el poeta con solemne acento y elevando al cielo una mirada tierna.—¡Dad fuerzas, resignacion y consuelo á mis ancianos padres, protejed á mis infelices compañeros, acojed misericordiosamente mi arrepentimiento y concededme la recompensa del mártir aunque soy el último de todos los pecadores!.... ¡Adios, padre mio.... madre mia!.... —añadió con acento conmovido y mientras que á sus ojos asomaba una lágrima.

—Por última vez, ¿quieres declarar?—dijo el rey que tomó aquel llanto por hijo del miedo.

El rostro del poeta cambió de espresion repentinamente, y clavando en Azan su mirada de águila, le dijo con acento firme:

—No tengo miedo: si lloro es de ternura.... pero tú no sabes lo que es la ternura, miserable.... ¡Acaba tu obra, verdugo!

El renegado apretó los puños con desesperada rábía porque se convenció de que era imposible conseguir que hablase el cautivo ni se humillase.

—¡Te reservo otros tormentos mayores que el de la muerte!—exclamó.

Y le quitó la cuerda con mano temblorosa porque la ira lo tenia convulso.

En aquel momento se presentó un esclavo negro y dijo al rey que Dalí Mamí queria verlo.

Ya tenemos dicho que Dalí Mamí era persona de mucha importancia, tanto por su influencia como por las riquezas que poseía. Dispensábanle todos las mayores atenciones, y ni aun el rey podía dejar de guardarle las consideraciones que se tienen á las personas de calidad. Así fué que al decirle que el amo de Cervantes estaba allí, sintió no poco disgusto, temeroso de que fuese á reclamar á su cautivo, y aunque sin derecho para ello, lo comprometiese á entregárselo valiéndose de su influencia.

Algunos momentos reflexionó Azan sobre lo que debería hacer, pero como no podía negarse á recibir á Dalí Mamí, tuvo al fin que dar orden para que le permitiesen entrar.

—Vendrá por tí—dijo á Cervantes el rey—pero no te regocijes con la idea de que así te librarás del castigo que te reservo, porque no pienso entregarte á tu amo.

—¿Qué me importa?—replicó el poeta.—Lo mismo pesan sus cadenas que las tuyas, sois igualmente crueles y sanguinarios.

Dalí Mamí entró á pocos momentos, y acercándose al rey le dijo con tono de franqueza y como quien trata con un igual:

—Allah te guarde, Azan amigo. No me agradezcas la visita porque no vengo como otras veces por el solo placer de verte.

—Lo presumo, contestó el rey con alguna sequedad. Sin duda te han dado la noticia de la prision de los cautivos y vienes á saber si es cierta.

—No te equivocas, y ya veo aquí al revoltoso manco que se ha propuesto quitarme la vida con su proceder, pero á quien pienso quitar la ocasion de repetir sus travesuras.

—Ahora—contestó Azan con sencillez—me toca á mí refrenar su génio inquieto y castigar sus demasías. Tú, amigo Dalí, habrás sido demasiado compasivo, y con un hombre de natural tan perverso es menester obrar con dureza. Hace un momento que iba yo mismo á ahorcarle, segun te lo hará co-

noçer esta cuerda, pero luego he pensado que es mas prudente aplicarle algunos azotes para rebajar su orgullo y cortarle la lengua para que no pueda con sus palabras incitar el ánimo de los buenos cautivos. Iba á mandar que lo llevasen á mi baño con los otros y lo tuviesen allí mientras yo comia, pues quiero tener despues un buen rato oyendo sus quejidos y viendo los gestos que hace cuando le corten la lengua.

—¡A tu baño dices!—contestó Dalí Mamí cuyos ojos brillaron como dos luces.

—¿Pues dónde querias que lo encerrase?

—Allí podrás guardar á tus cautivos.

—Bien, á mis cautivos, y como uno de tantos....

—¿Acaso esté es tuyo?—replicó Dalí Mamí con cierta agitación producida por su codicia.

—¿Pues de quién si no?

—¡Azan!

—¿Acaso, los cautivos que se fugan y los cojen mis soldados, no son míos? ¿Querrás negarme ese derecho?

—No te niego ese derecho—replicó Dalí Mamí cuya agitación se hacia cada vez mas visible—pero bien sabes que no debes ponerlo en práctica con una persona de mi clase. Además, apresada la fragata en que debian embarcarse los cautivos, no les quedaba medio de huir, y hubieran tenido que volver á sus casas para no morir de hambre, como ya en otra ocasion hizo este.

—Pero es el caso que yo lo he cojido despues que se escapó.

—Sí, pero tampoco me negarás, que sin tu auxilio, hubiera vuelto á mi poder porque no podia suceder de otra manera. Así, pues, Azan, entrégamelo y seamos como siempre amigos, que hartos enemigos te vas haciendo y no te conviene aumentar su número en los dias de conflicto que nos esperan con la falta de granos que tu arbitraria especulación ha producido.

—Esta amenaza era de mucha consideracion, y así lo com-

prenderán nuestros lectores cuando les digamos que entre los abusos que durante su gobierno cometió Azan, fué uno de ellos el monopolio del comercio del trigo, produciendo en la ciudad tal escasez y carestía del pan, que la mayor parte de la clase pobre llegó á no poder comprarlo, y aun hubo infelices jornaleros que fueron víctimas del hambre, porque á la carestía del trigo siguió la de todos los artículos de primera necesidad. Y si el gobierno de Azan no concluyera pronto, y sus crueldades no fuesen tan temidas, la poblacion de Arjel hubiera sido teatro de un sangriento motin, como ya estuvo á punto de suceder dos ó tres veces en que numerosos grupos intentaron romper contra tamaña arbitrariedad y durísima tiranía. Reinaba cierta agitacion en todas las clases del pueblo, y los enemigos de Azan eran muchos y aumentaban cada dia, y como habia dicho Dalí Mamí, no era conveniente al rey-zuelo provocar el enojo del que por sus riquezas y su influencia podia causarle mucho mal, tomando cumplida venganza.

—Siento, amigo mio—dijo el rey después de algunos instantes—oir de tu boca una amenaza, pues en los dias en que los descontentos y los traidores intentan alterar el órden para satisfacer venganzas y ambiciones ruines á la sombra de una causa justa, las personas de tu calidad están obligadas á prestar á la autoridad todo su apoyo.

—Menos —replicó Dalí Mamí con firmeza—si los que valemos algo hemos sido víctimas de tus abusos como el más miserable aventurero.

—No es abuso usar del derecho que me concede la ley.

—Conmigo sí.

—¿Es decir que te empeñas en que te devuelva al cautivo?

—Y tambien á otro que con él deberás haber cojido.

—El otro, sea quien quiera, te lo devolveré.

—¿Y al manco no?

—Tengo capricho en quedármelo, y mas que capricho la razon de castigarlo porque me ha ofendido.

—¿Sin duda con su arrogancia?

—Sí.

—Es costumbre suya, una manía, y aun creo que no está muy sana su razon. ¿Qué te importan las palabras de un miserable?

—Si está loco, no sé por qué tienes tanto empeño en llevártelo.

—Porque espero que me valga un rescate de ochocientos ó mil escudos.

—Te lo devolveré despues de haberlo castigado.

—Nó, porque entonces no podrás darme mas que un cadáver para que lo entierre. Yo lo encerraré, lo cargaré de cadenas, le haré ayunar...

—Es poco—dijo el rey.

—Otra cosa nó porque él mismo se mataria de rabia y yo perderia su rescate. No lo conoces: antes que sufrir la humillacion de los azotes preferirá morir.

Esto que dijo Dalí Mamí aumentó en Azan el deseo de quedarse con Cervantes; pero como vió que podria producirle malas consecuencias el hacer uso de su derecho en aquella ocasion, prefirió adoptar un término medio, aunque tuviese que hacer algun sacrificio pecuniario, el cual no seria perdido si podia compensarse con el valor del rescate que debía ser crecido, tratándose de un hombre tan singular.

Así pensó el rey, no sin acierto, y decidido á conservar al poeta, dijo á Dalí Mamí:

—Somos buenos y antiguos amigos, y no quiero que digas que abuso.

—¿Me lo devuelves?—preguntó Dalí Mamí, demostrando en su semblante la mas viva alegria.

—Te lo compro, y así, tú no perderás tu dinero y yo satisfaré mi capricho.

—¿Te sobran muchos escudos?

—¿Tantos quieres por él?

—Mil.

—¡Mil escudos cuando no esperabas mas que ochocientos por su rescate!

—No te admire, que ya te he dicho ser el cautivo persona muy principal, como has podido conocerlo.

—Eres muy codicioso.

—¿Para qué lo quieres tú sino para tener una ganancia?

—Ya sabes que puedo quedarme con él sin darte un zol-tani.

—No olvides lo que te he dicho—replicó Dali Mamí cuya frente se contrajo de nuevo.

—Dejemos las amenazas y las ofensas que no han de llenar nuestro bolsillo, y tratemos del negocio. Ya ves que soy razonable, y esto te obliga á serlo tú conmigo.

—No tendrás queja de mi.

—Sepamos cuanto quieres para concluir pronto.

—Pues bien, Azan, para darte una prueba de que sé corresponderte, dejaré al manco por ochocientos escudos de oro de España que me entregarás en otras tantas monedas y no en otra.

—¿Nada quieres perder de lo que pensabas sacar por su rescate?

—Tú intentas arruinarme, Azan.

—Llévate al cautivo—dijo el rey con acritud;—pero desde ahora concluye nuestra amistad.

—Eso nó —replicó Dali Mamí con tono hipócrita;—antes que tu amistad quiero perder cien escudos.

—¿No vale mas?

—Doscientos—repuso el codicioso mahometano á la vez que dejaba escapar un doloroso suspiro.

—¿Quieres quinientos escudos de oro de España?—dijo Azan.—Te los daré ahora mismo para no hablar mas de este negocio. Si no te convienes, llévate al manco.

—¿Y me devolverás al otro?

—Si.

—Tuyo es—dijo Dalí Mamí.

Y volviéndose hácia Cervantes que estaba algo separado, añadió:

—Pertenece al rey.

El poeta se encojió de hombros con la mayor indiferencia, aunque en realidad no le agradaba el cambio, pues para estar cautivo preferia la casa de Dalí Mamí donde tenia mas medios de poder fugarse y donde en los brazos de la hermosa Zoraida podia, siquiera algunas horas, olvidar sus amarguras.

Azan entregó á Dalí Mamí los quinientos escudos en oro, mandó que le devolviesen el capitan Meneses, y volviendo á donde estaba Cervantes, le dijo:

—Ya eres mio, mi esclavo.

—Lo sé—contestó el poeta sin dignarse mirar á su nuevo amo.

—Ahora—repuso este—que con toda libertad puedo imponerte el castigo que mas me plazca, y que estarás convencido de que no tendré ningun miramiento, vuelvo á decirte que declares quienes han sido tus cómplices y te perdonaré.

—Te repito que no necesito ese perdon que me ofreces.

—Pero sí la libertad que me obligo á darte si no callas el nombre de los cristianos libres que te han ayudado.

—Ruinemente piensa el que ruin es—dijo Cervantes con desdenoso tono.—Ya te advertí que soy español é hidalgo.

—Bien—replicó Azan cuyo rostro se contrajo horriblemente—pues hidalgo y español llevarás doscientos palos.

—¿Cuánto has dado por mí?—preguntó el poeta.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Dímelo, que quiero hacerte una observacion que te conviene aprovechar.

—Quinientos escudos de oro de España—contestó Azan—sorprendido por la pregunta del poeta.

—Es decir que estás decidido á que la diversion de darme doscientos palos te cueste quinientos escudos ó sean dos escudos y medio cada palo,... Me parece el capricho demasiado caro.

El rey miró al cautivo sin acertar á comprender lo que significaba tan estraña observacion.

—Dali Mamí me ha dicho que está loco....

—No tanto como tú que atentás contra tu bolsillo.

—Esplicáte....

—Si me dan doscientos palos perderás los quinientos escudos, porque si ese brutal castigo me deja con vida, me la quitaré yo mismo ó haré de manera que te obligué á matarme.

Este argumento produjo en Azan el mismo efecto que en otra ocasion habia producido en Dali Mamí.

—Veo—añadió el poeta—que no te se habia ocurrido una idea tan sencilla.

—Cristiano—dijo Azan—quiero ver si lo que contigo no ha conseguido el rigor lo alcanza la blandura; pero ten entendido, y te lo juro por Allah, que si no cambias tu proceder acabaré por ahorcarte aunque pierda lo que me has costado y mucho mas.

—No se tiran quinientos escudos—replicó Cervantes, moviendo la cabeza con aire de incredulidad.

El rey no contestó porque estaba convencido de que eran inagotables las réplicas del cautivo, y para evitar nuevos enojos, mandó que lo encerrasen en el baño donde estaban los demás infelices.

Pocos momentos despues, el otro Azan el alcaide, se presentó al renegado para reclamar al jardinero, y el rey no pudo tampoco negárselo, no teniendo tampoco, como no tenia, empeño en quedarse con aquel cautivo que era viejo y sin esperanzas de rescate.

El desdichado sufrió el mas severo castigo, pues su cruel amo lo llevó á la huerta y por sus propias manos lo ahorcó de

un pié, haciéndole morir con la mas lenta y penosa de las agonías.

Algunos mas de los cautivos volvieron á poder de sus dueños y sufrieron castigos atroces, y dos de los mas ancianos espiraron al dia siguiente victimas de la enfermedad que el hambre y el largo encierro de la cueva les habia producido.

Tal fué el tristísimo resultado que tuvo el proyecto de fuga intentado á costa de los mayores sacrificios.



### CAPITULO XXX.

#### Cómo se encontraba Zoraida.



o quedó descontento Dalí Mamí del negocio que acababa de hacer, ya porque quinientos escudos eran una cantidad de consideracion, ya porque habia llegado á convencerse de que era imposible guardar á Cervantes.

Lo primero que se ocurrió al codicioso mahometano al llegar á su casa fué ir á ver á su esposa para hacerla partícipe de su contento, sin saber que iba á clavarle un puñal en el corazon al decirle que el cautivo manco ya no le pertenecía.

Zoraida estaba en su aposento, pálida como un cádaver, recostada en el divan de seda y oro donde tantas horas de felicidad habia pasado. En sus blancas megillas se notaba la

huella de un continuado llanto; habia desaparecido de sus negros ojos aquel fuego que los hacia victoriosos rivales del sol, y las frescas rosas de sus amorosos lábios habianse convertido en marchitas azucenas sin color ni aroma, cuando tanto era el suavísimo y embriagador que antes dejaban escapar entre el arrullo de dulces y conmovedoras palabras. ¡Infeliz Zoraida, flor que tras su perfume su color perdía, y seco su cáliz, marchitos sus delicados pétalos, inclinaba el débil tallo bajo el peso de la tristeza y debía convertirla en polvo el fuego de los pesares! ¡Pobre flor sin mas rocío que el abrasador del llanto, sin mas áuras que los dolientes suspiros de su amarga pena! ¡Pobre flor y cómo habia cambiado en pocas horas! Antes tan fresca y lozana, mecida en su flexible tallo por el soplo de amorosos suspiros, estendiendo vanidosamente sus sonrosadas hojas, finas y transparentes, para recibir el rocío de apasionados ósculos, y ahora seca y quebrantada, pidiendo al cristalino arroyo que le sirvió de espejo, al arroyo cuyo murmurio adulaba su belleza, una sola gota de sus aguas para apagar sus ardores, sin que el travieso arroyo la escuche; sin que detenga su curso jugueteón para refrescar la sed que convierte en polvo las hojas de la que en otro tiempo fué la más esplendente gala de su arenosa orilla. ¡Infeliz Zoraida! El dolor roía lentamente su existencia: cuatro dias habian bastado para quebrantar su salud hasta el extremo de que se temiese verla postada por una peligrosa enfermedad: en vano la ciencia y el empirismo habian acudido con sus remedios; la enfermedad estaba en el alma, y cuando esta se evapora en lágrimas y suspiros es impotente la mano del hombre para curarla.

Dalí Mamí entró en el aposento de su esposa muy convencido de que esta iba á sentir alivio á la tristeza que la consumía cuando supiese que se habia recuperado á uno de los cautivos y que el otro habia producido la respetable suma de quinientos escudos de oro de España.

—Estás muy abatida, Zoraida—dijo el mahometano, sen-

tándose junto á su esposa.—Tu tristeza crece cada dia, lloras y de tus lágrimas hay claras señales en tus hermosos ojos y en tus megillas....

—Nada tengo, señor—le contestó la mora con débil acento.

—Estoy triste, es verdad, pero ya volverá la alegría á mi corazón.

—¿Pero cuál es la causa de tu tristeza? Ni tú la esplicas ni yo la alcanzo.

—¿Cómo he de esplicarla si la ignoro?

—Mucho habrá contribuido á tu mal—repuso Dali Mamí— las pérdidas que nos han amenazado con la fuga de esos perros cautivos; pero consuélate porque te traigo una buena noticia....

—¿Es cierto que los han encontrado?—interrumpió Zoraida, levantándose repentinamente.

—Sí, verdad es.

—¿A los dos?

—A los dos.

Los ojos de la mora brillaron repentinamente, sus megillas se sonrosaron por un instante, y pareció que habian renacido todas sus fuerzas.

Dali Mamí la contempló con alegre mirada, y se lisonjeó mas y mas pensando que quizás la noticia de la ventajosa venta de Cervantes seria el completo remedio para la estraña enfermedad de la infeliz.

—Estoy viendo, Zoraida—dijo el mahometano—que la noticia ha producido en tí el efecto que era de esperar; pero aun ha de ser mayor tu alegría cuando acabe de decírtelo todo.

—¿Pero ya están aquí los cautivos?—repuso la mora afanosamente.

—Al capitan lo tenemos ya encerrado.

—¿Y al manco?

—El manco no se me escapará otra vez.

—¿Está bien asegurado?

- En mi bolsillo.
- ¡En tu bolsillo!—repitió Zoraida con tono de admiración.
- Mira—repuso Dalí Mami sacando los quinientos escudos que llevaba en un taleguillo bajo su jaike.
- ¿Qué es eso?—dijo la mora, fijando una mirada de espanto en el oro.
- Quinientos escudos.... ¿Pero qué te espanta?
- Bien, ya lo veo, pero el cautivo manco....
- Lo he vendido!...
- ¡Vendido!—exclamó Zoraida á la vez que caía sobre el divan pesadamente.
- ¿Qué te sucede?—le preguntó su esposo que no acertó á comprender la causa de tan repentino cambio.
- Es.... —murmuró Zoraida— es.... que me parece que has hecho.... una mala venta, porque el rescate....
- Hay que contar con que tenia que mantenerlo, y si antes de que se rescatase se escapaba, todo se perdía, y esto hubiera sido lo mas probable, porque el manco no es hombre que desista de su intento, y con sus trazas y su arrojo al fin lo hubiese conseguido.
- ¿Quién lo ha comprado?
- El rey Azan.
- No vivirá el cautivo ocho dias....
- Tal pienso, pero ¿qué me importa? la pérdida será para él.
- Zoraida no pudo contestar: la luz huía por instantes de sus ojos, y se sentia desfallecer.
- ¿Qué tienes, esposa mia?—le preguntó cariñosamente Dalí Mami.
- Nada.... la tristeza.... la falta de fuerzas.... Perdóname, esposo y señor, pero.... quisiera reposar....
- Sí, duerme y descansa.... Entretanto iré á guardar este dinero y volveré.
- El mahometano besó en la frente á Zoraida y salió acariciando el talego.

—Me siento morir.... ¡Ah!—murmuró la mora con entrecortado acento.—Ya no me queda esperanza.... ¡No sabe lo que sufro por él!....

Luego cerró los ojos y quedó inmóvil por espacio de una hora, al cabo de la cual, dando nuevas señales de vida, dijo:

—Es preciso que yo lo vea.... Quiero verlo.... Sí, sí....

Calló y meditó algunos instantes, añadiendo después:

—¿Y de quién podré fiarme que no me venda?... ¡Oh!.... Pero tampoco entendería la escritura arábica.... y no puedo escribirle en la suya....

La infeliz estaba en extremo agitada, y en vano buscaba los medios de hacer nuevas locuras.

—Yo no puedo ir, y aun cuando á ello me arriesgase me descubrirían y esto seria su perdicion. Le enviaré una esclava.... pero me hará traicion como Jaguá, sino por celos, para hacerme daño porque tienen todas ellas dañada intencion y aborrecen á sus señores.... y con razon; yo tambien aborrezco á mi esposo porque me esclaviza.... ¿Quién me ayudará?

Desde el suceso que hizo conocer la pasion de Jaguá, Zoraida desconfiaba de todas sus esclavas; aunque si se hubiese tratado de peligros para ella no mas, todos los hubiese arrojado sin miedo; pero su perdicion era la de Cervantes, y esto la detenia, dándole una prudencia que en otro caso no hubiese tenido.

A pesar de su desconfianza, como era preciso valerse de alguien, pensó nuevamente la mora en cuál de sus esclavas depositaria el peligroso secreto de sus amores.

—Zamareta—dijo—es la única que ha demostrado algun interés por mí, la que ha manifestado mas tristeza al ver la mia: podrá haber sido puro fingimiento, pero ni aun esto he visto en las demás.... Es preciso salir de esta situacion.... á muerte ó á vida.... ¡Alláh me proteja, y si no quiere, venga en mi ayuda esa madre del Nazareno que invocan los cristianos, que mas fé tengo en quien mayor socorro me preste!

Zoraida pareció recobrar su energía aunque su cuerpo estaba agitado convulsivamente, y palpitaba con tal violencia su corazón que parecía que iba á saltársele del pecho.

Algunos momentos pasó meditando sobre la conducta que debería seguir con la esclava, y decidida al fin la llamó para comunicarle su secreto y pedirle ayuda.

Nuevos peligros debían amenazar á Cervantes con esta loca determinacion, pero estaba dispuesto que siempre habian de rodearle muchos, ya que tanta era su resignacion para sufrirlos y su constancia para vencerlos.

Dejaremos á la mora con la esclava negra que era la misma que vimos en compañía de Jaguá cuando la dimos á conocer, y pasaremos á tratar de otro asunto de no menos importancia que el de los fatales amores de la esposa de Dali Mamí.



## CAPITULO XXXI.

Donde volveremos á ver al anciano señor Rodrigo de Cervantes.



ENEMOS abandonada á la familia de nuestro poeta, y ni hemos dicho cuál habia sido la conducta de Rodrigo al volver á su casa, ni lo que sus ancianos padres hacian para procurar el rescate de Miguel, asunto que no debian tener olvidado, siendo es-

te el hijo predilecto y en el cual fundaban sus esperanzas todas.

Escenas de mucho interés, aunque tristes, vamos á pintar, y para ello, con permiso de nuestros lectores, nos trasladaremos á Madrid y á la calle de las Huertas, y una vez allí, entraremos en el estrecho, oscuro y sucio zaguan de una casa, subiremos una empinada escalera y penetraremos en el

miserable y reducido cuarto segundo, entrando luego en una salita cuadrada, amueblada con extrema sencillez, mejor dicho, con pobreza.

En aquel aposento, sentado en un sillón de nogal y cerca de una ventana que daba á la calle y por la que penetraban los primeros rayos del sol, hallábase el buen anciano Cervantes, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos cruzados y silencioso y meditabundo. Las arrugas de su pálida frente estaban mas pronunciadas que de costumbre, tenía los ojos medio cerrados, y su semblante revelaba la mas profunda tristeza. Quizás se acordaba de su hijo Miguel, de aquel hijo predilecto y que era su gloria; quizás un presentimiento dolorosísimo pesaba sobre su alma.

Era precisamente el mismo dia en que el poeta fué apriisionado y conducido al alcázar de Azan.

La mañana estaba fria.

El sol acababa de romper la ligera neblina de la aurora, y un vientecillo sutil se colaba por entre los verdosos y desiguales vidrios de la ventana.

Largo rato permaneció el anciano entregado á sus tristes ideas, y al fin, levantando la cabeza, pasándose las manos por la frente y exhalando un suspiro, exclamo:

—¡Dios mio, dejadme que lo vea, que lo vea por un instante para estrecharlo en mis brazos, y luego disponed de mi vida!... ¡Morir sin abrazarlo una sola vez, sin decirle adiós!... ¡Hijo mio!... Y siento ya la mano de la muerte que se acerca á mí, no es una aprension como me dicen, porque mis fuerzas disminuyen cada dia, cada hora, se debilita mi razon y los recuerdos del pasado van huyendo de mí por mas que quiero detenerlos, mientras que me persiguen las dudas de lo porvenir. Sí, yo sé que mi vida se acaba; el presentimiento de la muerte no puede equivocarse con ningun otro, á la vez, el instinto anuncia la última hora.... ¡Ah!... ¡Y mi desdichada familia queda en una espantosa miseria!... ¡Dios mio,

echad una mirada sobre esta mansion de llanto y desdichas y tened misericordia de los que siempre os han amado sobre todo!

Una lágrima, tierna y dolorosa como la de una mujer ó un niño, asomó á los apagados ojos del hidalgo que volvió á quedar silencioso.

Tristísimo era su estado. Como acababa de decir, la muerte levantaba sobre su cabeza la negra guadaña, y su virtuosa familia iba á quedar en la miseria, porque su escaso patrimonio debia ser arrebatado por la mano fria de la usura. No habia ninguna esperanza de salvacion, pues era dudoso que Miguel pudiese salir de su cautiverio, y en cuanto á Rodrigo, segun hemos indicado, no habia tampoco nada que esperar, pues pasada la primera impresion que recibió al despedirse de su hermano, y ya de vuelta á su casa, habíase alistado nuevamente en el ejército, dejando á sus padres, no por falta de cariño, sino porque de nada les servia. Preparábase una guerra, la suerte del soldado era muy dudosa, y tal vez Rodrigo sucumbiria en la próxima campaña. Bien pensado, si Rodrigo no encontraba medios de ayudar á sus padres, nada le quedaba que hacer sino probar otra vez fortuna en la carrera de las armas, único recurso entonces de todo hidalgo que carecia de patrimonio. Dos dias antes del en que estamos habia dejado su casa, abrazando á su padre por última vez, pues no debia volver á verlo. Se alejó, y en su abono lo decimos, con el mas profundo convencimiento de que su hermano habria logrado fugarse y pronto llegaria á sustituirle ventajosamente: convencimiento que, si bien da idea de la ligereza de su carácter, de su falta de reflexion, excusa su conducta, porque á su razon no le era dado alcanzar mas.

No tan confiado el padre de nuestro poeta, dudaba que su hijo hubiese logrado escapar del cautiverio, y con el fin de buscar los medios para el rescate, habia trasladado su residencia á Madrid. Falto de todo recurso, sin hacienda que empe-

ñar ni vender, pensó entonces recurrir al monarca Felipe II para que ayudase con alguna cantidad como recompensa á los esclarecidos servicios de Miguel. Necesitaba documentos para justificarlos, y muerto á la sazón don Juan de Austria que hubiera podido informar muy ventajosa y autorizadamente sobre el manco de Lepanto, no pudo obtener sino una certificación del duque de Sesá. Apoyado en este documento, pidió el anciano Cervantes que se abriese una informacion de testigos, á fin de que declarasen algunos que habian servido en el tercio de Figueroa y otros que habian estado cautivos en Arjel.

Este era el estado en que se hallaba el asunto de rescate. El señor Rodrigo habia trabajado ya mucho en él con la constancia que le daba su cariño de padre; pero los trámites del expediente eran muchos, poca ó ninguna la influencia y relaciones del anciano, y se llenaban con tanta lentitud los requisitos exigidos por la legislación, que despues de muchos meses que habian pasado se estaba muy lejos aun de la terminacion del expediente.

Pocos momentos despues de haber derramado el anciano aquella lágrima, entró en el aposento su esposa que á pesar de sus sufrimientos conservaba la misma frescura que cuando la vimos por primera vez.

—¿Qué tienes?—preguntó doña Leonor á su marido al observar la palidez de este.

—Nada sino un dia menos de vida—contestó el señor Rodrigo.—Un dia menos de vida cuando mas falta me hace.

—Tú contribuyes á concluir tu existencia—repuso doña Leonor con tono de reconvencion cariñosa.—Hace algun tiempo que te dejas dominar por las ideas mas tristes, y eso es bastante para producirte una enfermedad.

—Nó, Leonor: no es que me dejo dominar por tristes ideas, es que presiento la muerte, que mis fuerzas se acaban....

—Volvámonos á Alcalá; tal vez te perjudiquen estos aires.

—¡Volver á Alcalá cuando de nuestra estancia aqui depende la libertad de nuestro hijo!....

—Antes es tu vida.

—Lo mismo ha de durar de un modo que de otro. No siento morir sino por vosotros que quedais en la mayor miseria; por mí ¿qué me importa esta vida de amargura, separado de mis hijos y sin esperanza de un dia de felicidad? Nuestra hacienda será muy pronto de otro, y si podemos salvar el dote de nuestra hija, no será poca fortuna.

—Con tal que abracemos á Miguel....

—Desconfio, Leonor. Ya ves el interés que se toman en este asunto por mas que pido invocando sagrados derechos.... Hago esto por dejar tranquila mi conciencia, porque nada me quede que hacer, pero no tengo ninguna confianza en su resultado.

—Es imposible que el rey deje de atender nuestra demanda.

—¡Imposible! —murmuró el anciano, desplegando una amarga sonrisa.—Tal vez ni aun la tome en consideracion.... No quiero aventurar juicios infundados, pero he recibido tantos desengaños, que he perdido la fé en los hombres y no me queda mas que para Dios. Dentro de horas saldré para presentarme al comendador Tellez y rogarle que ayude al marqués á preparar el ánimo del rey, si es que el marqués se ha ocupado de este asunto.

—¿Tambien dudas?

—Sí, Leonor, dudo de todos los hombres, de todas las cosas: ya te he dicho que solo tengo fé en Dios. ¿Por qué he de esperar nada del marqués cuando tan friamente acojó mi súplica? Y en cuanto al comendador....

—Ya sabes que tiene fama de caritativo, que protege á los jóvenes de mérito....

—Así lo dicen—repuso el anciano cuyo rostro palideció mas aun de lo que estaba.

—¿Te sientes malo?—le preguntó doña Leonor con inquietud.

—No.... pero hay momentos en que la luz desaparece de mi vista y siento como si la sangre se me helase y detuviese su circulacion; pero es cosa de un instante.

—Vuelve hoy á ver al doctor Perez....

—Me dirá lo mismo que ayer: mucha tranquilidad de espíritu, mucho método en los alimentos, distraer la imaginacion.... Esto quiere decir que se procure disminuir los tormentos de la agonía, pero que no hay mas que resignarse á morir porque el hombre no es eterno.... La vejez es una enfermedad que no tiene cura.

—Pero tu edad no es la de la vejez.

—No son los años los que deben contarse para calcular el término de la vida, sino las desgracias, los pesares que se lloran en silencio y que envejecen y matan mas pronto que los años.

—Dejemos esas tristísimas reflexiones.

—Ya te he dicho que no me espanta la idea de la muerte sino por vosotros que quedais desamparados, y por lo mismo quiero pensar en mi última hora para dejar en el mejor orden posible vuestros intereses, para hacerte mis últimos encargos....

A pesar de los esfuerzos que hacia doña Leonor para no llorar, las lágrimas asomaron á sus ojos y corrieron en abundancia por sus tersas megillas.

—¡Rodrigo!—exclamó la afligida esposa con acento ahogado.

—No te dejes abatir por el dolor—repuso el anciano en estremo conmovido y estrechando contra su pecho á su virtuosa compañera.—Tienes deberes muy sagrados que cumplir, te queda una hija, la hija de nuestro amor, el fruto primero de la santa bendicion del Omnipotente, el recuerdo vivo de nuestros dias de felicidad, de aquellos dias en que el corazon solo palpitaba con las emociones de lo presente y en que el horizonte de lo porvenir era una promesa de dicha inagotable; te

queda una hija pobre, desamparada, y tienes que vivir para ella: este es un deber que no puedes olvidar sin que caiga sobre tí la maldición de Dios y el desprecio del mundo.

—¡Pobre hija mia!—murmuró doña Leonor.

—Le queda en el alma un tesoro de virtud y el nombre sin mancha de su padre, la historia limpia de sus abuelos: tiene, pues, con que defenderse de la corrupción, porque la virtud es un escudo donde se rompen las armas del vicio; tiene recuerdos que la fortalezcan, porque el mio le servirá de ejemplo; podrá hasta envanecerse si imita á los que llevaron su nombre.

Doña Leonor, ahogada por la emoción dolorosa y triste que sentía, no pudo contestar una palabra.

—Ya sabes—prosiguió el anciano—donde está mi testamento. Además, entre mis papeles reservados encontrarás dos pliegos, uno dirigido á tí y el otro á nuestro hijo Miguel. En el tuyo está el último de mis ruegos que esperó cumplirás aunque tengas que hacer el mayor sacrificio, como así será si el caso llega de poner en práctica mi deseo: he querido sacrificarlo todo á mi familia, todo, hasta la idea de ese porvenir que ya no le pertenece á uno porque es de los que sobreviven, pero que interesa mucho al corazón cuando ya no ha de latir sino algunos momentos.

—¡Otro sacrificio!—dijo doña Leonor.—¿Te queda alguno que hacer?

—Uno solo, ya te lo he dicho. El hombre no nace para vivir y morir como una bestia, sino para cumplir una misión sagrada: al nacer, el Omnipotente le impone el deber de sacrificarlo todo por sus hermanos, y el que no lo cumplió no puede morir tranquilo, le atormenta la conciencia porque ha sido egoísta, y el egoísmo es la más ruin, la más detestable de todas las debilidades, porque es la causa de todos los males, de todas las miserias de la humanidad. El egoísmo hace al homicida, al ladrón, al avariento, al vanidoso, al ambicioso, al intrigante, y

es en fin la gran palanca de la corrupcion y del trastorno social.

El anciano calló porque se sentia fatigado y muy conmovido, y su esposa no acertó á romper el silencio, segun de turbada y affligida se encontraba.

Por la imaginacion de aquellos dos seres que tanto se habian amado, que solo habian vivido, primero el uno para el otro, luego para sus hijos, pasaron, uno tras otro, todos los recuerdos de su juventud con sus dias de ardiente pasion y de infinitos goces, los recuerdos de sus emociones incomparables al acariciar en la cuna á su primer hijo, y comparaban aquel tiempo en que la inocente sonrisa del ángel, fruto de sus amores, les hacia olvidar todas las penas, cerraba las mas profundas heridas del corazon y endulzaba las mas venenosas amarguras; lo comparaban, decimos, con el dia tan cercano de la muerte, de la despedida de los que para ellos eran ángeles todavia, con el dia en que tantas risueñas ilusiones se habian trocado en horribles realidades.

Largo rato permanecieron silenciosos, vertiendo lágrimas que ya la ternura, ya el dolor arrancaba al alma, hasta que haciendo ambos un esfuerzo y queriendo doña Leonor alejar de la mente de su esposo las negras ideas que lo atormentaban, le dijo:

—Ya hemos desahogado nuestros corazones con el llanto; ahora enjuguémoslo y piensa que tú, lo mismo que yo, debes vivir para tus hijos.

—Solo eso me sostiene. Si ya hubiese conseguido el rescate de Miguel y lo hubiera abrazado, no viviria.

—¿Me harás desear que se prolongue el cautiverio de nuestro hijo?—replicó doña Leonor.

—No he querido decir que viviré hasta que lo vea, sino que el afan de libertarlo me ha sostenido, pero con una vida ficticia, porque hace, en particular dos meses, que he muerto y solo me alientan esos últimos esfuerzos que hace la naturaleza para luchar con la muerte.

—Dejemos esta conversacion, procuremos hacernos algunas ilusiones.

—Te atormento—repuso el anciano que intentó sonreír;—por desahogar mi corazon he martirizado el tuyo, he sido egoísta cuando maldecía el egoísmo.

—Ahora es cuando me atormentas.

—Voy á salir—replicó el anciano, queriendo hacer olvidar á su esposa sus tristes palabras.

—¿Tan temprano?

—El comendador madruga.

—Pero no recibirá á nadie á estas horas.

—Antes quiero oír misa.

—Pero aguarda á sosegarte; estás agitado....

—Me siento bien.... ¿Y Andrea?

—Ocupada en las faenas de la casa.

—Dile que me traiga la capa y que me dé un beso.... ¡Recibiré ya tan pocos suyos!.... ¡Y ninguno de Miguel!....

—¡Rodrigo, por Dios!

—Son desahogós.... Mi capa y mi sombrero....

—¿Pero te sientes con bastantes fuerzas para salir?

—Sí, Leonor, ya te lo he dicho.

Doña Leonor salió del aposento, y pocos instantes después entró Andrea, llevando la capa, el sombrero y la espada de su padre.

—No salgais, padre mio—dijo la doncella.—Quedaos, y mas tarde iremos todos á misa.

—Dame un beso—contestó el anciano mientras abrazaba á su hija.

Esta besó á su padre con ternura y repuso:

—La mañana está fria, corre un aire húmedo que no puede seros provechoso.

—Pero es preciso que yo salga, hija mia; sabes que tengo que ver al comendador, y si se pierde un dia....

—Un dia no es nada.

—Para tí que te quedan muchos, pero no para el que vé el último tan cercano como el de mañana.

—¡Siempre esas tristes ideas!

—¿Qué puede esperarse de la vejez?

El anciano ciñó con mano trémula su espada, se puso el sombrero y dejó que su hija le colocase sobre los hombros una capa de paño verde oscuro que contaba algunos años de servicio.

—Adios, hija mia—dijo despues de besar nuevamente á la buena Andrea.

—¡Quién pudiera acompañaros!

—Dios va conmigo—repuso el hidalgo.

Y con paso no muy firme salió.



en la corte.

A medida que el hidalgo se acercaba á la casa del noble señor cuya protección iba á impiorar sin otros títulos ni recomendaciones que las de la caridad cristiana sentia que le faltaban las fuerzas y que se agitaba su pecho mas y mas.

—Al verme—murmuró el anciano—cuálquiera creería que

## CAPITULO XXXII.

## Una herida de muerte en el alma.



L anciano se encaminó á la iglesia de San Ginés, donde oyó misa y oró fervorosamente por largo rato, dirigiéndose luego á la calle de Santiago, que era donde vivia el comendador Tellez, gentil hombre de Felipe II y persona de bastante influencia en la córte.

A medida que el hidalgo se acercaba á la casa del noble señor cuya proteccion iba á implorar sin otros títulos ni recomendaciones que los de la caridad cristiana, sentia que le faltaban las fuerzas y que se agitaba su pecho mas y mas.

—Al verme—murmuró el anciano—cualquiera creeria que

iba á cometer un crimen, á sorprender la buena fé, á abusar del generoso corazon del que dicen que tan sensible se muestra por las ajenas desgracias. Y sin embargo, pocos habrán implorado su caridad con tanta razon como yo. ¡Cuánto seria mi consuelo si se interesase en mi dolor, si respetase mi vejez y la muerte que tan de cerca me amenaza!.... Lo dudo: me recibirá como todos, con frialdad; me escuchará con impaciencia y me despedirá con palabras corteses.

Creció la turbacion del hidalgo, y con pasos vacilantes llegó á la suntuosa morada del cortesano, subiendo la escalera despues de haber obtenido con algunos ruegos que el portero le dejase pasar.

Cuando llegó arriba encontró á un lacayo vestido lujosamente que le preguntó: ¿Qué quereis, buen anciano?

—¿Qué quereis, buen anciano?

—Deseo—contestó á la vez que descubria su noble cabeza hablar al señor comendador.

—¿Lo conoceis?

—Nó.

—¿Os ha citado?

—Tampoco.

—¿Venís para hablarle de asuntos de la casa?

—Son exclusivamente míos los que me traen.

—Entonces no podreis verlo.

—¿No recibe á todo el que solicita hablarle?

—Sí; pero antes hay que obtener su permiso.

—Es negocio muy urgente.

—Para vos sin duda—replicó el sirviente.

—Es verdad, solo para mí—repuso el anciano que tuvo necesidad de apoyarse en una mesa porque el humillante tratamiento que acababa de recibir le habia causado la mas dolorosa sensacion.

—Decidme vuestro nombre—contestó el lacayo—y el objeto de vuestra venida, y volved mañana á esta hora que ya se

habrá hecho presente al señor comendador vuestra solicitud. Es costumbre pedir la audiencia por escrito, pero como tanta prisa mostrais, y en atencion á vuestra edad, no quiero haceros perder un dia. Además, el señor comendador nos tiene mandado que tratemos con toda consideracion á los pobres que vienen á implorar su caridad, y no se incomoda porque se prescinda de ciertas formalidades....

—¡A los pobres!—murmuró Cervantes con amargura.

—Tal he supuesto que sois—repuso el sirviente á la vez que examinaba con la vista el miserable vestido del hidalgo.

—No vengo á pedirle una limosna.

—La cuestion varía—contestó el lacayo.—Entonces decidme qué es lo que quereis....

—¿Representais á vuestro amo? Si es así me volveré sin verlo.

—Decidme al menos vuestro nombre, y mañana....

—¡Mañana!... ¿No veis que estoy enfermo y que mañana tal vez á donde iré será al sepulcro?

—Es verdad, estais pálido y sudais á pesar de que la mañana está fria.... pero todos los que vienen están lo mismo.... Al menos decidme vuestro nombre y quebrantaré las reglas establecidas....

—¿Qué importa un nombre desconocido?

—De eso no puedo dispensaros.

—Me llamo Rodrigo de Cervantes Saavedra.

—De Cervantes Saavedra—repitió el criado, dándose los aires de entendido en la ciencia heráldica y *cognomentológica*.

—De Cervantes—volvió á decir el anciano, cargando la pronunciacion en la preposicion *de*.

—¿Seréis hidalgo?

—Sí.

—¿Simple hidalgo?

—Nada mas.

—Voy á dar aviso al mayordomo de su señoría.

El lacayo entró en el aposento inmediato, y pocos momentos despues salió y dijo:

—Habeis conseguido vuestro deseo porque van á pasar recado al señor comendador. Tendreis que esperar, pero en atencion á que sois hidalgo podeis pasar á ese otro aposento y sentaros.

El anciano entró maquinalmente en la habitacion que le indicaba el lacayo, y se dejó caer pesadamente en un sillón, entregándose á las mas tristes y desgarradoras reflexiones.

Pasó mas de media hora, al cabo de la cual llegó el mayordomo del comendador, y acercándose al hidalgo le dijo:

—Venid.

El señor Rodrigo lo siguió con dificultad porque sus fuerzas seguian disminuyéndose notablemente.

Despues de atravesar algunas habitaciones amuebladas con lujo, llegaron á una antecámara donde se detuvo el mayordomo y volvió á decir:

—Esperad.

Y desapareció tras un rico tapiz flamenco que cubria una puerta, volviendo pocos momentos despues.

—Entrad—dijo—y sed breve porque su señoría está muy ocupado.

El anciano entró en un aposento espacioso, y dirijiendo su vacilante mirada hácia la izquierda vió al comendador recostado en un ancho sillón, con los pies colocados en un taburete, y entretenido en contemplar las oscilantes llamas de la leña que ardía en una gran chimenea y que acababa de colocar artísticamente.

Era el gentil hombre, aunque hombre, nada gentil por su presencia. Frisaba en los cincuenta años y su estatura era muy escasa, si bien recompensaba esta falta con la sobra de sus carnes que eran muchas. La frente y la espresion de la mirada de sus ojos pardos eran las de un hombre de vulgar entendimiento, de esos que nacen, viven y mueren sin que

ninguna idea les haya atormentado ni ocupado una hora seguida, que no saben por qué nacieron, ni para qué viven, y que tampoco alcanzaron el por qué han de morir, siendo tan buena la vida cuando se pasa como la pasaba el comendador, sin saber lo que es el hambre, ni el frío, ni el insomnio, ni las vigiliass, ni las humillaciones, ni los desengaños, ni el llanto, en fin, porque sus ojos no han hecho mas que mirar lo que les ha sido agradable y cerrarse con el sueño sin que nunca los haya humedecido una lágrima. Tenia el buen comendador entre otras muchas debilidades la de una vanidad necia por adquirir fama de caritativo, y semejante debilidad la explotaron algunos hábilmente y alcanzaron repetidas limosnas de las que desacertadamente repartia su mano sin que se conmoviese su corazón, quedando muy satisfecho con que le dijese que era el amparo de los desvalidos, el padre de los pobres y que la fama de sus caritativas obras habia llegado á ser proverbial.

Cervantes saludó respetuosamente al cortesano, recibiendo por toda contestacion un

—¿Qué se os ofrece?

Pronunciado con un tono de impertinente superioridad que dejó mudo al desdichado padre.

—¿Qué queréis?—volvió á decir el comendador.

—Señor—contestó el anciano con voz trémula—aunque sin ningun título para pedir os vuestra proteccion, me he decidido á molestaros porque sé que no cerrais los oidos á la desgracia, y como la mia es de las mayores y....

—Bien—interrumpió el comendador—decid lo que necesitais porque son muchos los que acuden á mí y me falta el tiempo para escucharlos.

El hidalgo hizo un esfuerzo para sostenerse de pié, y respondió:

—Tengo un hijo, único apoyo de mi amarga vejez, único amparo de mi pobre familia....

—Me han dicho que sois hidalgo.

—Sí, señor.

—Y solicitaréis para vuestro hijo un empleo, porque hemos llegado á una época en que los hidalgos tienen á menos ganar con su espada su fortuna.

—Tambien los hay—repuso el anciano cuya frente se enrojeció—que derraman cien veces su sangre en defensa de la patria para ganar.... para ganar el olvido, la miseria....

—Si vuestro hijo fuese de ese número....

—En Lepanto—interrumpió el hidalgo—desenvainó por primera vez su espada, perdió la mano izquierda y dos balas atravesaron su pecho mientras que arrancaba al enemigo el estandarte real de Egipto.

—Bien, muy bien, hidalgo—dijo el comendador.—Eso es otra cosa. ¿Pedireis para vuestro hijo, inútil en aquella gran jornada, alguna pension?

—Tampoco.

—¿Entonces?.....

—Mi hijo, á pesar de sus heridas, siguió peleando bajo las banderas españolas.

—Era su deber.

—¡Si se cumpliesen todos los deberes!—dijo el anciano con amargura.

—¿Venis á pedirme que eche en cara al rey su ingratitud?

—Mucho tengo que echar en cara al mundo, pero no quiero que se eche nada en cara al rey—contestó el anciano sin acordarse del papel que debía representar.

—No he visto nunca una manera mas estraña de pedir proteccion ó limosna—dijo el comendador.

Estas palabras, hijas de la falta de entendimiento mas que de una mala intencion, produjeron en el hidalgo tan doloroso efecto que estuvo á punto de caer sin sentido. En su turbacion tuvo necesidad de sostenerse en el respaldo de un sillón, y

hasta que hubieron trascurrido algunos momentos no pudo contestar.

—Señor comendador—dijo, dominándose por un esfuerzo de su amor paternal—siento que tomeis mis palabras en un sentido que no fueron dichas, porque mi profundo amor y respeto al rey los tengo bien acreditados. Os suplico que me escuchéis por algunos momentos, y así comprendereis el objeto de mi pretension y os convencereis de que nada es mas natural en un padre que lo que pido. La edad, las desgracias, y sobre todo la natural turbacion que me produce la grave enfermedad que padezco, tal vez me hagan decir lo que no siento mi corazon ni quisiera que mis lábios pronunciasen.

El comendador, mientras volvia á ocuparse en arreglar el fuego de la chimenea, dijo:

—Bien, explicaos, pero vuelvo á deciros que haceis perder tiempo á otros pobres.

El anciano devoró en silencio esta nueva humillacion, y repuso:

—Despues de la jornada de Lepanto, sirvió mi hijo en la campaña de Levante y se halló en la toma de Túnez.

—¿Pero cuál es vuestra pretension?—dijo con tono de impaciencia el cortesano.

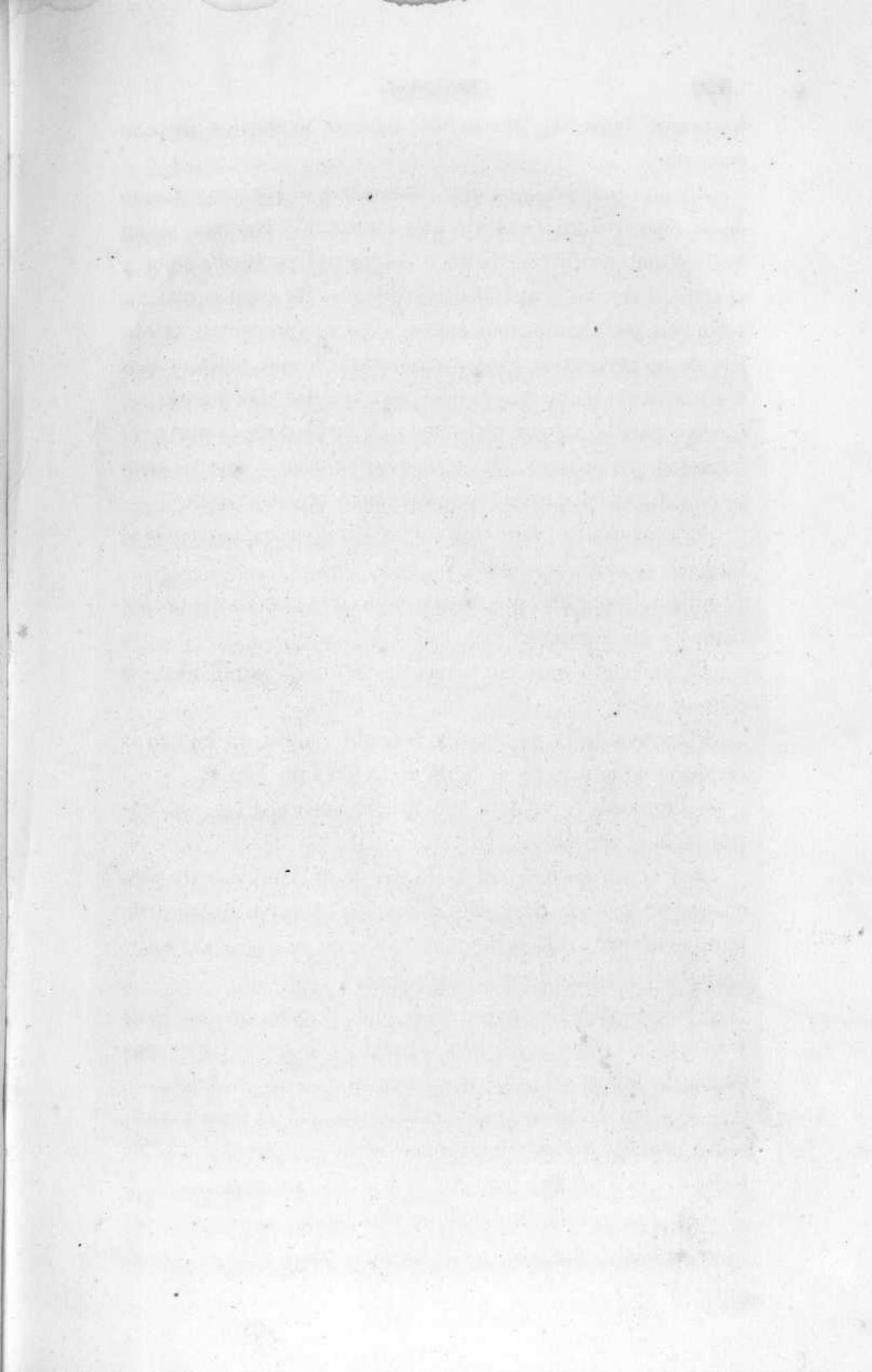
Solo el cariño paternal pudo dar al anciano fuerzas para dominarse y no mostrar su indignacion al verse tratado con tanto desprecio: solo el deseo de salvar á su hijo pudo sostenerle sin sucumbir á tan duros golpes.

—Señor—dijo Cervantes—mi hijo, despues de una larga y esclarecida carrera sin haber podido salir de la triste condicion de simple soldado, se encuentra cautivo en Arjel....

—Por ahí debisteis empezar—interrumpió el comendador, —No necesito que me digais mas; sé lo que pretendéis... Me basta vuestra palabra para dar fe á lo del cautiverio.....

—Es que se está formando un espediente.....

—Me basta, me basta; sois hidalgo, y....





Larra d.º y h.º

lit. Heráldica.

— Señor comendador! — exclamó levantando la cabeza con orgullo

—Pero aun tengo que deciros....  
 —Haré lo que pueda—repuso el comendador, volviendo á interrumpir al anciano y á la vez que se levantaba.—Son muchos los desgraciados á quienes tengo que socorrer....

—Os suplico, señor comendador....

—¡Juan!—gritó este sin escuchar á Cervantes.

El mayordomo entró.

—Entrega á este buen hidalgo diez ducados.

El rostro del anciano se puso rojo como el carmin, y olvidándose por un momento de su hijo, se acordó solamente de lo que era.

—¡Señor comendador!—exclamó levantando la cabeza con orgullo y en un instante de energia que debia ser el último en su vida.

Pero el comendador, creyendo que el anciano iba á darle las gracias, desplegó una benévola sonrisa, se inclinó cortesmente, y dijo mientras levantaba un tapiz y salia del aposento:

—No lo hago para que me lo agradezcáis.... quisiera daros mas limosna, pero....

—¡Limosna!—murmuró Cervantes con ahogada voz é inclinando la cabeza.

Y por su frente pálida corrió abundante y frio sudor, y sintió oprimido el pecho como por un enorme peso, y sus trémulas manos, despues de vacilar algunos instantes como las del ciego que busca un objeto, se asieron con movimiento convulsivo al respaldo de un sillón, sin cuyo apoyo el infeliz hubiese caido al suelo.

—¡Diez ducados!—murmuró el mayordomo.—¡Qué exorbitancia!.... Tomad—añadió, dando algunas monedas de plata al anciano.

Este las cojió sin saber lo que hacia, pero al instante las arrojó al suelo con altivo desden, exhaló un grito y se precipitó fuera de la estancia con pasos tan desiguales y vacilantes que no acertaban á seguir la línea recta.

—¡Miserable!—exclamó. —Pero aun tengo que decir...  
 Y luego, oprimiéndose el pecho y despues de intentar,  
 sin conseguirlo, exhalar un suspiro, murmuró con voz apa-  
 gada: —Me ha dado la muerte.... me ha herido en el alma....

No pudo decir mas.

La luz huia por instantes de sus ojos, y solo el instinto lo  
 llevó á su casa, á donde llegó poco menós que arrastrándose.

Al verlo su esposa y su hija dieron un grito de espanto.  
 El infeliz llevaba impreso en su rostro el sello de la muerte.

## CAPITULO XXXIII.

## Lágrimas.



**S**TAMOS en el siguiente día del en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir.

El sol esparcía sobre la tierra sus últimas luces que en breve debían convertirse en los débiles crepúsculos que son la primera y la última sonrisa del día, el anuncio y la despedida de la noche.

El horizonte estaba despejado y la atmósfera serena y templada como á menudo sucede en Madrid en los hermosos días de otoño.

Llegaba la noche con su quietud, su silencio y su descanso; con sus misterios, con sus crímenes y con sus goces.

En un reducido aposento de la casa de Cervantes, hallá-

base este en su pobre lecho donde daban los últimos rayos del sol, iluminando su frente pálida. Nada era mas imponente ni triste que el aspecto del anciano en aquellos momentos en que con la luz del día se acababa su existencia. En pocas horas se habia desfigurado completamente su rostro. Estaban sus ojos hundidos, apagado el brillo de sus pupilas, y su mirada, por lo vacilante y falta de fijeza, denotaba que apenas percibia los objetos que tenia mas próximos. Sus lábios secos y blanquecinos se movian con frecuencia, pero sin pronunciar una palabra, y sus descarnadas manos solian agitarse sin concierto, abrirse y cerrarse como si palpasen alguna cosa. Era desigual y ahogada su débil respiracion que en el interior de su pecho producía ese ronquido que anuncia el próximo estertor de la agonía, el hipo de la muerte, y de vez en cuando se escapaba de su boca algun quejido leve.

Una á cada lado del lecho, estaban doña Leonor y Andrea, con el pecho agitado, los ojos preñados de lágrimas que apenas podian contener, y la mirada afanosa, fija en el rostro cadavérico del anciano.

Este habia recibido la comunión pocos momentos hacia, y el sacerdote que lo habia absuelto en nombre de Dios, esperaba en el aposento inmediato para prestarle el último consuelo y encaminar á la mansion celeste aquella alma pura.

Cervantes habia querido despedirse de su esposa y de su hija, y éstas, transidas de dolor esperaban las últimas palabras que debian grabar en su memoria y en sus corazones.

El moribundo volvió trabajosamente la cabeza á uno y otro lado, fijó por un instante su incierta mirada en doña Leonor y Andrea, y luego, con voz débil y entrecortada, dijo:

—Leonor.... Andrea....

—¡Esposo mio!

—¡Padre mio!

Exclamaron á la vez la madre y la hija sin poder contener ya su doloroso llanto.

—Vamos á separarnos para siempre— repuso el anciano, —Para siempre.... esta palabra es.... muy triste.... Pero estoy tranquilo.... veo junto á mí la muerte, siento su mano.... que me ahoga, y no me espanta.... Quedais solas, en la miseria.... ¡Ah!.... ¡Solas!.... Pero me consuela la seguridad que tengo.... en vuestra virtud que luchará con sus fuerzas de gigante.... y creo que Dios os devolverá libre á mi hijo Miguel.... ¡Mi hijo Miguel!.... ¡No está aquí!.... ¡No besará mi frente helada!.... ¡Tampoco Rodrigo!.... Pero Dios es bueno, misericordioso, infinitamente misericordioso y lo protegerá para que os sirva de amparo!....

El anciano, fatigado en extremo, tuvo que callar por algunos instantes.

Doña Leonor ni Andrea no pudieron articular una sílaba.

Solo se oyó entonces la respiracion agitada del moribundo.

¡Cuadro imponente y desgarrador!

El sol seguia ocultándose y sus débiles rayos caian sobre la frente noble de Cervantes como la aureola de divina luz que Dios derrama sobre la cabeza del mártir.

Doña Leonor y Andrea, inclinadas sobre el lecho, regaban con su llanto abrasador las manos heladas del anciano. —

— He vivido para mi familia — prosiguió el hidalgo — y si mi muerte hubiera de sacaros de la miseria, este sería el momento.... mas feliz de mi vida.... Pero os aguardan dias muy amargos.... Procura, Leonor, salvar el dote de nuestra hija.... no atiendas al resto de nuestro patrimonio.... porque.... es cosa perdida....

—No te atormentes con esas ideas— dijo doña Leonor.— Dios nos ayudará porque seremos buenas....

—No transijais con la tentacion del pecado para aliviar vuestra miseria, porque esta vida es muy corta.... muy corta.... es un soplo.... y un momento de bienestar engañoso se paga con una eternidad de tormentos horribles.... Os hablo desde el sepulcro.... en este instante, sin duda por un

privilegio de la muerte, veo á la vez el pasado en toda su desnudez y lo porvenir de la eternidad tan claramente como esos rayos de sol.... ¡Ah!.... Me ahogo....

La voz del anciano se debilitó hasta el punto de que apenas se entendieron sus últimas palabras.

—Os fatigais, padre mio—dijo Andrea.

—Hija mia... hija....—repuso el moribundo.... no olvides mis consejos.... Y tú, esposa mia.... tú que.... has compartido mis pesares.... mis alegrías.... y que has sabido guardar como un tesoro.... la honra.... que te confié.... ya sabes que encontrarás un pliego.... y que la única idea risueña que ahora.... endulza mi agonía.... es la de creer que.... cumplirás mi voluntad y podrás salir de la miseria....

—¡La cumpliré!—exclamó doña Leonor.—¡La cumpliré, sea cual fuere!....

—Te costará un sacrificio.... porque me amas mucho.... pero yo los he hecho todos.... todos, hasta el del natural egoísmo del amor.... y.... Apenas veo.... para mí se oculta el sol....

—Es que anochece....

—Es que mi vida se acaba con el día.... es que me muero.

—¡Rodrigo, esposo mio!....

—¡Padre mio!....

—Dios dispone de mi vida.... respetad la voluntad de Dios.... bendecid la muerte que su mano santa envía.... Adios.... Leonor.... esposa mia.... adios, hija mia.... hija.... abrazad en mi nombre á mis hijos.... mis hijos.... rogad á Dios por mí.... Mis hijos.... mi esposa.... Adios.... El sacerdote.... Dios os bendiga....

Un grito desgarrador, grito arrancado al alma por el mas agudo de los dolores, salió de los pechos de las infelices que para siempre se separaban de aquel ser querido sobre todos los seres.

La puerta se abrió y apareció un sacerdote de lengua y

encaneida cabellera, de espaciosa y noble frente, de mirada apacible y dulcísima, y que en su rostro llevaba impreso el sello de la santidad de su virtud. Era el ángel cuya mano, en nombre del Omnipotente, iba á señalar el camino de la eterna gloria á un alma limpia de pecado por el arrepentimiento y la contrición.

La madre y la hija cubrían de lágrimas y besos la frente helada del moribundo que apenas podía murmurar algún adiós y pronunciar los nombres de su esposa y de sus hijos. El sacerdote las separó dulcemente del lecho, y les dijo:

—Dejadle que escuche la santa palabra de Dios; no le robeis uno solo de estos instantes que son los de la salvación de su alma.

Las infelices salieron del aposento, y el sacerdote, inspirado por el soplo divino del Espíritu Santo, se colocó junto al lecho y puso entre las manos del moribundo un Crucifijo de marfil que descolgó de la pared.

Doña Leonor y su hija, oculto la una en el seno de la otra el rostro bañado en llanto, permanecieron silenciosas sin que su dolor se manifestase más que por tristísimos suspiros.

Pasó un cuarto de hora.

Los últimos crepúsculos reflejaron en los vidrios de la ventana, y al fin desaparecieron y derramaron su oscuridad.

En aquel momento entró en la habitación donde las huérfanas estaban el virtuoso sacerdote. En sus megillas brillaba una lágrima que había brotado de sus ojos y que se perdió en su ropaje negro como la triste noche que había sustituido á tan triste día.

Al verlo dejaron escapar un grito aquellas desdichadas mujeres, y cuando iban á prorrumpir en exclamaciones de dolor, el sacerdote levantó la diestra, señalando al cielo, y dijo con acento á la par dulce y solemne:

—Los ángeles sonríen cuando llega á la divina mansion el alma del justo.

Luego se arrodilló, y las infelices, impulsadas por el influjo misterioso de aquella mirada apacible, lo imitaron.

Entre los negros pliegues del nocturno crespon, se perdieron las palabras de la mas ferviente oracion.

En el gran libro de la humanidad se añadia un nombre en el catálogo de los mártires ignorados por el mundo.

A la siguiente mañana volvió á asomar el sol radiante en un horizonte puro y trasparente.

Doña Leonor y su hija estaban solas en un reducido aposento, y en sus pálidos rostros se veian las señales todas del insomnio y del llanto.

—Hija mia—decia la madre con doliente voz— voy á saber cuál es la última voluntad de tu padre que ya mora en el cielo.

Y se acercó á un armario que habia sobre una mesa, y abriéndolo, sacó algunos papeles, entre los cuales encontró dos pliegos cerrados y lacrados. En el sobre del uno decia: *Para mi esposa*: y en el del otro, *Para mi hijo Miguel*.

Tomó doña Leonor el primero, lo abrió con mano convulsiva, y mientras que de sus ojos brotaban algunas lágrimas, leyó para sí el contenido. Empero cuando apenas hubo concluido la lectura, dejó escapar un agudo grito, y cayó pesadamente en los brazos de su hija que acudió á sostenerla.

—¡Dios mio!—exclamó Andrea—¿Qué misterio encierra ese papel?

Y colocando á su madre en un sillón, mas que por la curiosidad, por cariñoso interés movida, tomó el pliego y lo leyó ávidamente.

El mismo efecto.

Tambien de su boca se escapó un grito, su rostro palideció mas de lo que estaba, y el papel se escapó de sus temblorosas manos.

¿Era el descubrimiento de algun misterio horrible lo que

tal efecto producía? Nó, y así debemos pensarlo porque Andrea, levantando al cielo la mirada, exclamó:

— ¡Dios mio!.... ¿Es posible que abrigue un alma tanta abnegacion? ¿Es posible que hasta tal extremo se sacrifique un esposo y un padre?.... Si, lo estoy viendo.... ¡Padre mio!

Abundantes lágrimas corrieron por las mejillas de la doncella que despues de recojer el papel misterioso y de besarlo con respetuosa, con religiosa ternura, se ocupó en socorrer á su madre hasta que logró volverle el perdido conocimiento.

— ¡Yo no puedo hacer ese sacrificio!—dijo doña Leonor despues de pasados algunos momentos.— ¡Imposible!.... Pero le he jurado cumplir su voluntad.... ¡Esposo mio, tú que estás en el cielo, pide al Omnipotente que ilumine mi entendimiento y que me dé fuerzas!



### CAPITULO XXXIV.

#### Lo que sucedia en Arjel.



As de dos años han trascurrido, y estamos obligados á dar á nuestros lectores cuenta, aunque ligeramente, de lo que en este espacio de tiempo habia sucedido en Arjel, en cuanto tenga relacion con el héroe de la presente historia. La vida de Cervantes no podemos seguirla paso á paso, pues aunque relatóndola dia por dia tendríamos hechos de mucho interés que pintar, solo podemos hacer mencion de los mas importantes y que mas dieron á conocer la grandeza de su alma: de otro modo, á pesar del interés que suponemos escita en nuestros lectores cuanto al príncipe de los ingenios toca, se haria pesada la lectura de nuestro libro y dejaria de tener las condiciones de

una novela que es lo que nos propusimos escribir, si bien esponiendo hechos verdaderos y comprobados.

Usando, pues, de nuestro derecho de novelista, porque á nuestro propósito conviene, damos al tiempo una bofetada, y permitasenos la retórica figura, echamos atrás dos años, nos ponemos de un brinco en Arjel, y seguimos nuestra relacion con licencia de nuestros lectores, como acostumbra á decir todo escritor bien educado.

Ya, cuando del rey Azan dimos noticia, hicimos algunas indicaciones sobre los abusos de este gobernante, y si mal no recordamos, dijimos que el pueblo estaba en extremo descontento y que á poco que se escitase á las clases pobres, peligraria, no solo el orden público, sino la vida de Azan.

Este continuaba ejerciendo el monopolio de la venta de trigo, y la escasez y carestia de los artículos de primera necesidad habia llegado al último extremo.

Cervantes habia esplotado esta situacion, y valiéndose de mil ingeniosas trazas, tramó una basta conspiracion entre los cautivos á la vez que hizo cundir mil noticias alarmantes y que escitaron al pueblo. Imposible parece que un hombre encerrado, sin apoyo de ningun género, vigilado cuidadosamente y amenazado por toda clase de peligros, llevase, hasta el punto que él llevó, sus planes atrevidos.

A mas de treinta mil ascendia el número de cautivos que entonces habia en Arjel, y Cervantes pensó que, sino todos ellos, si la mayor parte daban el grito de rebelion, aunque desarmados, su crecido número, lanzado de una vez sobre sus opresores, hubiera podido arrollarlos. Esto, si se hacia oportunamente, en los momentos en que una escitacion popular llamase la atencion del rey, daria el resultado mas li-sonjero, pues antes de que los mahometanos pensasen en suspender su lucha para destruir al enemigo comun, el golpe estaria dado.

Todos los cautivos tenian noticias de que se preparaba un

levantamiento, y aunque sin saber quien fuese el alma del plan, esperaban de un dia á otro recibir un aviso en que se les señalase el momento de lanzarse sobre sus verdugos. En el espíritu del pueblo, cansado de sufrir, estaba tambien el convencimiento de que se preparaban acontecimientos graves, y sin saber por qué, esperaban que muy pronto sonase el grito de venganza. Ninguno pensaba ser el primero, pero no tenia ninguno intencion de ser el último. Y en verdad que si media docena de atrevidos se hubiesen lanzado á las calles gritando muera Azan, la poblacion en masa los hubiese seguido.

Tal era el estado de Arjel, y el rey lo conocia perfectamente y estaba preparado, ya para combatir al punto el primer movimiento de rebelion, ya para huir si la fortuna le era adversa. No ignoraba tampoco que entre los cautivos se tramaba algun plan, porque no habian faltado aduladores ó espías que se lo advirtiesen; pero no sabia el objeto de la conspiracion, ni quién fuese el autor de ella, aunque sospechaba, lo mismo que sus adictos, que debia ser obra del manco español. Y no se estrañe que Azan fijase su atencion en un pobre cautivo para sospechar que fuese capaz de tanto, pues en tal concepto lo tenia, que muchas veces se le oyó decir, hablando de Cervantes, que como él tuviese guardado al estropeado español, tenia seguros sus cristianos, sus bajeles y aun toda la ciudad.

Por otra parte en España se hacian armamentos de tropas y galeras y se tenia por seguro que era con el objeto de verificar un desembarco en las arjelinas costas, con la cual contaba el poeta, pues encendida la rebelion en el interior de la ciudad cuando se viese atacada por el exterior, no habia duda de que su plan tendria el éxito mas feliz, y no solo conseguiria su libertad y la de todos los cautivos, sino que España se haria dueña de una plaza de mucha importancia, y la religion católica y la civilizacion darian un paso agigantado.

Dejamos á Zoraida trazando el modo de ponerse en comu-

nicacion con su amante, y vamos á decir dos palabras sobre este punto.

La esclava Zamareta se habia mostrado sensible á los ruegos de su señora, y aunque esponiendo la vida, se decidió á servirla fielmente y lo cumplió, probando que era tanta su astucia y su travesura como su lealtad. La negra habia entrado muy jóven en casa de Dalí Mamí, y la dulzura de su carácter no habia dado ocasion para que le impusiesen ningun castigo, por lo cual no habia tenido ocasion de sentir ódio contra su ama, pues la esclavitud no habia sido para ella mas que una servidumbre nada penosa.

Algunos dias tardó, pero al fin la esclava encontró medios de comunicarse con el poeta, y hasta logró que este viese algunas veces á Zoraida.

La pasion de esta no disminuia, pero no así la tibieza de Cervantes, que todo su afan lo puso en procurar que la mora dejase por la cristiana su falsa religion. Y como las exhortaciones, cuando salen de los lábios de la persona amada conmueven tanto el corazon y tienen sobre el ánimo tal influencia que rara vez dejan de producir el convencimiento, no faltaba á la mora sino muy poco para abjurar sus creencias, como ya hubiese sucedido si mas frecuentemente hubiera tenido Cervantes ocasion de hablarla.

Ya dijimos que Cervantes habia sido encerrado en el baño de Azan, donde este tenia dos mil cautivos.

De lo que era el baño dimos ya una idea, pero sin embargo, añadiremos que la prision llamada así se componia de un espacioso salon donde estaban todos los cautivos, sin mas camas que el suelo ó alguna paja que no todos podian procurarse, y contiguo á este salon otra pieza destinada á capilla y que era la iglesia mayor católica de Arjel, en donde todos los dias, á espensas de los cautivos y de una cofradía, celebrábase misa rezada por los sacerdotes residentes en la ciudad. Al extremo opuesto del edificio habia un ancho corral cerrado de

tapias por dos de sus lados, y resguardado el tercero por el palacio del rey con el cual se comunicaba. Tenia además otra puerta que daba salida á la calle y junto á la cual habia un reducido aposento donde se alojaba el conserje de aquella prision, encargado de la guarda de los cautivos, y algunos soldados para que le auxiliasen en caso de necesidad.

La mayor parte de los cautivos salian del baño de dia y á ciertas horas con permiso del guarda, y obtenida previamente esta gracia de su amo, así como les permitian tener visitas de otros cautivos y cristianos libres que iban á verlos por pura amistad ó á llevarles noticias de sus familias ó á tratar de sus rescates. Pero todo esto con muchas precauciones, pues el guarda estaba autorizado para negar la entrada y salida en la prision, y tenia orden de enterarse de cuanto allí se trataba, así como facultad para imponer castigos menores como ellos llamaban á dar algunos palos ó latigazos, á poner grilletes y cadenas y á privar uno ó mas dias de alimento al que delinquía.

Los cristianos que habian obtenido la gracia de salir del baño, eran llamados cautivos libres y no se ocupaban en trabajo ninguno. Cervantes, con su constancia y disimulo, habia llegado á lograr este privilegio al cabo de un año de estar en poder de Azan.

Los que no podian ó no querian salir, pasaban la mayor parte del dia en el corral respirando el aire libre.

Lo mismo allí que en todas partes, el tratamiento que recibian los infelices cautivos era en extremo cruel: desnudez, hambre, atroces y arbitrarios castigos, nada les faltaba. Además la vivienda era mal sana por la humedad, la falta de ventilacion y el poco ó ningun cuidado que se tenia de la limpieza, siendo su atmósfera tan nauseabunda que parecia imposible que pudiese respirarse allí sin asfixiarse.

Solo nos resta añadir para completar las noticias referentes á los dos años anteriores, que Cervantes habia sabido ya

la muerte de su buen padre, porque habia recibido algunas cartas de su madre, siendo la primera la que contenia esta triste nueva y la de haber vuelto Rodriho al ejército, y las otras dándole algunos detalles sobre el estado en que se encontraba el expediente relativo á su rescate.

Creemos haber dicho lo bastante para continuar los sucesos de la presente historia sin que deje de comprender el lector cuanto en ella se refiera; por lo cual, dejando aquí el presente capítulo que solo ha servido para dar esplicaciones, comenzaremos el siguiente, yendo en busca de Cervantes para ver en qué se ocupaba y convencernos mas y mas de que su constancia era incansable.



---

**CAPITULO XXXV.**


---

 El contrato.
 

---



AS NUÉVE de la mañana serian y casi todos los cautivos del baño del rey estaban en el corral, tendidos los unos, paseando los otros y muchos sentados formando grupos y entretenidos en diversas conversaciones.

El dia estaba sereno y brillaba el sol sin que la mas ligera nube ocultase uno solo de sus rayos á la tierra.

En el rincon mas apartado del corral y sentado en el suelo, estaba Cervantes hablando con otro cautivo que aparentaba tener unos cuarenta años y que por su noble aspecto y por sus maneras parecia ser persona de distincion.

Acababa de pasar junto á ellos el guarda del baño que era

un turco viejo, astuto como una zorra y mal intencionado y traidor como un tigre, y cuando nuestro poeta vió que se habia alejado á distancia que no pudiese oirlo, prosiguió su conversacion con el otro cautivo, interrumpida, ó mejor dicho trocada en sentido indiferente para no infundir sospechas.

—Creo, don Beltran—dijo el poeta—que ya es hora de que os vayais como ha hecho Osorio y yo haré luego, pues si salimos juntos despues de haber estado hablando podrá sospechar ese condenado cancerbero que es malicioso como un sordo.

—Antes—contestó el llamado don Beltran—daré una vuelta y hablaré con algun compañero para mayor disimulo.

—Pero no os detengais mucho porque Giron tiene poca paciencia y puede causarse de esperar.

—No mas que algunos momentos.

—Alli encontrareis á Osorio y á Meneses que habrán acudido tambien.

—Y el señor Baltasar segun ha prometido.

—Sin él nada podremos tratar.

—Con mi proposicion creo que todo quedará arreglado.

—Y como ademas podremos ofrecerles hoy la garantia del señor Antonio de Sandoval....

—No habrá inconveniente.

—Si Giron se impacienta decidle que me espere por que no tardará.

—Descuidad.

—Idos, don Beltran, que ya hablaremos despues.

—No os entretengais mucho.

—Lo preciso para no infundir sospechas.

—El cielo os guarde—repuso don Beltran á la vez que se levantaba.

—Y á vos tambien.

El caballero se alejó del poeta y se mezcló entre los diversos grupos, hablando con unos y con otros, hasta que pasados algunos momentos se acercó al guarda y le dijo:

—Saldré si me lo pormites.

—Bien—contestó el moro—pero no abuses de la gracia volviendo tarde.

Don Beltran salió del baño, y antes de un cuarto de hora hizo Cervantes lo mismo sin encontrar ningun inconveniente.

Quando estuvo el poeta en la calle se dirigió á casa de aquel mercader á quien ya conocen nuestros lectores desde que facilitó algun dinero y las botellas para la primera fuga á Oran, y allí encontró á su antiguo compañero el capitán Meneses, á otros tres cautivos y á don Beltran, que lo esperaban en compañía del señor Onofre Exarque, el mercader de sedas, y de un renegado natural de Osuna llamado antes Giron y entonces Abdaharramen, que deseoso de volver al gremio de la Iglesia Católica se habia prestado á ayudar á los cautivos para fugarse con ellos.

El plan consistia en que el dicho renegado comprase una fragata so color de salir en corso, y en ella huyesen los cristianos que para ello estaban convenidos y que eran en número de sesenta. Para los gastos se habia ofrecido el señor Onofre á dar mil y trescientos doblas que debian reintegrarle algunos de los cautivos cuando llegasen á España. Otro mercader, el señor Baltasar de Torres, daria tambien alguna cantidad con la misma garantía, y ya de este modo podria llevarse á cabo el proyecto.

—Veo—dijo Cervantes al entrar—que habeis sido puntuales, y me alegro porque tenemos contados los minutos.... pero nó, el señor Baltasar falta....

—Ya lo he visto—contestó el señor Onofre—y me ha dicho que da por bueno quanto se convenga.

—Entonces—repuso el poeta—tratemos del asunto. Vos, señor Giron, no estareis arrepentido de vuestro buen arrepentimiento, y seguireis con la intencion de correr nuestra suerte.

—No tengo mas que una palabra—contestó el renegado—

Ya he encontrado quien me venda una fragata, que está en muy buen estado, y solo me falta el dinero.

—Por mi parte—dijo entonces el señor Onofre—poco tengo que hablar: una vez que don Beltran se aviene á responderme del pago de las mil y trescientas doblas, las entregaré mañana, así como otras mil mi amigo el señor Baltasar de Torres.

—Todo está convenido—repuso Cervantes.—Estended luego la obligacion que ha de firmar don Beltran y la que por su parte harán el señor Osorio y el señor Hernandez, y mañana á esta misma hora volveremos.

—Por esta vez—dijo el capitan Meneses—pienso que logramos nuestra libertad.

—Si no lo estorba algun traidor—contestó el poeta.

—¿Sospechais de alguno?

—De dos ó tres, y por eso me guardo de que conozcan el plan en todos sus detalles, no diciéndoles mas sino que estén prevenidos para cuando se les avise.

—¿Quienes son?

—No me atrevo á nombrarlos porque ninguna prueba tengo de su mala intencion, y no debe ofenderse á nadie acusándolo solo por sospechas que no tienen fundamento alguno. Obro con precaucion por lo que pueda suceder, y si me equivoco, me arrepentiré de este mal pensamiento.

—Por Dios os ruego que procedais con cautela—dijo el señor Onofre—pues ya comprendereis hasta qué punto me comprometeria la menor indiscreccion.

—Nadie sino los presentes sabemos que vos sois el que facilita el dinero; los demás lo ignoran, no tienen de ello la mas leve idea, ni la tendrán.

—En vosotros confio.

—Podeis estar tranquilo.

—El mayor placer de Azan seria el poder acusar á uno de los cristianos libres que vivimos en la ciudad, para tener así un motivo de apoderarse de cuanto poseyese.

—Si se frustrase nuestro plan—repuso el poeta—nadie resultaria culpable sino yo, y por consiguiente nadie podria tampoco declarar en contra vuestra si yo no lo hacia, de lo cual estais bien seguro pues ni los tormentos ni la muerte me arrancarian de los lábios vuestro nombre. Probado tengo ya, señor Onofre, que sé echar sobre mí toda la responsabilidad en los momentos de desgracia, y compartir con mis amigos la fortuna cuando se nos muestra propicia.

—Por vos nada temo, señor Miguel—contestó Exarque—pero sí por algun traidor, aunque me tranquiliza vuestra prudencia.

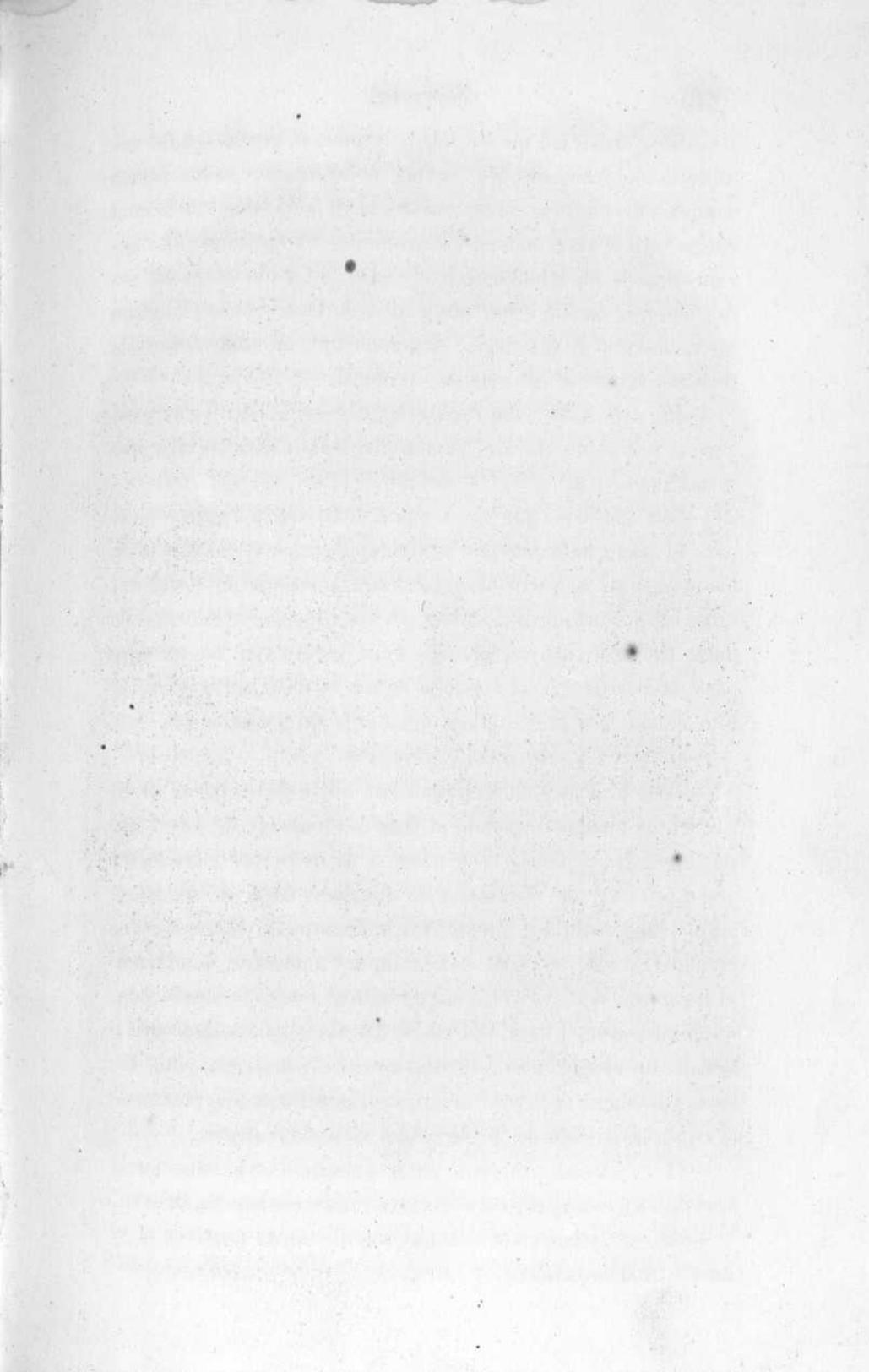
—Solo una cosa que ya os tengo dicha voy á repetiros—repuso el poeta hablando con sus compañeros—y es que si en los momentos de partir se presentase la ocasion de hacer estallar en la ciudad un desórden para dar lugar á la rebellion de todos los cautivos, marchareis solos porque yo me quedaré para luchar hasta morir por la causa de la religion y de la humanidad, por el engrandecimiento de mi pátria.

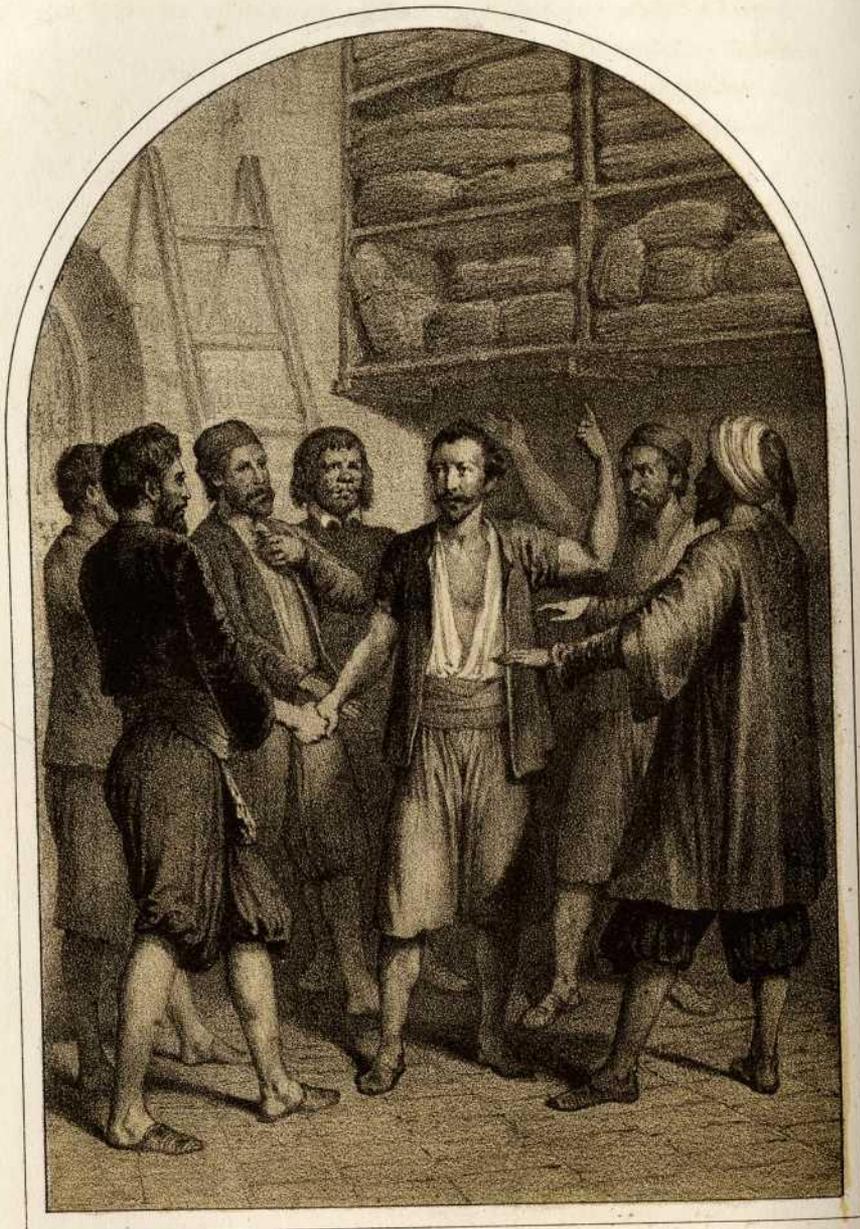
—¿Dejareis lo cierto por lo dudoso?

—Todo lo dejaré para cumplir con mis deberes. ¿Qué se diria de un hidalgo español, si teniendo ocasion de hacer un servicio á la religion y á su pátria y de morir por ellas la dejase pasar, ya por el egoismo de atender solo á su bienestar, ya por otro cualquier temor? Nó, amigos míos; si la escuadra española se acercase ó si otro cualquier incidente favoreciese el levantamiento, os veria sin envidia alejaros de estas costas, y mientras que el viento hinchase las velas de vuestro vajel y llevaba un suspiro mio á la tierra madre, sonreirian mis lábios, palparitaria gozoso mi corazon y me lanzaria presuroso al combate poseido de fé, de entusiasmo y de alegria.

—¡Y nosotros seguiremos vuestra suerte y la de todos vuestros infelices compañeros!—exclamó entusiasmado don Beltran.

—¡Sí, os seguiremos!—repitieron los otros cautivos y el mismo Abdaharramen.





Laria 2<sup>o</sup> y 3<sup>o</sup>

lit. Heráldica.

...Si Dios dispone que sucumbamos en tan noble empresa, al menos moriremos con gloria....

—Ya sabeis—añadió este—que trabajo mucho en favor de vuestra causa, á pesar del riesgo que corro.

—Es verdad, amigo Giron.

—Hasta ahora sois digno de nuestra confianza.

—Queda hecho nuestro contrato—repuso Cervantes:—la union nos hará invencibles, y si Dios dispone que sucumbamos en tan noble empresa, al menos moriremos con gloria y sin que nos sea penoso tan duro trance porque la tranquilidad de la conciencia es un bálsamo que adormece los dolores de la agonía.

Como siempre, nuestro poeta logró conmovér á cuantos le escuchaban, que entusiasmados le dieron muestras del mas tierno cariño.

—Separémonos para no infundir sospechas si tardamos en volver á nuestros encierros.

—Sí, sí, prudencia.

—Dios os guarde, señor Onofre.

Salieron de casa del mercader los cautivos y el renegado, y tomando diversos caminos para no llamar la atención, se dirigieron á casa de sus amos, satisfechos y contentos porque ya contaban por seguro el buen resultado de la empresa. Cervantes era el único que no tenia completa confianza porque los muchos reveses de la fortuna le hacian ya dudar de todo por seguro y positivo que pareciese, solo en Dios tenia fé; solo fiaba en su constancia porque iba conociendo el corazon humano y la impotencia del hombre cuando no tiene la ayuda de Dios.

## CAPITULO XXXVI.

De cómo Cervantes pensaba bien al pensar que no debe cantarse victoria antes de haber vencido.



ENTRE los cautivos de Azan, y uno de los que formaban parte de la conspiracion de fuga y de rebelion, habia un Juan Blanco de Paz, que se titulaba doctor y habia sido religioso dominico, cuyo natural perverso y revoltoso lo tenia malquistado hasta con sus mismos compañeros. Ignoramos por qué, ni en la capilla del baño ejercia su ministerio religioso, ni como tal se le consideraba, lo cual es ya un sospechoso antecedente; pero concretándonos á nuestro asunto, diremos que, el quizás falsamente llamado doctor, bien fuese porque desconfiando del plan calculase para sus adentros como habia calculado el Dorador, bien que le moviesen sus dañadas inclina-

ciones ó la envidia por las distinciones de que era objeto Cervantes, es lo cierto que resolvió hacer el papel de Judas sin que lo detuviese, ni la fealdad de la traicion ni el deber de favorecer á los que profesaban su misma religion.

Dispuesto á poner en ejecucion su ruin pensamiento, esperaba una ocasion favorable de buen humor de Azan para que fuese mas lucida la recompensa de su traicion.

Ya habia vuelto Cervantes al baño, y en el mas apartado rincon meditaba sobre sus atrevidos proyectos.

Eran las once de la mañana, y antes de comer, el rey, seguido de cuatro esclavos con sendos almohadones de terciopelo carmesí recamados de oro, salió á su jardin con objeto de pasear.

Caminaba Azan con lento paso por una calle de naranjos y espesos y corpulentos rosales, y en su distraccion no pudo advertir que un cautivo al verlo hizo un gesto de amenaza, y como si quisiese evitar encontrarse con él, ocultóse tras uno de los rosales de manera que no podia distinguirsele.

Azan llegó á aquel sitio, aspiró los aromas que esparcian las numerosas flores, y perezoso ó fatigado, hizo á sus esclavos una seña para que pusiesen al pié del rosal los blandos almohadones.

Instantáneamente fué obedecido, y sobre la menuda arena se vió un cómodo asiento donde se dejó caer el rey con aire, sino de fastidio, de indiferencia.

Los esclavos se apartaron á respetuosa distancia de su señor y quedaron atentos á éste para acudir al primer gesto de mando.

Trancurrieron pocos momentos cuando llegó otro esclavo, seguido de un cautivo de pequeña estatura, flaco y que tendria unos cuarenta y cinco años, el cual se detuvo mientras que aquel se acercaba al rey para decirle:

—Poderoso Azan, ese cautivo quiere hablarte, segun se esplica, de un asunto de mucha importancia.

—Para él—contestó el renegado;—pero que venga y así, si

tiene la desgracia de fastidiarme tendré yo el placer de verlo ahorcar de este naranjo.

El cautivo se acercó; revolviéronse recelosamente sus ojos pardos en todas direcciones, y seguro de que con todo descuido podia esplicarse, dijo:

—He venido, Azan, para darte una prueba de que los cautivos podemos tambien ser leales.

—Tú has venido—respondió el rey—para buscar una recompensa por solo cumplir con tu obligacion sirviéndome. Pero esto no importa, ya sabes que soy generoso.

—Nada te pido á pesar de que el asunto que me trae es de la mayor importancia.

—Esplicate.

—Antes—répuse el cautivo con humilde tono—quisiera haerte una advertencia, y te ruego que me perdones si á tanto me atrevo.

—¿Cuál?

—Que guardases el mayor secreto sobre la persona de quien has recibido la noticia que voy á darte.

—¿Qué temes si se sabe que has sido tú?

—Lo menos la muerte, porque es asunto que interesa á muchos y la mayor parte de ellos son gente desalmada, capaces de cualquiera maldad.

—¿Pero qué secreto es ese á que le das tanta importancia? No me hagas esperar tan grandes revelaciones que luego de sabidas me parezcan insignificantes por mucha que sea su trascendencia.

—¿Es algo la pérdida de treinta ó cuarenta cautivos?

—¿Qué dices?—replicó Azan cuyos ojos brillaron.

—¿Es algo la seguridad de tu vida y de tu reino?

—Esplicate, cautivo—repuso afanosamente el rey—que ¡por Alláh! tengo ganas de hacer un escarmiento.

—Pues bien, Azan, lo que pasa es que se conspira en tu baño y fuera de él.

—Bien, pero ¿qué se proponen y quiénes son los que conspiran?

—Se proponen provocar un motin.

—¡Un motin!

—No solo del pueblo; sino de los cautivos para recobrar su libertad asesinando á sus amos.

—Prosigue.

—Si esto no puede efectuarse, está ya convenido por muchos un plan de fuga.

—¿Conoces sus detalles?

—Bastantes.

—¡Oh!—exclamó Azan.—¡Voy á tener un gran dia!

—Un moro, que ignoro quien sea, está dispuesto á comprar una fragata como para salir en corso, y en ella deben huir los traidores.

—Prosigue, prosigue.

—Entre el pueblo se saca todo el partido posible de la carestía de granos, señalándote como la causa principal de la miseria.

—Lo sé, pero de quien sea el autor de tamaños crímenes, solo tengo sospechas, me faltan pruebas con que acusarlo sin que pueda negar.

—Me alegro—repuso hipócritamente el cautivo;—me alegro que tales antecedentes tengas porque estés convencido de que no he inventado un cuento para esplotar tu generosidad.

—Dime los nombres de los delincentes.

—Solo á uno conozco que es el alma de la conspiracion.

—¿Es el manco español?

—Sí.

—No me equivoqué—dijo Azan.—¡Por quien soy que será esta la última vez que conspire!

—Bien merece un terrible castigo.

—¿Y por qué no has aparentado unirte á ellos para conocerlos á todos?

—Así lo he hecho, pero el manco no ha querido nunca decirme otra cosa sino los medios de que se valdrian para la fuga, y se ha reservado los nombres de los demas cautivos, el del moro renegado que ha de comprar la fragata y el de la persona que facilita el dinero necesario.

—¿Y no sospechas?....

—Sí, pero sin fundamento, puede decirse.

—No importa, espílicate.

—Dos veces he visto á Cervantes hablar con el renegado Abdaharramen, pero como todo el mundo conoce á ese travieso manco y todos le guardan tantas consideraciones, no es estraño que Abdaharramen sea su amigo sin ser su cómplice.

—Creo que no andas desacertado—repuso Azan despues de meditar algunos momentos.

—Sospecho tambien si ese mercader valenciano á quien tú conoces, el señor Exarque, ayudará con dinero.

—Lo dudó porque es algo codicioso.

—De positivo nada podré decirte sino con respecto á Cervantes, porque él mismo ha tratado conmigo del asunto.

—¿Tampoco tienes sospechas de los cautivos míos que conspiran con él? ¿No has observado si en particular habla con algunos?

—Nó, porque todos son sus amigos, todos lo obedecen y lo escuchan como á un oráculo, y le guardan tales respetos y tanto lo adulan que ha llegado á envanecerse de modo que se considera casi como un gefe ó protector de los demás.

Estas palabras, dichas con acénto de despecho, dieron á conocer á Azan que la envidia era la principal causa que habia movido al cautivo á delatar á su noble compañero.

—Bien, bien —replicó el rey— eso nada mas prueba sino que ha tenido medios de hacerse adular, lo cual no habrás tú podido conseguir: á todos nos gusta que nos consideren como á superiores: la justicia en su lugar,

El cautivo frunció el ceño y se mordió los labios, sintiendo su corazón, mas que nunca, atormentado por el roedor de la envidia y la sed de la innoble y cobarde venganza.

—Mi estado—repuso con humilde y melifluo tono el cautivo—me prohíbe ambicionar las mundanales pompas hijas del soplo del espíritu maléfico que constantemente pone á prueba nuestras virtudes.

—Tú ya habrás olvidado tu oficio de fraile—replicó Azan, soltando á la vez una burlona carcajada.—Pero no hay que perder tiempo en lo que nada nos importa: acaba de decirme cuanto sepas.

—Nada mas sé.

—Pues antes de cinco minutos verás el resultado de tu lealtad.

El cautivo creyó que Azan se refería á la recompensa que pensaba darle por su traición, y dijo:

—Te repito, generoso Azan, que no me ha movido el interés....

—¡Ah!—interrumpió el rey—ya me olvidaba de que tengo que pagarte. Al hablar de resultados quise decir que voy á mandar ahorcar al manco español, único medio de tener seguros á mis cautivos y aun al pueblo.

—Sentiré que se vierta sangre....

—Pues yo no me contento con la suya, pero tendré que renunciar á castigar á otros porque será imposible hacerle hablar á ese maldito manco.

—En vano será que lo intentes.

Azan quedó pensativo por algunos instantes, y luego repuso:

—Me ocurre una idea feliz: todos caerán en mi poder sin que uno solo se escape. ¿Hay día determinado para la fuga?

—Nó, pero me han dicho que será muy pronto porque ya tienen el dinero que era lo único que les faltaba.

—Bien, esperaré aparentando que ignoro el plan y los co-

jeré en el momento de la fuga. De este modo, ni el renegado armador de la fragata se me escapará, ni tampoco el que ha dado el dinero, porque entre todos habrá alguno débil que declare para que le perdonen la vida: la firmeza del manco es muy rara.

—No puede ser mas ingeniosa la idea—dijo el cautivo que esperaba con impaciencia el pago de su traicion y aun se li-sonjeaba con que tal vez seria la libertad la recompensa.—

—¿Con que te parece bien?

—Inmejorable.

—Ahora voy á decirte lo que no esperarias oír, cautivo. Yo dejé mi religion por la de Mahoma, y al obrar así no hice mas que cambiar de ideas, sin que se me pudiese llamar por ello ni traidor ni cobarde. Luego me lancé á la guerra, y arriesgando mi vida tantas veces que parece un sueño el haberla salvado, gané riquezas y honores y he llegado á ser rey de Arjel con esperanzas de alcanzar mas elevado puesto: empero la traicion no me sirvió nunca de medio para el logro de mis empresas; siempre luché con mi enemigo cara á cara, y antes de herírlé le presenté mi pecho para que me hiriese. Es cierto que en fuerza de ver sangre, de verterla y de ver deramar la mia, se ha hecho insensible mi corazon, me he vuelto cruel hasta el extremo, y con la mayor indiferencia quito la vida á un cautivo indefenso y tal vez inocente; pero esto no es ni cobardía ni traicion, sino añeja costumbre y aun forzoso sistema para infundir temor y tener á raya á los que deben odiarme con sobra de fundamento. Te digo esto, cautivo, para que sepas que nunca fui traidor y que aborrezco la traicion; pero como es preciso que haya traidores para casos como el presente, y recompensarlos para que no dejen de serlo, voy á darte una muestra de mi liberalidad.

Quedó tan turbado el cautivo que no pudo articular una palabra. Imposible era que esperase tan durísima leccion y tan humillante desprecio del hombre apóstata de su fé, del

pirata sanguinario, del rey tirano y cruel sin igual, cuyo corazón depravado no debía abrigar ningún sentimiento que tuviese siquiera asomos de noble. Empero la traición es tan fea, tan horrible, tan repugnante, que rara vez suele encontrar, ni aun en los pechos menos nobles, una lisonjera acogida.

—Sabes el plan que me propongo seguir para sorprender á los cautivos—prosiguió Azan.—A nadie se lo comunicaré, de manera, que si llegan á saberlo y evitan el golpe, será porque tú pongas en práctica tus mañas traidoras lo mismo conmigo que con ellos.

—Secreto que me pesa es el que me has confiado, y en verdad que no quisiera ser dueño de él.

—Por Alláh te juro, cautivo, que si no eres reservado he de imponerte dos castigos á cual mas terrible: el primero perdonar á Cervantes y en tu presencia darle un premio por su ingenio, su valor y su nobleza, para que la envidia te atormente desgarrándote el corazón, y el segundo ahorcarte delante de todos mis cautivos, diciéndoles que te hago sufrir esa pena porque les has sido traidor, para que así ninguno se lastime de tu suerte.

El cautivo se estremeció.

—Voy á recompensarte—añadió Azan,

Y dirigiéndose á los esclavos, dijo:

—Uno de vosotros que vaya con este perro para que de mi orden le den un escudo de oro y una jarra de manteca.

El cautivo apretó los puños y los dientes y se retiró sin dar las gracias á su amo.

Tal recompensa encontró su acción cobarde, ruin y villana: no parece sino que Azan quiso, con premio tan mezquino, demostrar mas claramente el desprecio y aun la repugnancia con que miraba á los traidores.

Pocos momentos despues se levantó Azan y se alejó seguido de sus esclavos.

Quando se perdió de vista, el cautivo á quien vimos ocul-

tarse tras el rosal, salió de su escondite, pálido y agitado, y con voz trémula, dijo:

—Estamos perdidos.... ¡Vive el cielo que ese miserable falso religioso ha de pagar su traicion como merece!.... ¡Menguado, ruin!.... ¡No descansaré hasta aplastar su cabeza como la de un reptil venenoso!

Y luego salió precipitadamente del jardín y se dirigió al corral del baño.

Pocos cautivos habia en aquel momento allí; pero Cervantes permanecia sentado en un rincon, inmóvil y entregado á meditaciones profundas, de las cuales le sacó el cautivo con su repentina llegada.

—¿Qué sucede, señor Pablo?—dijo el poeta al reparar la palidez y agitacion de su compañero.

—Estamos perdidos—le contestó este.

—¡Perdidos!....

—Sí, acaban de descubrir nuestros planes al rey.

—¿Qué decis?—repuso Cervantes con marcada sorpresa y profundo enojo.

—Lo que oculto en el jardin he podido escuchar.

—¿Y quién es el traidor?

—¿Quién ha de ser, amigo mio, sino ese miserable?....

—No prosigais—interrumpió el poeta—porque lo adivino: otro no puede ser que el menguado ruin que se titula religioso.

—No os equivocais, el llamado doctor Juan Blanco de Paz.

—¡Oh! exclamó Cervantes de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—Todo lo ha revelado.

—¿Y me ha nombrado?

—Sí, á vos solamente porque no sabe quienes son los demas; pero ha indicado que sospecha de nuestro compatriota el renegado Giron porque os ha visto hablar con él algunas veces.

—¡Miserable!

—¡Cuántos esfuerzos hetenido que hacer para contener mi furor!

—¿Y ha dicho algo del señor Onofre?

—Sí.

—¡Eso mas, vive el cielo!

—Pero Azan no cree fundada la sospecha con respecto al mercader.

—Me tranquilizais.

—Hasta ahora solo vos sois el comprometido.

—No importa.

—Ya os figurareis que Azan piensa tomar cumplida venganza.

—¿Quién puede dudarlo?

—Pero no se contenta con castigaros á vos, y como tiene por imposible el que delateis á vuestros compañeros, trata de aparentar que nada sabe para sorprendernos á todos en el momento de embarcarnos.

—No se le cumplirá tan cruel deseo.

—Ahora, mi buen amigo, tratemos sobre lo que nos conviene hacer.

—Vosotros seguireis vuestra conducta ordinaria puesto que ningun peligro correis, y yo voy á fugarme del baño y á dar aviso al señor Onofre.

—¿Pero no volveréis?

—Me esconderé en casa de mi amigo el alférez Diego Castellano que de buena gana me recibirá, y allí permaneceré algunos dias hasta ver el giro que toman las cosas y obrar segun convenga.

—Temo por vuestra vida.

—Por de pronto no me ocurre otra idea, y voy á ponerla en práctica ahora mismo.

—¡Dios os proteja!—exclamó el señor Pablo con acento conmovido.

—¡La ruin traicion me persigue! ¡La ruin traicion que tanto aborrezco!

—¿Qué será de nosotros sin vos?

—Mucha prudencia y nada temais.

—La tendremos.

—Encargaos de decir á nuestros amigos lo que sucede.

—Lo haré.

—Adios, amigo mio, quizás para siempre—dijo Cervantes con acento ahogado.

—¡El cielo os bendiga!—le contestó el cautivo.

Y apretándose las manos, con el pecho palpitante de dolor y de rábía, separáronse, no sin abrigar el temor de ser la última vez que se viesen.

Llegó Cervantes á la puerta del baño, pero el guarda se opuso á que saliera por segunda vez.

—Dejadme—le dijo el poeta—y sino que pregunten al rey si me da su permiso.

—¿Salir dos veces?... no puede ser—replicó el cancerbero.

—Viejo zorro, no me apures la paciencia: quiero salir y saldré: si en ello tienes reparo consulta á tu señor, ó ¡voto á tu falso y condenado Profeta! que de una puñada te envío al infierno donde hace falta un portero como tú.

—¿Me amenazas?

—Cuando te digo que consultes á Azan, mis razones tendré.

Como todo era extraordinario en Cervantes, el guarda sospechó si tendría aquel algunas razones para hablarle tan atrevidamente; por lo cual, aunque de mala gana, envió un aviso al rey y poco despues volvieron con la contestacion, diciéndole:

—Azan dá permiso al manco para que salga y vuelva tarde ó temprano, segun le acomode.

Gruñó el viejo y el poeta se burló de él y salió.

## CAPITULO XXXVII.

Cervantes sigue dando pruebas de su abnegacion.



Como habia presumido Cervantes, su amigo el alférez Diego Castellano, lo recibió con la mejor voluntad del mundo, ofreciéndole ocultarlo en su propia casa y tenerlo allí hasta que se proporcionase una ocasion en que pudiese salir sin riesgo.

No pensaba el poeta abandonar sus proyectos, sino por el contrario, seguir con mas ahinco trabajando hasta conseguir por lo menos, no solamente su libertad, sino la de todos aquellos que la esperaban y la hubieran obtenido sin la traicion de Juan Blanco. Ante todo rogó á su amigo Castellano que fuese á ver al señor Onofre y decirle lo que sucedia, pues no creyó

prudente el hacerlo él mismo por si alguno lo observaba y con esto se confirmaba la sospecha del traidor.

Apenas el mercader recibió la noticia, turbóse en extremo y temió hasta tal punto por su seguridad, que se decidió á hacer cualquier sacrificio con tal de evitar su ruina que hubiese sido cierta á descubrir el rey que tan directamente favorecía la fuga de los cautivos. Resuelto, pues, á salvarse á toda costa, y sin perder un instante, encaminóse con Diego Castellano á la posada de este, donde entró pálido y agitado, sorprendiéndose al ver al poeta tranquilo y aun risueño como si nada tuviese que temer.

—No esperaba vuestra visita—le dijo Cervantes al verlo y mientras le alargaba amistosamente la mano.

—¿Con que estoy arruinado, perdido para siempre?—exclamó el mercader con voz ahogada y dejándose caer en una silla.

—¡Arruinado, perdido para siempre!—repuso el poeta como si no comprendiese estas palabras.—¿Pues qué os ha dicho mi amigo el señor Diego que así os espanta.

—¡Qué me ha dicho!—replicó con estrañeza el señor Onofre.—¡Por Dios, señor Miguel, que sois bien raro!.... ¿Eso me preguntais? ¿Pues no se ha descubierto el plan? ¿No habeis huido del baño para evitar la muerte? ¡Vive el cielo, que esa tranquilidad que mostrais no es ya valor, sino loca temeridad! ¿No sabeis lo que os espera?

—Que me ahorquen.

—¿Y á mi?

—Nada.

—¡Nada!.... ¿Pues qué Azan no se holgará con la ocasion que se le presenta de despojarme de todo cuanto poseo sin dejarme una dobla, y de imponerme, si no otro castigo, por lo menos el de un destierro?

—¿Y por qué ha de obrar con vos así el rey? ¿De qué puede acusaros?

—De que soy vuestro cómplice: ¿os parece poco? Ya sabeis que segun las leyes de este pais incurre en la pena de muerte el que favorece por cualquier medio la fuga de un cautivo.

—¿Y quién ha de decirle que favoreciais la nuestra? Mis compañeros, no, porque como ninguna sospecha tiene de ellos el rey no les preguntará.

—Pero vos caereis en su poder tarde ó temprano....

—¡Señor Onofre!—interrumpió Cervantes, clavando una mirada severa en el mercader.

—De manera—repuso Exarque, bajando la cabeza—que si os ponen en la alternativa de morir ó declarar, como la vida es primero que todo, y para vos valdrá la vuestra mas que toda mi fortuna....

—No prosigais—replicó el poeta.—Os perdono el mal pensamiento: creí que me conociais mejor.

—Perdonad, señor Miguel, que no he pensado ofenderos porque os estimo en mucho y de ello os he dado pruebas; pero por lo que pueda suceder, me parece que debemos cortar por lo sano.

—No es comprendo.

—Me explicaré.

—Sí, sepamos lo que habeis discurrido.

—He pensado que para mi tranquilidad y vuestro beneficio, lo mejor es rescataros. De este modo, Azan no se acordará mas de vos, y como es consiguiente, tampoco del asunto desgraciado de vuestra fuga, y yo quedaré en la completa seguridad de que nadie vendrá á incomodarme. Vuestro amo ha dado por vos quinientos escudos, y segun me habeis dicho, no piensa dejaros si no dobla esta cantidad: veremos el partido que puede sacarse, pero si se obstina en no hacer rebaja, le daré los mil escudos. Para que nada sospeche le diré que espero la llegada del dinero para vuestro rescate y que mientras os deje en libertad bajo mi fianza.

—Señor Onofre, mucho os agradezco el sacrificio que por mí quereis hacer, pero no puedo aceptarlo.

—¡Que no lo aceptais!—replicó sorprendido en extremo el mercader.

—Nó, porque seria una accion de cobarde egoismo el abandonar á mis compañeros en los momentos de peligro.

—¿Estais loco?

—Les he jurado correr su suerte, morir con ellos y por ellos, y no aceptaré mi libertad sin que antes se rompan sus cadenas.

El mercader contempló por algunos momentos á Cervantes, como si dudase de que ningun hombre fuese capaz de tanta abnegacion.

—¿Y si vuestra familia pudiese rescataros?—dijo al fin.

—Tampoco lo aceptaria, á menos que me encontrase imposibilitado para ayudar á mis compañeros, en cuyo caso, sino habia de serles útil ni libre ni cautivo, volveria á mi patria.

—¿Acaso podeis hacer algo por ellos ahora?

—Puedo al menos intentarlo.

—Si volveis á poder de Azan y os deja con vida os quitará todos los medios.

—Pero eso no puede asegurarse.

—Aceptad mi oferta: volved á España donde os espera vuestra madre, pobre y desamparada; ella es antes que vuestros amigos.

Tentadora era la proposicion y nadie sino Cervantes hubiese dudado un momento en aceptarla; pero no era el poeta un hombre como muchos, estaba dotado de un alma privilegiada, y una vez propuesto á llevar á cabo una noble empresa, nada le hacia desmayar ni retroceder.

Todos los hechos que vamos relatando son verdaderos, están justificados con documentos, y lo advertimos porque aquellos que no conozcan la vida de nuestro inmortal Ingenio, aunque serán pocos, podrian creer que tales rasgos de sin par

abnegacion eran invento de la fantasía para dar interés á nuestra obra.

El mercader rogó nuevamente al poeta, le recordó su patria y á su desvalida madre y hermana, haciendo la cuestion de conciencia; se lo pidió en nombre de su padre, y no dejó, en fin, sin tocar una sola de las delicadas fibras del corazon de Cervantes; pero este, aunque conmovido con semejantes recuerdos y hasta esforzándose para que el llanto no asomase á sus ojos, se mantuvo firme en su propósito noble y juró una y mil veces que ni el miedo de la muerte ni los mas duros tormentos le arrancarían una palabra que pudiese comprometer al mercader.

Este al fin, convencido de que nada adelantaria, tuvo que abandonar su proyecto y se retiró algo mas tranquilo porque le inspiraban mucha confianza las seguridades que le habia dado el poeta de no pronunciar una palabra que pudiese comprometer á nadie.

Cervantes quedó en casa de su amigo, y pasados algunos dias, viendo Azan que no volvia su cautivo, tuvo por cierto que receloso de alguna traicion se habia fugado; pero como se informó y supo casi con seguridad que no habia salido de la poblacion, no perdió la esperanza de recobrarlo, y al efecto mandó que por las calles se pregonase la fuga del poeta, amenazando con pena de la vida al que lo ocultase.

Desde el aposento en que estaba, oyó Cervantes el pregon por dos veces, pues de corto en corto trecho se repetia; y levantándose resueltamente, impulsado como siempre por sus sentimientos de noble proceder, buscó á su amigo el alférez y le dijo:

—Os dejo.

El señor Diego lo miró sorprendido.

—¡Que me dejais!

—¿Habeis oido lo que por orden del rey se pregoná por las calles?

- De nada me he apercibido.
- Se amenaza con pena de la vida al que me oculte, y como si no me encuentran se registrará casa por casa de la ciudad....
- ¿Pero á dónde vais?—interrumpió el alférez.
- Al palacio de Azan.
- ¡Entregaros vos mismo!
- Sí.
- No hareis tal locura.
- Tampoco abusaré de vos comprometiendo vuestra vida y vuestra hacienda.
- Me ofendeis, amigo mio—replicó el señor Diego en un impulso de noble generosidad.—Os he dado asilo y todo lo arrojare para protejeros. Si os descubren y el rey quiere que se cumpla su arbitraria sentencia, bien, la sufriré con resignacion y no me arrepentiré de haber obrado con vos como cumple á un antiguo y leal camarada. ¿No sabeis por experiencia que el peligro no me asusta?
- Lo sé y conozco toda la grandeza de vuestra alma; pero debeis pensar que con perder vos vuestra vida no salvais la mia. Sacrificadlo todo cuando podais hacer un beneficio, pero cuando no han de obtenerse resultados, entonces es una locura el arriesgarse.
- No me convencereis.
- Me iré sin convenceros.
- Os ruego que no hagais tal.
- Estoy resuelto á presentarme á Azan, porque si alguna desgracia os sucediese por mi culpa, los remordimientos me harian morir desesperado.
- Permaneced siquiera hasta mañana, y entre tanto veremos si se encuentra algun medio de evitar la muerte que tan cierta os espera.
- ¡Gracias, mi generoso amigo!—repuso Cervantes mientras que abrazaba al alférez.—No olvidaré lo que os debo...

—Al menos dejadme que os acompañe.

—Nó, porque seria descubrir que me habeis ocultado.

El señor Diego no insistió porque conocia bien al poeta y sabia que una vez decidido no retrocedia.

Cervantes, resuelto á todo, salió animosamente de casa de su amigo, y con paso firme y presuroso se encaminó al palacio de Azan.

Al atravesar una calleja solitaria sintió que le tocaban en un hombro, y volviéndose y mirando á un moro que estaba detrás, le alargó amistosamente la diestra y le dijo:

—Nunca en mejor ocasion.

—¿Pero á dónde vais tan de prisa y sin recato alguno cuando correis el mayor peligro?—le dijo el moro con tono que indicaba el interés de una buena amistad.

—¡Peligro cuando se obedece al rey!

—Siempre el mismo—repuso el moro.—No he hablado con vos una sola vez que no me contesteis algo que me sorprendia, como haceis ahora diciendo que obedeceis al rey cuando se pregoná vuestra cabeza por las calles de la ciudad.

—Pensadlo bien, que no es la mia, sino la vuestra la que está amenazada.

—¿Lo tomáis á broma?

—Todo el que me proteja será ahorcado...

—¿Habeis oido el pregon?

—Sí, y como vos estais dispuesto á protegerme incurris en la pena.

—Dejad las chanzas, señor Miguel.

—Bueno, hablemos seriamente. Os dije que llegábais en buena ocasion.

—Explicaos.

—Sois amigo de Azan, de los que con él tienen más influencia, y podeis hacerme un favor.

—Sabeis que mi amistad es verdadera, y que aun cuando renegué de mi religion, miro á los cristianos con particular interés.

—Me fugué como os lo habrá hecho comprender el pregon.

—Ya lo sabia por Azan que siente vuestra pérdida más que la de todos sus cautivos, y sé tambien que fraguábais una conspiracion que se ha frustrado por la traicion de un Judas.

—Pues bien, para no comprometer á un amigo que me tenia oculto, me he salido de su casa y voy á presentarme al rey.

—Siempre noble.

—He cumplido con mi deber.

—¿Y deseais?...

—Que me acompañeis al palacio de Azan para que vuestra influencia temple algun tanto su bárbaro enojo, pues aunque la vida es para mí una carga pesada, tengo una madre y una hermana que necesitan de mí y debo conservarme siempre que pueda hacerlo sin cometer ninguna baja.

—Os acompañaré de buena voluntad, y estad seguro de que emplearé todo mi valimiento en vuestro favor.

Agradecido Cervantes, y deseoso de servirlo el moro, siguieron calle arriba con ligero paso.

Era este que tan buen amigo se mostraba un renegado murciano llamado Morato Raez, y por sobre-nombre Maltrapillo, muy amigo del rey y mucho mas y muy admirador del poeta. Gozaba de buena fortuna y era en Arjel muy conocido y de todos estimado por la bondad de su carácter y nobles inclinaciones, no pareciéndose en esto á los demás renegados que eran en lo general mas perversos que los moros, sin que se pudiese fiar de ellos en ninguna ocasion.

Largamente hablaron por el camino sobre el estado de los negocios públicos, y en particular sobre aquello que podia en algo interesar á nuestro poeta.

Llegaron al palacio de Azan, y mientras le daban aviso, Cervantes, dijo al renegado.

—Vuelvo á repetiros que no imploreis mi perdon porque no quiero humillarme á ese bárbaro: solamente deseo, y este

es el favor que os pido, que contengais el primer arrebató de su ira para que me escuche.

—¿Pero qué perdeis por mostraros humilde algunos instantes, si esto ha de daros la vida?

—Nó, amigo mio, antes prefiero que me ahorque.

—Pues tened entendido que está furioso como un tigre, y que si escitais su enojo será inútil mi influencia.

—No importa.

—Dejadme obrar.

—Trabajareis en valde.

Iba á replicar Morato cuando llegaron los criados de Azan diciéndoles que entrasen, lo que hicieron, con mas temor el renegado que el mismo Cervantes en cuyo rostro se traslucia la animosa tranquilidad de su corazon.



## CAPITULO XXXVIII.

Ingenio contra fuerza.

o bien Cervantes y Morato entraron en el aposento donde se encontraba Azan, cuando este, levantándose del divan en que estaba recostado y dando en el fuego de sus ojos y en lo encendido de su semblante muestras claras del enojo que sentia, ex-

clamó :

- ¡Perro, miserable, ya concluyeron tus hazañas!
- Cálmate, amigo Azan,—le dijo Morato Ruez con dulzura.
- Quiero pedirte una gracia y espero que no me la niegues.
- Perdona—repuso el rey, dirigiéndose al renegado—si no te recibo como siempre; pero el coraje me ciega.
- Escúchame, Azan.

—Dí cuanto quieras, pídemelo cuanto te plazca porque me has prestado un gran servicio trayéndome á este miserable.

El poeta se sonrió irónicamente y dijo:

—Veo que no has acabado de conocerme, Azan.

—¡Silencio, perro!—exclamó el rey.—Silencio y tiémbla porque tu vida es corta.

—Si ves aquí á tu cautivo—repuso Morato—es porque viene por su voluntad, no porque lo traigo yo, que sería muy difícil no queriendo él. Lo encontré, me rogó que lo acompañase, y por eso me ves aquí.

—¿Ha tenido miedo de seguirte ocultando el que te dió asilo?

—También te equivocas—contestó el poeta.

—Poco me importa saber el motivo que te ha hecho volver; lo cierto es que estás aquí y que por esta vez no escaparás como en otras ocasiones.

—Me has prometido concederme lo que te pida—dijo Morato—y si he venido con Cervantes no ha sido mas que para rogarte que lo perdones.

—No es eso exacto—replicó el poeta;—yo no quiero pedir perdón ni que lo imploren por mí; la amistad de Morato Ræz la necesitaba solamente para que aplacase el primer arrebató de tu cólera y me dejases hablar.

—Lo has conseguido—repuso Azan—pórque precisamente lo que quiero es que hables.

—A costa de un perdón humillante no quiero la vida—añadió el poeta.

—Por esta vez—dijo el rey—no revocaré mi sentencia, y ten por seguro que te ahorcaré sino declaras quienes son tus cómplices.

Cervantes meditó algunos momentos, y acordándose de cuatro caballeros españoles que habían sido rescatados y que habían salido de Arjel el mismo día que él huyó del baño, dijo:

- ¿No quieres más que eso?
- Si declaras te impondré otro castigo que no sea la horea.
- Gracias por tu generosidad — contestó irónicamente el poeta.
- Pero no me respondas con una burla como en otra ocasión.
- Mis cómplices eran cuatro cautivos tuyos.
- ¡Sus nombres!
- Don Juan Hernando....
- Se rescató.
- El capitán don Gil de Bustos....
- Ese también....
- Don Mateo Nuñez y el señor Antolin Vazquez.
- Todos se han rescatado.
- Su dinero debía servir para la compra de la fragata.
- ¿Quién era el renegado que debía comprarla?
- Lo ignoró porque se entendía, como era consiguiente, con los que daban el dinero.
- ¡Mientes!
- ¿Das más crédito al fraile que á mi?
- ¿Quién te ha dicho?....
- Ya sé que te han estafado un escudo de oro y una jarra de manteca.
- No apures mi paciencia, cautivo — replicó Azan. — Dime cómo sabes quien fué el traidor.
- No es justo que le exijas más — dijo Morato al rey. — Ya te ha declarado los nombres de sus cómplices.
- Ha mentado.
- Pruébalo — repuso el poeta.
- Sabes que esos cautivos se rescataron y no están en Arjel.
- Harto lo siento porque no supieron cumplir su promesa, empleando en la fragata el dinero de su rescate.
- Pero no eran cuatro, sino cuarenta los cautivos míos que debían fugarse.

—Mi delator te engañó añadiendo un cero.

—De otros crímenes te se acusa.

—De que intento provocar una rebelion, pero no he delinquido mas que con el deseo.

—¿Confiesas? ....

—Debias sospecharlo porque es natural que los cristianos deseen ser dueños de Arjel; y si esto es un delito, un crimen como tú le llamas, debes ahorcar á todos los cautivos, á todos los que encierra la ciudad, ó mejor dicho, á todos los cristianos que hay sobre la tierra, porque no hay uno que deje de tener igual deseo.

—Es que tú has conspirado.

—¿No tienes mas pruebas que la delacion del fingido reverendo y doctor?.... Pues ten entendido que se ha burlado de tí.

—¿Y tú tampoco tienes pruebas para justificarte?

—¿De qué?

—De la conspiracion.

—Es cierto que conspiraba para alcanzar mi libertad.

—Pero has prometido perdonarle la vida si declaraba quienes eran sus cómplices—dijo Morato Ruez.

—Cumpliré mi promesa aunque no quedo satisfecho; pero le queda otro delito que castigaré con doscientos palos.

—No me los darán.

—¿Piensas que seré tan débil?....

—Pienso que, aunque bárbaro y cruel, sabes cumplir tus promesas como acabas de decir.

—No lo hice mas que de perdonarte la vida.

—¿Y por qué quieres imponerme el castigo de los palos?

—Por tu fuga.

—¡Por mi fuga!—repitió el poeta como admirado.—Yo no me he fugado.

—¿Té burlas?

—Tienes mala memoria; Azan.

—No me provoques, cautivo.

—Cálmate y recordarás que salí del baño con tu permiso.

—Es cierto.

—Y que al dármele, añadistes que yo podia salir cuando quisiese y volver tarde ó temprano segun se me antojase.

Azan contempló admirado á Cervantes, y su cólera cedió ante la ingeniosa ocurrencia de querer probar con incontestables razones que no habia semejante fuga, sino el uso de una autorizacion tan terminantemente concedida.

—Cautivo — dijo el rey despues de algunos instantes — no sé lo que en tí vale mas, si tu valor ó tu ingenio.

—Sin duda mi valor, puesto que acabo de convencerme de que soy muy torpe porque no supe comprender las palabras con que me otorgastes el permiso de salir.

—¿Crees que te has librado del castigo? ....

—Creo que me tendistes un lazo y que has caido en él. Sin embargo, puedes abusar de la fuerza y castigarme, pero me queda el derecho de decir que eres de los hombres que olvidan sus palabras.

—Podrás llamarme cruel, pero no mal guardador de mis promesas—replicó Azan.—Válgate por hoy tu ingenio.

Y luego añadió, dirigiéndose á Morato:

—Amigo, complacido estás.

—Gracias, contestó Maltrapillo.

Azan cedió, como siempre, á la influencia de Cervantes cuya superioridad reconocia mal de su grado.

—Cautivo—dijo despues de algunos momentos—acabastes de ejecutar tus atrevidas trazas. Voy á mandar que te encierren en uno de los calabozos de la cárcel donde estarás seguro y yo tranquilo, pues de otra manera no tengo medio de guardar mis esclavos.

Un cuarto de hora despues fué encerrado Cervantes en la cárcel de moros que estaba en el mismo palacio de Azan, y allí, en un calabozo donde apenas se deslizaba un debilísimo rayo de luz, sujeto á una cadena de hierro que apenas ten-

dria seis pies de largo, quedó el infeliz sin esperanza alguna de salvacion, y tranquilo y resignado aguardó la muerte que no podria hacerse esperar, pues era imposible vivir mucho tiempo de aquella manera.

No se contentó con esto Azan, sino que llevado de la sospecha de que el renegado Giron, ó sea Abdaharramen, era el que debia favorecer la fuga de los cautivos, lo desterró al reino de Fez, con sentimiento de no poder castigarlo mas severamente por carecer de pruebas con que acusarlo; y aunque no las necesitaba su autoridad sin límites, pero como era tan creciente entonces el descontento del pueblo, respetaba algo mas que antes la justicia para no dar ocasion á nuevas quejas de su tiranía.

El mercader Onofre Exarque salió bien librado, pues ni aun siquiera de él se acordó el rey.

Tal fué el triste resultado de aquella nueva tentativa que debia ser la última en que Cervantes dió pruebas de su arrojo, de su ingenio, de su constancia y de la nobleza de su alma y grandeza de su corazon.



**CAPITULO XXXIX.**

**En Madrid y en Arjel.**



IENTRAS esto sucedia en Arjel, en Madrid, la madre de Miguel de Cervantes, seguia con incansable ardor haciendo toda clase de esfuerzos, todo género de sacrificios para conseguir el rescate de su hijo querido.

Hay que advertir que doña Leonor, un dia despues de pasado el año de la muerte de su esposo, volvió á casarse con un hidalgo pobre, pero honrado, por nombre Sotomayor, del cual tuvo una hija á quien llamaron Magdalena. Mucha estrañeza causó este matrimonio á las personas que sabian con cuán profundo amor y respeto guardaba doña Leonor la memoria de su primer marido, y mas estrañaron que Andrea mostrase ser de su aprobacion que otro

ocupase el lugar de su virtuoso padre; empero la madre como la hija callaron al mundo las razones que tenían para obrar así, y el día del casamiento, despues que este se hubo verificado, cambiaron una mirada, se estrecharon con un abrazo dolorosísimo y de sus ojos salió una lágrima cuyo valor solo ellas comprendian. Pero la viudez debia ser el estado de la noble señora, porque antes del año murió Sotomayor, y algunos meses despues se casó Andrea con su primer marido Sanctes Ambrosi, natural de Florencia.

Como hemos dicho, la maternal constancia de doña Leonor consiguió al fin ver terminado el voluminoso espediente en que debia fundar su pretension para que el monarca ayudase por lo menos con alguna cantidad al rescate de Miguel. ¡Vana esperanza que debia darle el mas amargo de los desengaños!

Se solicitó del rey la gracia de que mandase dar del tesoro lo que á bien tuviese para tan humanitario fin, y entonces se procedió á formar un segundo espediente para crear un arbitrio especial, pues segun el sistema económico y administrativo de aquellos tiempos no podia hacerse otra cosa. Los trámites eran muchos y no fué poco el tiempo que en esto se perdió.

Llegó al fin el día en que el monarca decretase en vista de un centenar de informes, y el fundador de San Lorenzo del Escorial, el que gastó montañas de oro en encender guerras civiles en otros reinos para ayudar los cálculos de su ambicion y de su política tenebrosa, el señor de dos mundos, concedió por toda merced un permiso para esportar de Valencia á Arjel por valor de dos mil ducados de mercaderías no prohibidas para que con las ganancias de la venta de estas se ayudase á rescatar á Miguel de Cervantes, al soldado valiente y cubierto de heridas, al cautivo que antes que pensar en su propia suerte pensaba en su patria y agravaba su situacion para añadir una joya á la corona de aquel mismo rey. Esto no necesita comentarios; basta decirlo sencillamente para

comprender toda la ingratitud que entonces y despues demostraron los que mas debian al desvalido manco. Los apasionados del monarca *Prudente*, *Justiciero*, *Magnánimo* y *Caritativo*, intentan defenderlo de esta *gratuita acusacion* de ingrato, diciendo que Cervantes entonces no habia dado prueba alguna de su grande ingenio, y que por consiguiente solo podia considerársele como á uno de tantos que en aquella época demostraron su heróico valor en las guerras que se sostenian, y que gemian, tambien como Cervantes, en las mazmorras de Arjel; por cuya razon todos tenian igual derecho á ser atendidos, y si á rescatarlos á todos hubiese acudido Felipe II, no le hubieran bastado el tesoro de la nacion y el suyo particular. La réplica es sutil, pero nada mas que sutil, porque debe tenerse en cuenta que del espediente formado á peticion de Rodrigo de Cervantes, resultaban justificados servicios particulares que ninguno tenia en su favor, así como los muchos sacrificios que con riesgo de la vida habia hecho el poeta en bien de sus hermanos. Empero esto sin duda no tenia ningun valor para el que se envanece con ser el primer defensor de la religion católica, haciendo alarde de una caridad que en vano hemos intentado ver justificada. Y á pesar de todo perdonáramos esta ingratitud á Felipe II si no hubiese ido seguida de otras inescusables. Despues del rescate del poeta se hizo en Arjel otra informacion de la cual resultaba, primero, que olvidándose de sí propio atendió constantemente á los demas cautivos; segundo, que habia dado las mas inequivocas pruebas de una fé religiosa que desgraciadamente era y es poco comun, y tercero, que á no mediar la vil traicion, Arjel hubiera sido de España y hubiéramos llevado allí la civilizacion que por convenir á sus miras políticas ha llevado la Francia tres siglos despues, haciendo un gran servicio á la humanidad. ¿Y qué hizo Felipe II por el que volvió á España con aquel brillante y honroso documento? ¿Qué hizo por el que dejaba una envidiable reputacion entre cristianos y moros,

por el que logró ocupar la atención del gravísimo P. Haedo, hasta el punto de que en su *Historia de Arjel* hiciese particular mención con muchos detalles de nuestro inmortal poeta? Miguel de Cervantes mereció una página en la historia de un pueblo, porque cargado de cadenas y encerrado en un calabozo pudo influir en los destinos de aquel mismo pueblo y aun quizás en la marcha de la civilización de aquella parte del mundo, y no mereció mas que el desprecio y la ingratitud del prudente Felipe de Austria. Ya se vé como el manco de Lepanto no necesitaba demostrar las dotes de su claro ingenio para ser digno de que no se le confundiese con esa multitud de hombres que nacen, viven y mueren sin hacer mas que nacer, vivir y morir. Si se hubiese tratado de atacar la independencia de un pueblo para aumentar conquistas y poder, Felipe II hubiera derramado el oro con tanta abundancia como sus ejércitos derramaron la sangre en Flandes y, tal vez como algunos sospechan, su política en la San Barthelemy. Pero se trataba solamente de conquistar un gran corazón, de pagar á un soldado leal y valiente la sangre que habia vertido, y esto era poco para el gigante de nuestra gigantesca historia.

Repetimos lo que ya hemos dicho en otras ocasiones: admiramos á Felipe II porque su cabeza atesoraba un talento político que pocos ó ningun hombre han alcanzado, pero no encontramos bueno el uso que hizo de tan riquísima dote, no puede perdonársele su ingratitud.

Quizás nos separamos demasiado de nuestro asunto, pero ya volvemos á él.

De nada sirvió la merced concedida por el monarca. Al principio creyó doña Leonor que el privilegio de sacar las mercaderías sacaría del cautiverio á su hijo. ¡Vana ilusión! La dolorida madre, pensando ofrecer un tesoro, ofreció la real merced á todos los comerciantes, y despues de muchos pasos dados inútilmente, solo uno encontró que le ofreciese por él la mezquina suma de sesenta ducados.... ¡Madre infeliz!

Empero no desmayó por esto y buscó otros tratantes en esta clase de negocios.... Ninguno volvió á encontrar que le ofreciese un solo escudo, y entonces, para aprovechar algo, decidióse á venderlo al primer comprador que habia encontrado y se presentó á sacar la cédula de merced; pero ¡oh país de las anomalías! los derechos curiales importaban mas de los sesenta ducados que por ella le habian ofrecido.

Doña Leonor tuvo que renunciar á este socorro, y siguiendo sus diligencias pudo conseguir que de los fondos de la limosna general de la orden Redentora se aplicasen cincuenta doblas al rescate de su hijo Miguel.

Esto no alcanzaba ni con mucho mas para satisfacer las exigencias de Azan, y tuvo la pobre madre que dejar que la usura se apoderase del resto de su hacienda y que permitir que su hija recurriese otra vez á su dote para poder reunir trescientos ducados.

Mientras que el monarca y los poderosos magnates cerraban sus oídos á la voz de la desgracia, un hombre oscuro y pobre que ni siquiera conocia á Cervantes, pero que habia tenido noticia de este asunto, dió cincuenta doblas que probablemente constituirian el total de sus ahorros de muchos años, hechos á costa de trabajo y privaciones. Quizás sin el rasgo generoso de aquel hombre no hubiera podido conseguirse el rescate del poeta, y á tan caritativa accion sea deudora España de poder envanecerse con el nombre de Miguel de Cervantes, al cual debemos unir el de su desinteresado bienhechor, que lo fué un tal Francisco Caramanchel, doméstico de un consejero.

El producto de tantos afanes y amarguras fué entregado al fin al padre fray Juan Gil, religioso de la orden de la Santisima Trinidad, y su procurador general, varon sábio y de ejemplares virtudes, que en compañía del padre fray Antonio de la Bella, ministro del convento de Baeza, llevó á Arjel el estandarte de la Redencion con algunos fondos particulares de

la órden. Esta gloriosa espedicion salió de Madrid en el mes de mayo de 1580, quedando doña Leonor y su hija mas tranquilas y consoladas, aunque mas que nunca pobres y sin recursos porque todos los habian agotado.

Mientras esto sucedia en Madrid, en Arjel tambien se deramaban muchas lágrimas por Cervantes.

Nos referimos á Zoraida que desde la última prision del poeta, perdida ya toda su esperanza, deseaba la muerte para acabar de padecer. Empero en aquellos momentos en que la desgracia la perseguia como nunca, cuando parecia que el dolor que consumia su existencia no debia dar trégua á ningun otro sentimiento que el de su amor, acudieron á su mente mas vivos que nunca, mas consoladores y mas halagüeños, los recuerdos de las exhortaciones religiosas del poeta y fueron dominando poco á poco su razon hasta encender en el alma una leve chispa de fé que debia convertirse en hoguera.

Trascurrieron así muchos dias, y la esposa de Dalí Mamí, siempre pensando en Cervantes, no pudo olvidarse tampoco de las exhortaciones de este, y cada dia se sintió mas inclinada á las creencias de la religion católica, llegando al fin el caso de desear vivamente recibir el bautismo.

Entonces, con todo el ardor de su espontáneo deseo, se ocupó en buscar los medios mas seguros de llevar á cabo su determinacion, y bien porque alguna nueva esperanza aliviase sus dolores, bien porque ocupada con tales proyectos su imaginacion no la dejasen pensar tanto en sus tristes desgracias, es el caso que sintió algun consuelo y recobró algunas fuerzas.

Al fin, despues de mucho cavilar, ocurriósele un pensamiento atrevido, y decidida á ponerlo en práctica, llamó á Zamareta, su esclava favorita, para participárselo y saber si podria contar con su ayuda. Además, la esclava era astuta en estremo, y su opinion debia tenerse muy en cuenta.

Zamareta acudió al llamamiento de su señora, y arrodillándose y luego descansando el cuerpo sobre la parte inferior

de las piernas, se dispuso á escucharla con religiosa atencion é interés porque la queria estremadamente.

—Mi buena Zamareta—le dijo Zoraida—ya sabes cuánto sufro sin otra esperanza de alivio que el negro de la muerte.

—Pero hace algunos dias, sultana—le contestó la negra hija de la India—que estás menos triste. Yo adivino la causa de esto, y con tal que tu vida se salve y recobres tu sosiego, todo lo encuentro bien.

—¿Has adivinado la causa de mi alivio?

—Sí, sultana.

—¿Y cuál piensas que es?

—El haber trocado tus creencias religiosas por las del cautivo que tiene tu corazon.

—¿Y por qué lo sospechas?

—Porque casi no me has hablado de otra cosa y te faltaban palabras para elogiar una religion que es igualmente buena para todos, lo mismo para el rico que para el pobre, para el hombre que para la mujer, á la cual los cristianos tienen y miran como ó una criatura y no como á un ser despreciable segun sucede entre los creyentes de Mahoma.

—Es verdad, te he dicho que entre los cristianos las mujeres somos sus hermanas, y para los mahometanos no somos otra cosa que un ser intermedio entre la criatura y la bestia, un mueble animado que cuando ya no puede servir para lo que se le destina, se le abandona y aun se le considera estorboso. El hombre que hoy vemos á nuestras plantas, esclavo de nuestra hermosura, mañana nos mira con desden porque se marchitó nuestra belleza, y como el que arroja al suelo una flor que ha perdido su perfume, nos rechaza sin que le quede de nosotros ni el recuerdo mas débil de cariño: todo lo mas que solemos inspirarle es compasion.

—Lo que prueba, sultana, que encuentras mejores las máximas del cristianismo, y por consiguiente....

—Pues bien, Zamareta, ¿para qué he de negártelo? quiero

ser cristiana, quiero esa religion que se engrandece con la humildad, que castiga con el perdon, que guarda en la otra vida goces para el pobre y consuelo para el que llora; esa religion donde todos son hermanos, lo mismo el rey que el vasallo, el noble que el plebeyo, y que tiene por base el precepto de « ama á los demás como á tí mismo, no hagas con los otros lo que no quieras que hagan contigo. » Los cristianos son todos iguales en esta vida, iguales en la otra, no tienen mas que un cielo, una ley, una misericordia que alcanza á todas las criaturas y á todos los pecados... ¡Ah!... Esa religion es la del Dios verdadero y el que la predicó su verdadero Hijo, el Hijo de Dios el que socorria á los pobres, consolaba á los afligidos y ayudaba á los desvalidos y á los débiles.

Bien habia aprovechado Zoraida las exhortaciones del poeta, si ha de juzgarse de sus palabras, que más parecian hijas de una larga instruccion en los principios católicos.

—Sí, sultana—replicó Zamareta con algun entusiasmo;— eso es muy consolador y muy justo, y no estraño que calme tus dolores. ¿Pero cómo has de ser cristiana siendo esposa de Dalí Mamí?

—He concebido un proyecto—repuso Zoraida—y para consultarte y ver si puedo contar con tu ayuda te he llamado.

—¿Si puedes contar con mi ayuda? ¿Acaso te la he negado hasta ahora? ¿No soy tu esclava?

—Mi esclava, nó, Zamareta: ya no tengo esclavas, sino hermanas como me manda el Dios verdadero: desde este instante eres libre, y solo podrá estorbar tus acciones mi esposo, usando de su criminal derecho.

Los ojos de la negra se humedecieron por el llanto, y besó repetidas veces los pies de su señora.

—¡Jamás te abandonaré!—exclamó la pobre esclava. ¡Jamás!... ¡Mi vida es tuya!... Yo tambien quiero ser cristiana, tú me enseñarás los preceptos de esa religion porque yo

nó sé de ella mas sino que el esclavo tiene tambien un Dios, que le promete un cielo como al rey mas poderoso.

— ¡Sí, seremos cristianas!

— Dime tu proyecto, sultana, y cuenta conmigo para todo.

— He pensado huir de Arjel—repuso Zoraida.

— ¡Huir de Arjel!—repitió con asombro la negra.— ¡Huir de Arjel!.....

— Sí, quiero ir á España, á esa tierra bendita por Dios, donde nacen hombres de tan noble corazon como el cautivo.

— ¡Imposible, sultana, imposible!

— No es imposible si tenemos arrojo y constancia.

— Prosigue.

— Me llevaré cuantas joyas pueda, no para que pasemos allí una vida regalada, sino para venderlas y rescatar al cautivo sin que él sepa quien le hizo semejante bien, porque no lo admitiria.

— ¿Y cómo puede hacerse eso?

— Muy fácilmente.

— No lo alcanzo.

— Ya sabes que hace dos dias han llegado á la ciudad unos sacerdotes cristianos que vienen á establecerse para rescatar cautivos con lo que de España les manden las gentes caritativas.

— Ahora te comprendo: tú entregarás allá lo necesario sin decir quien eres.....

— Ya ves cuan fácil es.

— ¿Pero y la fuga?

— Es lo mas difícil y lo mas espuesto, pero tambien se conseguirá.

— ¿Te se ocurre algun medio?

— Sí.

— ¡Qué felices seremos!—exclamó la negra cuyos grandes ojos brillaron alegremente.

—Mi esposo apenas me vigila, y cuando hace algun viaje, que ya sabes son frecuentes, quedo en completa libertad.

—Pero quedan muchos ojos que te miran.

—No importa, podremos escaparnos de noche por las tapias del jardin, dejando prevenido antes que al otro dia no me despierten hasta una hora bastante avanzada: así, cuando se aperciban de nuestra ausencia, estaremos á distancia que no puedan alcanzarnos.

—Otras muchas cosas deben mirarse, sultana.

—Lo sé, pero cuando llegue el caso obraremos segun se presenten las circunstancias.

—¿Y quién nos llevará á España?

—Creo, Zamareta, que será lo mejor el ir á caballo hasta Oran, y una vez allí, diciendo que vamos con el fin de abrazar la religion católica, encontraremos proteccion sobrada. Necesitamos para esto contar con una persona de mucha confianza que nos guie hasta Oran; pero la buscaremos y no dejará de encontrarse si pagamos generosamente.

—¿No temes la traicion?

—Sí, pero hemos de arriesgar algo.

—¿Si pudiese ayudarnos el cautivo!....

—Ciertamente entonces era seguro el buen resultado de nuestra empresa; pero él necesita ahora nuestra ayuda.

—Pues bien, empecemos á trabajar.

—¿Estás decidida?

—Tanto que el dia de hoy lo pasaré meditando sobre ello, y mañana me ocuparé en buscar la persona que necesitamos.

—No ha de saber que se trata de mí.

—Nada me adviertas, sultana: antes de obrar te consultaré, pero déjame combinar los medios.

—En tí confio.

—Y yo en ese Dios que tanto ama á los pobres y á los desgraciados—repuso la negra.

Un cuarto de hora despues, Zoraida quedaba tranquila y

profundamente dormida sobre el divan en que estaba sentada. Las esperanzas mas risueñas habian dado á sus dolores alivio, y por primera vez, despues de mucho tiempo de continuo llanto, habia podido sonreir al cerrar al sueño sus ojos.

Zamareta, entretanto, se paseaba sola por el jardin con pasos lentos y desiguales, hasta que para meditar con mas sosiego se sentó á la orilla de un travieso arroyuelo en cuyas aguas cristalinas bañaba sus hojas de terciopelo un enamorado lirio de lánguido tallo.

—Otras muchas cosas deben mirarse. —  
—Lo sé, pero cuando llegue el caso óportunos según se presenten las circunstancias.

—Y quien nos llevará á España? —  
—Ciro, Zamareta, que será lo mejor el ir á caballo hasta

Gran, y una vez allí, diciendo que vamos con el fin de abra-  
zar la religion católica, encontraremos proteccion sobrada.

Necesitamos para esto contar con una persona de mucha con-  
fianza que nos guie hasta Gran; pero la buscamos y no de-

jará de encontrarse si pagamos generosamente. —  
—No temas la traidion?

—Si, pero hemos de arriesgar algo. —  
—Si quisiese abandonar el cautivo, ¿qué nos importa?

—Ciertamente entonces era seguro el buen resultado de  
nuestra empresa; pero si necesita ahora nuestra ayuda.

—Pues bien, empecemos á trabajar. —  
—Estás decidido?

—Tanto que el dia de hoy lo pasare meditando sobre ello.  
Y mañana me ocuparé en buscar la persona que necesitamos.

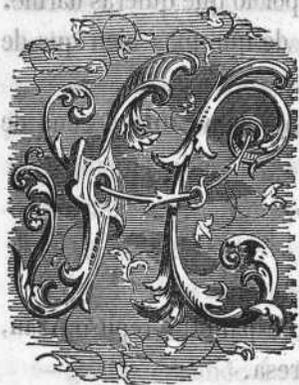
—No ha de saber que se trata de mí. —  
—Nada me adviertas, suñana; antes de óprar te consulta-

ré, pero déjame combinar los medios. —  
—En ti confío.

—Y yo en ese Dios que tanto ama á los pobres y á los des-  
graciados— reposó la negra. —  
Un cuarto de hora despues, Xaribia duexaba tranquila y

## CAPITULO XL.

Mal principio.



ABIAN llegado á Arjel los padres redentores, y lo primero en que pensó ocuparse el reverendo fray Juan Gil fué en el rescate del poeta. —

Eran las diez de la mañana, y el procurador de los Trinitarios, después de haber celebrado misa en una

de las iglesias católicas, se dirigió al palacio de Azan, mientras rogaba á Dios que le prestase ayuda para comenzar á ejercer su humanitaria mision.

El tirano reyezuelo recibió al sacerdote con toda la altivez y el orgullo de su omnímota autoridad, lo que no desconcertó en nada á aquel verdadero imitador de Jesucristo que sabia engrandecerse con la humildad y la mansedumbre. — Que el Señor ilumine tu razon—dijo el reverendo padre

al entrar en el aposento donde el rey se hallaba recostado descuidadamente en blandos almohadones de terciopelo.

—¿Quién eres?—le preguntó Azan.

—Uno de los que, como sabes, hemos venido con el fin de procurar la libertad á los cautivos que lloran en vuestros calabozos.

—¿Traereis muchos escudos?

—Mucha caridad—contestó el sacerdote.

—Poco es eso, pues no habrá quien te dé un cautivo, por viejo y débil que sea, por un sermón. Pero en fin, sea como quiera, si os mandan algunas limosnas, podreis hacer algo de provecho.

—Y para comenzar he venido á hablarte.

—Bien, eso me agrada. ¿Quieres llevarte algun cautivo? Me alegro porque se comen mas de lo que valen y te lo daré por muy poco dinero. Tengo dos mil, y esceptuando unos cincuenta, los demas podrás rescatarlos por lo que quieras darme.

—Vengo por uno que estoy cierto de que mas bien que de otra cosa te servirá de estorbo.

—Si es como dices—repuso Azan—dame una docena de escudos y llévatelo.

—Con tal que no te arrepientas....

—¿Cómo se llama?

—Miguel de Cervantes.

—¡Miguel de Cervantes, el manco español!—repuso Azan, incorporándose y con acento de sorpresa.

—Sí.

—¿Y dices que nada vale ese cautivo?

—¿Para qué puede servirte un hombre estropeado y de genio díscolo?

—Veo que te han informado mal: ese cautivo solo vale mas que todos los que tengo. Bien se conoce, buen fraile, que acabas de llegar á Arjel y que con nadie has hablado del manco español, conocido en toda la ciudad por moros y cristia-

nos. Muchos me lo envidian y ya me hubieran dado mas de lo que me costó si yo hubiera querido venderlo.

—¿De qué te sirve que así tanto lo aprecias?

—De nada—contestó Azan :—encerrado lo tengo en el mas oscuro calabozo de la cárcel, y allí no hace mas que dormir y comer. He tenido que tomar esta determinacion para tener seguros á mis cautivos y aun la ciudad, pues ya ha intentado provocar una rebelion del pueblo.

—Entonces no comprendo en qué se funda la estima con que lo guardas, pues sino te sirve mas que para hacerte daño, debieras desear que se lo llevasen por cualquier precio.

—Sin embargo, he dado por él quinientos escudos de oro de España en oro, y no me arrepiento, porque estoy seguro de que para su pátria valdrá mucho más y lograré un buen rescate.

—Te equivocas, Azan—replicó el reverendo ;—ese hombre vale menos en su pátria que aquí, y con trabajo ha podido su madre reunir de limosna la cantidad que traigo.

—Bien haces en hablarme así para obtener el rescate á bajo precio, pero no te creo ni te creeré aunque me lo jures, y por consiguiente puedes evitarte la molestia de querer vencerme.

—No lo intentaré.

—Vamos á la cuestion.

—Sí, porque anhelo ver libre á Cervantes.

—¿Estás decidido á rescatarlo?

—Dí lo que quieres por él.

—Voy á decírtelo, y si te acomoda, bien, y sino, puedes escusar ofrecirme otro precio porque no rebajaré ni un zol-tani.

—Sepamos.

—Mil escudos de oro de España en monedas de oro.

—¡Mil escudos! exclamó el buen sacerdote.

—¿Te parece mucho?

—No hay duque que haya dado tanto por su rescate.

—El manco vale mas.

—¿Pues no te ha costado quinientos escudos?

—¿Y piensas, cristiano, que los di para no ganar?

—Eso es una usura criminal.

—¿Has venido á predicarme ó á rescatar un cautivo? Te he dicho que quiero mil escudos, y si no me los cuentas en oro, no saldrá el manco de la cárcel sino cuando yo tenga que salir de Arjel, porque haya cumplido el plazo de mi bajalato.

—No eres justo, Azan.

—Ten entendido que no pretendo la fama de bienhechor.

—Te creo.

—Y escusa gastar tiempo en valde porque no rebajaré una dobla.

Fray Juan Gil bajó tristemente la cabeza porque el acento del renegado le hizo comprender que estaba resuelto á no dejar á Cervantes por menos precio que el exorbitante que le habia puesto ya. No llegaba á trescientos escudos la cantidad de que podia disponer para el rescate, y era imposible que Azan hiciese tal rebaja que se consiguiese la libertad del cautivo.

—¿Te decides?—repuso el rey despues de algunos instantes, y creyendo que el sacerdote vacilaba.

—¿En nombre de qué te rogaria para que se ablandase tu corazon?—dijo fray Juan con acento conmovido.—Una madre pobre, sin mas amparo que ese hijo, ha tenido que implorar la caridad pública y sufrir toda clase de humillaciones...

—Suspende tu sermon—interrumpió Azan con acritud.—No me hagas perder tiempo: si ánimo tienes y dinero con que rescatar al manco, ya sabes el precio en que lo dejaré; si alguna de esas cosas te falta, puedes retirarte.

—¡No tengo mas que doscientos sesenta escudos!—dijo el sacerdote con triste acento.

—¿Y te atreves á ofrecermé esa cantidad?—replicó el rey con marcado enojo.—Aléjate, cristiano, y no tienes mi paciencia: sin duda me tienes por muy necio para creer que no solo no he de ganar, sino que he de perder en el negocio.

—Azan...

—Hemos concluido, vete.

—¡Dios te perdone!—murmuró fray Juan.

—Por ahora no necesito ese perdon.

—¿Y me permitirás ver á Cervantes?

—Tampoco.

—¿Por qué llevas hasta ese extremo tu crueldad?

—Porque no quiero que conspire, como seguramente hará si tiene ocasion de hablar contigo.

—Que nos vigilen mientras estoy con él, que escuchen nuestra conversacion; pero déjame que al menos lo consuele hablándole de su madre y de su hermana.

Azan reflexionó algunos momentos, y luego repuso:

—Bien, de ese modo te permitiré que lo veas; pero ten entendido que si le dices ó escuchas una sola palabra en voz baja, quedarás con él en la cárcel.

—Tu orgullo te estravía—replicó el sacerdote con firmeza.

—Pero cumpliré lo que digo.

—He venido á Arjel bajo el amparo del rey de España, y si te atreves á atentar contra mi persona....

—Tú perderás—interrumpió el renegado—porque por muy pronto que acudiese tu rey para vengarte, ya no me encontraría en Arjel: el tiempo de mi empleo concluye muy pronto.

—Pero quedará la ciudad.

—Pueden quemarla despues que yo no esté en ella.... Pero dejemos esto que á nada conduce.

—Sí, hablemos del infeliz cautivo.

—Lo verás con la condicion de que escuchen vuestra conversacion.

—La acepto.

—¿Quieres ir ahora á su calabozo ó dejarlo para otro dia?

—Ahora mismo si es posible.

—Bien; espera y daré las órdenes convenientes. No puedes tener queja de mí.

Azan llamó á un oficial de su guardia y le hizo las observaciones oportunas á fin de evitar que la entrevista del redentor y el cautivo fuese causa de algún nuevo trastorno: tal era el miedo que el renegado habia llegado á cobrar al infeliz Cervantes, á pesar de tenerlo encerrado, atado á una cadena y sin mas comunicacion que la del duro carcelero que le llevaba la comida.

El soldado salió del aposento, y pasado mas de un cuarto de hora volvió, diciendo al rey.

—Están cumplidas tus órdenes.

—Conduce á la cárcel á este cristiano—dijo Azan—y advierte nuevamente al carcelero que me responde con su cabeza del cumplimiento de mis mandatos.

—Serás obedecido.

—Y que no permita que esté en el calabozo mas de media hora.

El soldado hizo una seña á fray Juan Gil, y este lo siguió, dirigiéndose ambos á través de muchas habitaciones á la cárcel de moros.

## CAPITULO XLI.

## De la entrevista de fray Juan Gil con Cervantes.



A maciza y ferrada puerta del calabozo donde estaba nuestro poeta, rechinó al girar sobre sus enmohecidos goznes, dejando salir un aire pesado, húmedo y pestilente que obligó al religioso á retroceder un paso.

—¿Tienes miedo?—le dijo con acento burlon el carcelero.  
—Entra sin cuidado porque está solo y es el hombre de mas calma que he visto en toda mi vida. No se mueve de un sitio.... verdad es que está amarrado á una cadena, pero tampoco muestra deseos de que lo suelten.

El sacerdote miró severamente al moro y luego entró sin poder distinguir al cautivo hasta que pasados algunos instantes se dilataron sus pupilas.

No sucedió lo mismo al poeta, que acostumbrado ya á la

escasísima luz de aquel triste aposento, pudo conocer que era un religioso el que entraba, y lo miró con sorpresa, no acertando á pronunciar una palabra porque sintió oprimido su pecho por la mas tierna emocion. ¡Hacia tanto tiempo que solo veia á su brutal carcelero y que no habia dirigido la palabra á un cristiano!....

El infeliz estaba sentado en un monton de paja medio podrida donde anidaban los mas incómodos y asquerosos insectos, y aunque tenia libres los brazos y las piernas, pero una argolla de hierro rodeaba su cintura, y esta argolla estaba enlazada á una cadena del mismo metal, de gruesos eslabones, y sujeta por el opuesto extremo al muro, no permitiéndole hacer otros movimientos que los indispensables para acostarse, levantarse y ponerse de pie y alejarse un solo paso del monton de paja.

Solo dos ó tres veces habian limpiado el calabozo desde que estaba en él nuestro cautivo, y con decir esto podrá formarse una idea del estado en que se encontraria su atmósfera que por fuerza debia ya estar corrompida. Imposible parecia que hubiese podido nadie vivir de aquella manera: solo una constitucion fuerte y vigorosa como la de Cervantes, ayudada por un espíritu enérgico como el suyo, hubiera podido resistir á la humedad y la falta de ventilacion, ó mejor dicho, á una atmósfera cargada de miasmas venenosos, y á la forzada quietud que necesariamente debia producir una enervacion precursora del aniquilamiento físico. Empero Dios velaba por él: le tenia reservados dias de mas amargura, es verdad, pero tambien una gloria que en vez de oscurecerse á través de los siglos se esclarece mas con el transcurso del tiempo.

Cuando el sacerdote, despues de distinguir al poeta iba á hablarle mientras se acercaba á él, oyó el chirrido que al moverse produjeron los toscos eslabones de la cadena, y estas palabras que resonaron en el calabozo, pronunciadas con voz en extremo conmovida y tierno y doloroso acento:

—¡Venid, padre mio, quien quiera que seais!

Y el infeliz cautivo se levantó y abrió los brazos donde se precipitó el reverendo sin articular una sílaba, pero con los ojos preñados de lágrimas.

Largo rato permanecieron aquellos dos hombres abrazados con el mismo cariño que si desde mucho tiempo se conociesen y los ligaran los lazos de la amistad: y sin embargo, nunca se habian visto, y el uno de ellos ni siquiera sabia quien era el otro, pues solo por el vestido pudo conocer que era un cristiano y un ministro del Señor.

¡Con cuanta violencia palpitaron aquellos corazones! El del trinitario estaba oprimido de dolor; el del poeta latia con el mas dulce gozo. Aquellos primeros instantes fueron de suprema felicidad para el que no abrigaba ya otra esperanza consoladora que la de alcanzar en el cielo la recompensa de sus dolores y de la resignacion con que los habia sufrido.

—¡Infeliz!—murmuró al cabo fray Juan con voz ahogada.

—¡Padre mio!—repuso el poeta.—¡Cuán dulcísimo es el consuelo que habeis derramado en mi alma!

—¡Pluguiese al divino Hacedor que conmigo viniese el término de vuestras desgracias!

—Ya llegará—dijo el cautivo;—ya llegará porque el hombre no es eterno, y así como la muerte arrebatada con su mano de hielo todas las mundanas felicidades y convierte en humo todas las vanidades, tambien pone fin á todos los dolores, enjuga todas las lágrimas, disipa todos los temores, y el que fué horizonte nublado de un negro porvenir, se torna en risueña aurora que anuncia el dia de la eterna bienaventuranza.

—¡Dios os bendiga, hijo mio, porque vuestros dolores aumentan vuestra resignacion, porque el llanto, en vez de apagarla con sus raudales, aviva mas y mas la llama de vuestra fé!

El sacerdote estendió su sagrada diestra y bendijo á Cer-

vantes. Este inclinó la cabeza y besó luego aquella mano bendita.

—La muerte—repuso el poeta—no es un trance duro y medroso cuando duerme tranquila la conciencia en brazos de la virtud. Yo no ambiciono dicha que como la juventud ha de pasar para no volver. En el mundo hay dos clases de hombres: aquellos cuyos ojos lloran mientras que sonríe su conciencia, y aquellos cuyos lábios ríen mientras su conciencia llora y acusa. Quiero ser de los primeros para que no me espante la muerte, esa muerte tan temida, tan acusada de dura y de inexorable, esa muerte que parece la mayor desgracia de la humanidad, pero que es la ley mas justa de la naturaleza porque enseña á los hombres á conocer lo que son, arrancando lo mismo la púrpura del monarca que el harapo del miserable, presentándolos á todos desnudos, sin el oropel de las riquezas ni de los honores, sin las bellezas de sus formas naturales, convertidos en esqueletos tan horribles y tan asquerosos, tan iguales, que no podria distinguirse cual de aquellas calaveras sostuvo una corona ó el casquete de un esclavo; cual de aquellos descarnados armazones se cubrió con un manto de púrpura y de armiño, de seda y oro, ó con un sambenito envilecedor. Yo no veo mas que esqueletos; mis ojos los buscan y los encuentran lo mismo bajo el terciopelo y los bordados con que se viste el noble, que bajo la tosca lana con que el plebeyo se abriga. Y no sirve que la vanidad intente traspasar los umbrales del sepulcro, esculpiendo en mármoles coronas y nombres esclarecidos por la misma oscuridad de su remoto origen; levantad aquella losa y no encontrareis mas que polvo y gusanos lo mismo que los que bullen en la sepultura humilde donde solo una cruz puso la fé cristiana sin mas timbres ni nombres que la dulce palabra *paz*.

El sacerdote contemplaba admirado al cautivo. ¿Cómo habia de figurarse encontrar á un hombre de alma tan elevada y virtuosos sentimientos, de entendimiento tan preclaro?

Cervantes á su vez contempló la dulzura evangélica del rostro de fray Juan, y prosiguió diciendo :

—No penseis, padre mio, que yo me envanezco teniéndome por virtuoso: mi conciencia me acusa tambien de haber ambicionado mundana gloria.... ¡ Ah!.... la ambicion de gloria me ha dominado muchas veces y presiento que me dominará; me ha llevado á los combates para buscarla con la muerte; me dará perseverancia en el estudio porque ambiciono la gloria del poeta....

—¡Noble ambicion!—exclamó el reverendo.—Noble ambicion de una gloria que quisisteis comprar sacrificando vuestra vida en defensa de la religion y de la pátria, que intentais alcanzar con la vigilia en pró del saber humano.... gloria que si Dios os concede no será solo para vos, porque con vos la partirá llena de orgullo vuestra pátria. Esa ambicion de gloria no podeis alcanzarla sino haciendo beneficios.

Hubo algunos momentos de silencio como si aquellos hombres hubiesen querido dar trégua á las emociones que sentian, y luego repuso el sacerdote:

—Vuestra fé y vuestra resignacion os hacen merecedor de que yo ponga todo mi afan en volveros á vuestra madre.

—Muy dificeil es, padre mio.

—No os he dicho aun el objeto de mi venida á Arjel ni á vuestro encierro.

—Lo adivino: traer el consuelo y el alivio á los desgraciados.

—Con la proteccion del rey hemos venido dos hermanos de nuestra comunidad á establecernos aqui para ir redimiendo cautivos con las limosnas que envien los fieles españoles, y para servir de agentes á las familias que con sus propios recursos pueden comprar la libertad de sus parientes.

—¡Santa mision!

—Vuestra madre....

—¿Otro sacrificio?—interrumpió el poeta.—¡ Dios mio!....

¡Madre querida y desdichada!

Y el llanto asomó á sus negros ojos y rodó por sus pálidas megillas.

—Segun me dijo vuestra madre, ya teneis noticia de una informacion que pidió vuestro buen padre, que Dios tenga en su santa gloria.

—Desconfio de su resultado.

—No ha sido el que se esperaba, pero al fin pudo conseguirse que de los fondos de la órden Redentora se aplicasen á vuestro rescate cincuenta doblas.

—Nada es eso para la codicia de mi amo.

—Además un cristiano caritativo y pobre á quien no conoceis, dió otras cincuenta doblas.

—Decidme su nombre, padre mio; decídmelo que quiero grabarlo en mi corazon.

—Es oscuro.

—¡Oscuro el nombre del que sabe ejercer la caridad cristiana!

—Se llama Francisco Caramanchel y es doméstico de un consejero....

—¡Dios lo premie!

—Unidas estas dos cantidades á lo que de su dote ha dado vuestra hermana y á lo que ha podido proporcionar vuestra madre, traigo trescientos ducados.

—¡Pobre madre, pobre hermana!

—Dignas son de mejor suerte.

—Yo no debo aceptar ese sacrificio.

—Ya está hecho, no puede remediarse.

—Verdad es, pero....

—Además están solas, sin amparo ni ayuda, y vos teneis la obligacion de ocupar el lugar de vuestro padre, siéndolo para las dos.

—¿Pero habeis hablado ya con Azan?

—Sí.

—Se habrá burlado, y quizás enojado de que le ofrezcais

por mi libertad trescientos ducados, porque es codicioso, tiene grandes esperanzas en mi rescate, y sobre todo, porque me compró en mayor cantidad.

—No os equivocais—dijo tristemente el religioso—se ha burlado, se ha enojado....

—¡Miserable!

—Ni mis ruegos, ni el relato de las desgracias de vuestra familia.... nada le ha conmovido.

—Y todo cuanto hagais será inútil.

—Quiere mil escudos de oro....

—No rebajará una dobla, creedlo: yo lo conozco bien, y estoy convencido de que perdereis el tiempo.

—No me desanimeis porque tengo el mayor empeño en alcanzar vuestra libertad.

—Tanto como yo, mas que yo, valen otros muchos cautivos: emplead en el rescate de otro esa cantidad, venid á decirme que así lo habeis hecho, y tendré un dia feliz.

—¡Noble corazón!

—Azan no ha de tenerme aquí encerrado eternamente, habrá de sacarme aun cuando no sea mas que el dia en que tenga que salir de Arjel, que ya se acerca, y yo encontraré ocasion de fugarme porque no siempre la traicion ha de perseguirme.

—Os rescataré aun cuando tenga que empeñarme.

—¿Pero no conoceis que ni aun así podreis reunir mil escudos de oro?

—Volveré á rogar un dia y otro dia á vuestro amo; buscaré personas influyentes para que me sirvan de mediadores, y al fin conseguiré que rebaje el precio que os pone.

—No lo conoceis.

—Si no lo consigo, quedaré tranquilo porque nada habré dejado de hacer.

Aquí llegaban de su conversacion cuando el carcelero, que habia permanecido inmóvil á la puerta del calabozo, escuchando lo que hablaban, les dijo:

—Otro abrazo y á la calle. Ha pasado mas tiempo del señalado por el rey.

—Esperad....

—Cumpliré la orden de dejaros á los dos encerrados sino me obedecéis.

—Retiraos—dijo Cervantes al sacerdote.—Esta gente es tan brutal que hará lo que dice.

—¡Dios conserve viva vuestra fé y os bendiga!

Un segundo abrazo los unió.

—Os ruego, padre mio—repuso Cervantes—que volvais á verme.

—Cuantas veces me lo permita vuestro cruel amo.

—¡Gracias!.... ¡Dios os conserve y proteja vuestra santa mision!

Separáronse despues de algunos momentos, no sin derramar lágrimas de dolorosa ternura.

Volvió á crujir la puerta y rechinaron los férreos cerrojos.

Cervantes se recostó en la paja pronunciando el nombre de su madre, y luego quedó entregado á profundas y tristísimas meditaciones.

## CAPITULO XLII.

Siguiese tratando del rescate de Cervantes y de los proyectos de Zoraida.



o habia esperanza de que el cristiano celo de fray Juan Gil consiguiese alcanzar la libertad del infeliz cautivo que, ó debia muy pronto enfermar y morir en su encierro, ó seguir á su amo á Constantinopla, donde el rescate se haria mas dificultoso y la fuga imposible. Los amargos sufrimientos que abreviaron la vida del anciano Cervantes, los sacrificios hechos por doña Leonor y Andrea, debian ser estériles; sus resultados no debian probablemente ser otros que la ruina de aquella virtuosa familia despues de haber sufrido todo género de humillaciones, despues de haber apurado en silencio la hiel de toda clase de amarguras.

El reverendo fray Juan Gil trabajaba con mas ardor cuanto mas se obstinaba Azan en no rebajar el precio del rescate, y apelando á todos los medios imaginables no dejó un solo dia de reiterar sus proposiciones: comprometió á muchas personas de influencia, amigos del rey, y estos le rogaron con la mejor voluntad, pues la suerte de Cervantes habia llegado á interesar á todos, cristianos y berberiscos. De manera que el asunto se hizo público y fué objeto muchas veces de las conversaciones particulares, estrañando todos que España no hubiese dado el oro á manos llenas por recobrar á un hijo que tanto valia, puesto que en tanto se le estimaba.

Al fin Azan rebajó cien escudos; pero no era esto bastante, y siguió el regateo.

Nuevas influencias y nuevas recomendaciones intentaron obtener mas ventaja, y como el rey se vió tan asediado, y cerca ya el término de su empleo, rebajó con admiración de todos otros doscientos escudos, pero jurando no hacer nuevas concesiones ni escuchar otros ofrecimientos ni súplicas.

Empero no mejoró por esto la situacion del negocio: ya dijimos que la cantidad de que podia disponer el redentor no llegaba á cuatrocientos escudos; la diferencia hasta los setecientos era, pues, de otro tanto y no habia recurso para arbitrarla.

Mientras esto sucedia en el odioso ajuste de la persona de nuestro inmortal poeta, Zoraida trabajaba tambien con ardimiento para llevar á cabo su plan de fuga. Zamareta le ayudaba lealmente y demostrando un ingenio y resolucion que nadie le hubiera supuesto.

Averiguémos á qué altura se encontraban de su proyecto.

La esposa de Dalí Mami se hallaba en su aposento, sentada en un divan y la esclava en el suelo. Sus semblantes estaban animados y aun en ciertos instantes revelaban la alegría.

—Refiéreme cuanto hablastes con él—decia Zoraida.

—Es hombre en extremo reservado y creo que no nos hará traicion.

—¿Y no has conocido si sospecha?

—Nada, porque yo tampoco le he dado lugar á ello. Ya sabes que sin mostrar que me llevaba ningun fin, me he captado su voluntad pagándole generosamente sus pobres mercaderías, y para inspirarle confianza he aceptado algun regalo que me ha hecho con el fin de que la codicia me llevase siempre á su casa. Algunas veces me ha hablado de tí y yo he fingido que me dejaba engañar por la astucia de que carece, y he satisfecho su curiosidad diciéndole mil mentiras. Crée que eres sola y libre, caprichosa y amiga de devaneos y que gastas locamente las riquezas que te proporciona tu hermosura.

—Me admira tu travesura, Zamareta.

—Luego inventé otro cuento, y como si hiciera de él mucha confianza, despues de dejarme engañar por un puñado de confites, le dije que un renegado rico en quien depositabas toda tu confianza y tu amor, trataba ocultamente de salir de Arjel y de irse á Oran llevándose algunas joyas de valor que tenia en su poder y que por ciertas razones tu estimabas en mucho.

—¿Y qué pensó de esa nueva mentira.

—Que el renegado, al fin era tal, y que merecia que lo azotasen hasta arrancarle el pellejo.

—Bien, Zamareta.

—Dejé pasar algunos dias sin ir, y cuando volvió á verme me preguntó la causa de mi ausencia, á lo cual yo le respondí que se empeoraba tu situacion con respecto á tu amante, y que de un dia á otro esperabas que te abandonase.

—No exageres demasiado tus mentiras.

—Nada temas, sultana: es crédulo y fanático, lo cual le ha hecho aborrecer al renegado que solo existe en mi mente y en la suya.

—Prosigue—repuso Zoraida con estremada curiosidad.

—Hoy me ha preguntado al fin qué habias determinado para castigar al que tan vilmente te engaña, y yo le he dicho que tu deseo seria marchar tras él á Oran, valerte de la influencia de tus seducciones para hacerle volver, y luego castigar su perfidia del modo que mas te conviniese; pero esto no era fácil, le añadí, porque necessitarias para ponerlo en ejecucion la ayuda de un hombre fiel y decidido que á cualquier hora estuviese dispuesto á llevarte á Oran.

—¡Bien, Zamareta!—volvió á exclamar Zoraida con entusiasmo.

—Esta nueva mentira—prosiguió la negra—le hizo pensar en que tú pagarias muy largamente al que te prestase semejante ayuda; pero no atreviéndose á ofrecerse, volvió á preguntarme si no conociamos á ninguno á propósito para el caso.

—Y contestándole tú que no....

—Le añadí que se darian ciento cincuenta zoltanis de oro fino, cantidad que él no ha visto nunca reunida. Como su miserable comercio le obliga á hacer frecuentes viajes á Oran, el negocio le presentaba mas ventajas que á ningun otro, y apenas le rogué que si conocia á alguno que pudiese servirnos que me lo indicase, dejó la reserva y se ofreció abiertamente con tal que le asegurásemos el pago de tan crecida suma.

—¿Y cómo le has inspirado confianza?

—Diciéndole que se le daria adelantado.

—¿No temes que nos abandone despues de cojer el dinero ó las joyas que valgan los ciento cincuenta zoltanis?

—Es honrado: tengo los mejores informes de su proceder. Y sobre todo debemos arriesgarnos á cuanto pueda suceder.

—Sí, sí, estoy resuelta á todo—repuso Zoraida.—Concluye que deseo saber en qué habeis quedado definitivamente.

—En que hará todos los preparativos y esperará, de modo que á cualquier hora que llegemos á su casa pueda emprenderse el viaje sin perder un momento.

—¿Le has advertido que tendremos que caminar con mucha prisa?

—Sí, y está conforme.

—Bien, Zamareta: solo nos falta que mi esposo no demore el día en que ha de emprender el viaje que tiene proyectado.

—Ya debía haber salido de Arjel.

—Pero sabes lo que lo ha detenido.

—Es una desgracia.

—Y temo que aun no pueda marchar en muchos días.

—Paciencia, sultana.

—La tengo y bien la necesito, porque nuestra fuga es imposible mientras Dalí Mamí esté en Arjel.

—Advertirían en seguida nuestra ausencia.

—Ahora dime lo que sepas con respecto al cautivo español.

—Nada hay de nuevo. Segun decian hace poco Mahamud y Ali, hablando de lo mismo, el rey no quiere hacer mas rebajas y los redentores no pueden dar los setecientos escudos.

—¡Y el tiempo vuela y vendrá muy pronto el reemplazo de Azan!....

—No tardará muchos días.

—¡Oh!—exclamó Zoraida con acento de despecho.

—Por eso en cuanto llegemos á Oran debemos enviar dinero para el rescate, valiéndonos de algun cristiano, que no faltarán muchos que quieran servirnos, tratándose de hacer un bien á un hermano.

—¿Y si Azan marchase antes que mi esposo?

—Entonces.... no acierto con ningun medio para salir del apuro.

—Mientras permanezcamos en Arjel es imposible hacer nada. Dinero no tengo, y tú no puedes ir á vender una joya que valga quinientos escudos porque sospecharian que la habias robado: tampoco puedes ir á entregarla á esos sacerdotes porque les infundirias la misma sospecha y no lo admitirian, y si les descubrias la verdad, mucho menos porque de uno ó

de otro modo lo considerarían como un robo que en su religion y sus leyes es un delito aun cuando se cometa con el fin de hacer una obra de caridad.

—Es imposible, sultana, y no hay que pensar en ello. Si Dalí Mamí retarda su partida y llega el relevo de Azan, todo se ha perdido.

— ¡Favoréceme, verdadero Hijo de Dios! ¡En tí confío! — exclamó Zoraida con la mas viva fé, y levantando al cielo sus negros ojos.

Transcurrieron algunos momentos de silencio, y luego Zamareta salió de la cámara para no dar que sospechar con sus largas y reservadas conferencias con Zoraida.

Tras de aquel dia pasaron otros muchos.

Dalí Mamí dilataba el de su partida y se acercaba el de la de Azan.

Fray Juan Gil iba perdiendo la esperanza de alcanzar la libertad de Cervantes, y Zoraida temia que sus proyectos se convirtiesen en humo.

Se acercaba el momento fatal: España iba á perder para siempre á uno de sus mas ilustres hijos, y la seductora berberisca al hombre que tan ciegamente amaba.

### CAPITULO XLIII.

#### El último esfuerzo.



STAMOS en el día diez y nueve de setiembre de 1580, y desde el anterior advertíase gran movimiento en el palacio de Azan, y los rostros de los arjelinos estaban mas alegres que de costumbre.

¿Cuál era la causa de todo esto? ¿Por qué aquel ir y venir, dar repetidas órdenes y gritar y preguntar en la régia morada? ¿Por qué aquel contento en el pueblo precisamente en los días tristísimos en que la escasez de alimentos dieztaba á las clases pobres y en las calles se encontraban hasta de dos en dos infelices que acababan de morir de hambre? ¿Y por qué tambien mientras todos los semblantes manifestaban el contento, lloraba y se retorcia deses-

peradamente los brazos la hermosa Zoraida y el reverendo fray Juan sentia transida de dolor su alma sensible?

Con pocas palabras lo esplicaremos.

Ya habia llegado á Arjel el nuevo rey Jafer-Bajá, y Azan habia determinado partir aquel dia, y era natural que el pueblo se regocijase al verse libre del cruelísimo tirano que no habia sido su rey, sino su verdugo. Pero Azan se llevaba con sus inmensas riquezas sus numerosos esclavos, se llevaba á Cervantes, y esto habia desvanecido todas las esperanzas de la esposa de Dalí Mamí y las del caritativo sacerdote.

Once buques se balanceaban en el puerto y estaban prontos á levantar sus anclas y á desplegar sus lonas para surcar las aguas con rumbo á Constantinopla: cuatro eran de propiedad de Azan, y siete se le habian dado de escolta.

Los cautivos estaban amarrados á los demas barcos y empuñaban los remos. Solo faltaba que se embarcase el poderoso renegado y que diese la órden de hacerse á la vela.

A nuestro poeta se le habia destinado á remar en la misma galera que debia ocupar su amo. Resignado como siempre se encontraba el infeliz cautivo, pero nada mas que resignado, y en su rostro pálido y demacrado se advertia la mas profunda tristeza y el dolor atormentaba su espiritu. Su mirada tiernísima se fijaba afanosamente en la ciudad y por su mente atravesaban todos los recuerdos de los cinco años que habia pasado allí. ¡Recuerdos inolvidables y conmovedores! ¡Cuántas lágrimas dejaba en aquella tierra! ¡Cuántos nobles sacrificios habia hecho allí! ¡Cómo habia en su oscuro calabozo conocido el corazon humano! ¡Y allí quedaban sus desdichados compañeros bajo la opresion de sus crueles amos! ¡Y allí quedaba Zoraida, loca de amor y poseida de ardiente fé cristianal! ¡Y quedaban los restos de la infeliz Jaguá, de la pobre negra loca de celos y víctima de su locura!....

Largo rato contempló Cervantes la ciudad, y una lágrima abrasadora rodó por sus megillas. Luego dirigió sus miradas

á la playa, vió á la multitud agitarse y bullir alegre y con impaciencia porque esperaban ver partir á Azan para conven- cerse de que no tenian que temer sus crueldades y despótica tiranía.

—¡Pueblo miserable y desdichado!—murmuró el poeta.

Y su mirada de águila se fijó en un punto, temblaron sus manos y oprimieron el remo convulsivamente, su frente se contrajo y apareció sombría la espresion de su semblante.

¿Por qué tan repentino cambio? ¿Por qué aquellos ojos que tan dulce y tiernamente miraban despidieron dos centellas?

Si buscamos entre la multitud que cubre la playa, encontraremos á un hombre con hábito de fraile dominico, y reconoceremos en él al traidor que movido por la envidia delató la conspiracion de los cautivos y fué causa de que Cervantes no lograra su libertad ni pudiese ver realizados sus planes atrevidos. El mismo era con sus ojuelos de mirada recelosa, con su sonrisa hipócrita. El mismo, protegido por la fortuna y rescatado pocos dias antes de la salida de Azan.

Por eso el poeta, al reconocerlo con su mirada de águila, sintió afluir á su rostro toda su sangre convertida en fuego y latir su corazon con estremada violencia.

El proceder infame del llamado doctor lo habia desacreditado de tal manera entre los cautivos españoles y aun entre los cristianos libres, que no podia contar con un amigo, y temia, no sin fundamento, que llegase á España la noticia de sus maldades, lo cual le perjudicaria mucho cuando volviese á su pátria y al seno de su comunidad, si es que realmente era religioso dominico. Y lo ponemos en duda, porque como en breve veremos, tambien intentó apropiarse otros títulos y fué descubierta la falsedad por los mismos religiosos de la órden Redentora y por otros, cautivos y libres, de los que vivian en Arjel. Con semejante temor, estaba en interés del fraile que no se rescatase el poeta, porque como de los mas ofendidos, podia serle de los mas perjudiciales, y por eso espe-

raba con ansia la partida de Azan y aun queria presenciarla él mismo para que no le quedase duda de que estaba inutilizado el hombre que con su influencia y su talento podia probar sus maldades.

—Mucho tarda Azan—murmuró el dominico mientras dirigia la mirada hácia la ciudad.—¿Si lo habrán comprometido á que deje en libertad al hidalgo por la cantidad ofrecida? No es fácil, pero como ayer ya se interesaron tantos en el asunto... Preciso es averiguar lo que sucede y estorbar que el manco se vea libre, porque sino intentará defenderse y probar la falsedad de los rumores que he hecho circular estos últimos días, que es lo mismo que ponerme en un aprieto.

Hechas estas reflexiones, encaminóse el traidor á la ciudad con acelerados pasos.

Lo dejaremos seguir su camino, y mientras volvemos á encontrarlo, diremos lo que sucedia en el palacio de Azan.

Todo estaba preparado para la marcha, y el ex-rey se disponia á salir del alcázar con una numerosa escolta, cuando llegó el reverendo fray Juan Gil con dos moros amigos de aquel.

—A mala hora llegais—les dijo el renegado—porque como podeis ver me dispongo á marchar y no quiero detenerme.

—Azan—le replicó el reverendo fray Juan Gil con voz conmovida—deja un recuerdo siquiera por el que te se bendiga.

—Dime lo que he de hacer que me valga dinero y no bendiciones que para nada necesito.

—Amigo mio—dijo uno de los moros que acompañaban al fraile—nosotros venimos á rogarte que dejes al cautivo manco por cuatrocientos escudos que es todo lo que pueden darte por él, y para eso he de prestar yo veinte, pues no les alcanza la cantidad que tienen á tanto. Pocas veces te he pedido favores, y no he dejado de hacerte cuantos me has exigido. No te lo recuerdo para echarte en cara servicios que te he prestado por amistad, con el mayor gusto, sino para obli-

garte á que no me niegues este que es último y que te pagaré, pues sabes que nosotros tendremos muchas ocasiones en que podemos necesitarnos aun cuando no seas rey de Arjel.

Efectivamente, el moro que así hablaba habia prestado á Azan servicios de importancia y podia prestarle mas aun por su posicion y la índole de sus negocios, y convenia á los intereses del renegado no desairarle.

—Por lo mismo—contestó el rey—que siempre me has servido, estraño que ahora me pidas una cosa que perjudica mis intereses.

—Pues Muzaf—repuso el mahometano, señalando al otro moro—viene á pedirte lo mismo, y no menos que á mí debes atenderlo.

—Ya sabeis que el cautivo me costó quinientos escudos, y dejarlo por menos ya no es favor, sino necesidad.

—Llámale como quieras y no dejes de complacernos.

—Bien—dijo Azan—estoy obligado á serviros, y lo haré; pero de ninguna manera en los términos que me pedís. Ya que no se gane que no se pierda: vengan seiscientos escudos de oro de España en oro, es decir, los quinientos que dí y ciento por lo que he gastado en mantener al cautivo. Si esto conviene id con el dinero á buscarlo á la galera antes de que levantemos anclas, que será en seguida, y si no, dejad de rogarle porque será en vano.

Al acabar Azan de decir esto, hizo una reverencia á sus amigos, y añadió:

—De vosotros casi no tengo necesidad de despedirme porque pronto nos veremos en Constantinopla. Que Alláh os guarde.

Y salió del aposento y luego del palacio, montó en un potro negro árabe de sangre pura, y se alejó seguido de su escolta sin atender á las súplicas que fray Juan Gil le hacia.

Los moros se despidieron del redentor, y este, con la ca-

beza inclinada sobre el pecho, se detuvo en medio de la calle para pensar lo que debía hacer, pues no estaba en ánimos de abandonar su empresa mientras quedase á Cervantes siquiera un cuarto de hora de permanecer á la vista de la ciudad.

Quando mas embebido se hallaba en sus meditaciones, sintió que le tocaban en un hombro, y volviéndose encontró al doctor Juan Blanco de Paz que con fingido acento de tristeza le dijo:

—¿Qué os sucede, hermano, que estais tan abatido? ¿Acaso no ha podido conseguirse el rescate de nuestro compatriota?

—Nó—le contestó fray Juan;—pero aun haré el último esfuerzo.

—Tened entendido que se darán á la vela antes de una hora.... antes de media.

—Lo sé.

—¿Quereis que os ayude en algo? os acompañaré, que mas pueden dos que uno.

—Gracias, hermano—replicó el redentor—por ahora no necesito otra ayuda que la de Dios.

Hay que advertir que el poeta, obrando con su acostumbrada generosidad, no habia dicho al reverendo trinitario el nombre del que habia descubierto al rey el plan de fuga; pero sin embargo, la mala fama del traidor habia llegado hasta el virtuoso sacerdote, y por eso no admitió el ofrecimiento que le hacia con intencion perversa, y se despidió de él para ir en busca de dinero, bajo la garantía de los fondos de la orden.

Poco tardó Azan en llegar á la playa, donde fué acogido con un murmullo amenazador; pero el tirano miró con desprecio á la multitud y murmuró:

—Con bien poco os contentais para cobrarme el oro que me llevo: sino haceis mas que murmurar y maldecirme, seguid que es justo que tengais algun desahogo: bien caro os cuesta.

Y atravesó con la cabeza erguida y la mirada insolente

por medio de la muchedumbre que le dirijia mil denuestos. Llegó á la orilla, y cuando se disponia para embarcarse, asomó á lo lejos el reverendo fray Juan Gil que caminaba tan aceleradamente que casi le faltaba el aliento.

—Algo habrá adelantado—murmuró el dominico que tambien habia llegado á la playa y vió al redentor correr al alcance de Azan.

Brillaron sus ojuelos, se contrajo su frente, y luego añadió:

—Es preciso estorbarlo á toda costa.

Por su mente atravesó una diabólica idea, y acercándose á uno de los grupos de moros que con mas complacencia miraban alejarse al tirano, les dijo con acento de picante burla:

—Algunos azotes me ha dado el miserable Azan y lo aborrezco mas que vosotros, pero no me quedaré burlado como os vais á quedar.

—¿Qué quereis decir? le preguntó uno de los berberiscos.

—Que pensais que vais á libraros de él y os equivocais. Antes de una hora lo vereis desembarcar, y no pasarán muchos dias sin que vuelva á llamarse rey de Arjel.

—Estás loco.

Sois muy cándidos. ¿Ignorais lo que pasa?

—¿Qué?—preguntaron muchos con la mayor curiosidad y sorpresa.

—Azan está en tratos con Jafer-Bajá para que este pida al Gran Señor el gobierno de Trípoli que se destina para el otro, y así quedareis otra vez con vuestro renegado.

—¡Imposible!

—Esto lo negocia uno de los frailes redentores que llegaron hace poco tiempo, y solo faltaba que Azan y Jafer se conviesen en cierta cantidad que el primero ofrece al segundo por el cambio. Se están haciendo las últimas gestiones, y si el nuevo rey se ha decidido, vereis venir al que sirve de mediador y desembarcar Azan.

—¿No nos engañas?

—Pronto lo vereis porque estoy seguro de que Jafer aceptará.

—¡Desdichado del fraile si llega á venir!

—¡No pasará adelante!

—Lo mataremos.

—No hay necesidad de tal cosa—repuso el dominico.—Con estorbarle el paso es bastante, pues si no va se dará á la vela el renegado creyendo que su última proposicion no ha sido aceptada por Jafer-Bajá. Esto es lo convenido.

—Y por qué no hemos de degollarle?

—Porque estais maldiciendo la crueldad de Azan y no es justo que os mostreis mas crueles que él.

—¡Por allí viene corriendo un fraile!—dijo uno de los moros al ver al redentor.

—Es el mismo que os decia.

—Estorbémosle el paso.

—¡A él!

Aquellos desdichados se lanzaron sobre fray Juan Gil, diciéndole con tono amenazador:

—¡No prosigas ó te degollamos!

—¿Qué intentais hacer infelices?—Les replicó sorprendido el reverendo.

—¡Atrás!

—Dejadme el paso libre:

—¿Quiéres traernos al tirano?

—Vuélvete si estimas la vida.

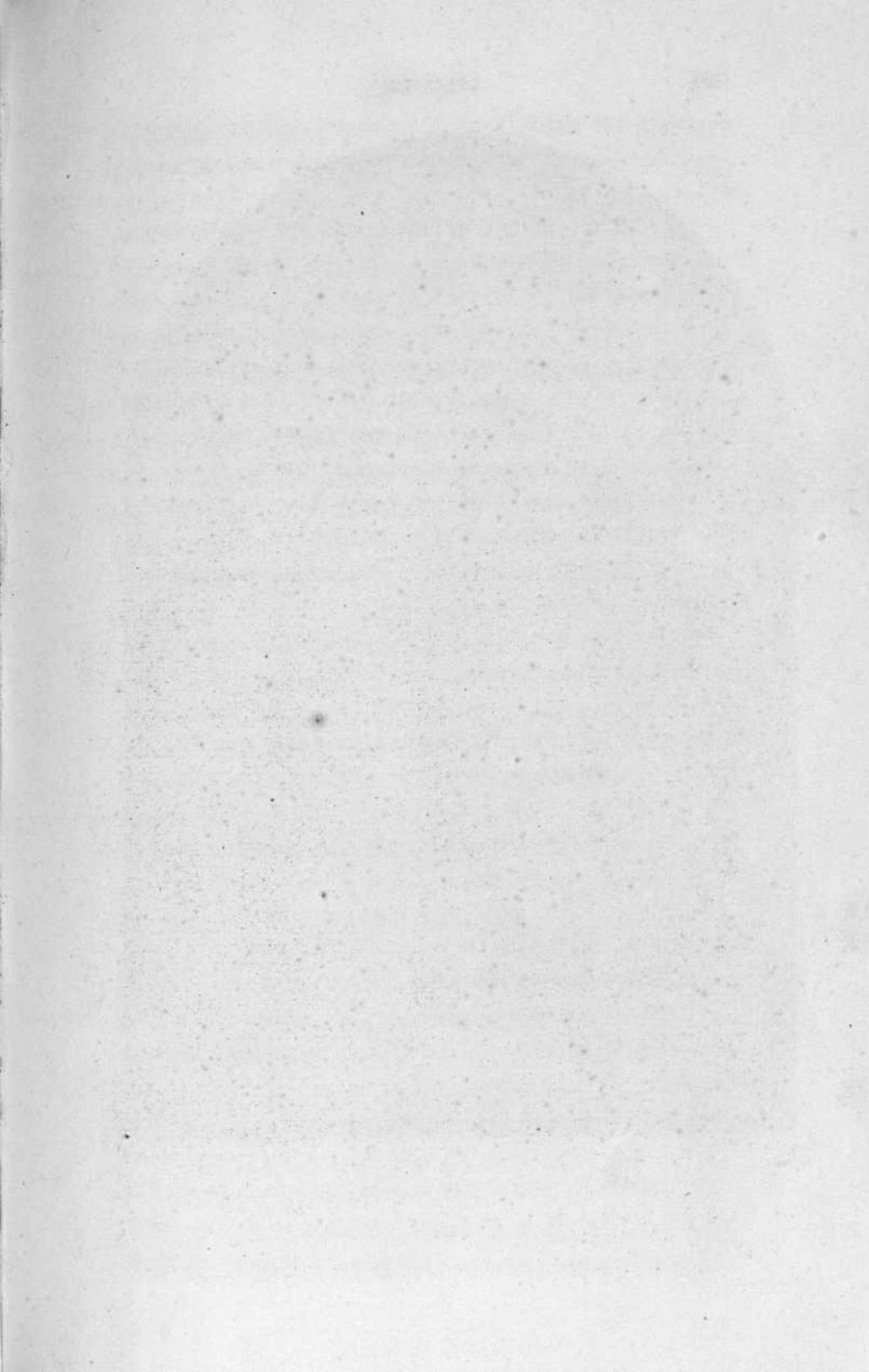
—¿Estais locos?—Dijo el redentor, esforzándose para que lo oyesen.

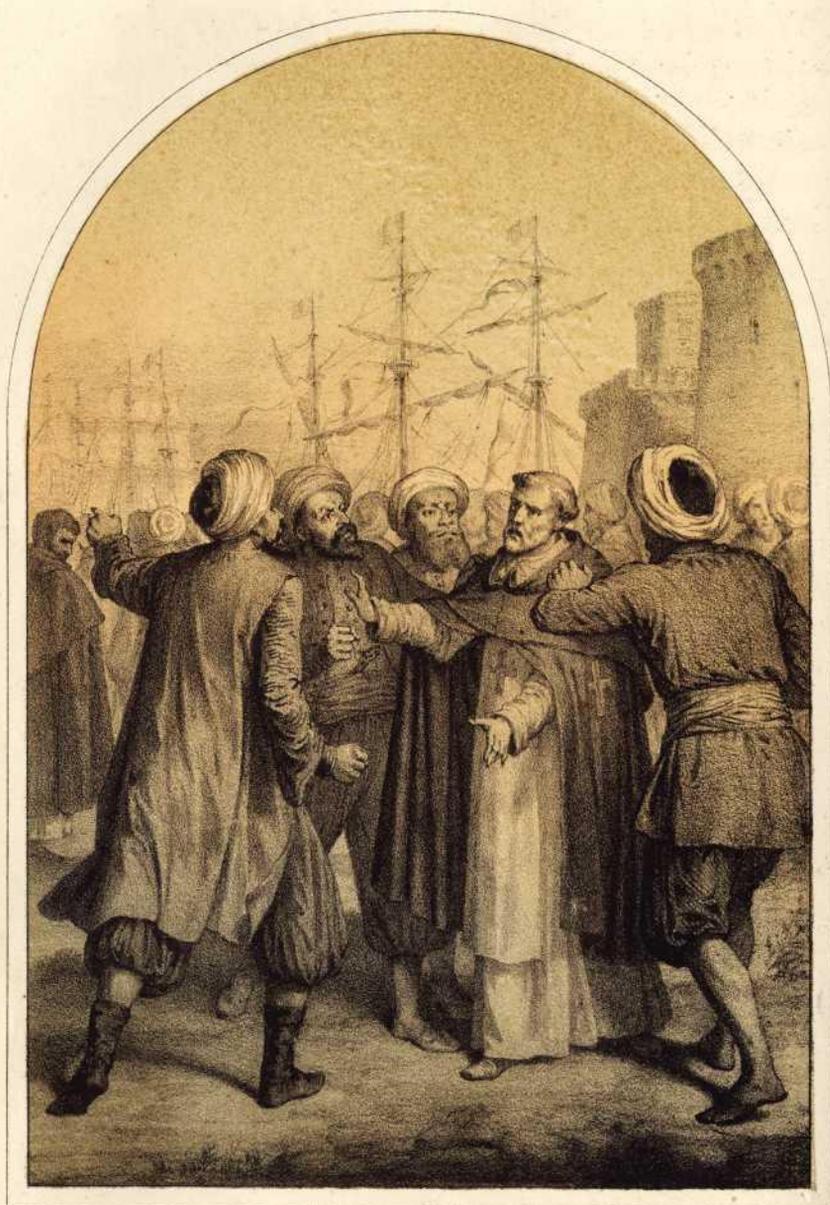
—¿No vas en busca de Azan?

—Si.

—Pues bien, te perdonanos la vida, pero vuélvete.

—¡En nombre de vuestros hijos, dejadme!—gritó el reverendo.





Zarza d<sup>o</sup> y h<sup>o</sup>

Lit. Heraldica

— ¡Dejadme paso o matadme! —

Y mirando al mar vió que las tripulaciones de las galeras se agitaban como si se dispusiesen á maniobrar para darse á la vela.

—¿Te obstinas?—dijeron los berberiscos.

—¡Un solo instante puede ser causa de que todo se pierda!—volvió á decir el redentor.

—¿Y qué perderemos, un verdugo?

—¿Pero qué os habeis figurado?

—Que vas para que vuelva Azan.

—¡Habeis perdido el juicio!—replicó fray Juan, pugnando por desasirse de los berberiscos que lo sujetaban.—Voy á salvar á un infeliz cautivo, al manco español á quien todo Arjel conoce.

—Mientes cristiano—dijo un moro—si así fuese, no solo no te estorbaríamos el paso, sino que te ayudaríamos: el manco español me dió para comer un dia en que mi hijo iba á espirar de hambre.

—Pues bien, si me deteneis un momento no podré libertarlo.

—Nos engañas.

Abundante sudor corría por la espaciosa frente de fray Juan Gil. Era muy angustiosa su situación. En algunas galeras empezaban ya á levantar anclas, y muy pronto el viento hincharía las velas. ¿Cómo sacar de su error á aquellos miserables, instrumentos ciegos de la intriga de Juan Blanco?

—¡Dejadme paso ó matadme!—dijo con tono de desesperación y lanzándose sobre la muchedumbre que lo rodeaba.

—Quieres engañarnos.

—Venid conmigo, y si os engaño, hacedme pagar con la vida mi traicion! ¡Tú, que debes al hidalgo manco la vida de tu hijo, ayúdame!—exclamó el reverendo dirigiéndose al moro á quien Cervantes habia socorrido.

—¡Amigos!—gritó el berberisco—¡Dejadlo pasar, yo lo acompañaré, y si nos engaña, ocasiones tendreis en que ven-

garos.—Yo lo creo porque tiene cara de mas honrado que el otro que nos dió la noticia y que parecia burlarse.

—¿Y dónde está?

—Ha desaparecido.

—Nos engañaba.

—¡Paso!—dijeron muchos moros.—¡Paso al que va á libertar á un hombre caritativo! ¡El otro que nos dió la noticia se ha ocultado, y esto prueba que quiso burlarse de nosotros!

—¡Pero que lo acompañe Agá!

—Si, sí, que lo acompañe.

Dos de las galeras de Azan habian desplegado ya sus velas y en las otras se disponian á hacer lo mismo.

El reverendo fray Juan Gil, encontrando ya libre el paso, corrió cuanto pudo seguido del llamado Agá y de algunos otros curiosos.

Un cuarto de hora despues se encontraba á bordo de la galera de Azan. Este se hallaba sobre cubierta, y al ver al fraile dijo:

—¿Qué es eso, quieres acompañarme á Constantinopla?

—Si—contestó el reverendo.—Seré tu cautivo si no das la libertad á Cervantes. Lo comprastes en quinientos escudos y esa cantidad te traigo: mas es ya imposible.

Era tan espresivo el acento del redentor, que Azan, como dominado por un instante, dijo:

—Me costará cien escudos el que digan que alguna vez he hecho algo bueno.

—¿Estás conforme?—preguntó afanosamente el fraile.

Por toda contestacion llamó Azan á uno de sus sirvientes y dió orden para que pusiesen en libertad al poeta que á los pocos instantes se arrojó con los ojos preñados de lágrimas en los brazos de su salvador.

Ni una palabra pronunciaron aquellos hombres porque se sentian ahogados por la emocion.

—Despues de largo rato, el poeta exhaló un suspiro y exclamó:

—¡Libertad!.... ¡Dios mio!

Azan contó cuidadosamente los quinientos escudos, y el cómitre y los oficiales de la galera recibieron además nueve doblas por ciertos derechos que les pertenecian en los rescates.

Un cuarto de hora despues se arrodillaba Miguel de Cervantes sobre la arena de la playa y de sus lábios salia la mas fervoroso de las oraciones.



## CAPITULO XLIV.

Lo que sucedió despues del rescate.



LIBRE al fin Cervantes despues de cinco años de la mas dura cautividad, fué su primer cuidado demostrar su agradecimiento á los que le habian favorecido y visitar á los infelices que aun gemian bajo el yugo de la esclavitud, llevándoles socorros que pudo proporcionarse, consolándolos con la dulzura de su mágica palabra y fortaleciendo sus abatidos espíritus con cristianas exhortaciones.

Todos los amigos libres del poeta lo agasajaban á porfía: cuál le regalaba vestidos, cuál le ofrecia su mesa, y muchos le daban dinero que él empleaba en obras caritativas sin cu-

rarse de sus necesidades. Entonces descolló mas que nunca toda la lozania de su ingenio; viósele decidior y alegre como cuando estaba en el ejército con sus camaradas, y no habia quien no tuviese á fortuna disfrutar de su conversacion salpicada de chistes ó de sentencias.

Todo esto lo presenciaba ó lo sabia el doctor Juan Blanco de Paz y era un veneno que hacia mas roedora su envidia, un motivo mas de temor porque apenas hubiese descubierto el poeta la infame conducta del ruin delator acabaria el escaso crédito de este y aun quizás se inutilizaria para poder presentarse en su pátria.

Mucho cuidado daba al dominico la creciente influencia del hombre á quien tanto aborrecia, y por tercera vez intentó inutilizarlo. Al efecto esparció voces las mas denigrantes para el poeta, y recogiénolas otra vez, se hizo eco de lo que él llamó la opinion pública. Sorprendió la ignorancia ó la candidez de algunos cautivos españoles, comprometiéndolos á que declarasen en contra de Cervantes en una informacion que intentó á la sombra de un fingido celo religioso, y aun quiso que lo apoyasen los padres redentores. Pero en estos como en las personas de mas crédito solo encontró el desprecio mas profundo. Su sed de venganza acreció al ver desbaratada su intriga, y entonces acudió á otro medio que pudo darle el mejor resultado si encubriendo anteriormente su maldad con mas disimulo no se hubiese desconceptuado hasta el extremo que lo estaba. Con el atrevimiento de su maldad arrogóse el título de comisario del santo oficio con cédula y comision del rey para ejercer allí sus funciones, y con este fingido carácter presentóse al reverendo fray Juan Gil para que lo reconociese; pero el digno sacerdote lo rechazó con el desprecio que debia. Insistió sin embargo para que se le tuviese por tal representante de la Inquisicion, y entonces le exigió el redentor que presentase sus despachos, lo cual no pudo hacer porque carecia de ellos. Sin duda no los falsificó porque le seria imposible.

Sin este nuevo contratiempo á sus intrigas, indudablemente el poeta hubiese sido víctima de aquel hombre.

Semejante tenacidad para perseguir á Cervantes, obligaron á este á tomar una parte activa en su defensa; pues aunque de él se tenia la mejor opinion, era prudente borrar esa huella que la calumnia deja tras sí. Entonces pidió á su vez una informacion.

Precisamente las acusaciones del dominico eran las de sus mismas maldades, pues consistian las principales en el malogro de la última tentativa de fuga que no se llevó á efecto por su traicion, y cuya desgracia costó la vida al cautivo Juan el Jardinero, y el destierro del renegado Giron, causado tambien por la misma traicion.

Proveyó fray Juan Gil á lo solicitado por Cervantes, y el notario apostólico Pedro de Ribera recibió las declaraciones de once hidalgos españoles de reconocida honradez, los cuales contestaron á veinticinco preguntas del modo mas satisfactorio para el poeta.

No seguiremos paso á paso los trámites del expediente, pero citaremos algunas palabras de los declarantes.

Don Diego de Benavides, caballero muy principal, dijo que á su llegada á Arjel quiso informarse de quiénes eran los cautivos mas principales, y que todos le nombraron el primero á Cervantes como el mas *pundonoroso*, *acaballerado*, *irreprehensible*, *de escelente indole y apreciado de los demás hidalgos*. El carmelita fray Feliciano Enriquez, declaró que se habia amestado con Cervantes al par de los demás cautivos *que estaban envidiando su conducta noble, cristiana, honrada y virtuosa*. Y por último, el alferez Luis de Pedrosa dijo que de todos los hidalgos residentes en Arjel, *ninguno ha visto mas esmerado en favorecer á los demás cautivos, ni mas pundonoroso que Cervantes; que es agraciado para todo, yéndole pocos á los alcances en ingenio, advertencia y cordura*.

Esta informacion existe original en el archivo general de

Indias establecido en Sevilla y es la mejor contestacion á las repugnantes calumnias con que algunos han intentado empañar la honrosísima memoria del príncipe de los ingenios.

El traidor Juan Blanco tuvo que renunciar á sus criminales intrigas y guardar en lo mas profundo de su corazon el ódio que profesaba á Cervantes.

Desvanecidas todas las calumnias, provisto de tan honroso documento, se dispuso nuestro poeta para volver á España á disfrutar, segun él dice, uno de los mayores júbilos que cabe lograr en el mundo, que es de volver, tras dilatada esclavitud, á su pátria sano y salvo, por cuanto no hay sobre la tierra dicha comparable con la de recobrar la libertad perdida.

Desde que Cervantes fué rescatado habia tenido algunas entrevistas con la negra Zamareta, y supo con estremado gozo que Zoraida se habia decidido á recibir el bautismo y á dejar á Dalí Mamí con quien no le unian lazos algunos espirituales una vez que profesasen distintas creencias religiosas. No pudo ver una sola vez á la bellissima berberisca porque su esposo habia tomado la costumbre de visitarla á las horas mas intempestivas, como era la media noche; y aunque Cervantes hubiera podido entrar escalando las tapias del jardin, esponíase á perderse y á perder á la que tanto lo amaba. Zamareta le manifestó tambien el plan que tenian para escaparse, y le pidió consejo: visto lo cual por el poeta, antes de salir de Arjel, declaró sus amores á don Diego de Benavides y le rogó estuviese á la mira del asunto y protegiese á Zoraida en cuanto se le ocurriese, porque ya debia considerársela como cristiana. Prometió hacerlo así el caballero, y de acuerdo sobre este punto, solo pensó en su viaje.

El último dia de octubre de aquel mismo año se embarcó Cervantes despues de haber abrazado á sus numerosos amigos, y cuando el viento hinchó las anchas lonas, volviéronse sus ojos hácia la ciudad y derramaron abundantes lágrimas.

—¡Adios—dijo—tierra desdichada, regada con llanto y san-

gre de mártires! Me alejo de tí con el pecho dolorido por los que padecen en tus mazmorras, con el corazón palpitante de alegría por la esperanza de abrazar á mi madre. ¡Adios, tierra donde entre pesadumbre y tormentos, esperanzas y desengaños, pasé en continuada lucha lo mas florido de mi juventud! Vuelvo á mi pátria, corro á abrazar á mi madre, á mi tierna madre, á secar su llanto y á verter el mio sobre la tumba de mi virtuoso padre.... ¡Oh!.... ¡Adios, tierra infeliz, no te olvidaré!....

No pudo proseguir, sentíase ahogado por la violencia de su emocion.

Hincháronse las velas, los remos azotaron las aguas y cruzó la arboladura.

Agitáronse las azuladas olas con espumosos rizos.

Y el bajel se alejó.

Y pareció á la vista débil esquiife....

Luego se perdió en el horizonte, allá donde el cielo parece bañarse en el mar.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

## PARTE SEGUNDA.

### DESENGAÑOS.

#### CAPITULO I.

¡Hijo mio!



L dia 12 de Diciembre del año de 1580, es decir, próximamente tres meses despues de haber salido de Arjel Miguel de Cervantes, y á la hora en que el sol estaba cerca de su ocaso, subia por la calle de las Huertas un hombre cuyos vestidos se veian cubiertos de polvo, salpicados de lodo en muchas partes, y en tal desaliño que llamaba la atencion de cuantos pasaban cerca de él. Aunque caminaba con paso tan ligero que casi podia decirse que corria ó que queria correr, demostraba el cansancio de sus piernas en cierto embarazo ó dificultad con

que las movia. Llevaba debajo del brazo izquierdo un pequeño lio, al parecer de ropa y que sin duda componia su miserable equipaje. O acababa de dejar la respingona, flaca y perezosa mula de algun arriero, ó sin mas cabalgadura que la de sus gregüescos de lana verde, era por lo menos indudable que despues de una larga caminata acababa de entrar en la villa. No era un estudiante sopista, porque hubiera vestido de negro en vez de llevar un colete azul de terciopelo, ó para hablar con mas propiedad de *terciornado*, y un sombrero de alas mas anchas que lo prescrito por la moda y con pluma encarnada que solia flotar orgullosamente, gracias al rizado fleco que habia respetado la polilla. Debia ser un hidalgo pobre, de aquellos que no tenian mas patrimonio que la agudeza y travesura de su ingenio y una espada mas traviesa y mas aguda aun, que se separaba tan pronto de la vaina como la lengua del paladar, compitiendo con esta en ligereza, y que con la bolsa y el estómago vacíos y la cabeza llena de ilusiones y esperanzas, acudian á la corte á pretender ó á probar fortuna por otro medio.

Pero fuese lo que fuese, sopista ó hidalgo, pretendiente ó aventurero, debia ser hombre de brios y de no escaso ingenio, porque tenia un rostro aguileño de atrevidos perfiles y unos ojos negros de mirada penetrante y pupila ardiente. Apesar del frio, que era mucho porque soplabá de Guadarrama un vienteccillo sutil, no se cuidaba de embozarse en su raída capa ni se frotaba las manos como hacian todos los que como él las llevaban desnudas de guantes.

Anduvo, como ya hemos dicho, con mucha prisa, buen trecho de calle y se detuvo delante de una casa de dos pisos, y de apariencia pobre, examinó su exterior, miró á la de enfrente, y luego entró en su estrecho y oscuro portal, subió la empinada escalera, y al llegar al segundo piso se paró á la vez que sus mejillas palidecian y que su corazon palpitaba con violencia. Luego pareció vacilante algunos segundos, como si te-

miera llamar, pero al fin levantó la mano derecha, que le temblaba convulsivamente, y dió dos golpes en la puerta.

Pasaron algunos instantes y nadie contestó.

—¿No estarán?—murmuró con voz trémula.

Y volvió á llamar, pero con muy fuertes y precipitados golpes.

—¿Quién es?—se oyó decir en la parte de adentro con voz cascada y acento de mal humor.

Y se abrió el ventanillo y asomó una nariz larga y llena de berrugas y se vieron unos ojos despestañados y llorosos.

—Abrid—dijo, el recién llegado.

—¡Abrir!—repuso con admiracion la vieja, porque era tal la poseedora de la nariz *accidentada*.

—Soy de casa, abrid.

—Sin duda habeis equivocado el cuarto.

—Bien puede ser porque.... ¿No es este el segundo?

—Sí.

—Entonces aquí vengo.

—Pues es que habeis equivocado la casa.

—Me hareis perder la paciencia—replicó el hidalgo con tono de mal humor.—¡Abrid, vieja condenada!

—Tened en cuenta que llamaré á los vecinos para que me socorran. ¡Pues no faltaba mas!.... Idos, y bien aprisa, sino quereis que os hagan rodar por la escalera. ¿Háse visto atrevimiento igual ni mas osado tentador de honradas mujeres?

—¡Vieja de Satanás!—exclamó el caminante con acento iracundo.—¡Abrid, vengo á mi casa!

—¡Vuestra casa!.... Ya veo que estais loco y me equivoqué al tomaros por un seductor. Esta casa no es de nadie mas que del señor Antolin Durán....

—Por ahí debisteis haber empezado, señora bruja—interrumpió el hidalgo.

—Sed mas comedido, que hablais con una cristiana que tiene nombre. Me llamo Prudencia....

—Bien, señora Prudencia, bien; pero sabreis á donde se ha mudado doña Leonor de Cortinas, viuda del señor Miguel de Cervantes....

—¿Pensais que soy tan curiosa que me cuide de averiguar la vida de nadie? Guárdeos Dios y buscad por otro lado á vuestra viuda.

La vieja cerró el ventanillo, y nuestro poeta, á quien ya habrán reconocido nuestros lectores, apretó los puños con rabia y bajó la escalera hasta llegar al primer piso, donde se detuvo nuevamente.

—Tal vez lo sepan estos vecinos—murmuró.

Y llamó no tan resueltamente como antes.

—¿A quien buskais?—le preguntó una mujer que abrió tambien el ventanillo de la puerta.

—Os agradecería mucho—le dijo Cervantes—que me dijeseis á donde se ha trasladado doña Leonor de Cortinas que vivió en el cuarto segundo.

—De la mejor gana os satisfaré—le contestó la mujer—porque supongo que hablais de la viuda del señor Miguel de Cervantes.

—De la misma.

—Vivió en el cuarto de arriba hasta pocos dias antes de casarse....

—Creo que os equivocais.

—Vos si acaso, porque conozco muy bien á doña Leonor.

—Entonces debereis saber que cuando vino á esta casa no era soltera, y por consiguiente no podia casarse despues de venir.

—Hablo de su segundo marido.

—Os repito que estais equivocada: sin duda es otra doña Leonor.

—¿No decís que la viuda del señor Miguel de Cervantes?

—Sí.

—¿Un hidalgo de Alcalá?

—Sí.

El poeta palideció aunque seguía creyendo que había algún error por parte de aquella mujer.

—Ya veis como no me equivoco.

—Sí, porque esa viuda no ha vuelto á casarse.

—¿No tiene una hija que se llama Andrea?

—Sí.

—¿Y un hijo soldado que se llama Rodrigo?

—Tambien.

—¿Y otro, Miguel, que está cautivo?

—¡Vive el cielo, que teneis razon!

—Pues bien, esa viuda volvió á casarse y á enviudar otra vez.

Cervantes palideció y no pudo contestar.

—Se fué á vivir á la calle del Sacramento, y despues de la muerte de su segundo marido, á la costanilla de San Pedro.

—¿No podeis darme mas señas?

—Nó, pero allí fácil os será encontrarla.

Cervantes inclinó la cabeza sobre el pecho con aire abatido, y despues de dar las gracias á aquella mujer, bajó la escalera con lentitud.

En aquellos momentos sentia la frente abrasada.

—Es imposible—murmuró.

Siguió calle de las Huertas arriba tan preocupado que no sintió que el lio de ropa que llevaba debajo del brazo le habia caído, y seguramente lo perdiera á no avisarle un honrado menestral que iba tras él.

Cerca de media hora invirtió el poeta en llegar á la costanilla de San Pedro, pues aunque andaba con ligereza, deteníase muchas veces para hablar consigo mismo.

El momento tan ansiado de volver á su pátria era un momento de amargura.

Tal fué siempre la condicion de su desdichada estrella.

No consideraba el poeta como una falta grave el segundo

casamiento de su madre, pero sentia el mas profundo dolor al ver que el lugar de su padre lo habia ocupado otro hombre, y le atormentaba tambien el pensar que se habia equivocado con respecto al juicio que habia formado de las ideas de su madre: esto era un desengaño, amargo como todos. Sin embargo, debemos suspender nuestro juicio hasta despues.

La casualidad deparó á Cervantes una vieja que salia de una casa, y por si era vecina de aquella calle, le preguntó si sabia donde habitaba doña Leonor.

—Sí soy del barrio, de la calle y de esta casa—le contestó la vieja—y os diré lo que me preguntais, pues no dudo que será con buenas intenciones.

—Os lo agradeceré.

—No hay quien no tenga noticias de ellas en toda la calle, y aunque yo no soy curiosa, pero...

—Os creo—interrumpió el poeta que temió un diluvio de palabras que le hiciese perder media hora.—¿Es tal vez en esta casa de donde salís?

—Ojalá, señor hidalgo, porque me agradaria la vecindad de gente tan honrada como doña Leonor, pero no es aquí. Es la familia mas temerosa de Dios....

—Lo sé, la conozco hace mucho tiempo.... ¿Quereis decirme cuál es la casa?

—La que está enfrente de esta, en el cuarto segundo....

El poeta no escuchó mas, y sin contestar á la vieja entró precipitadamente en el zaguan de la casa que esta le habia indicado, subiendo de dos en dos los escalones. Pero al llegar al segundo piso se detuvo repentinamente, exhaló un suspiro y quedó inmóvil.

Su amargo dolor atormentólo mas al encontrarse allí donde ningun recuerdo existiria de los que debian ser para su alma sensible un bálsamo consolador. No podrian decirle «aquí acostumbraba á estar tu padre, en ese aposento exhaló el último suspiro y pronunció tu nombre, este sitio lo regó con el

llanto que por tí vertía. Y semejantes recuerdos, aunque tristes, en aquellos momentos y para un corazón como el de nuestro poeta, debían ser el mayor de los consuelos.

Al fin, pasados algunos instantes, su trémula mano llamó á la puerta mientras que su corazón palpitaba violentamente.

Poco le hicieron esperar.

De la parte de adentro preguntaron.

—¿Quién es?

Y al reconocer Cervantes la voz de su madre, gritó:

—¡Vuestro hijo, madre mía!

Oyóse entonces un grito penetrante, uno de esos gritos que arrancan al pecho la alegría, pero esa alegría tan estremada que puede matar ó enloquecer, y que por lo menos parece suspender la vida por algunos instantes, pues deja inmóvil el corazón, ahogado el pecho y quita á los ojos la luz.

La puerta se abrió y doña Leonor de Cortinas se precipitó en los brazos de su hijo á la vez que exclamaba:

—¡Hijo mío!

—¡Madre mía!—dijo el poeta.

No pudieron pronunciar una palabra mas: sentían como si una mano de hierro oprimiese sus gargantas.

—¡Hermano mío!—se oyó decir entonces.

Y Andrea llegó y se abrazó también á Cervantes, quedando este entre ambas estrechado de tal manera que no hubiera podido moverse.

Reinó un profundo silencio.

Abundante llanto corrió por las mejillas de aquellas tres personas tan desgraciadas, pero entonces tan felices porque lloraban reunidas.

Los crepúsculos vespertinos iluminaban debilísimamente aquel grupo tierno y conmovedor.

Doce años hacia que Cervantes se había separado de su familia, desde diciembre de 1568 en que salió de España de camarero del cardenal Aguaviva, y tan larga ausencia y tan-

tos y tan tristes acontecimientos como habian tenido lugar, eran suficiente motivo para conmover el ánimo de aquellos tres seres hasta el punto de sentirse ahogados por la emoci6n que les producía el verse reunidos.

Largo rato permanecieron junto á la puerta sin que ninguno pensase en moverse, ó mejor dicho, sin que ninguno pudiese separarse de los brazos del otro.

Seguia corriendo el llanto.

Percibíanse solamente los tiernos y profundos suspiros en medio del silencio que reinaba.

La oscuridad, mudo testigo de aquella escena conmovedora, iba envolviendo á nuestros personajes.

Andrea fué la primera que habló, y yendo en busca de una luz hizo que su madre y su hermano entrasen en un reducido aposento amueblado con bastante pobreza.

—Siéntate, hermano: necesitarás descansar y tomar aliento—dijo Andrea.

Cervantes se dejó caer en una silla, y sin contestar á su hermana examinó cuidadosamente cuanto habia á su alrededor.

Nada encontró que le recordara á su padre, y su corazón se oprimió dolorosamente y palideció su rostro mas de lo que estaba.

—¡Hijo mio!—le dijo su madre, sentándose á su lado y besándole la frente con el cariño de madre.—¡Ya no te separarás de mí!.... ¡Ah!.... ¡Cuánto he llorado!....

Y volvieron las lágrimas á sus ojos.

—Madre mia—dijo el poeta con acento de ternura—perdonadme si en estos momentos en que sois feliz evoco tristes recuerdos....

—No se han apartado de mi memoria, hijo mio, interrumpió doña Leonor.

—¿Se conserva alguna reliquia, porque tales son para mí, de mi padre?

—Aquí está su nombre—repuso la viuda, poniendo sobre el corazón la diestra.

—¿Nada mas?

—Sí.

—¡Pues completad mi felicidad haciendo que yo reconozca la casa de mi padre!

—Sígueme y la reconocerás; sígueme y te haré entrega de tu herencia, de un tesoro que para tí tendrá mucho valor.... ¡Quiera el cielo que no te cueste un sacrificio como el que tu desdichada madre tuvo que hacer!....

No pudo proseguir doña Leonor porque el dolor embargó su lengua. Levantóse, tomó la luz y entró en el inmediato aposento seguida de su hijo.

Andrea se quedó por respeto á la solemnidad de la escena que debia tener lugar.

Y efectivamente, corta iba á ser la escena que se preparaba, pero solemne y triste.

Apenas entraron en la otra habitacion el poeta y su madre, cerró esta la puerta y se detuvo, estendiendo el brazo derecho para levantar la luz y que pudiesen distinguirse con mas facilidad todos los objetos.



## CAPITULO II.

Donde se trata del contenido de los pliegos cerrados que el anciano Cervantes dejó para su esposa y para su hijo Miguel.



Al estender Cervantes la mirada por el aposento reconoció muchos de los antiguos muebles de su casa, y en particular los que eran de uso casi esclusivo de su padre, y vió el retrato de este colgado en la pared y sobre un sillón de encina tallada.

El corazón del poeta suspendió por un momento sus palpitaciones para dejarlas sentir luego con mas fuerza; por su frente corrieron algunas gotas de frio sudor, y despues de exhalar trabajosamente un suspiro y á la vez que de sus ojos brotaban dos gruesas lágrimas, exclamó:

— ¡Padre mio!

Y descolgó el retrato venerable y lo cubrió de besos.

Doña Leonor tuvo que sentarse porque la abandonaban las fuerzas.

—¡Padre mio!—repuso el poeta.—¡Padre mio, mártir de tus virtudes, bendíceme desde el cielo en donde habitas!... ¡Ah!.... ¡No pude cerrar tus ojos ni besar tu frente helada, ni darte el último adiós, pero siempre, siempre tu recuerdo se conservará vivo en mi memoria, grabado en mi alma tu nombre!... ¡La mitad de mi vida.... mi vida toda, hubiera dado por recibir en mis lábios el último aliento que salió de los tuyos!... ¡Padre mio!.... ¡Oh!.... ¡A qué pruebas tan duras pone el Omnipotente la resignación de las criaturas!....

Quedó silencioso el poeta, con la mirada fija en el lienzo y en los ojos el alma que parecía brotar convertida en llanto, según este era de copioso y abrasador. Pero agotado al fin, aunque no porque el dolor hubiese menguado ni sosegádose el espíritu, ni desahogádose el pecho, se pasó las manos por la frente, abrasada por el delirio de su amarga pena, y besando otra vez la imagen querida del anciano, colocó en su sitio el lienzo y se volvió hácia su madre que, inmóvil y muda, dejaba también que sus ojos brotasen un raudal de lágrimas arrancadas al corazón por el dolor y la ternura.

Por algunos instantes se contemplaron aquellos dos seres que tanto habían sufrido, y después de algunos instantes, el poeta, acercándose á doña Leonor, le dijo:

—Perdonad, madre mia, si renuevo vuestros pesares, y perdonadme también si me atrevo á preguntaros....

—No prosigas, hijo mio—interrumpió la viuda.—Sé lo que vas á decirme, y si te lo oculté hasta ahora no fué porque me remordiese la conciencia, sino porque debía esperar este momento.

—Explicaos, madre.

—Ningun hombre ha vuelto á ocupar en mi corazón el lugar de tu padre, pero....

—¿Con que es cierto?

—Escúchame.

—Si, sí, os escucho—repuso el poeta con visible agitación.

—Ademas de su testamento, dejó tu buen padre dos pliegos cerrados que no debían abrirse hasta despues de su muerte. El uno era para tí y el otro para mí.

—Dádmelo, madre mia—dijo Cervantes con afan.

—Antes—repuso doña Leonor—quiero hablarte del que escribió para mí.... quiero que lo leas porque en él encontrarás la esplicacion de mi proceder.

Y levantándose la viuda, abrió la papelera, que ya conocen nuestros lectores, y sacó un pliego que estaba cuidadosamente doblado.

Su hijo se lo arrebató, desdoblólo y besó el nombre de su padre con religioso respeto.

Su penetrante mirada devoró el manuscrito con indecible avides.

A medida que iba leyendo palidecia su rostro mas y mas, se agitaba su pecho y temblaban sus manos.

Por su abrasada frente corrieron algunas gotas de frio sudor que regaron el papel.

Cuando iba ya á terminar la lectura, fijó la mirada con mas afan, se abrieron estremadamente sus ojos como para ver mejor y como para convencerse de que no se habia equivocado, y luego estrechó el papel contra su pecho, exhaló un grito y exclamó:

—¡Padre mio!

Y se dejó caer en un sillón como si le faltasen el aliento y las fuerzas.

Lo que habia producido tal conmocion en el alma del poeta era un párrafo de aquel escrito en que decia:

«Una sola cosa me resta que decirte, ó mas bien que pedirte: es un sacrificio que sé ha de costarte un doloroso esfuerzo, pero te suplico que lo hagas, escitando tu valor con el recuerdo del que yo he tenido para soportar los duros gol-

pés que acaban mi existencia. Quedas sola y pobre y te verás obligada á buscar tu sustento y el de nuestra hija: lo que esto cuesta lo ignoras, porque no es bastante verlo en otro para comprenderlo, es preciso sufrirlo. Yo lo sé, esposa mia, y me estremece la idea de que tú llegues á saberlo por experiencia. Para evitarlo solo he podido encontrar un medio, que ha sido el sacrificar la idea de lo porvenir como he sacrificado la realidad de lo presente: he querido que mis esfuerzos para endulzar tu vida vayan mas allá de la tumba: si á costa de mi existencia he podido evitarte el hambre, con mas razon querré evitarte la miseria y las humillaciones á costa de mi memoria, ó mejor dicho, á costa de un egoismo que el hombre quiere hacer respetar en los dias que ya no han de pertenecerle despues que haya dejado este mundo. He dominado ese sentimiento egoista, aunque para decir la verdad, me ha costado hacer un esfuerzo. Me has amado mucho, me amas cuanto puede amarse, y estoy convencido de que jamás me olvidarás.... ¡Querida Leonor!.... ¡Si vieses como en este momento derramo lágrimas de ternura!.... ¡Ah!..., ¡Separarnos para siempre!.... ¡Qué dias tan felices aquellos de nuestra juventud en que al estrecharte contra mi pecho palpitante por la pasión ardiente de mi amor y mientras que el tuyo asomaba á tus ojos nos creíamos inseparables!.... Entonces no pensábamos en la muerte, ó al menos, la veíamos tan lejana que parecia que no pudiese llegar á nosotros en muchos siglos. ¡Qué dias tan felices aquellos!.... Todavía recuerda mi memoria con los mas vivos colores aquel tiempo en que nuestra inocente Andrea comenzaba á pronunciar mi nombre, y estrechando mi cuello con sus torneados bracitos, cubria de tiernos y puros besos mis mejillas mientras se animaba su rostro infantil con toda la expansiva alegría de la incomparable felicidad de su ignorancia.... ¡Hija mia!.... Perdona, Leonor, si evoco estos recuerdos y te hago llorar.... Sin advertirlo me interrumpo.... Voy á manifestarte mi último deseo, á rogarte que hagas un

gran sacrificio como lo hago yo, te repito, para llevar mas allá del sepulcro el cumplimiento de mis deberes, pues como te he dicho, ya que á costa de mi vida te he librado del hambre, quiero á costa de la idea de lo porvenir ponerte á cubierto de la miseria y de las humillaciones. El tiempo, Leonor, no ha podido borrar tu belleza, y tus virtudes son un tesoro. Si estas cualidades que tanto hacen valer á la mujer porque á la vez satisfacen los deseos de la materia y del espíritu, atraen sobre tí las miradas y la atencion y luego el cariño de algun hombre, únete á él y que Dios os bendiga. Pero que sea un hombre digno de tí, que tenga bastante grandeza de alma para sacrificarlo todo por tí, que te ame, sí, que te ame es mi deseo, aun cuando al pensar que esto puede suceder tenga yo celos en mi agonía, porque sino, mi espíritu en la otra vida pedirá para él á Dios el mas terrible de los castigos.

Tal era el contenido de aquellos renglones que acabaron de dar al poeta la idea cabal de la abnegacion y virtudes de su buen padre. Por eso el dia que doña Leonor se casó segunda vez, abrazó á su hija y ambas se comprendieron sin pronunciar una palabra, pero diciendo con su llanto lo que callaban sus lenguas.

Pero como el mundo no juzga mas que por las apariencias; como el mundo cree que la risa es siempre hija de la alegría y el llanto de la tristeza, sin pensar en que á veces la risa es sobra de amarga hiel que no cabiendo en el corazon se derrama por los lábios, y el llanto esceso de ternura que para no ahogar el pecho se escapa por los ojos convertida en lágrimas; como es condicion del mundo vituperar lo malo sin alabar lo bueno, murmuró de la desdichada viuda, calificó de poco respeto á la memoria de su marido, lo que era obediencia á la voluntad de este, y de humana debilidad de las pasiones lo que era un sacrificio. ....

Y sobre este punto se nos ocurren algunas observaciones. Contra todas las leyes de la naturaleza, contra todo lo predicado

por el Hijo de Dios, contra todo lo establecido anteriormente por los hombres y sancionado por el Creador, nuestra sociedad, la sociedad cristiana, vitupera á la mujer que despues de llorar á su perdido esposo se une á otro hombre. ¿Es por qué cree tener con esto una prueba de que el primer amor de aquella mujer no era tan firme como debió serlo, no era tan intenso como le hizo creer á su esposo que lo era? ¿Entonces qué diremos de la que sucesivamente entrega y recoge á diez ó mas amantes su corazon hasta que con él da su mano? La cuestion bajo el punto de vista puramente moral, es la misma, y sin embargo, el mundo la juzga de distinto modo. Comprendemos que un hijo mire con repugnancia que un estraño ocupe el lugar de su padre, pero no comprendemos la justicia de la censura del mundo que perdona al mismo tiempo todas las inconsecuencias de amor en la mujer soltera. Amar y olvidar amando á otro es para nosotros lo mismo que casarse, enviudar y volver á casarse.

Largo rato permanecieron silenciosos doña Leonor y su hijo.

—¿Y el hombre—dijo al fin el poeta—á quien os unisteis, era digno de vos?

—Sí, Miguel, era digno de mí aunque no fuese digno sucesor de tu padre. Trabajó mucho para conseguir tu rescate, y si hubiera sido rico, hace mucho tiempo que estarias en España. ¡Dios se lo premie!

—¡Dios lo bendiga!—repuso Cervantes impulsado por la gratitud.

—¿Qué piensas ahora de tu madre?

—Que es la misma de quien me separé hace doce años—dijo el poeta abrazando á la viuda.

—¡Hijo mio!

—Ahora decidme qué noticias teneis de mi hermano.

—Ha conseguido el empleo de alférez.

—Dios ha escuchado mis ruegos.

—Voy á darte la carta de tu padre...

—Sí, venga mi herencia que no cambio por la de una corona.

Doña Leonor sacó del armario otro pliego y lo entregó á su hijo.

Este lo desdobló, y como antes había hecho, besó el nombre de su padre con toda la veneracion de su cariño.

Luego leyó lo siguiente:

«Hijo mio, te escribo desde el borde del sepulcro y mi voz es la de la verdad: escúchala y guarda en tu memoria mis consejos porque antes de dártelos he sacudido de mi alma todas las pasiones y he pedido á Dios que ilumine mi entendimiento.

«Eres bueno: el Omnipotente se ha dignado darte un corazón sensible y desgracias que lo fortalezcan. De tu voluntad depende el que cumplas en el mundo tu mision como hombre y como cristiano.

«Las desgracias son el érisol de la virtud: alégrate si tienes ocasion de que la tuya se purifique.

«No te amedrenten los años que han de venir porque presumas que han de ser de llanto, que en la otra vida son consolados por una eternidad los que en esta lloran por un dia.

«Nada hay mas amargo que los desengaños: espera solo en Dios y no te engañarás.

«No olvides que la vida del hombre tiene fin como ha tenido principio, y que la felicidad en este mundo desaparece como ha venido; pero el premio ó el castigo en la otra vida no tiene fin.

«Sé humilde para el humilde, y digno, pero no mas que digno para el soberbio. Si quieres humillar la soberbia opónle el desprecio.

«En todas las posiciones puede el hombre elevarse. —

«Ten presente en los trabajos que con la resignacion podrás resistirlos, pero con la desesperacion no lograrás vencerlos.

»Conserva la fé porque es la única antorcha que ha de iluminarte en el espinoso camino de la vida. Cuando se apaga su llama, todos los esfuerzos del hombre son inútiles para volver á encenderla; porque es luz que solo arde una vez en la vida.

»Sé caritativo y encontrarás la recompensa en la incomparable satisfaccion de haber hecho una buena obra; pero oculta el rostro cuando socorras la necesidad de otro y descúbrele sin vergüenza cuando pidas que socorran la tuya.

»Si á la voz de tus desgracias cierran los hombres sus oídos, compadécelos porque llegará un dia en que ellos encuentren cerradas las puertas del cielo.

»Perdona para ser perdonado, y si alguno ofende tu honra, defiéndela y no la vengues porque entonces justificarias con la ruindad de tu ódio la acusacion de tu enemigo.

»El único orgullo que debes tener es el de tu pobreza.

»No envidies el banquete del rico, porque Dios promete hartura en el cielo al que en la tierra ha tenido hambre.

»¿Ves esos desdichados hambrientos y desnudos, que siempre lloran, que siempre sufren? Pues son los predilectos, los benditos de Dios.

»No te arrastres hasta el banquete del poderoso para recoger las migajas que esperan sus perros; trabaja y el sudor de tu frente se convertirá en pan. Lo que no se adquiere con el trabajo no proporciona ningun goce.

»Ayuda al débil contra el fuerte sin preguntar su nombre al socorrido.

»No juzgues á los hombres por sus palabras sino por sus hechos. No estimes al charlatan por lo que dice, estima al modesto por sus virtudes.

»Si de tí murmuran porque eres callado, contesta con el silencio, y si porque hablas mucho, habla mas para probar que tus palabras fueron bien dichas; pero antes que salgan de tu boca, mídelas con el compás de la prudencia y con-

téstate á tí mismo para poder apreciarlas en lo que valen.

»No adules á ningun hombre por grande y poderoso que sea, porque la adulacion es la bajeza mas deshonorosa que puede cometer el hombre; pero tampoco digas á nadie sus defectos, ni verdades que son amargas, porque no solo no corregirás sus vicios, sino que escitarás contra tí su ódio.

»La gratitud es el sentimiento mas noble de la criatura. Muéstrate agradecido al que te haya hecho un bien aunque deje de hacerte otros ciento.

»Estima la honra mas que la vida. Si la primera se mancha, jamás se limpia, y si la segunda se pierde en el cielo se recobra.

»Trabaja, no solo para tí, sino para ser útil á tus semejantes, porque esa es la mision del hombre, y el que no la cumple, ni corresponde al fin para que Dios lo crió, ni paga á la sociedad la deuda sagrada que con ella tiene.

»Tu sangre es de tu patria; si te la pide no se la niegues; tus abuelos la derramaron por tí, derrámala tú por tus nietos; pero no confundas la pátria con las ambiciones ni con los ódios particulares, ni defiendas causas ilegítimas.

»Lucha con la sociedad en general y serás vencedor; pero no luches con los hombres uno á uno porque serás vencido.

»Todo lo demas que yo pudiera decirte te lo enseña nuestra santa religion.

»Es la última vez que te doy mis consejos, no los olvides.

»Mas te enseñará la esperiencia que es el gran libro de la ciencia humana.

»Tu madre y tu hermana quedan solas en el mundo y sin mas apoyo que el tuyo.

»Adios, hijo mio, adios. Yo te bendigo.... Cuando vuelvas á tu pátria, reza sobre la tumba humilde de tu padre y estampa en ella un beso que allí descenderá mi espiritu para recibirlo....

»¡Adios, hijo mio, hijo mio!»

Al concluir la lectura besó el poeta repetidamente el papel y lo regó con su llanto.

Tambien lloraba su madre, pero ninguno de los dos pronunció una palabra en largo rato.

Andrea llegó al fin á poner término á aquella situacion, y un abrazo volvió á unir á los tres.

Las lágrimas habian aliviado sus pesares, y mas tranquilos pudieron hablar sosegadamente de los asuntos de familia, alegrándose no poco el poeta al saber que si bien carecia de fortuna, no era hasta el punto que pudiesen estar á cubierto del hambre si vivian con una rigurosa modestia, ó mas bien con estrechez.

Gran parte de la noche pasaron en no interrumpida conversacion, y retirándose á descansar, durmieron con el sueño apacible de los justos.



### CAPITULO III.

De la resolución que tomó Cervantes.



que vamos relatando.

Cuando Miguel de Cervantes llegó á su pátria, hacia cerca de un año que el cardenal Enrique, rey de Portugal, habia muerto. Los pretendientes de mas importancia á la corona de aquel reino eran el duque de Braganza, don Antonio, prior de Ocrato, y Felipe II. A quien correspondia el derecho á la sucesion en el trono portugués, debia decidirlo un consejo,

nombrado de antemano por el difunto rey, de acuerdo con los Estados generales, y este consejo, compuesto de nobles partidarios de la casa de Austria, ya ganados por esta, hubiesen decidido á favor de Felipe II sin entrar en mas exámen; pero se veian amenazados por el pueblo que ante todo queria su independenciam, que consideraba perdida si un monarca extranjero se sentaba en el trono del, no olvidado aun, célebre don Sebastian.

El consejo puso en juego todos sus recursos para ganar tiempo hasta que mas tranquilos los ánimos se presentase una ocasion oportuna; pero como el prior don Antonio trabajaba sin descanso para engrosar las filas de su partido, y para ello recurria á todos los medios imaginables, temió Felipe II que semejantes dilaciones perjudicasen su pretension, y despues de haber hecho en vano promesas de todas clases á sus contrarios para que renunciasen sus derechos, se resolvió á hacer valer el suyo por la fuerza de las armas.

Muchas circunstancias favorecian al católico rey en aquella ocasion, siendo las mas principales, la division en partidos de los portugueses, la falta de medios para una defensa vigorosa, y la terrible epidemia que á mas de mermar considerablemente la poblacion habia infundido en ella un terror el mas espantoso.

No quiso Felipe II desaprovechar tan oportuna ocasion, y sin detenerse, envió un ejército de veinte mil hombres al mando del Duque de Alba, mientras que él se trasladó á Badajoz, instalándose allí para poder mas fácilmente comunicar sus órdenes y recibir con mas prontitud los avisos de cuanto fuese sucediendo.

Algunas plazas de la frontera de Portugal se prepararon para resistir la invasion, ya declarándose en favor de don Antonio, ya solamente en nombre de su independenciam. Todo fué inútil: el Duque de Alba entró en el territorio portugués, tomó la plaza de Elvas á poca costa, y luego las de Olivenza,

Portalegre, Campomayor y otras, mientras que don Sancho de Avila se apoderaba de Villaviciosa que era del dominio del Duque de Braganza.

Entonces se dirigió el duque á Setuval donde se habian refugiado los gobernadores y lo mas florido de la nobleza, y tambien entró sin que se le opusiese resistencia. No podia haberse hecho con mas rapidez la conquista de tantas y tan importantes plazas: faltaba solamente la capital del reino, pues una vez sometida esta, fácilmente quedaria sosegado el resto de la península.

Entre tanto, el prior don Antonio, habia pedido auxilio á la Francia y á la Inglaterra, y aun enviado un embajador á Constantinopla, y deslumbrado por el brillo de la corona á que aspiraba, se hizo proclamar sin tener en cuenta el mal efecto que debia producir semejante paso.

Tal era el estado de los negocios públicos á la vuelta de Cervantes.

Nuestro poeta, despues de haber descansado algunos dias y puesto en orden los intereses de su familia, pensó en comenzar sus pretensiones cerca del monarca, á titulo de sus servicios en el ejército y de su conducta durante su cautividad, segun lo atestiguaba la honrosa informacion hecha en Arjel y á la cual daba él mas importancia que á las cartas de recomendacion de don Juan de Austria y del duque de Sesa. A pesar de que entre los demás consejos le habia dado su padre el de que no confiase mas que en Dios y así se evitaria el recibir desengaños, Cervantes abrigaba esperanzas risueñas, creyendo de buena fé que Felipe II lo atenderia cumplidamente.

Con tal ánimo, y en vista de que doña Leonor y sus hijas, aunque con suma estrechez, podian vivir con los recursos que tenian, nuestro poeta se decidió á ir á Badajoz para ver al monarca, y emprendió el camino sin pérdida de tiempo, con la cabeza, como siempre, llena de ilusiones y de es-

peranzas y la bolsa con algunos escudos que apenas le bastaban para su viaje. Empero la desgracia, que parecia ir con su sombra, segun de cerca le seguia por todas partes, quiso que su llegada á la capital de Estremadura coincidiese con la enfermedad que repentinamente puso en peligro la vida de Felipe II.

Ni siquiera intentó Cervantes solicitar una audiencia, porque no se la hubiesen concedido, y esperó algunos dias, gastando el poco dinero que llevaba y entreteniéndose el ocio en pasear por la ciudad y en escribir romances. Pero la enfermedad del monarca se agravaba mas cada dia, y mas que de otra cosa daba señales de seguir cada dia peor.

Nuestro poeta se habia hospedado en una de las posadas mas humildes de Badajoz y en el aposento mas pobre de aquella posada, pues con la estancia de la corte en la ciudad, todas sus viviendas estaban ocupadas y eran pagadas á los mas altos precios. Una mala cama, una mesa peor, y una silla con asiento de madera, componian el mueblaje de la habitacion oscura y reducida de Cervantes. Sobre la mesa habia un tintero de plomo con una pluma de pavo, y algunas hojas de papel escritas, y esparcidas desordenadamente; sobre la silla estaban los vestidos del poeta, y este en la cama.

Las siete acababan de dar y la mañana estaba bastante fria, razon por la cual Cervantes no se habia decidido á dejar aun el duro lecho, y se entretenia en mirar en una de las paredes el círculo de luz que formaba la que entraba por un agujero de la ventana que daba á la calle, y en cuyo círculo se dibujaban, cabeza abajo, todos los transeuntes. Semejante observacion lo entretuvo largo rato, y mas lo hubiese entretenido á no entrar el posadero para avisarle que avanzaba la mañana y para preguntarle si le habian de disponer algun almuerzo.

—Guárdeos Dios, maese Nolasco—le dijo el poeta mientras variaba de postura.

—Parece que se os han pegado las sábanas—le contestó el posadero que era un hombre regordete que habia dado al demonio la conciencia en cambio de las uñas.

—¿Cómo está la mañana?—repuso Cervantes.

—Algo fria, pero no tanto que vuesa merced tenga miedo de salir de la cama.

—No tal, y pronto lo vereis. Abrid esa ventana que entre la luz á visitarme, y luego decidme las noticias que corren con respecto á la salud de S. M.

El posadero abrió la ventana, y luego, con cierto aire de importancia, dijo:

—Ya sabe vuesa merced, señor hidalgo, que mis noticias son seguras porque, como tengo dicho, las adquiero por un criado de nuestro amado rey, y....

—Lo sé, maese Nolaseo—interrumpió Cervantes.—Al grano, dejad las digresiones inútiles, que si por vuestras palabras lleváseis el dinero como por vuestro cristiano vino, seríais ya el hombre mas rico de la ciudad.

—Siempre está vuesa merced de buen humor; pero como me gusta explicar las cosas....

—Bien bien, sepamos lo que se dice.

—Se dice, ó para hablar con mas exactitud, me han dicho que S. M. se encuentra peor y que los médicos empiezan á desconfiar.

—Mala noticia.

—Y tan mala, porque si muere el rey, en las circunstancias que atravesamos, es posible que se vuelva la tortilla y que los portugueses vengan á pagarnos la visita que les hemos hecho.

—Sois hombre pensador—replicó Cervantes—y mereceis algo mas que regir una posada; pero como todavia no ha muerto el rey ni han venido los portugueses á pagarnos la visita, quiero ocuparme de mi estómago y de mis asuntos antes que de todo.

—Precisamente he venido para preguntar á vuesa merced si se le disponia de almorzar.

—Antes he de preguntaros otra cosa.

—¿Cuál?

—Deseo que me digais lo que vale un huevo cocido.

—Hay mucha escasez de huevos porque todos los consumenten los cortesanos como si no se alimentasen de otra cosa.

—Decid el precio y dejad las observaciones.

—A mis huéspedes no les llevo mas de lo que me cuesta, que son veinte maravedís.

—Es un robo!

—Soy de la misma opinion, y así lo digo al que me surte de huevos; pero le entra por un oido y le sale por el otro.

—¿De manera que por seis huevos me hariais pagar ciento veinte maravedises?

—Exactamente.

—¿Y si alguno está podrido?

—Me lo avisa vuesa merced para....

—¿Darme otro?

—Para no tomar mas al que me los trae.

—Mas barata es la carne.

—Tengo un trozo de pierna de carnero que ayer se asó.

—¿Cuánto vale?

—Para vuesa merced, cinco reales nada mas.

—¿Y para otro?

—Seis porque tiene mas de tres libras.

—Dos serán de hueso.

—Ni dos onzas.

—Prefiero que me engañeis con la carne....

—Si no digo la verdad....

—Reservadme el trozo de pierna, pero á condicion de que si luego no es como decís, os lo quedareis.

—Bien.

—Ahora dejadme, que yo os avisaré.

—¿Caliente entre tanto la carne?

—Nó.

—Vuesa merced disponga lo que quiera.—repuso maese Nolasco.

Y volvió á salir.

Cervantes se incorporó en la cama y tomó sus gregüescos de donde sacó algunas monedas y las contó.

—Bien—dijo:—apenas me queda dinero para sostenerme en Badajoz cinco ó seis dias, en cuyo tiempo no puede mejorarse el rey hasta el punto de ocuparse de mis pretensiones. En este caso, tengo precisamente que tomar las de Villadiego en seguida; pero como no he de volver á Madrid sin haber adelantado nada, porque para eso hubiese sido mejor no venir y escusar los gastos que he hecho, me ocurre una idea que indudablemente favorecerá mis pretensiones y me sacará del apuro presente: me voy á Portugal hoy mismo para sentar plaza en mi antiguo tercio y á las órdenes de mis antiguos gefes don Lope de Figueroa y Diego de Urbina, y al lado de mi hermano Rodrigo que sirve con ellos. Si merecen recompensa los servicios que tengo prestados, mayor deberá ser aumentando estos espontáneamente. Ya alcanzó mi hermano el grado de alferez, sin mas recomendacion que su buen comportamiento, y natural parece que yo alcance lo mismo. El duque se prepara á entrar en Lisboa: este debe ser un golpe decisivo, y si tengo ocasion de hacer algo de provecho en la jornada, aseguro mi fortuna, porque los servicios pasados y los presentes serán una gran recomendacion para el monarca.

Meditó algunos instantes el poeta, y luego repuso:

—Estoy decidido; así podré decir al rey: «Señor en Lepanto perdí la mano izquierda y en Arjel la libertad; y la mano derecha que al cielo plugo dejarme, y la libertad que con los mas costosos sacrificios pude recobrar al fin, la he empleado en servicio de V. M. y de la pátria.» Y el rey, como buen padre de sus vasallos, y obrando con justicia, pondrá precio

á la sangre que he derramado, á la lealtad con que lo he servido y á la honradez que tengo probada, y señalará la recompensa.

Resuelto y convencido de que no podia suceder de otro modo que como pensaba él, levantóse el poeta, vistióse y fué en busca de maese Nolasco, pagóle los dias de alquiler de su aposento, envolvió en un papel la carne asada, y aprovechó la ocasion de salir para el vecino reino con un traginante que se ofreció á llevarlo en una mula hasta la frontera por el módico precio de tres ducados.

Lo dejaremos caminar, y mientras llega al término de su viaje, volveremos á Madrid para dar cuenta á nuestros lectores de lo que sucedió aquel mismo dia en casa de doña Leonor, pues así lo exige el buen orden de la presente historia.



## CAPITULO IV.

Donde volvemos á ver á Zoraida.



OR aquellos tiempos habia en la plaza del Arrabal una hosteria que era de las mas concurridas de la poblacion por la fama de buen cocinero que tenia su dueño maese Mancioni, personaje muy conocido de los lectores de *La Capa del Diablo* por los sustos y apuros que le hizo pasar el travieso paje, protagonista de aquella historia. Pero como no todos los lectores de esta lo habrán sido de aquella, les diremos que la hosteria en cuestion tenia cerca de la puerta de entrada una empinada y estrecha escalera que conducia á las habitaciones del piso superior, y que en una de estas, con balcon á la plaza, es donde vamos á penetrar sin licencia de dos mujeres que se alojaban

en ella y que el dia anterior habian llegado á la coronada villa.

Una de aquellas mujeres era jóven, de ojos negros y rasgados, de mirada lánguida y espresiva, de blanca tez y lábios rojos, y de formas esbeltas.

La otra era jóven tambien, pero de cútis negro, fino y brillante como el azabache, de ojos mas redondos, aunque tambien espresivos y de ardiente pupila y de lábios mas rojos aun y de formas que hubieran podido servir de modelo.

La primera, como habrán sospechado nuestros lectores, era Zoraida, y la segunda su esclava Zamareta, que al fin habian logrado escapar felizmente de Arjel, y despues de recibir el bautismo en Oran, se habian venido á España. Aunque la esposa de Dalí Mamí habia tomado el nombre de María, y la negra el de Ana, seguiremos llamándolas como de costumbre para evitar confusion.

Zoraida estaba vestida á la usanza europea, con un vestido de brocado azul y adornada con un collar de gruesas perlas de las mismas que habia traído de Arjel, y aunque por la falta de costumbre no llevaba este traje con toda la soltura que las que siempre lo habian usado, no por eso dejaba de estar bellisima, si bien no tan arrebatadora como con las vestiduras que la dimos á conocer.

Tambien Zamareta llevaba traje europeo, aunque mas humilde, y esta era la que mas habia perdido su belleza al trocar sus ropas, pues ocultaba la de sus formas del mas puro y correcto dibujo. Acaba de entrar y de dejar un ancho manto de seda, y sentándose en un taburete á los pies de su señora que descansaba en un ancho y viejisimo sillon forrado de cuero verde con clavos de cobre, dijo en lengua berberisca:

—He sido afortunada.

—¿Ya sabes donde vive?—le preguntó afanosamente Zoraida.

—Sí, aunque me ha costado mucho trabajo, porque ni co-

nozco las calles de la población ni sé explicarme con la claridad que quisiera; y esta misma dificultad encontrarás tú también aunque has podido aprender en poco tiempo algo más de la lengua de este país.

—¿Pero sabrás ir á su casa?

—He andado tres veces el camino para aprenderlo, y puedo ir sin equivocarme.

—¿Está lejos?

—Nó.

—Pues bien, ya que la fortuna se nos muestra propicia, no perdamos un momento. ¡Ah!... voy á verlo, á estrecharlo entre mis brazos, á recordar las horas tan felices que pasé á su lado, á preguntarle si me ama y á oír de sus lábios palabras de amor... ¡Y ya no nos separaremos!

Los ojos de Zoraida se animaron, se encendió su rostro con el fuego de su pasión mas viva cada día, y las mas gratas ilusiones, las esperanzas mas halagüeñas hicieron que se entreabriesen sus lábios para sonreír dulcemente.

—¿Y no sería mejor—repuso la negra—que yo le avisase tu llegada y que viniese á verte?

—¿Y por qué no he de buscarlo yo? ¿Por qué perder ese tiempo despues del que ha pasado sin verlo?

—Vivirá con su familia y tal vez tengas que verlo en presencia de su madre cuyo carácter no sabemos cual sea.

—¿Acaso no debe halagarle á su madre el ver que su hijo es amado? Yo tendré para ella tambien caricias, y no me mirará con desden porque nací mahometana; el bautismo nos ha hecho iguales.

—Como te plazca, señora—contestó la negra que no quedó convencida:—ya lo habrás pensado bien y habrás visto si es prudente el paso que vas á dar.

—Nada me detiene: harto sacrificio he hecho en no acompañarte como quise, pues así ya lo hubiera visto.

—Dispon á tu placer.

—Vamos, vamos—repuso Zoraida con impaciencia.—Ya te he dicho que no quiero perder un instante.

Y se levantó, dejando que Zamareta le colocase un ancho manto negro con el cual procuró recatarse todo lo posible el rostro.

—No olvides los collares que quiero regalar á su madre y á su hermana: ese presente me lo agradecerá él mucho y será para ellas una prenda del cariño que pienso conquistar.

Zamareta tomó una caja de ébano que encerraba dos riquísimos collares de perlas, y siguió á su señora que con rápido paso salió del aposento.

Encamináronse á la calle de Toledo, bajaron, y volviendo á la derecha, se encontraron en Puerta Cerrada.

—Vamos bien, conozco este sitio—dijo la negra.

Luego entraron por la calle del Nuncio, y pocos momentos despues se hallaban á la puerta de la casa de Cervantes.

—Aquí es, señora.

Zoraida se detuvo.

Sus mejillas estaban pálidas y su corazón latía con tal violencia que parecia que iba á saltar del pecho.

—¿Estás decidida?—repuso Zamareta.

—Sí, pero tiemblo y estoy turbada de tanta alegría.

—Creo que no has consultado tus fuerzas.

—Subamos.

Treparon, porque así puede decirse, la empinada escalera, y cuando llegaron al cuarto segundo, la negra llamó.

—¿Quién es?—preguntaron desde adentro.

—Abrid si lo teneis á bien—contestó la berberisca con alguna dificultad, pues le costaba aun bastante trabajo hablar en español.

Abrióse la puerta y apareció la hermana de Cervantes.

—¿Qué quereis, señora?—preguntó.

—¿Es esta la casa de Miguel de Cervantes?—dijo Zoraida.

—Sí.

- ¿Puedo verlo?
- Es imposible—contestó Andrea.
- Perdonad, buena señora, si os ruego que no me neguéis hablarle. Decidle....
- No puedo decirle nada—interrumpió Andrea—porque el señor Miguel de Cervantes no está en Madrid.
- ¿Acaso no ha vuelto de Arjel?—repuso con algun sobresalto la convertida.
- Sí, á Dios gracias, pero ha salido otra vez para Badajoz. Zoraida palideció hasta el punto que llamó la atención de la viuda.
- ¿Os sentis indispuesta?
- Nó, pero.... ¿Sois vos?...
- Hermana de Cervantes.
- ¿Y no sabeis si esperaba la llegada de alguna persona?...
- Lo ignoro.
- ¿No os ha dicho todo lo que le ha sucedido en Arjel?
- Tal creo.
- Quisiera ver á vuestra madre—repuso la berberisca que sintió que le faltaban las fuerzas y tuvo que apoyarse en el brazo de su esclava.
- Palideceis.... temblais—dijo Andrea.
- No es nada....
- Aunque no os conozco, si quereis entrar y sentaros.... Vuestro acento me dice que sois extranjera....
- Tan buena como él—murmuró Zoraida.
- Entrad, señora, y vereis á mi madre.
- Dios os lo premiará.
- Zoraida entró seguida de Zamareta, y Andrea las condujo al aposento que ya conocen nuestros lectores, y en el cual estaba doña Leonor.
- Vos sois su madre—dijo la convertida, acercándose á la viuda.—Vuestro rostro me lo dice.
- Y se dejó caer en una silla.

—Madre mia—dijo Andrea—esta señora pregunta por Miguel. Le he dicho que no está en Madrid y ha manifestado deseos de veros.

Doña Leonor contempló con estrañeza á Zoraida, y aunque no la conocia, la tuvo por una dama de calidad al ver el riquísimo traje que vestia y las gruesas perlas que adornaban su mórbido cuello.

—Se ha sentido repentinamente indispuesta, y le he rogado que entre y que descanse....

—Señora—dijo doña Leonor—aunque no os conozco, es bastante que hayais pronunciado el nombre de mi hijo Miguel para que se os abran las puertas de esta casa.

—Tan buena como él—dijo la berberisca con acento de ternura.—Señora, en vuestro semblante se retrata la grandeza de vuestro corazon, y ahora comprendo el dolor de vuestro hijo por estar separado de vos.

—¿Lo conocisteis en Arjel?

—Sí.

—¡Oh! decidme cuanto sepais de lo que allí ha sufrido—replicó la viuda, acercándose á Zoraida.

—¿No os ha referido todos sus trabajos?

—Mas me ha hablado de sus alegrías que de sus pesares.

—¡Siempre lo mismo! ¡Pensando siempre en disminuir los pesares de los demas á costa de sus alegrías!...

—¿Segun veo lo habeis tratado muy de cerca, puesto que tan bien le conoceis?

—¿No os ha hablado nunca de mí?

—¿Y quién sois vos?

—Yo,—dijo algo turbada la berberisca—me llamo María, y... antes me llamaba... Zoraida....

—¡Sois la esposa de su amo!

Los ojos de la convertida brillaron alegremente porque estas palabras de doña Leonor le probaban que Cervantes no la habia olvidado puesto que habia hablado de ella.

La viuda, por su parte, que ya tenia noticia de los amores de su hijo en Arjel, contempló á Zoraida con la mayor atencion, y lo mismo hizo Andrea.

— Todo lo comprendo, señora—dijo doña Leonor.—Mi hijo esperaba que viniéseis, aunque no tenia mucha confianza de que pudiéseis lograr vuestra fuga.

— ¡Gracias, Dios mio! — exclamó la hermosa berberisca cuyos negros ojos se humedecieron con dos lágrimas de ternura.

Y luego añadió, dirigiéndose á la madre del poeta:

— Sois dueña de mi felicidad y de mi vida, pronunciad una palabra, decid que me permitireis que os llame madre y....

— Como yo, sois cristiana—interrumpió doña Leonor, y bien podeis ser la esposa de mi hijo....

— ¡Ah! — exclamó Zoraida arrebatadamente.

Y se arrojó llorando en los brazos de la viuda.

Esta, que sabia los sacrificios que por su hijo habia hecho la esposa de Dalí Mami, la prodigó mil caricias con la mayor ternura.

— ¡Y no puedo verlo! — repuso la convertida. — ¡Tengo que esperar!....

— Tal vez dentro de pocos dias esté de vuelta, porque una circunstancia imprevista ha hecho inútil su viaje. Hoy he tenido carta suya, y me dice que no podrá permanecer muchos dias en Badajoz porque nada adelanta y se le concluyen los recursos para su sostenimiento allí.

— ¿Con qué es cierto que sois tan pobres como él me decia? — replicó Zoraida con la mas sencilla franqueza.

— Mucho, señora.

— No desde este momento, porque yo soy rica, y cuanto poseo es del hombre á quien tanto amo.

Doña Leonor sonrió tristemente y repuso:

— Aun no nos conocéis, señora.

— ¡Es verdad!.... He olvidado por un momento lo que la

esperiencia me habia demostrado: tampoco quiso vuestro hijo aceptar la libertad que tantas veces le ofrecí.... Perdonadme, señora; no fué mi intencion ofenderos; pero ¿qué he de hacer con las riquezas que he traído? ¿He de darlas á un extraño cuando pueden hacer vuestra felicidad, ó mejor dicho, nuestra felicidad, porque yo seré un individuo de la familia?

—Nada puedo contestaros sobre eso—dijo doña Leonor—porque es asunto en el que solo á mi hijo toca resolver; pero casi estoy segura de que no aceptará unas riquezas que fueron de vuestro esposo.

La viuda habia quizás aventurado mas de lo que debiera al dar á entender á Zoraida que se casaria con Miguel de Cervantes, punto sobre el cual este nada habia dicho á su madre al referirle lo sucedido en Arjel. Llevada doña Leonor de un impulso generoso, acojió á la berberisca con la mayor franqueza y cariño; pero pasada aquella primera impresion, comprendió que debia obrar con alguna reserva para no comprometer la posicion delicada de su hijo con respecto á la esposa de Dalí Mamí.

—Señora—repuso la viuda—para mí teneis un doble valor porque habeis arriesgado vuestra vida por cariño á mi hijo, y porque habeis abierto los ojos á la luz de la verdad, abjurando los errores de vuestra antigua y falsa religion; pero este aprecio que os debo tan justamente; no me autoriza para tratar con vos sobre cuestiones que solo son del corazon. Mi hijo me ha hablado de vos con la mayor ternura y os recuerda con toda la gratitud que atesora su alma noble, mas no por eso podré yo deciros la resolucion que tomará cuando os vea. Esto no quiere decir que se casará con vos ni que os volverá la espalda cuando os encuentre, sino que es lo mas acértado aplazar este asunto para su vuelta.

Zoraida bajó tristemente la cabeza y exhaló un suspiro.

—Entre tanto—se apresuró á decir doña Leonor—os amaré

y seré vuestra mejor amiga, me serán gratas en extremo las horas que estemos reunidas, y si quereis, juntas iremos á cumplir los deberes de cristianas....

—A nadie conozco en esta tierra....

—No os pese, porque el mundo está muy pervertido y es peligroso entregarse de buena fé al trato del primero que se presenta con apariencias de amigo. Vos debéis tener un doble temor: sois jóven y estremadamente hermosa, y pronto os vereis rodeada de todos los lazos que tiende la seducción.

—Yo no quiero trato con nadie sino con vosotras porque sois la madre y la hermana del hombre á quien tanto amo.

—Pues bien, venid á vernos todos los dias á las horas que mejor os parezcan, y reunidas haremos mas breve el tiempo de la ausencia de mi hijo.

—¡Gracias señora!—exclamó Zoraida conmovida y estrechando entre las suyas ardientes y temblorosas las manos de doña Leonor.

—No os ofrezco—repuso esta—que os vengais á vivir con nosotras, por dos razones: la una porque nuestra escasez es tal que solo miseria es lo que tendriais que compartir con nosotras, y la otra porque á la vuelta de Miguel se murmuraria porque una mujer á quien amaba, jóven y hermosa, vivia en su misma casa.

—Compartir vuestra miseria y vuestros pesares seria mi mayor felicidad, pero hay que evitar la murmuracion.

—Me place que participeis de mis ideas.

—Ahora seremos amigas; despues podrá llamaros madre.

—Deseo vuestra felicidad.

—Una súplica tengo que haceros aun—dijo Zoraida despues de haber reflexionado algunos momentos.

—Os escucho.

—Al salir de Arjel me acordé de vosotras y quise traer os una prueba de mi recuerdo. ¿La aceptareis? No tiene otro valor que el que le dé el cariño que me habeis demostrado.

—Pensad que es muy delicado que yo admita obsequios vuestros sin conocimiento de mi hijo.

—Ya os he dicho que ningun valor material tiene el que os ofrezco y que solo debéis considerarlo como un recuerdo de cariño.

—Sin embargo....

—No me negueis esa gracia—repuso la berberisca, tomando la caja que habia llevado Zamareta.—Os repito que nada vale.

Y puso la cajita sobre las rodillas de doña Leonor. Y—

Abrióla esta, y al ver los riquísimos collares cuya nacarada blancura brillaba mas sobre el fondo negro de la caja, dijo:

—Esto son joyas de gran valor.... Perdonad, señora, pero ni aun con la licencia de mi hijo las aceptaria.

—¿Rehusais?....

—Decididamente.

—¡Oh!

—Si habeis traído algun puñado de la tierra que mi hijo ha pisado y regado con sus lágrimas, algun trozo de las cadenas con que lo han sujetado, dádmele, lo besaré como una reliquia, me vereis llorar de ternura y os lo agradeceré mas que si fuese un tesoro. Tomad, señora, y guardad esas prendas, que yo de vos no quiero mas que virtudes y cariño.—

Zoraida no se atrevió á replicar porque comprendió que seria inútil insistir, segun se lo daba á entender el acento de firme resolucion de la viuda. Asi, pues, volvió á tomar la caja, y entregándola á Zamareta, dijo:

—No sé si os he ofendido porque ignoro las costumbres de este pais.

—Por eso os he devuelto los collares y agradecido vuestra voluntad, porque de otro modo los hubiera arrojado con desden.

—Pues bien para daros una prueba mas de mi buena in-

tencion—repuso Zoraida—venderé esas perlas y su producto lo daré á los pobres.

—Sois....—contestó la viuda y se detuvo.

«Digna de mi hijo», iba á añadir; pero acordándose de la reserva que se habia propuesto observar, cambió la frase y añadió:

—Sois virtuosa.... ¡Dios os bendiga!

Pasaron algunos instantes de silencio que al fin rompió la berberisca para decir:

—¿Y si vuestro hijo retardase su vuelta?

—Tendremos que esperar.

—¡Esperar!—repitió tristemente Zoraida.—¡Siempre esperar!.... ¡Cuán largo es el tiempo!

—Debemos conformarnos con la voluntad de Dios.

—Decidme, señora, ¿no podré sin riesgo ir á donde está vuestro hijo?

—Nó, porque allí se ha encendido una guerra.

—¿Pero ha vuelto á ser soldado?—preguntó con inquietud la berberisca.

—A nada se ha resuelto todavía, y sentiré que otra vez tome las armas y ponga su vida en riesgo.

—Tal vez haré una locura, pero si tarda muchos dias sin volver, estoy resuelta á ir á buscarlo.

—Desechad esa idea.

—¿Por qué?

—Os espondreis á perecer.

—¿Qué me importa? En muchas ocasiones he arrojado la muerte por estar una hora á su lado: ¿por qué no he de arrostrarla en esta ocasion para alcanzar la dicha de toda mi vida?

—Pero entonces os era forzoso hacerlo así, y ahora podeis lograr vuestro deseo sin arriesgar nada. Lo que en unas ocasiones es valor digno de alabanza, en otras es loca temeridad.

—¡Es que estoy loca!—exclamó Zoraida, haciendo un esfuerzo y mientras que sus megillas se tornaban rojas.—Vos

habeis amado tambien, señora; acordaos de quanto puede una pasion....

—Que debe frenarla el juicio cuando lo exige la prudencia.

—Es verdad, sí, pero es tan débil mi voluntad para luchar con mi pasion....

—Pedid fuerzas al Omnipotente.

—Además, todavia no he podido hacerme superior á las supersticiones que desde la niñez dominan á los de mi raza.—

—Es un pecado.

—Lo sé, y lucho, y cuando logro vencerlas, me acuerdo de Jaguá.... Vos no sabeis quien era Jaguá.... ¡Infeliz!.... Era una esclava mia que amaba á vuestro hijo con la mas ardiente de las pasiones, con toda la fuerza impetuosa de una fiereza que vos no podeis comprender, con toda la violencia del que no ha tenido en su vida mas que una afección, que no ha amado mas que á una criatura y aborrecido de muerte al resto del género humano.... ¡Pobre Jaguá!....

Por las megillas de Zoraida rodó una lágrima de compasion.

—La desdichada—prosiguió—perdió el juicio.... ¡Los celos la volvieron loca!.... Me predijo que mi pasion habia de ser fatal para ambas....

—Desechad esas ideas.

—No se equivocó en quanto á ella porque murió desastrosamente en un arrebato de celos; y en quanto á mí, no estoy tranquila.... es la única supersticion que no he podido dominar.... ¡Dios me proteja!

Zoraida se cubrió el rostro con las manos y derramó abundantes lágrimas. Como habia dicho, la prediccion de Jaguá no se apartaba de su memoria, y su espíritu supersticioso no estaba tranquilo desde la muerte de aquella infeliz.

Largo rato de silencio transcurrió hasta que la berberisca hubo de despedirse de doña Leonor y de Andrea que habia permanecido muda durante la pasada escena.

—Dedicad—dijo la viuda—el día de hoy á descansar, y mañana, si quereis, venid temprano y nos acompañareis á oír misa.

Salió Zoraida despues de abrazar á sus nuevas amigas, y cuando estuvo en la calle, respiró con avidez el aire libre, y dijo á Zamareta:

—Ocho días mas, pero no mas que ocho días.

—¿Y qué piensas luego hacer?

—Si no ha vuelto en ese tiempo, iré á burcarlo.

—Dicen que espones tu vida, amada señora.

—La vida sin él es para mí una carga pesada.

—Ya sabes que aunque se presenten los mayores peligros no te abandonaré.

—Sé que me amas mucho.

—Soy todavia tu esclava.

—Ya hemos corrido solas por mar y tierra sin que nada malo nos haya sucedido. ¿Por qué no ha de seguir protegiéndonos Dios?

—Nada temo, señora.

—Yo tampoco mas que el perderlo.

Siguieron el mismo camino que habian llevado, y mas de una mirada se fijó en el pálido y hechicero rostro de la berberisca que en su turbacion ni cuidaba de ocultar con el manto, ni advirtió que un caballero jóven, ricamente vestido iba tras ellas.

Llegaron á la hostería, entraron y precipitadamente subieron la estrecha escalera que conducia á su habitacion, y el galan perseguidor, entrando tambien, pero quedándose en el zaguan, gritó:

—¡Maese Mancioni!

El panzudo hostelero acudió con toda la celeridad que le permitia su robustez, y al ver al caballero, dijo:

—Bien venido sea vuestra señoría, y cien veces bien venido, porque ya pensaba que vuestra señoría me habia olvida-



Zarza de y lit<sup>o</sup>

Lit. Heraldica.

... Ni advertió que un caballero joven, ricamente vestido iba tras ellas.



do. Pero si ni falta de salud ni otros disgustos le han impedido venir, me alegro.

—Eso no viene al caso: lo cierto es que aquí me teneis.

—Y solo, que es cosa estraña en vos.

—No siempre se encuentra un amigo, ó una amiga, que almuerce con uno.

—Lo cual es rarísimo, pues en cuanto á los amigos, vuestra señoría tiene muchos que apuren las botellas de Jerez y de Borgoña que paga generosamente; y si hablamos de amigas, vuestra señoría es....

—Cualquiera cosa, que esto no interesa, os repito. Sois un tunante adulator á quien yo estimo....

—Me honra vuestra señoría—contestó sonriendo maese Mancioni.

—Necesito hablaros reservadamente.

—Pues nunca en mejor ocasion: todos los huéspedes están fuera de casa....

—Menos dos que no habeis visto entrar: blanco el uno con los ojos tan negros como el rostro del otro.

—¿Ya les echásteis la vista encima?.... Con razon dicen que el señor vizconde de Puertoalegre....

—Con razon dicen que sois un bribon. Sacad una botella y entremos en el salon de mis delicias.

Maese Mancioni hizo una reverencia y se fué, volviendo á poco rato con una botella empolvada y un vaso de vidrio, y siguiendo al llamado vizconde que entró en un aposento situado á la derecha del zaguan.

## CAPITULO V.

De la conversacion que tuvieron el vizconde y maese.



SOLO una mesa habia en medio del aposento donde entraron maese Mancioni y el perseguidor de Zoraida. Era este un jóven como de veinte y cuatro años, de buena estatura y de rostro algo enjuto y pálido. La mirada de sus grandes ojos azules era lánguida, y la espresion de su semblante, altiva y desdafiñosa, indicando todos sus gestos ese cansancio prematuro de una vida agitada, de esa vida de excesos donde todas las pasiones, todos los sentimientos se estinguen ó se amortiguan en medio del estrépito de las orgias, del desenfreno de todos los vicios. En medio de la viveza y de la alegría que demostraba, advertíase cierto abatimiento, cierta enervacion impro-

pia de sus pocos años. Sin disputa era bello á pesar de su palidez y de dos semicírculos ligeramente amarotados que guardaban la parte inferior de sus ojos. Su barba y sus cabellos eran rubios, finos y brillantes, pero sus lábios estaban siempre frios, secos y blanquecinos.

El jóven vizconde era huérfano y heredero de una inmensa fortuna que gastaba locamente al par de su salud. Era atrevido y valiente y manejaba la espada con tan rara destreza como era grande su gracia y habilidad para pulsar de noche una guitarra y entonar un romance tierno y amoroso como ningun rondador. En toda la villa era conocido, y sus calaveradas se habian hecho proverbiales. Los maridos celosos lo calificaban de hombre depravado y torcian el gesto cuando, acompañados de sus mujeres, lo encontraban en la calle ó en algun sarao; los amantes le llamaban nécio y fingian reirse de él mientras que le envidiaban su buena estrella ó temian ser sus rivales, y las mujeres, á pesar de que murmuraban de su licenciosa vida, lo miraban con cierto interés y se envanecian cuando las llamaba hermosas. Le gustaban las damas por la finura de su porte, y las mujeres de humilde condicion por su franqueza y sencillez: para él, segun decia, todas las mujeres de quince á treinta merecian los honores de un piropo si no querian aceptar mas obsequios, pero ninguna merecia un marido. Lo mismo poseia el lenguaje de las tabernas que el de los palacios, y le importaba muy poco, ó mejor dicho no le importaba que acabado de salir de las unas lo viesen entrar en los otros.

Sin embargo de todo esto, no era el vizconde un don Juan Tenorio ni con mucho: era solamente uno de esos desdichados que tienen la desgracia de estraviarse sin saber á dónde van, cayendo en el cieno de la sociedad para morir miserablemente en él sin dejar un recuerdo: no era de esos hombres que aun en medio de su perversidad saben engrandecerse y levantarse sobre los demas; la perversidad del vizconde era mezquina y ruin.

Conocido ya este nuevo personaje, nos queda referir la conversacion que tuvo con maese Mancioni.

—Sentaos—dijo el mancebo mientras él lo hacia así.—Sentaos y beber si quereis: yo no pienso probar vuestro vino ahora, sino hablaros, y si os mandé traer la botella fué solo por pedir y nada mas.

—Gracias, señor vizconde: sois muy generoso.

—Vais á contestarme á algunas preguntas.

—Ya escucho.

—Quién es esa mujer de ojos negros y de servidumbre negra á quien hospedais?

—Lo ignoro.

—Si á todo contestais lo mismo quedaré satisfecho.

—Esa mujer—repuso el hostelero—llegó ayer con su doncella, casi anochecido.

—Va ricamente vestida.

—Y lleva unos ricos collares de perlas que no habeis podido ver.

—Os habrá dicho su nombre.

—Solo que se llama doña María, y su doncella, Ana.

—¿Y el apellido?

—Lo ha callado.

—¿Tampoco sabeis de donde ha venido?

—Tampoco, pero si puedo aseguraros que no es de esta tierra.

—¿Cómo lo sabeis?

—Habla muy mal al castellano, peor, mucho peor que yo.

—Ya vamos sacando algo en claro.

—Poco podré deciros.

—Es esta la primera vez que ha salido á la calle?

—Sí, señor.

—¿Y su doncella?

—Salió esta mañana temprano despues de preguntarme hácia qué lado de la villa estaba la calle de las Huertas.

- ¿Tardó mucho tiempo en volver?
- Mas de dos horas.
- ¿Y su señora ha estado mucho tiempo fuera de casa?
- Mas de una hora.
- ¿Os paga bien?
- Como una reina.
- ¿Es habladora la negra?
- Reservada y con apariencias de muy ladina.
- ¿Y no habeis podido comprender si tiene mucha confianza con su ama?
- Mas que otra cosa parecen dos amigas.
- Y sin embargo, es su criada.
- Sí, señor.
- Esa mujer es un misterio, pero un misterio con dos ojos que me han trastornado la cabeza.
- No lo extraño.
- Hasta la pícara de la negra es hermosa.
- Bastante.
- Maese Mancioni, es preciso saber quien es esa mujer, de dónde viene, á dónde va, y cual es su flaco, pues todas las mujeres tienen uno al menos, y las mas de ellas son una pura flaqueza.
- Las conoce bien vuestra señoría.
- No debeis vos conocerlas mal puesto que no os habeis casado.
- No he tenido tiempo de ocuparme de esa cuestion.
- Sepamos cómo vais á componeros para conseguir lo que yo deseo.
- Obedeceré las órdenes de vuestra señoría: nadie me gana á guisar unos macarrones, pero á inventar una intriga....
- Es verdad, me olvidaba de que no teneis mas que barriga y careceis de cabeza.
- Así es lo cierto, y por eso digo que cumpliré las órdenes de vuestra señoría, pero nada mas.

—Pues escuchad mis órdenes, advirtiéndoos que pagaré generosamente porque no tienen precio los ojos de esa mujer.

—Ya escucho.

—No os faltará un amigo que tenga mas entendimiento que vos, un hombre de esos que se meten por el ojo de una aguja....

—Conozco uno que no tiene igual: si se propone espiaros lo encontrareis junto á vos en todas partes, en la calle, en casa, y hasta dentro de la cama.

—Debe ser un mozo de cuenta.

—Listo como ninguno.

—Bien.

—Le llaman el bachiller Lagartija, y con su viveza justifica bien su apodo. Es un poco hablador, aunque reservado, pero esto suele ser útil.

—Esa lagartija es un tesoro.

—En dándole dinero y vino, está dispuesto á todo.

—Es el hombre que necesito.

—Pues cuente con él vuestra señoría.

—Ya veis, maese, que no se trata de cometer ningun crimen.

—Así lo creo y por eso me presto á obedecer.

—Una intriga de amores....

—Eso no vale la pena.

—El llamado bachiller, que supongo no será tal....

—Nada de eso.

—Bien, esa lagartija no hará desde hoy otra cosa que seguir á vuestra huéspedá á todas partes.

—Es muy fácil.

—Averiguará quien vive en las casas á donde vaya.

—Tambien lo hará.

—Y lo mismo con la doncella si sale sola.

—Se entiende.

—Además, hará todo lo posible para trabar conocimiento con ella.

—¿Con la negra?

—Sí.

—Eso será mas difícil.

—¿Por qué?

—Porque tiene trazas de esquivia y desconfiada.

—No importa.

—Hará lo posible, y lo que él no consiga no lo logrará otro.

—Vendré todos los dias á saber el resultado de sus averiguaciones y vos me direis lo que ocurra.

—Buen plan de campaña, señor vizconde; con razon dicen que vuestra señoría...

—¿Otra vez me adulais?

—Os juro por la santa Madona de....

—No he concluido.

—Eso es otra cosa, señor.

—Necesito una habitacion en vuestra casa, y en concepto de esa dama pasaré por uno de tantos huéspedes. La ocuparé cuando me convenga, y cuando no, guardareis la llave. —

—Cuidado, señor vizconde, que eso huele ya á negocio un poco sério—replicó maese con alguna desconfianza.

—¿Temeis que abuse, señor panzudo?

—Nada temo de vuestra señoría sino que se le alborote la cabeza y tengamos un conflicto.

—Tranquilizaos, que á mi mas que á vos me interesa ser prudente si he de alcanzar lo que deseo.

—Es verdad, pero..

—Dejaos de observaciones y haced lo que os digo si que-  
reis mi amistad y mi bolsa.

—Bien, bien.... yo....

—En cuanto al secreto, escuso deciros lo que importa guardar por ahora, y que me respondeis de él con vuestra enorme barriga.

—Ocasiones ha tenido vuestra señoría en que poder conocerme.

—Una cosa me falta preguntaros.

—¿Cuál?

—¿Tiene ventana á la calle el aposento que ocupa esa dama?

—Uno de los balcones que caen á la plaza tiene la primera habitacion, y en la segunda una ventana que da al pátio.

—Bien, maese Mancioni—repuso el mancebo, sacando un bolsillo—tomad esos diez escudos de oro para los primeros gastos de Lagartija, y si el negocio sale bien, sereis recompensado largamente.

—Gracias, señor vizconde, gracias.

—Advierto que no habeis destapado la botella.

—Ya sabe vuestra señoría que nunca bebo.

El vizconde meditó algunos instantes y luego repuso:

—¿Cuándo vereis á Lagartija?

—A estas horas acostumbra á venir, y si vuestra señoría quiere conocerlo, no tiene mas que esperarse un poco.... no tardará un cuarto de hora.

—Nó.

—Tengo una hermosa trucha que servir á vuestra señoría para que entretenga el tiempo.

—Con gusto la comeria si me acompañase la dama misteriosa, pero para estar solo, quiero aprovechar el tiempo en otra cosa.

—Como plazca á vuestra señoría.

—Me voy—dijo el mancebo levantándose.

—¿Volverá hoy vuestra señoría?

—A la noche.

El vizconde salió, y maese Mancioni, no muy tranquilo con los proyectos en que acababa de tomar parte, se hizo las siguientes reflexiones:

—En cuanto á que el bachiller Lagartija se convierta en sombra de esa dama, no encuentro cosa particular, porque

todo será que se averigüe quien es y que el vizconde tenga mas facilidad de galantearla, pero lo de darle un aposento en mi casa.... no me gusta mucho porque ese mancebo es un libertino que nada respeta, y bien puede suceder que abuse de la ocasion, comprometiendo mi reputacion de hombre honrado y mis intereses. No puedo negarme porque es temible si se enoja, y por lo menos, seria capaz de armar un escándalo, pero necesito tomar algunas precauciones, estar muy alerta, y en último caso obrar con energia.

Tras estas reflexiones, maese se dirigió á la cocina, y la casa quedó en el mas profundo silencio.



Bien atrinchera-  
 con un  
 rando el prior don Antonio tuvo no-  
 ticia de que el ejército del duque de  
 Alba marchaba sobre Lisboa, com-  
 prendió que le era preciso evitar á  
 todo trance aquel golpe, pues una  
 vez que los españoles se apoderasen  
 de la capital del reino, no le queda-  
 ba recurso para hacer triunfar su causa que indubitablemente  
 se perdería con semejante golpe.  
 Con tanta prisa le fué posible, reunió don Antonio á sus  
 mas hábiles partidarios y el mayor número de sus tropas,  
 reclutando algunas miles de soldados mas, y poniéndose él  
 mismo á la cabeza de su ejército.  
 Guardar por los españoles las plazas mas importantes

## CAPITULO VI.

Donde volvemos á Portugal.



UANDO el prior don Antonio tuvo noticia de que el ejército del duque de Alba marchaba sobre Lisboa, comprendió que le era preciso evitar á todo trance aquel golpe, pues una vez que los españoles se apoderasen de la capital del reino, no le quedaba recurso para hacer triunfar su causa que indudablemente se perdería con semejante golpe.

Con cuanta prisa le fué posible, reunió don Antonio á sus mas decididos partidarios y el mayor número de sus tropas, reclutando algunos miles de soldados mas, y poniéndose él mismo á la cabeza de su ejército.

Ganadas por los españoles las plazas mas importantes,

cansados los defensores mas ardientes de la independencia, y desalentados los partidarios de don Antonio por los descabros que habian sufrido y porque no veian llegar los prometidos socorros del extranjero, estaba el prior en el caso de arriesgar en una batalla decisiva todo el porvenir de su causa.

Al fin vió don Antonio reunido un ejército de diez y seis mil infantes y dos mil caballos, pero la mayor parte era gente indisciplinada, y no pocos moros berberiscos sin entusiasmo por la causa que iban á defender. Sin embargo, la prontitud con que se dispusieron les dió lugar á elegir una ventajosa posicion antes que los españoles pudiesen llegar á Lisboa, y sentaron el campo á una milla de esta ciudad que resguardaba uno de sus costados, teniendo al otro el Tajo donde contaban con cien embarcaciones, de las cuales, cuarenta y dos tenian numerosa artillería, y delante, es decir, por el único lado por donde podian ser acometidos, un riachuelo de escarpadas orillas que dificilmente podian atravesarse, á poco que fuesen defendidas.

Bien atrincherados, con el descanso de algunos dias, y con un plan estudiado detenidamente sobre el terreno, era mucha su ventaja sobre los españoles que á cuerpo descubierto y fatigados por largas y precipitadas marchas, debian atacar sin conocer el terreno y casi sin saber las fuerzas con que contaban sus enemigos.

Avistáronse al fin los dos ejércitos, y aunque el duque de Alba apreció fácilmente lo ventajoso de la posicion de los portugueses, resolvió dar la batalla, aunque no sin tomar algunas precauciones. Fué la mas importante enviar órden al marqués de Santa Cruz para que con sus galeras se pusiese á la vista de las de don Antonio; el rio tiene por aquella parte unas tres millas de anchura, y ambas flotas podian maniobrar desahogadamente.

Al anochecer de la víspera del dia de la batalla, dió el du-

que la órden para que todos se preparasen, pues queria que al amanecer se acometiese al enemigo.

El sol parecia tocar ya á las cumbres que se levantaban por la parte de Occidente, y el ejército español, acampado á la falda de una cordillera que se estiende de Norte á Sur, bullia y se agitaba mientras que los últimos rayos del astro del dia reflejaban en los brillantes cascos y armaduras, haciéndolas aparecer como espejos movibles cuyos luminosos destellos cambiaban, se perdian y volvian á relucir como si revoloteasen en el espacio. Perdíase entre las vecinas montañas el eco del sonido de las trompetas, y el relincho de los caballos, el choque de las armas al chocar con las armaduras, y los alegres cantos de la guerrera gente, esparcian ese rumor que en los campamentos enciende el entusiasmo belicoso y hace palpitar el corazon con mas fuerza de la acostumbrada. En un campamento todo es alegría, mayor quanto mas cercano está el combate, y entre el ruido de las armas y el son de los clarines se ahogan todos los recuerdos y se disipan todos los temores porque el valor se comunica de unos en otros pechos como se comunica el espanto cuando la derrota pone en desórden siquiera una pequeña parte de los combatientes.

Despues de haber entrado en contestaciones con algunos centinelas y en esplicaciones con algunos gefes de las avanzadas, un hombre que á la espalda llevaba un pequeño lio de ropa y que á pesar del cansancio de su precipitada marcha entonaba alegremente una cancion que tanto tenía de báquica como de guerrera, atravesaba el campamento por entre los grupos de soldados que jugaban y reñian, bebian y se alegraban ó se entretenian en arreglar sus armaduras.

De vez en cuando interrumpia su cantar para decir á algunos soldados:

—¡Ola, camaradas, buenos ánimos mostrais!

Y mientras ellos le contestaban con tono burlon,

—¿Camaradas nos llamas con esas trazas de bachiller ó sopista?

Continuaba su camino y preguntaba á otros:

—¿Voy bien para el sitio donde está el tercio de don Lope?

—¿Sois comediante que venis á divertirnos? le dijo un soldado español.

—Juro por los zapatos que robé esta mañana á un portugués—añadió un andaluz—que este que con esa tizona y ese jubon raído presume de hidalgo, es barbero y lleva en ese lio los serruches de su oficio.

—Vos lo habeis acertado—contestó Cervantes, que no era otro el que se habia introducido en el campamento.—Barbero soy, antiguo en la profesion, y vengo con el fin de afeitar al prior don Antonio que diz tiene en las barbas todo su poder. Teneis buen golpe de vista, cualidad que en vos es añeja, señor Anton Navarrete....

—¿Cómo!—exclamó el soldado sorprendido al oirse llamar por su nombre.—¿Acaso me conocéis?

—Cerca de diez años hace que no nos hemos visto, desde aquella broma de Lepanto, pero....

—¿Por mi abuela!—interrumpió el soldado.—¿Quién sois?

—Miradme bien.

Navarrete fijó atentamente la mirada en el poeta, y reconociéndolo al fin, levantóse, le echó al cuello los brazos con muestras de la mayor alegría, y exclamó:

—¡Voto al rabo de Satanás! ¡El señor Miguel de Cervantes aquí!

Semejante encuentro conmovió tiernamente el ánimo de aquellos dos hombres porque habian sido leales camaradas y acudieron á su memoria muchos recuerdos de su pasada vida.

—¡Y os llamé barbero, vive Dios!—repuso Navarrete.—

Bien decís, habeis venido á afeitar á ese maldito portugués que si supiera que estamos juntos no nos esperaria mañana.

Pero sentaos y descansad, bebed un trago de vino para que se os refresque el cuerpo y se os alegre el alma, y luego iremos á ver á algunos de nuestros antiguos compañeros. Supongo

que venís para alistaros con nosotros porque estará bailando de impaciencia en la vaina vuestra lanceta despues de tanto tiempo de no haber hecho una sangría. Mañana, carne fresca de portugueses y moros: á estos últimos ya los conocéis y sabéis que gritan mucho y son ligeros como el aire cuando se toca á talones. Pronto los despacharemos: al uno un puntapié, al otro un bofetón, á este una estocada y al otro un revés que lo divida en dos pedazos, será función de media hora. Tienen ahí unos barquichuelos.... ¡nada!.... cascarones de nueces que pueden servir de zapatos para las monas; no hay que hacer caso de ellos, porque solo del aire que se moverá al avanzar nosotros, se irán á pique.

Cervantes se sonrió y dijo:

—Veo que nada habeis perdido de vuestro antiguo buen humor y que hablais tanto y tan de prisa como antes.

—¿Qué he de hacer? Las palabras se me indigestan en el cuerpo y por eso las vomito.... ¿Pero no bebeis ni os sentais? ¡Voto al infierno!

—Si quereis complacerme, guiadme á donde esté don Lope de Figueroa y don Diego de Urbina, y despues que los haya visto iré á sorprender á mi hermano que ni me espera ni sabe que he salido del cautiverio.

—¿Y luego sereis nuestro?

—Sí, nos reuniremos los camaradas de Lepanto y beberemos á la salud de los valientes y por la victoria de mañana.

—Vamos, pues. Vereis á don Lope, á don Diego y á vuestro hermano que ya es alférez....

—Lo sé.

—Y que se ha portado como un valiente: no os diré mas sino que en la toma de Olivenza mató mas portugueses que dias tiene el año y no sacó ni un rasguño: y no hay que decir que todo fué saltar las murallas, porque despues, en las calles, nos echaron desde las casas mesas, sillas, agua hirviendo y qué se yo cuantas cosas por el estilo. Pero en el in-

fierno lo pagarán: Dios permita que el diablo mayor les dé mas tizonazos que granos de tierra tiene el mundo; que los desuelle siete veces al dia y que los alimente con hambre.

—¿Cuándo dejareis de ser maldiciente?

—Cuando me corten la lengua; aunque entonces maldeciré con el pensamiento. No sabeis lo que es esta gente: todo castigo es poco para ellos: no estaré contento hasta que los vea convertidos en truchas y nadando en plomo derretido.

—Buenas intenciones.

—Tales son sus hechos.

No cesó de hablar el soldado hasta que llegaron á la tienda de don Lope de Figueroa, á quien pasaron recado de parte de Cervantes.

El valor y la honradez del poeta, habian dejado un recuerdo en el tercio donde sirvió, que no era fácil que el tiempo lo borrara: por esta razon, don Lope de Figueroa lo recibió al momento y con muestras del mayor cariño, haciéndole sentar á su lado y preguntándole el objeto de su viaje con amistoso tono.

—No sé si sabreis—le dijo el poeta—que he estado cautivo.

—Sí, lo supe—le contestó el ilustre guerrero—porque pregunté por vos, y antes de que saliésemos de España para esta expedicion, me dijo vuestro hermano que habia muchas esperanzas de que alcanzáeis vuestra libertad. Despues no ha sabido darme mas noticias; y creo que lo habreis sorprendido como á mí.

—No lo he visto aun.

—¿Que no lo habeis visto!

—Nó, señor, porque antes que cumplir con ese ardiente deseo de mi fraternal cariño, era mi deber de ponerme á vuestras órdenes.

—Veo que habeis conservado vuestra antigua severidad.

—Así he nacido, y la condicion de la criatura no cambia.

—¿Habeis visto á S. M.?

—Tampoco, aunque en Badajoz he permanecido muchos dias con ese fin; pero estorbólo su enfermedad, y como esta se prolongaba, y el tiempo transcurria sin que yo cumpliese mis deseos de tomar parte en esta guerra, me he venido con intencion de dejar para despues el besar la mano á S. M.

—Siento que no hayais podido hablarle, porque con vuestros brillantes antecedentes, estoy seguro que el monarca os hubiese enviado ya con el empleo de alférez que teneis tan ganado.

—Lo conquistaré de nuevo aquí.

—Ya sabeis que nada puedo hacer por vos ahora.

—Lo sé, don Lope, y por eso quiero hacer por mí. Dadme un mosquete y designadme un puesto, que aunque manco, me queda la diestra y el corazon. Si á mis servicios añado otros voluntariamente, el rey me recompensará, seguro estoy, porque no es posible que mire con indiferencia mi lealtad y mi desinterés.

—Llegais precisamente en el momento mas oportuno para conquistar la gloria y la fortuna.

—Para mí, don Lope, ha estado siempre reñida la primera con la segunda, bien lo sabeis; pero esta vez no espero recibir un desengaño.

—Ciertamente, señor Miguel; vos habeis corrido sin descanso tras la gloria, pero la fortuna no ha corrido tras de vos.

—Es que no habrá podido darme alcance; tan veloz ha sido mi carrera.

—¿Sabeis que tenemos enfrente al ejército enemigo, y que mañana se dará una batalla decisiva?

—Si, señor, y por eso he apresurado mi marcha.

—Puesto que tan decidido estais, os destinaré á una compañía....

—¿En cuál sirve mi hermano?

—En la de don Diego de Urbina.

—Con él quisiera ir yo.

—Estais complacido: ahora mismo daré las órdenes convenientes.

—Gracias, don Lope.

—Yo soy quien tengo que agradecerós vuestra ayuda. Ahora, id á ver á vuestro hermano y luego descansad porque al amanecer nos pondremos en marcha.

El poeta tomó una orden que don Lope le dió para Diego de Urbina, y salió de la tienda, reuniéndose con Navarrete que lo esperaba.

Poco tardaron en encontrar á Rodrigo que estaba hablando con otros compañeros.

—¡Hermano mió!—exclamó Cervantes, abriendo los brazos y mientras que á sus ojos asomaba una lágrima de ternura.

Rodrigo miró sorprendido á su hermano y exhaló un grito á la vez que lo abrazaba.

Largo rato permanecieron silenciosos, sin poder articular una sílaba, pues la emocion les embargaba las lenguas.

—¡Libre!—exclamó al fin el alférez.

—Libre y juntos para correr la misma suerte—contestó el poeta.

—¡Gracias, Dios mió!

Pueden figurarse nuestros lectores cuantos recuerdos conmoverian el ánimo de los dos hermanos. Volvian á verse despues de una larga ausencia, despues de haberse separado sin la esperanza de reunirse sino en el cielo. Ambos se acordaron de aquellos dias de horribles amarguras, de crueles tormentos, y á la vez de ilusiones risueñas en que sumidos en la oscuridad de un sótano elevaban á Dios sus preces al despuntar el dia, y luego, poseidos de la mas ardiente fé, con todo el entusiasmo de su heróico valór, con todo el desinterés y la nobleza de su abnegacion virtuosa, arriesgaban á cada instante la vida, no solo para alcanzar su libertad, sino tambien la de sus infelices compañeros. La desnudez, el hambre, las vigili-

las ofensas y malos tratamientos, todo lo habian soportado sin exhalar una queja, y en medio de su espantosa desgracia se tuvieron por felices los momentos en que podian con su ejemplar virtud reanimar el abatido espíritu de los débiles, ó con sus dulces palabras consolar á los mas afligidos. El recuerdo de tales sucesos con sus mas insignificantes detalles se conservaba vivo en la memoria de ambos hermanos porque no era posible que lo borrara el tiempo, y como era natural, conmovió sus almas y á los ojos hizo asomar tierno llanto, que no era en ellos muestra de femenil debilidad, sino de grandeza de corazon.

— Levantáronse al cielo los ojos de Miguel y de Rodrigo.

— El sol acababa de ocultarse, y los dorados resplandores de los vespertinos crepúsculos se estendian en Occidente como una faja de transparente y luminoso vapor, y sonrosaban la bóveda del universo, donde todavia no brillaba ninguna estrella ni habia esparcido la nacarada luna sus plateados reflejos. Era esa hora en que, lejos de la atmósfera de las ciudades, fuera de sus artísticos nidos y de sus calles, se siente languidecer el alma en fuerza de tanta ternura, y elevarse el pensamiento hasta lo infinito de las mas sublimes creaciones al aspirar el aire puro y libre de la campiña, embalsamado con el aroma suave del tomillo y del romero, del laurel que se mece en la colina y de las flores que tapizan el valle; al contemplar el cielo transparente y puro mientras que el alma preguntan por él *mas allá* y los ojos no ven mas que un horizonte que no se sabe donde concluye; al escuchar el último trino de algun gilguero que busca su nido, y el primero de algun ruiseñor que sacude sus alas para cantar á la noche y mezclar sus dulcísimos y variados gorgoros al monótono y triste quejido del buho; al percibir lejano el ladrido del mastin ó el balido de la fatigada obeja mientras que entre la nudosa carrasca espira el eco del repetido cantar del pastor; esa hora en que comienza á espirar el alegre bullicio y ruido continuado del

dia sin que le haya sucedido aun la triste oscuridad y silenciosa quietud de la noche; esa hora, como la del amanecer que ha roto el crespon de la tenebrosa noche sin haber despertado al mundo con el torbellino de su movimiento. Miguel de Cervantes era poeta, y es imposible, ó muy difícil, hacer comprender al que no esté dotado de un alma como la suya lo que sintió en aquellos momentos. Su rostro se dilató y los dorados resplandores del crepúsculo coronaron su espaciosa y noble frente, encendiéndose en su fantasía el fuego de la mas sublime y tierna inspiracion. Sin duda á estar solo hubiese salido de sus lábios, con la armonía de su inimitable lenguaje, un canto dulce, lánguido y conmovedor; pero las repetidas preguntas de su hermano le obligaron á contestarle, y despidiéndose del camarada Navarrete hasta mas tarde, pasaron cerca de dos horas en no interrumpida plática sobre el cautiverio, sobre los asuntos de familia, y últimamente sobre los amores de Zoraida.

—¿Y qué piensas hacer—dijo Rodrigo—si la hermosa berberisca logra escapar de Arjel y viene á buscarte?

—Ya sabes—contestó el poeta—que mi corazon no se ha interesado mucho por esa mujer, ya fuese porque cosas de mas importancia tenian embargada mi atencion, ya porque la idea de que no era cristiana me retrajese sin yo advertirlo. Pero es el caso que ella ha hecho sacrificios tales, ha corrido tan peligrosos riesgos por mí, que si no he de ser ingrato debo corresponderle con hacer yo algo en su obsequio. Es verdad que si ella lo sacrificó todo por mí, fué para lograr los deseos de su pasion, pero es justo corresponder al cariño, y sobre todo, en medio de mis tristísimas amarguras, hubo momentos en que sus caricias amorosas me hicieron olvidar todas las penas. ¿Y cuánto no valia para mí entonces un instante de consuelo ó de alegria, y qué no debo al que me lo diera?

—En una palabra, Miguel, estás decidido á casarte con ella.

—No te diré que sí, pero si nuestra madre no mostrase re-

pugnancia á semejante casamiento, y Zoraida viniese tan enamorada como antes, me casaré con ella. Otra cosa me obligaría tambien, y es que si Zoraida comenzase su nueva vida, viendo que los cristianos mentian y engañaban sin temor como los hijos de Mahoma, y que aquí como allí, se abusa sin conciencia de la debilidad de las mujeres, perderia la fé en sus nuevas creencias que aun no deben haber echado muy profundas raices en su alma.

—¿Y si á pesar de esas razones y de tus escrúpulos, nuestra madre se opusiera á tu casamiento, ó demostrara alguna repugnancia?

—Intentaria convencerla, y creo que lo conseguiria fácilmente, porque no querria ser causa de que la berberisca se perdiese por falta de guia y de apoyo.

—Asunto es ese en el que necesitas obrar con mucha prudencia.

—No ha llegado el caso todavia, y es diffeil que llegue, porque tal vez Zoraida no haya podido escapar de Arjel.

—Muchas dificultades habrá encontrado.

—Y quizás le haya costado la vida el intentar la fuga, pues Dalí Mamí no la habrá perdonado si la ha sorprendido.

—¡Infeliz mujer!

—Muy desdichada, y por eso merece mas consideracion.

—Ciertamente, y volviendo á lo mas importante, veo que á nada estás decidido.

—A nada mientras que con la llegada de Zoraida no pueda apreciar los fundamentos de mi decision.

—Entonces, solo debemos ocuparnos ahora de lo presente.

—Sí, del suceso que se prepara, pues segun me ha dicho don Lope, mañana será Portugal independiente ó de Felipe II, ó mejor dicho, de este ó del prior.

—Aun ganando queda mucho que hacer.

—Tal creo, porque las islas Terceras no quieren reconocer á don Felipe.

—Como que creen firmemente que no ha muerto su querido monarca el bravo don Sebastian.

—Pues allá iremos.

—Caro habrá de costarnos porque las islas son fuertes, casi inespugnables, y se asegura que una escuadra francesa acudiré en auxilio de don Antonio.

—Tanto mejor porque así tendremos mas ocasiones de hacer fortuna.

—Espero que serás alférez á la conclusion de la guerra.

—Yo tambien—repuso el poeta—y por esta vez no creo que tendré un desengaño.

Poco mas hablaron los dos hermanos, pues Miguel queria ver cuanto antes á su antiguo capitán Diego de Urbina, en cuya busca fueron, encontrando el poeta tan buena acogida como la que le habia hecho Figueroa.

Luego, cumplidos sus deberes y satisfechos los deseos de su corazón, Miguel de Cervantes fué á saludar á muchos antiguos camaradas, concluyendo por reunirse con muchos de estos para cenar juntos, beber y cantar alegremente.

Entonces renació en el poeta toda su antigua vivacidad, todo su buen humor, y olvidándose de su cautiverio y de todas sus desventuras, volvió á ser el camarada decididor y chistoso cuya picante y variada conversacion hizo que se pasasen sin sentir las primeras horas de la noche.

Al cabo, rendidos por la fatiga y por los vapores del vino, fueron uno á uno tendiéndose en el suelo, y mientras que los reflejos de la luna bañaban sus animados rostros, entonaron, ó mejor dicho, desentonaron una canción cuya primera estrofa no pudieron concluir porque el sueño cerró sus ojos y trabó sus lenguas.

Pocos momentos despues, el silencio mas profundo reinaba en el campamento, y solo de cuando en cuando se oia el alerta de los centinelas de los puestos avanzados, y alguna vez, aunque pocas, el relincho de algun corcel.

## CAPITULO VII.

Donde se verá que Miguel de Cervantes no habia perdido nada de su antiguo valor.



o habia dejado ver la aurora sus dulces resplandores, cuando el toque de las trompetas y atabales resonó en todo el campamento y se percibió un murmullo prolongado, producido por millares de voces que acogieron con alegre entusiasmo la hélica señal.

La guerrera gente se puso en movimiento, cada cual corrió á reunirse á su compañía, sonaron las armas al chocarse, relincharon los caballos, y en breve tiempo, encontróse el ejército en disposicion de ponerse en ordenada marcha.

Entretanto la escuadra española á las órdenes del marqués de Santa Cruz, se habia colocado á la vista de las gale-

ras portuguesas, esperando para obrar segun las circunstancias y con arreglo á las instrucciones que sobre el caso tenia.

El poeta habia trocado su traje de hidalgo pobre ó de barbero presumido, como le llamó Navarrete, por un coletó de ante con mangas de lo mismo, y habia puesto en su sombrero una larga pluma encarnada. Armado de un mosquete y esperando la señal de partida, estaba á la cabeza de algunos soldados que, como en Lepanto, debian obedecer sus órdenes en el combate, pues aunque no era mas que simple soldado, merecia esta distincion de su gefe.

El duque de Alba dispuso al fin que se avanzase, y el ejército, en buen órden y anhelando el momento de la lucha, tomó campo adelante en direccion al rio de que hemos hecho mencion y el cual solo podia pasarse por un estrecho puente defendido con artillería por el enemigo.

Los primeros resplandores de la mañana comenzaron á rasgar el impalpable y negro velo de la noche.

Huyeron espantados los pajarillos al dejar su lecho de hojas, y no se atrevieron á saludar con sus trinos al nuevo dia.

Los españoles caminaron con todo el ardimiento de su valor, con toda la confianza de una segura victoria, porque tal pensaban que habia de suceder los que siempre tenian de su lado la fortuna.

Lucieron los primeros rayos del sol, y viéronse aquellos rostros animados por la mas entusiasta alegría, como si se preparase una fiesta.

Al fin se divisaron los puntiagudos riscos que se levantaban á la orilla opuesta del rio, y viéronse á los portugueses coronando las alturas y prevenidos á rechazar el ataque.

Todos los corazones palpitaron con violencia, requirieron-se todas las armas, y se oyó un murmullo sordo, anuncio de la sangre que iba á correr.

Balanceábanse sobre las aguas del caudaloso Tajo las galeras portuguesas, y mas lejos las españolas.

Multitud de órdenes se cruzaron en el ejército de Felipe II, y las diversas compañías tardaron bien poco en ocupar sus respectivos puestos.

Las trompetas dieron la señal de acometida.

Resonó en el espacio al primer grito de guerra, y tembló la tierra al crujido atronador producido por los disparos de la artillería y de los mosquetes.

Los portugueses respondieron con un fuego nutrido, y desde sus ventajosas posiciones comenzaron á causar bastante daño á las tropas castellanas; pero estas sostuvieron aquel primer descalabro, y á pesar de que se encontraban á cuerpo descubierto, avanzaron hácia el rio con la mas temeraria intrepidez, dirigiendo con mas ahinco su ataque sobre el puente.

Habian levantado sobre este las tropas de don Antonio un fuerte parapeto y colocado dos piezas de artillería de buen calibre que sin cesar vomitaban mortifera metralla, y algunas compañías de arcabuceros portugueses las cubrian, estendiéndose por la orilla del rio y cruzando sus fuegos sobre el puente.

En aquella parte era horrorosa la carnicería.

Cuantos soldados se lanzaban sobre el puente, otros tantos perecian sin que uno solo lograrse llegar al parapeto.

Lo mismo sucedia con los que intentaban, con mas ceguedad que prudencia, vadear el rio, porque los portugueses, á cubierto por la misma escabrosidad de la rivera, los herian sin temor de ser ofendidos.

La caballería española, al mando de don Fernando de Toledo, hijo del duque de Alba, estaba imposibilitada de manobrar, y permanecia inmóvil á retaguardia hasta que los peones lograsen pasar á la otra orilla y acudir á sostenerlos.

Transcurrieron algunas horas y el combate siguió tenaz y encarnizado, sin que la victoria se declarase por ninguno de los dos ejércitos.

El duque de Alba, despreciando el peligro, corria de un lado para otro, infundiendo valor á los suyos, dando repetidas órdenes. Su audacia habia empeñado la lucha, y su honor le mandaba morir allí ó vencer, pues la retirada, no solo hubiese tenido fatales consecuencias para el éxito de la conquista, sino que hubiera sido una acusacion contra su loca temeridad, pues que en vista de las posiciones ocupadas por los enemigos, debió aplazar el ataque para mejor ocasion.

¿Qué era de Cervantes?

Con el puñado de valientes que lo seguian dirigióse tambien al puente á la vez que lo atacaban algunas compañías de italianos.

El poeta, con los suyos, se lanzó delante de todos, y al arrostrar con rostro sereno el primer disparo de metralla, gritó con acento firme:

—¡Adelante, camaradas!

—¡Adelante, vive Dios!—contestaron los españoles.

Llovian, puede decirse, las balas de los arcabuces.

Los valientes acometedores tuvieron que caminar sobre cadáveres horriblemente mutilados.

—¡La victoria va con nosotros!—volvió á decir Cervantes.

—¡Viva España!.... ¡Apaguemos con nuestros pies el fuego de esos cañones!.... ¡Sígame el que quiera la gloria, que allí está, y sino yo solo iré á conquistarla! ¡Yo solo á cantar la victoria sobre ese parapeto para avergonzar á los que hayan retrocedido un solo paso!.... ¡Adelante, camaradas, adelante como en Lepanto donde os enseñaron á morir los que allí alcanzaron un nombre que envidiais!

Un grito de entusiasmo respondió á las palabras del poeta, y lo mismo españoles que italianos, precipitáronse con tal ardor sobre el parapeto, que la metralla no fué bastante á contener la impetuosidad de su acometida. Muchos, muchísimos, cayeron sin vida y aumentaron la sangre que en abundancia corria, tiñendo las puras y mansas aguas del rio; pero sir-

vieron de escalon glorioso á sus compañeros que, ciegos ya, perdido hasta el instinto de conservacion, sin atender á su propia defensa, avanzaron hasta colocarse sobre las candentes bocas de los cañones.

—¡Victoria!—gritó Cervantes cuyos ojos chispearon.

—¡Victoria!—repitieron los que le seguian.

El poeta abandonó el mosquete, empuñó la espada, y despues de sostener un breve, pero encarnizado combate cuerpo á cuerpo, logró colocarse sobre el parapeto, volviendo á gritar:

—¡Victoria! ¡Viva España! ¡Viva Felipe II.

Este grito, que se repitió con loco entusiasmo por sus compañeros, cundió rápidamente por todo el campo, y puso en fuga á los que estaban cerca del puente y alentó á los que no habian podido pasarlo.

Los italianos cayeron con ardor sobre los portugueses; el parapeto quedó destruido en pocos minutos; la caballería española, impaciente por tomar parte en la lucha, cargó con violento empuje, y la acometida de los piqueros alemanes decidió al fin la victoria.

Antes de una hora, los españoles se hicieron dueños de todas las posiciones, y el campo estaba cubierto de cadáveres.

El prior don Antonio habia peleado con valor, con desesperacion, como quien todo lo juega; pero sus esfuerzos fueron inútiles para contener la precipitada fuga de su gente, y herido en la garganta de un lanzazo, tuvo tambien que huir á toda prisa, logrando salvarse por la ligereza de su caballo.

La caballería enemiga persiguió á los fugitivos tenazmente, haciendo en ellos gran matanza, y esta hubiera sido mayor, á no encontrar los malaventurados cercano refugio en Lisboa, pues si mayor fuera el camino que hubiesen tenido que recorrer en la huida, no quedára ni uno de ellos para llorar la sangrienta rota.

Mientras esto sucedia, el marqués de Santa Cruz, ponía

su escuadra en movimiento para acometer á la portuguesa, pero esta izó bandera blanca y se rindió á discrecion.

El prior de Ocrato no se detuvo hasta Santaren , y á pesar de ser esta una plaza muy fuerte , no se creyó seguro y siguió hasta Porto , acompañado de setenta caballeros moros y de algunos portugueses. Su intencion era volver á reunir sus tropas y aumentar el número de ellas cuanto le fuese posible, y esperar los socorros prometidos por otras potencias. Pero esto no pasaba de ser esperanzas que pronto vió desvanecidas con la toma de Lisboa y con la solemne proclamacion de Felipe II.



---

**CAPITULO VIII.**
**De cómo Felipe II conquistó un reino, y Cervantes un corazon.**


---



**S**OBRE la conquista de Portugal escusaremos entrar en detalles que nada hacen á nuestro propósito, sin dar á conocer otros sucesos que los que tienen relacion con la vida de nuestro poeta. A este fin diremos solamente que el ejército español, al mando de don Fernando de Toledo, marchó sobre Lisboa donde el terror que habia dominado todos los ánimos debia naturalmente debilitar la defensa.

Era opinion generalmente admitida que despues de la derrota de don Antonio en la batalla que ligeramente hemos descrito, no habia salvacion para la independenciam ni mucho menos para la causa del prior: y esta falta de fé, unida á los

anteriores descalabros de las armas portuguesas, eran sin duda alguna el mas funesto mal para los defensores de aquel territorio sobre el cual habia colocado su ambiciosa mano de hierro el tirano de dos mundos.

La defensa, pues, de Lisboa fué débil, como hecha sin fé y con escasos medios de combatir á un enemigo poderoso y que iba con los ánimos que infunde la victoria. El sitio fué de corta duracion, y al fin, como si mal contenidos por diques de movediza arena, los cristalinos caudales del Tajo se hubiesen derramado sobre la ciudad, los tercios españoles entraron en ella por diversos puntos, sin que nada fuese bastante á contener la impetuosidad de su acometida.

Felipe II, sin duda por una mira política, habia dado las órdenes mas terminantes para que sus tropas respetasen las vidas y los bienes de los habitantes de la ciudad, y no cometiesen el mas leve exceso ni violencia, y estas órdenes las circuló don Fernando de Toledo, imponiendo severas penas al que las contraviniese. Empero tales prevenciones fueron inútiles en parte, pues si bien pudieron los gefes contener al mayor número de soldados, no así á todos, y una parte de estos, ó mas desobedientes ó menos vigilados, invadieron un barrio de la poblacion, cometiendo todo género de crueldades y abusos. Nada respetaron, ni la vida de los hombres, ni la castidad de las mujeres; y no encontrando su codicia riquezas de que apoderarse, destrozaron los muebles á cuchilladas ó los quemaron en las calles.

Aunque como simple soldado ninguna autoridad tenia, Miguel de Cervantes, que entró por aquel barrio en la ciudad, intentó contener á la desenfrenada soldadesca, y aunque con riesgo de su vida, logró salvar la de algun infeliz débil é indefenso, y el honor de alguna mujer que en el aturdimiento de su pánico no acertaba á oponer resistencia á los brutales vencedores.

La sangre corria por todas partes; apenas podia darse un

paso sin tropezar con los restos de un rico mueble ó con los tizones de una hoguera. Al estruendo de los gritos, de las amenazas, de las blasfemias, de las carcajadas feroces y de los golpes descargados sobre puertas y muebles, mezclábanse los ayes de los moribundos, los lamentos y el llanto que en tanta abundancia como la sangre se vertía.

○ No podemos presentar á la vez todas las escenas que en pocas horas tuvieron lugar, ni queremos tampoco abusar de la sensibilidad de nuestros lectores haciéndoles estremecer con la pintura de los hechos mas repugnantes: nos concretaremos á lo que directamente se relaciona con nuestro héroe.

Como la mayor parte de las casas, habia sido invadida una despues de derribar la puerta, por diez ó doce alemanes cuyo primer cuidado fué entrar en las bodegas, beber cuanto vino pudieron, y dirigirse en seguida á las demás habitaciones, destruyendo cuanto encontraban á su paso.

■ Habitaba aquella casa una dama rica, de noble alcurnia, jóven y hermosa; pero soltera y que vivia sola con sus criados. Dos ó tres de estos habian pagado con sus vidas su fidelidad al querer oponerse á la entrada de los soldados, y otros, mas cobardes ó menos fieles, habian huido; de manera que la dama, sola y sin ninguna defensa, se habia retirado al último aposento para aguardar allí la muerte con toda la resignacion cristiana.

■ Los alemanes se esparcieron desordenadamente por unas y otras habitaciones en busca del botin, apartándose cada cual de los otros para no verse en la precision de partir con un compañero el hallazgo de las riquezas que la suerte le deparase.

■ Uno de aquellos soldados, despues de haber recorrido gran parte de la casa sin encontrar persona á quien asesinar ni dinero ni joyas de que apoderarse, llegó á un apartado gabinete amueblado con el mayor gusto y riqueza, y en el cual, delante de un reclinatorio que sostenia un Crucifijo, habia una

mujer arrodillada, con la mirada afanosa y fija en la santa imágen del Hijo de Dios, las manos cruzadas y estendidos los brazos con suplicante ademán. Dos lágrimas que á sus ojos habian arrancado el espanto y el dolor, oscilaban pendientes de sus largas pestañas de oro y estaban próximas á desprenderse para caer en su agitado seno, que mal oculto por el descuido de su propio dolor, cuando mas debiera guardar sus encantos, se levantaba á impulsos de una respiracion desigual y agitada como los latidos de su atormentado corazón. Temblaba su cuerpo convulsivamente; sus mejillas estaban en extremo pálidas, y sus secos y ardientes lábios, entreabiertos levemente, agitábanse de vez en cuando sin que diesen salida mas que á un murmullo incomprensible, á un suspiro ó un ay doloroso. Sus cabellos eran rubios, negros sus ojos y esbelto su talle.

Ó porque lo estorbaba el ruido atronador que hasta allí llegaba, ó por efecto de su mismo espanto, no se apercibió de la presencia del soldado hasta que este dijo al verla:

—Algo es algo: sino hay dinero, al menos pasará un rato divertido.

La dama volvió la cabeza, fijó una mirada de terror en el alemán, exhaló un agudo grito y se puso repentinamente de pié.

—No te asustes, paloma—repuso el soldado, yendo hácia ella con pasos vacilantes y con los ojos encendidos.—No quiero hacerte daño porque soy muy galante con las mujeres; pero en cambio de mi dulzura no has de mostrarte esquiva.

—¡No me toques, miserable!—exclamó la dama con tan imponente acento que el soldado se detuvo por un instante.

—Mal me recibes, lucero, y no es lo que te conviene, porque si de todas maneras has de ser mia, mas te vale no provocar una lucha en la que serás vencida.

—¿Qué quieres?—repuso la dama cuya agitacion crecia.—  
¿Buscas oro?

—No he podido encontrarlo.

—Te lo daré, pero vete.

—Eso es otra cosa: el oro lo acepto porque no he tenido aun la fortuna de encontrar ni un escudo, pero en cuanto á que me vaya.... lo haré tambien si te vienes conmigo.

Y al decir esto el soldado se acercó mas á la dama, intentando cojerle una mano; pero ella retrocedió hasta llegar á la pared, y gritó:

—¡Apártate, miserable! Te daré oro, todo el que desees, todo el que poseo.

—Es poco; me has de dar corales y perlas, y los tienes en la boca—repuso el aleman mientras sonreia brutalmente.

—Asésiname, aquí tienes mi pecho, no opondré resistencia, pero que no me toque mas que tu puñal, y no tus impuras manos.

—No quiero derramar tu sangre, ni esperes verme hacer tal locura, porque seria privarme yo mismo de mi gusto: tengo bastantes fuerzas para vencerte sin necesidad de matarte.

La dama miró con espanto al aleman y se sintió próxima á desfallecer. No podia salvarse, no habia quien acudiese en su socorro, y la resistencia no debia dar otro resultado que acrecentar el impuro deseo de aquel hombre. Estaba resuelta á matarse ella misma si otro medio no encontraba de libertarse del soldado, pero esto era tambien muy horrible, era una esperanza de salvacion que no podia tranquilizarla.

—Si ha de ser—repuso el soldado—evítate el disgusto de una lucha vana.

Y se acercó á la dama y le asió los brazos.

—¡Dios mio, favorecedme!—gritó la infeliz con acento desgarrador y elevando al cielo una mirada suplicante.

No podia moverse: tenia detrás la pared y delante al soldado que la sujetaba con irresistible fuerza.

—No te sofoques, paloma mia, que hemos de acabar por ser buenos amigos—dijo el aleman.

Pero al intentar acercar sus lábios á los de la dama, oyó que decían desde la puerta.

—Eres muy blando y no mereces ser dueño de esa prenda.

Y entró otro soldado de los que recorrían la casa, y se acercó al primero.

—¿Qué quieres?—le preguntó este.

—Lo mismo que tú, como puedes presumir.

—Esta mujer me pertenece.

—Si sabes ganarla.

—Te arrancaré el corazón.

—O tendrás el disgusto de que yo te le arranque, y con el corazón esa tórtola asustadiza á quien retorceré el pescuezo si me mortifica con muchos dengues.

—Lo veremos.

—Bien, lo veremos, y si no te conviene á jugarla, la disputaremos á cuchilladas.

—Fuera la espada y no mas conversacion—dijo el primer soldado mientras desenvainaba su pesado acero.

El otro hizo lo mismo, y colocados cerca de la puerta para evitar que la dama se escapase mientras ellos combatían, cruzáronse las espadas y se trabó la pelea.

—Me asiste la justicia porque vine el primero.

—Y á mí me ayuda la fuerza, que es el mejor derecho, como lo hemos visto en la conquista de Portugal.

El que esto dijo se equivocó, porque á los pocos momentos se vió obligado á retroceder para librarse de los certeros golpes de su rival.

La dama, entretanto, permanecía inmóvil en el mismo sitio, con la mirada fija en los combatientes, ahogado el pecho y trastornada la cabeza. Apenas podia darse cuenta de lo que le sucedía, y era tal su turbacion, que ni siquiera pensó en intentar escaparse en algunos momentos en que se lo hubiera permitido lo ceguedad de los combatientes.

Corta fué la lucha.

El soldado que apoyaba en la fuerza su derecho, al dar un paso atrás, tropezó con un taburete, y perdiendo su equilibrio, dió con su cuerpo en tierra.

Esta desgracia fué una fortuna para su contrario que sin escrúpulos de ningun género, se aprovechó de la ocasion para atravesar de parte á parte al caído.

Un ay desgarrador y el hipo de la agonía siguieron al ruido de las espadas. La mullida alfombra se vió inundada de sangre, el vencedor arrojó su acero, y acercándose otra vez á la dama, le dijo:

—Te he ganado con riesgo de mi vida, y supongo que ya me creerás digno de tí.

La infeliz no pudo articular una sílaba; su cuerpo se estremeció convulsivamente, y sus ojos, estremadamente abiertos, fijaron su espantada mirada en el alemán.

—Veo que vas convenciéndote—repuso este, denotando su estado de exaltacion en sus dilatadas pupilas y en el encendido color de su rostro.

Y asíó nuevamente á la dama, que al sentir en su talle las manos de aquel hombre brutal, dejó escapar un grito desgarrador, y con acento que no podemos definir, exclamó:

—¡Socorro!

—¡Vive el cielo!—respondió con energía la voz varonil de un hombre que se precipitó en la estancia, y que comprendiendo al primer golpe de vista lo que allí sucedia, lanzóse rápidamente sobre el alemán, lo cogió por el cuello y lo separó bruscamente de la dama.

Era Miguel de Cervantes que, como ya hemos dicho, andaba por aquel barrio esponiendo su vida para evitar atropellos y robos.

El alemán dejó escapar un grito de rabia, recogió su acero, y dijo al poeta:

—¿Tú tambien me la disputas?

—Si hablas de la vida, sí, porque has intentado abusar de

esta dama indefensa y porque no has obedecido las órdenes del rey — contestó Cervantes con serenidad. — Y no pienses que te perdonaré si te vas, porque has delinquido con solo entrar aquí, y es necesario que te se castigue. A dos hombres he visto asesinados en el zaguan....

—A uno de ellos lo maté yo.

—Y aquí estoy viendo á otro, compañero tuyo....

—Que quiso disputarme la presa y pagó con su vida su atrevimiento.

—Señora—repuso el poeta, dirigiéndose á la dama—tranquilizaos en cuanto á vuestro honor, que yo estoy aquí para defenderlo: y en cuanto á vuestras riquezas, si ya os las han robado, nada podré hacer por la dificultad de encontrar el hurto.

—¡Gracias, caballero!—exclamó la dama, acercándose á Cervantes y estrechándole entre las suyas, ardientes y temblorosas, las manos.—¡Gracias por vuestra generosa ayuda! No me importan las riquezas, solo mi honra quiero salvar.

El soldado, traidor como lo habia sido con su compañero, se lanzó sobre el poeta para herirlo; pero este pudo, aunque con dificultad, evitar el golpe retrocediendo, y sacó su espada.

—¡Cobarde, villano!—exclamó con mas indignacion que ira.—Ya no estraño que quisieses abusar de la debilidad de una mujer, y creo que habrás asesinado á tu compañero como acabas de intentar conmigo.

Y al concluir estas palabras, cruzó su tizona con la del aleman que le atacó rudamente.

No fué la dama muda espectadora de aquel segundo duelo.

—¡Por Dios, caballero!—exclamó.—¡No arriesgueis vuestra vida, jugándola contra la de un villano! Gritad, pedid socorro....

—Tranquilizaos, señora, que Dios me ayuda porque defendiendo la justicia y protejo la debilidad.

—Ya verás lo que te cuesta, arrogante español.

—¡Calla, menguado, y defiéndete, ya que te he hecho la honra de cruzar mi espada con la tuya.

Como si las matadoras puntas de los aceros tuviesen una misteriosa fuerza de atraccion, llevábanse tras sí la mirada de la noble portuguesa que no se apartaba de ellos mientras que su corazon palpitaba con violencia.

Mucha era la destreza del aleman y no menos su hercúlea fuerza, pero el vino que habia bebido, y el trastorno de su rabioso coraje, eran dos enemigos mas temibles que la espada del poeta.

El combate se sostuvo tenazmente y por largo rato por una y otra parte, sin que ninguno de ellos aventajase en sus acometidas; pero al fin la fortuna se puso del lado del hidalgo, el cual, aprovechando una ocasion favorable, asestó á su contrario una estocada en el vientre que lo dejó muy mal parado, y en seguida otra en la garganta que dió con él en tierra.

No era asunto concluido.

Cuando el aleman espiraba, revolcándose en su sangre, y la dama iba á dar las gracias al poeta, oyóse ruido de pasos en la habitacion inmediata, y luego entraron otros cuatro soldados de los mismos que habian invadido la casa.

—¿Qué sucede aquí?—dijo uno de ellos.—Dos camaradas en tierra y este español con una mujer.... Y es hermosa.... no estraño que se la hayan disputado hasta perder la vida.

—¡Atrás!—gritó Cervantes, poniéndose delante de la dama.

—Has vencido á dos, pero quedamos nosotros.

La situacion era mas apurada que nunca, pero el poeta no se arredró, y decidido á perder la vida por salvar la honra de aquella infeliz mujer, volvió á decir á los alemanes que saliesen. Pero ellos, lejos de obedecer, sacaron á relucir sus espadas, y todos á la vez se dispusieron á atacar al enemigo comun para disputarse despues la presa entre sí.

Era imposible resistir el ataque sin sucumbir. Así lo

comprendió la dama, é impulsada por un sentimiento generoso, dijo á Cervantes:

—Si intentais defenderos, perdereis la vida y yo el honor.

—¿Quereis que os abandone?—replicó el poeta.—Hidalgo soy, señora, y como tal obraré.

—Ya que os mostrais tan generoso, hacedme el único favor que puedo esperar: matadme ó dadme vuestra daga para que yo me quite la vida, y así salvaré mi honor.

—Hacedlo cuando veais que esos cobardes villanos van á pasar por encima de mi cuerpo exánime—contestó el poeta.

Y volviéndose á los soldados, y clavando en ellos su penetrante y dominadora mirada, añadió:

—¡No tengais miedo, cobardes, menguados!

Levantaron las espadas los alemanes; pero al dar el primer paso hácia Cervantes, presentóse á la puerta el capitan Diego de Urbina seguido de muchos soldados de su compañía, y gritó:

—¡Alto, canalla!

—¡El capitan Urbina!—exclamaron los otros.

—¿Es contra vos?—repuso el oficial, dirigiéndose al poeta.

—Contra esta dama á quien defiendo.

—¡Vive el cielo!.... Desarmadlos y atadlos. ¿Así cumplís las órdenes de S. M?... ¡Perros, mal nacidos!

Y sin mas miramientos, el capitan comenzó á descargar cintarazos y los suyos á despojar á los alemanes de las espadas.

Ninguno opuso resistencia porque todos comprendieron que hubiera sido colocarse en peor situacion cualquier acto de rebeldía; por lo cual, sustituyendo la humildad á la arrogancia, suplicaron á Diego de Urbina para que los dejase; pero este se mostró inflexible.

La dama contempló aquella escena sin pronunciar una palabra: tal era su aturdimiento y á la vez su alegría al verse libre en el mismo instante en que ya creia que era imposible salvar su honor.

—Capitan—dijo Miguel de Cervantes—es preciso evitar que esta señora vuelva á verse en el peligro de que la ha salvado vuestra inesperada venida.

—Vos—respondió Urbina—que habeis sido su protector, dispondreis en este caso con mas acierto. Por mí no tengo inconveniente en dejarle una guarda, si pensais que nada mas se necesita.

—Esos miserables han asesinado á los criados que intentaron defender á su señora, y segun entiendo, á nadie le queda que le preste socorro en caso de necesidad.

—Pues bien, vos dispondreis, señor Miguel.

—Me parece bien lo que habeis dicho, y que será suficiente dejarle seis ú ocho soldados de confianza.

—Doce quedarán—repuso Urbina—y vos para mandarlos.

—¡Oh, sí!—exclamó la dama, fijando en el poeta una mirada suplicante.—Quedaos, caballero; aceptad mi casa por alojamiento en lugar de otro cualquiera. No me creeria segura sin vos, y ya que con tanta nobleza me habeis defendido, ya que á no llegar este socorro os hubiesen asesinado, dadme ocasion de mostrarme agradecida y de ganar vuestra amistad con el trato.

Cervantes contempló á la dama por algunos instantes, y subyugado por aquella belleza, cedió á la súplica despues de dudar por un sentimiento delicado.

—Señora—dijo—tranquila podiais estar quedando aquí los soldados de don Diego, y en cuanto á mi amistad, no habriais menester el trato para ganarla porque ya lo teneis; pero si vuestro reposo ha de ser mayor sabiendo que yo soy quien vela por vuestra seguridad, me quedaré y al daros ocasion para que me demostreis vuestra gratitud, contraeré con vos una deuda que no sé cuando podré pagar.

La dama dió las gracias al capitan Urbina y le ofreció tambien su casa; pero él no quiso aceptar porque le llamaban cuidados urgentes, y despues de señalar los doce soldados que

habian de quedarse, despidióse y salió con los demas, llevándose á los alemanes tristes y pensativos.

—¿Con qué podré pagaros?—dijo la hermosa jóven al poeta.  
—Os debo el honor....

—Prenda es de mucha estima, pero yo, señora, os debo la dicha de haberos conocido, y.... la satisfaccion de haberos ayudado en este lance.

La dama contemplaba al poeta con interés para ella desconocido, y sentia latir su corazon con mas fuerza que de costumbre.

—Señora—dijo Cervantes—necesitais descansar....

—Nó, nó.... pero vos.... debeis estar muy fatigado.

—Me siento perfectamente bien.

—Voy á dar órden.... ¡Ah!.... Me olvidaba que no tengo criados: han huido mis doncellas y escuderos, y solo dos que no me abandonaron, han perecido.... ¡Infelices!

—Decidme á donde se puede ir á buscar á vuestros parientes....

—Ninguno tengo.

—¿Entonces?...

—Todo se arreglará mañana cuando esté sosegada la ciudad.

—Ahora mismo, señora.

—Lo que habeis de hacer ahora mismo, es seguirme y os enseñaré la casa para que cuando se os antoje os retireis á descansar.

Despues que registraron todos los aposentos y que Cervantes supo cual era el dormitorio de la jóven, esta se retiró á descansar, y aquel dió las órdenes oportunas á los soldados, y quedó tan pensativo que mas que otra cosa parecia que acababa de sucederle una desgracia.

Toda la noche la pasó el poeta en una habitacion cercana al dormitorio de la jóven, y cuando los crepúsculos matutinos empezaban á esparcir su débil claridad, acostóse para recobrar las fuerzas.

## CAPITULO IX.

### Ocho dias despues.



ABIAN transcurrido ocho dias, y á Cervantes lo echaban de menos sus camaradas porque no asistia á sus alegres reuniones ni lo veian mas que cuando tenia que reunirse precisamente á su compañía, y aun de esto lo dispensaba muchas veces su capitán. Ninguno sabia la verdadera causa de semejante conducta, aunque todos la sospechaban; pero fuese lo que fuese, la verdad del caso era que el poeta pasaba los dias sin salir de su alojamiento.

Empezaba á ocultarse el sol y sus últimos rayos penetraban á través de las cortinas de seda azul que ocultaban las ventanas de un aposento de la casa en que tuvieron lugar las

escenas que acabamos de referir. Ricamente amueblada estaba aquella habitacion, sin que se echase de menos nada de cuanto el lujo de la época habia inventado, y revelando todo el gusto mas esquisito de la dueña de la casa.

Esta, que era la dama á quien ya conocemos, estaba sentada en un ancho sillón forrado de seda azul, y escuchaba á Miguel de Cervantes, que á su lado, le hablaba con el acento mas dulce y cariñoso.

Largo rato llevaban ya de coloquio, y ninguno de los dos parecia fatigado de hablar ni menos afanoso por escuchar. En el semblante de la dama habíanse pintado alternativamente la sorpresa, el dolor ó la alegría; su frente habia palidificado muchas veces, y otras, enrojecido sus blancas mejillas, y ya sus hechiceros lábios habian negado la salida á un indiscreto suspiro, ó entreabriéndose habian dejado que una sonrisa dulce y melancólica vagase en ellos. Sus pupilas estaban dilatadas, húmedas y relucientes, escapándose de ellas miradas ardientes como el fuego que encendia en aquellos momentos su corazón. Era muy hermosa, pero en aquellos momentos parecia mas encantadora su belleza.

El rostro del poeta estaba tambien muy animado, sus ojos ardientes y destellantes debian derramar sobre la dama una corriente magnética irresistible y cuyo influjo era el que dominaba tan poderosamente á la doncella.

Si Zoraida hubiese llegado en aquellos momentos, el tormento de los celos la habria vuelto loca, y tal vez, como la infeliz Jaguá, hubiese sido víctima de la violencia de su pasión.

Empero Cervantes no se acordaba entonces de la enamorada berberisca, no se acordaba de nada, porque en aquellos momentos no habia para él mas mundo que aquel estrecho recinto, ni mas luz que la velada y misteriosa que temerosamente se deslizaba por entre las anchas cortinas, ni otro ruido, ni otros ecos que la dulce y melancólica voz de la doncella, ni otras emociones que las que entonces agitaban su espíritu.

Acababa el poeta de referir muchos de los sucesos de su vida, y temeroso de haber fatigado á la dama con su relato triste, le dijo:

—He abusado de vuestra bondad; señora, entreteniéndoos largo rato con una historia que nada tiene de alegre ni divertida.

—Es la historia de un gran corazón—contestó la dama.—Proseguid que me han interesado mucho vuestras desgracias.

—¿Qué he de deciros mas sino que despues de tantos sufrimientos he tenido la fortuna de encontraros en el triste camino de mi vida? Os interesan mis desgracias, y alguna vez su triste relato ha hecho asomar á vuestros ojos una lágrima de ternura y de compasion que ha recompensado todos mis dolores; pero aun este consuelo es fugaz porque no tardaré muchos dias en alejarme de vos, y mientras que entre el estruendo de los combates quizás exhalo el último suspiro, vos, doña Isabel, jóven, rica y hermosa como ninguna mujer, adulada y envidiada, olvidareis entre el bullicio de los salones al pobre soldado manco.

—¿Así me juzgais?—replicó la dama con acento de profunda y dolorosa tristeza.

—¿No es la verdad, señora?

—¿Qué olvidaré al soldado, pobre y desvalido!....

—¿Y por qué no? ¿Acaso no habeis olvidado á cuantos habeis visto en vuestra vida, á menos que una antigua amistad haya impreso en vuestra memoria un recuerdo?

—Es que....

Doña Isabel se detuvo: su lengua iba á ser delatora de su pasión con mas ó menos disimulo ó claridad; pero el pudor cerró sus labios.

—¿No proseguís?—dijo Cervantes que por el rubor que cubrió la frente de la dama, adivinó lo que iba á decir su indiscreta lengua.

—Es que.... como no tengo familia á quien amar....

—Señora—interrumpió el poeta que quiso evitar la turbación embarazosa de doña Isabel—yo no puedo pedirle recuerdos á nadie porque el recuerdo mio es el de dolores y desdichas. Si os han interesado mis desgracias y vuestro apartamiento del trato social deja á vuestra mente lugar para conservar la memoria de mi nombre, olvidadme.

—¡Me aconsejais que os olvide para no veros obligado á pagar la deuda!

—¡Oh!.... nó—exclamó Cervantes con el acento mas expresivo, y poniendo sobre su corazon la diestra.—Aquí, doña Isabel, vivireis siempre, aquí tendreis un lugar que no ocupará nadie. Pobre soy, desvalido y mal afortunado; mi pasado es de dolores y tormentos, mi porvenir será de mayores desdichas, de lágrimas y desengaños, pero tengo un corazon grande y puro, un corazon que siente como pocos.... ¡Ah! perdonadme—prosiguió cambiando de tono y con amarga tristeza—Perdonadme.... ¿Qué es el corazon para el mundo?....—

—Es un tesoro....

—El corazon del pobre no es nada mas que un estorbo á la fortuna, un manantial de lágrimas; un libro que encierra la historia de todos los dolores, de todas las amarguras, de todos los sufrimientos con que Dios pone á prueba nuestra fé y nuestra resignacion, nuestra constancia y nuestra virtud. El corazon del pobre es una flor marchita que todo el mundo arroja con desden porque su perfume son lamentos y quejas, porque la miel de su cáliz es la hiel del llanto, porque sus pétalos son las espinas del sufrimiento.

Dos lágrimas brotaron de los negros y espresivos ojos de la dama que inclinó la cabeza sobre su agitado seno y permanenció silenciosa.

—Ya lo veis, señora—prosiguió el poeta—os entristezco, os hago llorar.... Perdonadme....

—Si, me atormentais—replicó doña Isabel—porque habeis creído que yo, lo mismo que ese mundo á quien justamente

acusais, quiero solamente un pecho, cubierto de vano oropel, aunque no abrigue mas que un corazon insensible y ruin. ¿A quién debo la vida y la pureza de mi honor, sino á los sentimientos de noble generosidad que vuestro corazon abriga?... ¡Ah!.... Ese corazon....

Doña Isabel se detuvo nuevamente, bajó, como avergonzada, la cabeza, y en vano intentó ahogar en su pecho un suspiro que al fin salió de su boca, y cuyo perfume lo aspiró el poeta, sintiéndose trastornado.

—Si en tanto estimais mi corazon—dijo Cervantes, sin poder ya dominar los impulsos de su pasion—si en tanto lo estimais, yo os lo ofrezco y con él mi vida.... nada mas poseo....

La dama se estremeció, pareció que la sangre iba á brotar por sus tersas megillas, y fijó en el poeta una mirada ardiente.

—Si lo aceptais—añadió el soldado con mas vehemente acento—aunque flor marchita por la tristeza de los pesares, le devolveré su frescura y lozania la luz vivificadora de vuestros hechiceros ojos y el perfumado ambiente de vuestros tiernos suspiros; si es ahora manantial de amargo llanto, este lo secará la dulzura de vuestros consuelos, y si como negro libro de palpitantes hojas encierra una historia dolorosísima de horribles sufrimientos, vos escribireis en él una página de tan sin igual ventura que borraré el recuerdo de las pasadas desdichas.

—Yo.... yo....—balbuceó doña Isabel sin poder proseguir porque la ahogaba la emocion de su felicidad, porque turbaba su lengua su pudor.

—Vos, doña Isabel, sereis el ángel que por entre las negras nubes de la mas negra y tempestuosa noche de mi vida dejais ver vuestra faz pura y serena, radiante con la aureola de dulcísima luz celestial para derramar sobre mi abrasada frente al consuelo de la esperanza de un porvenir risueño, el

bálsamo del olvido de un pasado de desdichas. ¡Os amo, doña Isabell! Os amo y si mi lengua ha callado el secreto de mi pasión, ha sido porque yo os veía colocada á una altura donde creí no poder remontarme sino con el deseo, porque sin mas nobleza que la de mi cuna de simple hidalgo, sin mas fortuna que la de mi espada de soldado oscuro, no me juzgué digno de vos. Pero ya que el oropel de las riquezas lo despreciais, y que en nada teneis el humo de los honores; ya que para vos nada vale del hombre mas que el corazón, único tesoro que estimáis, no desdeñeis el mio, que en el mismo llanto de sus pesares, en las mismas espinas de sus dolorosos sufrimientos está su valor.

— ¡Ah! —exclamó al fin la dama. —¿Qué han de deciros mis lábios que no os haya dado á entender mi silencio? Por primera vez en mi vida he sentido arder en mi pecho la llama del amor, y si vos me dais un corazón noble y lleno de ternura, yo os he consagrado el mio cuando no habia palpitado por ningun hombre, que no se habia siquiera abierto á los sentimientos del cariño filial, porque huérfana cuando aun no tenia uso de razón, sola en el mundo, no habian podido desarrollarse los gérmenes de ternura que Dios depositó en mi alma.

— ¡Cuánto os adoro! —exclamó el poeta cuyos encendidos ojos fijaron en doña Isabel una ardiente y fascinadora mirada.

Y sus manos cogieron las temblorosas manos de la dama, y en ellas estampó frenéticamente un ósculo abrasador.

Del arrebato de la pasión al olvido del deber no hay mas que un paso, y este tan corto y por tan resbaladiza pendiente, que se dá sin querer y sin sentir, sin advertirlo hasta que ya no es tiempo de retroceder, cuando atormenta un arrepentimiento tardío, y se piden cuentas á la razón por su debilidad y se llora por muchos años la risa de pocos instantes.

Acababa el sol de ocultar sus luminosos rayos, y ya á través de las cortinas azules no penetraban sino los ténues

resplandores del crepúsculo, con la vaguedad de la última lejána mirada del viajero que se despide al desaparecer tras la colina.

Quizás en aquellos momentos la pobre Zoraida, con todo el ardor de su naciente fé, pedía al Omnipotente felicidad para su antiguo amante, corazon para amarle mas, ¡Desdichada! si hubiera sabido que mientras ardia en su pecho la llama de la fé, en el de su amante se encendia la llama de una pasion inspirada por otra mujer.... ¡ah! los celos la hubiesen llevado tal vez al horrible extremo que acabó con la vida de la pobre Jaguá.

El vizconde se paseaba por el salon con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, como si meditasen para encontrar algun medio que le sacase de un apuro de su vida. Como siempre estaba palido y ojeroso, pero interesante, porque ya hemos dicho...

## CAPITULO X.

### Contraste.



ORAIDA no rogaba á Dios por la felicidad de Cervantes mientras que este se olvidaba de ella en los brazos de otra mujer, pero el mismo dia y á la misma hora se encontraba en una situacion que formaba con la del poeta un contraste digno de fijar nuestra atencion.

Ya saben nuestros lectores la pasion violenta que por la berberisca sintió el jóven vizconde, y los proyectos de este para conseguir sus deseos. Ahora, para que se comprenda la escena que vamos á pintar, y por vía de introduccion, nos trasladaremos al aposento del piso bajo de la hosteria de maese Mancioni y en el cual sufrió este el interrogatorio del enamorado mancebo y se convino en utilizar los servicios del bachiller Lagartija.

El vizconde se paseaba por el salon con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, como si meditase para encontrar algun medio que le sacase de un apuro de su intriga. Como siempre, estaba pálido y ojeroso, pero interesante, porque ya hemos dicho que estaba dotado de no comun belleza.

Junto á la puerta del aposento, de pié, inmóvil y silencioso como una estatua, y con la mirada fija en el mancebo, habia un hombre de elevada estatura y estremadamente flaco, de rostro aguileño, tez morena y despoblada barba, de ojos negros, redondos, vivos y de mirada penetrante, de escasa frente y de lábios delgados como un pergamino. En aquel momento, su semblante no tenia mas espresion que la del que observa y aguarda; pero generalmente lo animaba una sonrisa un si es no es burlona, y sus facciones tenian una extraordinaria movilidad que daba gran fuerza de espresion á sus palabras. Vestia colete, calzas y gregüescos de lana parda y capa del mismo color, pero todo tan llevado y tan traído que bien hubiera podido contársele el pelo sin temor de equivocarse, pues no le quedaba ni uno para atestiguar que en otro tiempo fué paño. Llevaba larga tizona aunque por su clase no le estaba permitido, pero ya por aquel tiempo empezaban los villanos á usurpar á los nobles el derecho esclusivo de ceñir espada, y no habia maton de oficio que no la usase á pesar de las ordenanzas que lo prohibian: además, el personaje en cuestion, se jactaba de ser hidalgo y de poderlo acreditar, diciendo que si no gastaba tambien pespuntos de seda en su colete, era porque no habia sastre que se los hiciese á su gusto, ó lo que es lo mismo, que se los hiciese de balde.

Tal era, pues, el llamado bachiller Lagartija, que habia ido á dar cuenta al vizconde del estado de su amoroso asunto, y que esperaba recibir nuevas órdenes.

Detúvose al fin el mancebo, y despues de mirar de arriba abajo al bachiller, le dijo:

—Esa condenada negra, á quien el diablo lleve, acabará por desesperarme.

—No es la bruja negra, sino la hechicera blanca—contestó el bachiller—la que tiene la culpa de todo. ¿Qué ha de hacer la esclava si su ama se empeña en ser esquivá?

—Creo, señor Lagartija, que vais á desmentir vuestro nombre.

—No será por falta de voluntad y de conveniencia de acreditarlo.

—En resúmen, nada habeis hecho.

—Primeramente he averiguado que la dama en cuestion es una mora convertida que tiene magníficos brazaletes de perlas y muchos escudos de oro.

—Poco es eso.

—Luego, que no conoce á nadie mas que á la viuda de dos maridos, con dos hijas, viuda tambien la mayor, y soltera la menor.

—Poco es tambien.

—Además, que está enamorada de uno de los hijos de esa viuda, lo cual es ya un inconveniente para que vuestra señoría consiga lo que desea, y en fin, que el amante estuvo cautivo en Arjel, que ahora se encuentra en la guerra de Portugal, y que es mozo de cuenta, porque lo mismo sabe dar cuchilladas que escribir romances tiernos, y esos amigos de las musas tienen pacto con Satanás.

—Eso es algo.

—Y es mucho mas el haber tentado la indiscrecion de una vieja entrometida y beata para saber que la dama en cuestion está desesperada porque no hay noticias de su amante, y que se le ha ocurrido la locura de querer ir á buscarlo á Portugal, sin temor á la guerra ni á la peste.

—¿Y qué adelanto con eso? Si la esclava no quiere ayudarnos....

—Renuncio á la conquista de la esclava: no he podido con-

seguir que me hable siquiera para decirme que no la persiga.

—Pues bien, no estoy dispuesto á esperar ni un solo dia  
—replicó el vizconde.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Yo digo lo que quiero, y á vos os toca ejecutarlo.

—¿Es decir?....

—Que hoy mismo he de hablar con la convertida.

—¿Con su consentimiento?

—O sin él.

—Ocasiones ha tenido vuestra señoría para hablarle sin  
que ella dé su licencia.

—Esperaba que se ablandase....

—Pues es esperanza perdida.

—Por eso quiero adoptar otro plan.

—Bien, señor, variaremos los medios de ataque sin dar  
tiempo á que ella varíe los de defensa.

—Dejaos de palabras inútiles.

—Voy á probar á vuestra señoría que sé obrar.

—Veamos.

—Vuestra señoría quiere hablar hoy mismo con esa dama  
sin andar con mas rodeos.

—Sí.

—¿Por supuesto, sin el testigo de la esclava?

—Se entiende.

—Pues bien, vengan algunos maravedises.

—Siempre lo mismo.

—No me creerá vuestra señoría, pero cuanto me ha dado  
lo he gastado en hacer hablar á viejas hipócritas, y espero la  
conclusion del negocio para ganar algo.

—Tomad—dijo el vizconde, arrojando á los pies de Lagar-  
tija un escudo de oro.—Es todo cuanto tengo por hoy.

—Ahora, espere aquí vuestra señoría hasta que yo vuelva.

—¿Tardareis?

—Ni un cuarto de hora.

—Pero esplicadme....

—Vendré á decir á vuestra señoría que puede subir al aposento de esa dama; pero cuidado con que esto lo trasluzca el panzudo maese Mancioni, porque estoy seguro de que echaria el negocio á perder.

—¿Se atreveria ese tunante?....

—Hay que confesar, señor vizconde, que tendria razon, porque un escándalo de la naturaleza del que puede ocurrir, no dejaria en muy buen lugar el crédito de su hostería.

—Por eso le pago generosamente.

—No es bastante.

—¿Con que tenemos el enemigo en casa?

—No es el enemigo, sino el amigo que no quiere servir á vuestra señoría sino hasta cierto punto. Pero dejando esto á un lado porque de ello solo nos importa el tenerlo entendido para obrar con prudencia, volveremos á la cuestion principal.

—Segun decís, es cosa resuelta.

—Tal creo, pero no lo aseguro.

—Señor Lagartija, cuidado con lo que haceis—replicó el mancebo con tono de amenaza.

—Haré todo lo que pueda—dijo el bachiller sin turbarse.

—Acabais de prometerme que antes de media hora estará la dama sola en su aposento.

—Procuraré que así suceda.

—Valeos del medio que mas os plazca, pero no olvideis que ya estoy consentido á verla sola, y que si no puede ser así, á nadie mas cerca que vos tendré para desahogar mi enojo.

—No ha llegado ese caso—contestó Lagartija sonriéndose.

—Bien, lo que importa ahora es no perder tiempo.

—En eso mismo pensaba yo.

—Idos, que aquí os aguardo.

—No tardaré, señor.

El llamado Lagartija salió del aposento, y el vizconde, en estremo pensativo, se dejó caer en una silla y se entregó á

meditaciones ilusorias sobre su amor. Nunca habia sentido el mancebo una pasion tan violenta como la que le habia inspirado la berberisca, y puede asegurarse que en el transcurso de su corta, pero agitada vida, era aquella la primera vez que se habia sentido dominado por el amor.

Los minutos parecieron siglos al impaciente vizconde, y á cada ruido que por la parte de afuera sentia, levantábase creyendo que era el bachiller que volvia para anunciarle el resultado de su intriga.

Una, dos y tres veces levantóse y hubo de volver á sentarse con muestras de grandísimo enojo, hasta que al fin, pasado mas de un cuarto de hora que esperaba, se abrió la puerta y entró Lagartija con alegre semblante.

—¿Qué hay? le preguntó afanosamente el mancebo.

—La dama está sola—contestó el bachiller.

—¡Será mia!—exclamó el vizconde cuyos ojos brillaron como dos luces.

Y sin detenerse salió del aposento, atravesó el zaguan y subió de dos en dos los escalones que conducian al piso superior. Iba en extremo agitado, latian sus sienes con violencia y su frente se abrasaba.

Quando el mancebo llegó á la puerta de la habitación de Zoraida, se detuvo porque sintió que le faltaba el aliento y el valor: por primera vez en su vida vacilaba para atentar contra el honor de una mujer; por primera vez se sentia débil para tales empresas.

Largo rato permaneció inmóvil, oprimiéndose el pecho como si quisiese contener los latidos violentos y desiguales de su corazon, y al fin, llamando en su auxilio toda su audacia, empujó la puerta que se abrió fácilmente.

Zoraida estaba sentada en un ancho sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho y tan preocupada en sus tristes pensamientos, que no se apercibió de la llegada del vizconde.

Los últimos rayos del sol se derramaban dulcemente al re-

dedor de la berberisca, aquellos mismos rayos que tambien iluminaban misteriosamente el aposento donde estaba doña Isabel y Cervantes. Sus negros y rasgados ojos estaban velados por las mas negras y largas pestañas que los guarnecian y á través de las cuales se escapaban miradas tristísimas.

—¡Qué hermosa es!—dijo para sí el vizconde.

Y sus ojos, encendidos por la pasion, clavaron en la mora una mirada ardiente; pero no se atrevió á dar un paso.

Volvieron á transcurrir algunos instantes sin que se percibiese otra cosa que la agitada respiracion del mancebo, y al fin Zoraida levantó la cabeza, fijó una mirada de sorpresa y de espanto en el vizconde, y luego exhaló un grito.

—Perdonad, señora—dijo entonces el doncel con voz balbuciente y adelantándose con pasos inseguros.—Perdonad si he venido sin vuestra licencia, y concededme la gracia de escucharme.

—¡Caballero!—exclamó la berberisca, recobrándose de su sorpresa.—¿Cómo os habeis atrevido!....

—Nada temais, señora—interrumpió el vizconde:—solo deseo que me escuchéis.

—Salid, caballero—replicó Zoraida.—No puedo escucharos. Esta primera resistencia por parte de la morisca, hizo renacer en el mancebo su valor.

—Señora—dijo—no me habeis dado tiempo á pedir os permiso para entrar, y por eso habeis creido que he abusado de vuestra distraccion para sorprenderos.

—Os conozco—repuso la mora.—Hace muchos dias que me perseguís tenazmente y que habeis intentado comprar la fidelidad de la negra que me sirve; pero ocasiones habeis tenido para comprender que serian inútiles vuestros pasos, y debierais haber desistido de un intento loco.

—Me alegro, señora, que me conozcais y que hayais adivinado mis deseos, porque así podré escusar muchas palabras que pudieran seros enojosas puesto que yo os soy del todo in-

diferente; pero á pesar de eso mis lábios tienen que deciros lo que os han manifestado mis ojos, y además lo que estos no han podido explicaros.

—Caballero, ya os he dicho que no puedo escucharos, y os ruego otra vez que me dejéis.

—¡Imposible, señora!

—Me obligareis á llamar....

—No adelantareis nada porque están lejos de aquí los que debieran responderos.

—¡Me habeis tendido un lazo infame!—replicó la berberisca con acento de profundo enojo.—Ahora comprendo el medio de que os habeis valido para alejar á mi esclava....

—Os equivocais....

—¡Y quereis que escuche al que tan ruinmente obra!....

—Vuestra esclava, señora....

—Ha salido de aquí engañada, creyendo de buena fé que la mandaba á llamar doña Leonor de Cortinas....

—Sosegaos, señora—interrumpió el doncel.—No lleveis vuestras sospechas hasta un punto exagerado.

—De cualquier modo que sea, os repito que salgais de aquí porque vuestra sola presencia me ofende.

—¡Salir cuando os tengo tan cerca, cuando puedo miraros sin que nadie me lo estorbe, cuando puedo deciros que os amo!.... ¡Imposible!

—¡Dejadme, caballero!

—Escuchadme no mas que un momento, pero escuchadme siquiera por lástima porque bien lo merezco.... Perdonad, me faltan las fuerzas—añadió el doncel á la vez que se sentaba cerca de la mora.

—¡Esto mas!.... Salid ó yo me iré—dijo Zoraida poniéndose de pie.

El vizconde no se movió, ni tampoco pronunció una palabra, pero miró á la berberisca tan tiernamente, se pintó en sus azules y espresivos ojos tanto dolor, que ella, conmovida

á su pesar, no pudo seguir mostrando su primer enojo.

Hubo algunos momentos de silencio embarazoso para los dos, durante los cuales, Zoraida fijó su atención en el manco, que era cuanto este podía desear.

— ¡Sufro mucho! — dijo al fin el vizconde con lánguido acento. — ¡Soy muy desgraciado, señora, porque la abrasadora sed de mi amor no se mitiga ni aun con una débil y lejana esperanza!.... Sentaos, os lo suplico, y nada temais, os respetaré y os lo juro por esta cruz—añadió, poniendo la diestra sobre la de Calatrava que se veía en su lujoso colete de terciopelo azul.—Si os enoja mi presencia, me iré, pero quiero que antes me perdoneis, que no tomeis por villana acción lo que me obligó á hacer la locura de mi pasión violenta.

Zoraida, sin saber lo que hacía, volvió á sentarse, y el vizconde prosiguió diciendo:

—No es un crimen el amar ni es mía la culpa de que el fuego encendido en mi corazón me quite el reposo ahora para quitarme luego la vida; pero si eso es un crimen, de vuestros ojos es la culpa, porque sin los rayos que despiden no se hubiese prendido la hoguera que consume mi corazón. Mi amor no es amor, es un frenesí: ¿qué puede esperarse de una cabeza trastornada? Vos, señora, me hubieseis negado la licencia para hablaros, y como tenía de esto una necesidad superior á mis fuerzas y á mi razón, á trueque de conseguirlo llegué hasta aquí abusando de vos por medio de la sorpresa. Ya sé que semejante locura, en vez de hacerme agradable para con vos me hará aborrecible; ¿pero qué puede esperarse de un loco sino locuras?

Zoraida inclinó la cabeza sobre el pecho y se acordó de que ella, impulsada también por su pasión, todo lo había atropellado sin que fuese bastante á detenerla ni sus deberes de esposa, ni el temor de que su marido la sorprendiese, ni aun el sentimiento de pudor que en las mujeres es las más

veces superior á los impulsos de las pasiones. Semejante recuerdo arguyó á su conciencia, y pensó que no perdonar al hermoso mancebo era hacer inexcusable su propia falta.

—¿Acaso no habeis amado nunca?—prosiguió el vizconde como si hubiese adivinado lo que pensaba la berberisca.—¿No habeis tenido en vuestra vida un momento en que trastornada por la pasion os hayais olvidado de todo? Sin duda lo sabeis porque amais á un hombre....

—¿Qué decís?—interrumpió Zoraida cuyas megillas enrojecieron.

—¿No es verdad que amais á otro hombre?—repuso vivamente el mancebo.—¡Ah!.... decid que nó y se trocará en felicidad mi desdicha, en alegría mi dolor; decid que á ninguno amais, ni á mí tampoco, y entonces la esperanza me dará alientos para hacerme digno de vos á costa de sacrificios.

Zoraida se estremeció, y con voz débil y entrecortada, dijo:

—Dejadme, caballero; os perdono el abuso que habeis cometido, pero no puedo daros la mas leve esperanza, ni siquiera puedo escucharos....

—¡Ah!—murmuró tristemente el vizconde.—Vuestro corazón es de otro hombre.... ¡Cuán nécio anduve al abrigar por un instante la esperanza de alcanzar vuestro amor!....

—Os mortificais inútilmente, y....

—Que os mortifico, debéis decir, que os desagrada mi presencia, que os causan enojo mis palabras.... Dichoso el hombre que supo conquistar vuestro cariño.... Mucho debéis amarle cuando estando lejos de aquí, olvidado de todo entre el estruendo de las batallas ó entre el alegre ruido de una orgía, quizás en los brazos de otra mujer....

—¡Oh!.... callad—exclamó Zoraida cuya frente palideció.

—El hombre á quien tanto amais, guardándole tan pura fé, no puede ser digno de vos—replicó el vizconde resuelta-

mente.—¿Qué podeis esperar de un soldado que se olvida de todo cuando pelea, que se embriaga en el festin con que celebra la victoria, y que con el derecho de conquistador se apodera lo mismo de las riquezas que de la esposa ó de las hijas del vencido? Quizás desgarró vuestro corazon con el afilado puñal de la sospechosa duda, pero es preciso que veais la verdad en toda su desnudez. ¿Habeis podido pensar que el hombre á quien amais, en la embriaguez del triunfo, arrastrado por el torbellino de la desenfrenada soldadesca, en esos momentos en que todo se olvida y nada se prevee, habrá dejado de aprovechar la ocasion?....

—¡Oh, callad!—interrumpió Zoraida cuyos ojos chispearon, —¡Callad, siquiera por compasion!.... ¡Quereis haceros amar desgarrándome el alma!.... No me arranqueis las ilusiones que me hacen feliz, porque moriré de desesperacion. Nada tengo en el mundo mas que mi fé y mis sueños de amor.... ¡Maldito sea el que las borre de mi alma! ¿Por qué me haceis pensar en lo que mas lejos estaba de mi mente?.... ¡Oh, Dios mio!.... Siempre el tormento de los celos: antes Jaguá; ahora.... ahora otra mujer que llena de encantos crea mi fantasia....

—Otra mujer que quizás no es un fantasma, sino un ser viviente, de dorada y brillante cabellera, de azules ojos, de provocativos lábios!....

—¡Callad, que me matais!—gritó la berberisca.

—Otra mujer que en nada se os parece y que produce en ese hombre una nueva impresion; otra mujer que quizás en este instante le tiende sus brazos como yo os tiendo los míos, pero que encuentra otros brazos que la reciben mientras que yo no encuentro sino desvío!....

—¡Oh!.... si eso fuese verdad; si ese sol que se oculta y es testigo de mi firmeza fuese tambien testigo de su debilidad....

—¿Lo olvidaríais?

—¡Me mataria para que se cumpliese la prediccion de Jaguá!

El vizconde contempló á Zoraida por algunos instantes y se estremeció al ver la descompostura de sus facciones y el extravío de sus miradas, lo cual le convenció de que nada conseguiria de aquella mujer que no sentia otra cosa que el tormento de los celos. Pero la amaba de tal modo el doncel que le era imposible renunciar sus ardientes deseos, y por verlos cumplidos, hasta hubiese aceptado por esposa á la berberisca; pero este recurso no le convenia tocarlo sino despues de que todo otro medio hubiese sido inútil; por lo que dominándose cuanto pudo, trató de inspirar alguna confianza que le diese lugar á ejecutar otros planes.

—Señora—dijo fingiéndose pesaroso de lo que acababa de hacer,—perdonadme, estoy loco, ya os lo he dicho.... No volveré á veros aunque tenga que hacerme pedazos el corazon; sufriré en silencio; la hiel amarga de vuestros desdenes no saldrá de mi pecho con las quejas de mis dolores. Perdonadme, nada hay mas egoista que el amor, y en un momento de extravío os he atormentado. Cuando se ama, todo lo sacrificamos para lograr nuestros deseos.... ¡Plegue á Dios que jamás tengais que hacer con otro lo que con vos he hecho!

Acordóse Zoraida de que tampoco ella habia tenido compasion de Jaguá, y por segunda vez, acallada por su conciencia, no acertó á contestar al vizconde.

—¡Cuánto—repuso este—me dice vuestro silencio! Os inspiro compasion....

—Idos, caballero, os lo suplico—replicó la berberisca que, enervada repentinamente, no pudo contener el llanto que acudió á sus ojos.—No sabeis el daño que me habeis hecho....

—¡Llorais!.... ¡Oh!.... ¡Y yo he arrancado esas lágrimas, yo que en mi locura pensé hacer asomar á vuestros lábios la sonrisa de la felicidad!.... ¡Soy un miserable!....

Y el mancebo se puso de pie, apretó los puños con rabia,

brillaron sus azules pupilas y levantó su contraída frente con aire de despecho.

—Me voy, señora,—dijo con voz comprimida.—Me voy sin dejaros mas que un recuerdo triste y doloroso, un recuerdo de horror en tanto que vuestra celestial imágen va en mi corazon grabada y solo la negra y fria mano de la muerte podrá borrarla. Empero enjugad antes vuestro llanto, pensad que cada una de esas lágrimas que para los ojos son cristalinan perlas, son para mi alma gotas de liquido fuego que la abrasan. Mi corazon os dejo, señora; un corazon amante y tierno como ninguno, pero que vos lo rechazais por otro.... ¡Quiera el cielo que no os equivoqueis en la eleccion!....

—¡Ah! mi noble cautivo no puede olvidarme—dijo Zoraida, sintiendo renacer su fé amorosa.

Pero en aquellos momentos acababa de ocultarse el sol y no penetraban en el aposento sino los débiles resplandores del vespertino crepúsculo, los mismos resplandores que á través de las cortinas azules se deslizaban timidamente en la lujosa habitacion de doña Isabel cuando esta, loca de amor, con las pupilas húmedas por la pasion, ardientes los lábios y agitado el pecho, tendia sus brazos temblorosos al poeta.

¡Pobre Zoraida!

Contemplóla por última vez el vizconde, pasóse las manos por su ardorosa frente, y despues de ahogar en su pecho una exclamacion de la mas desesperada ira, se lanzó fuera de la estancia como impulsado por un arrebató de locura.

De dos en dos bajó los escalones sin reparar en Zamareta que al mismo tiempo subia, y en llegando al zaguan, se detuvo al encontrarse con el bachiller Lagartija que le dijo:

—No os pregunto el resultado porque lo dice vuestro rostro.

—Ha sido inútil vuestro ardid—le replicó el mancebo;—pero no renuncio á ella, es preciso que sea mia, ¿lo entendéis? es preciso.

—Bien, señor—repuso con calma Lagartija—lo será, Dios

ó el diablo mediante, y si vuestra señoría no se anda con es-  
crúpulos de monja.

—Estoy dispuesto á todo, porque sino consigo mi deseo, seré capaz de casarme, es decir, de hacer una cosa indigna de un hombre como yo, de esponerme á pagar las deudas que tengo pendientes con mas de cien maridos, de hacerme condescendiente, bonachon, crédulo, estúpido.... ¡voto al inferno!.... Señor Lagartija, proponedme cuanto os dé la gana, haced cuanto se os venga al magin, con tal que yo sea dueño de esa mujer.

—En lo que vuestra señoría dice de casarse, conozco que va perdiendo el seso, pues no hay señal mas positiva de la locura que la de que un hombre cargue con la cruz del matrimonio. Que se casen los turcos, pase, pero los que hemos nacido en esta tierra bendita, no lo comprendo,

—Loco ya lo estoy.

—Pues no se deje arrebatar vuestra señoría,

—Dejad los consejos y pensad lo que tenemos que hacer.

—Necesito algun tiempo para meditar.

—¿Cuántas horas?

—Toda esta noche que la pasaré saboreando el contenido de una botella que es mi musa favorita.

—Es mucho tiempo.

—Paciencia, señor, que mañana será otro dia. Acuérdese vuestra señoría del refran que dice, si quieres comer mucho come poco.

—Bien, pues mañana os esperaré en mi casa.

—No faltaré.

El mancebo salió de la hostería, y el bachiller Lagartija llamó á maese Mancioni para que le diese de beber.

— La hostería quedó tan silenciosa como la casa de doña Isabel, sin mas diferencia que en la una palpitaban dos corazones henchidos de felicidad, y en la otra se oprimian dolorosamente.

Cervantes estrechaba entre sus brazos á la dama portuguesa sin acordarse de Zoraida, y esta oprimia á la negra contra su agitado pecho y tenia el pensamiento fijo en Cervantes.

Tal era el contraste digno de nuestra atencion que presentaban en un mismo momento los principales personajes de esta historia.

¿Qué iba á ser de la berberisca? Negras nubes agrupábanse sobre su cabeza, amenazándole con rayos mortíferos. No la habia olvidado el poeta sino por algunos instantes, pero otra mujer habia interesado su corazon y una de ambas debia ser víctima de aquel momento de estravío, ó mejor dicho, de aquella inconsecuencia.



Este mostró algunos escrúpulos cuando á la mañana siguiente supo el proyecto, pero como no acertó con otra mejor, ni tan buena siquiera, aceptó al fin porque á todo estaba decidido para jugar sus descos. Para ponerlo en ejecución habia que esperar fortosamente que se presentase una ocasión oportuna, sin que para ello pudiese darse un día determinado, y esto le hacia contar una por una las horas que pa-

## CAPITULO XI.

### Cuál era el proyecto del bachiller y cómo se practicó.



L bachiller Lagartija cumplió su promesa, y aquella misma noche, inspirado por una botella de vino de Jerez, combinó un plan diabólico, pero que tuvo por de felicísimos resultados si á ponerlo en práctica se atrevia el vizconde.

Este mostró algunos escrúpulos cuando á la mañana siguiente supo el proyecto, pero como no acertase con otro mejor, ni tan bueno siquiera, aceptólo al fin porque á todo estaba decidido para lograr sus deseos. Para ponerlo en ejecucion habia que esperar forzosamente que se presentase una ocasion oportuna, sin que para ello pudiese fijarse un dia determinado, y esto le hacia contar una por una las horas que pa-

saban y se perdian sin que viese el término de su afan. Pero como remedio no habia para tal inconveniente, hubo de conformarse, y con el mayor detenimiento trató con Lagartija de cuanto debia practicarse.

La conversacion del vizconde con el bachiller fué en estremo reservada, y de ella no ha podido transmitirnos la historia ni una palabra siquiera, por lo que solo podremos decir á nuestros lectores que cuando Lagartija salió de casa del mancebo, este abrió un armario, sacó una escala de seda y la examinó para asegurarse de que estaba en estado de buen uso.

Pasaron tres dias sin que ocurriese novedad alguna. En el de Zoraida, recelosa del vizconde, procuraba guardarse cuanto podia, y aun pensó en variar de domicilio; pero esto no habia podido hacerlo todavia.

Las cuatro de la tarde serian, y aunque el cielo estaba despejado y el sol brillaba sin que la nube mas leve entibiase el ardor de sus rayos, se dejaba sentir un frio intenso, producido sin duda por el vientecillo sutil que de Guadarrama soplabá.

Fuese por un rarísimo capricho, ó por otra razon cualquiera, es el caso, y caso verdadero, que el vizconde habia llegado á la hosteria, y despues de saber que Zoraida y Zamareta habian salido, mandó á maese Mancioni que pusiese una mesa en el patio de la casa y que le sirviese de comer, pues queria honrar al bachiller Lagartija, brindando con él. En vano el panzudo hostelero intentó convencer al vizconde de que su capricho era una locura porque se esponia á enfermar si estaba media hora en el húmedo patio y con el frio que hacia: el mancebo insistió, añadiendo que no pedia consejos, sino un cabrito bien asado y un par de botellas de Arganda.

Maese Mancioni tuvo que obedecer, colocó la mesa, y sirvió el cabrito y el vino, dudando si el vizconde se habria vuelto loco.

—No queremos que se nos interrumpa—dijo el doncel al hostelero: —tenemos que hablar mucho y de asuntos muy graves, y por consiguiente, aunque á las doce de la noche no hayamos salido, nos dejareis en paz.

—Temo que os quedeis helados—replicó maese.

—Con un par de tajadas y una botella, nadie puede helarse aunque se entierre en nieve.

—Una cosa quiero rogar á vuestra señoría, sin que por ello se ofenda—repuso el hostelero.

—¿Cuál?

—Que si mientras está aquí vuestra señoría viniese la dama que habita arriba, seais prudente al hablar porque está abierta la ventana del cuarto de la negra y pueden oírse lo bueno y lo malo.

—Agradezco el aviso, maese, y para no pecar por ignorancia, cuando venga esa hermosa esquiva, dareis unos golpecitos á la puerta, lo cual será suficiente para que yo mida mis palabras y aun las escuse en cuanto pueda.

—No lo digo tanto por vuestra señoría como por este bachiller hablador que tan suelta tiene la lengua.

—Idos tranquilo, maese Moncioni, que aquí quedo y nada tendreis que sentir.

El hostelero salió, cerrando tras sí la puerta, y libres ya del estorboso testigo, el vizconde y Lagartija empezaron á comer, entablando el diálogo siguiente:

—Ya véis—dijo el mancebo—que la ocasion no puede ser mas propicia.

—Indudablemente, señor, y casi estoy seguro del buen éxito de nuestra empresa si no os falta el valor ó no os asaltan esos malditos escrúpulos que tanto os han hecho vacilar estos dias.

—No es para menos el asunto, pues tal escándalo puede sobrevenir, que me cueste por lo menos un destierro, si es que con semejante castigo se contentaba el rey.

—Todo puede ser cuatro gritos y alguna corrida, y esto mismo os daría la ocasión de escapar, dejándolos con la boca abierta: aunque bien pensado, ni aun así puede suceder porque ninguna de las dos despertará; y en todo caso, si la ocasión no me es propicia, todo se reducirá á que paseis una mala noche y ayuneis medio día.

—No es lo mas agradable.

—Pero bien merece la pena el asunto de que os espongais á tal tropiezo.

—Ciertamente.

—Las probabilidades son de un resultado feliz.

—Supongo que no os habreis olvidado del narcótico.

—Miradlo, señor—dijo el bachiller.

Y sacó de debajo de su colete un pomito de cristal que contenía un líquido rojizo.

—¿Teneis seguridad en sus efectos?

—Como si yo lo hubiese confeccionado.

—Bien.

—Lo sé por experiencia.

—¿Es decir, que no es la primera vez?...—

—Otras muchas he recurrido á la ciencia del que me lo ha vendido y nunca me ha engañado, ni me engañará porque está convencido de que le costaría muy caro.

—Entonces puedo estar tranquilo.

—Completamente.

—¿Cuánto tiempo dormirán?

—Lo menos ocho horas con un sueño tan pesado que no despertarían aunque se hundiese la casa.

—Entonces nada debo temer con tal que tengais ocasión de hacerles beber ese brebaje.

—Por eso os he dicho que todo lo malo puede ser que no podáis salir de vuestro escondite.

—Hay otro peligro.

—¿Cuál?

—Que me descubran antes de tomarlo ó de dormirse.

—Entonces gritarán, y mientras maese Mancioni acude con su paso torpe, tiempo tendreis de escaparos.

—Tal ereo.

—Sobre todo, señor, algun riesgo habeis de correr, que mucho cuesta lo que mucho vale.

—¡Será mia!—exclamó el mancebo cuyos ojos brillaron.

—Bien la mereceis.

—Brindemos por la cercana victoria.

Apuraron un vaso, y despues de algunos instantes dijo el bachiller:

—¿Tampoco habreis olvidado vos la escala?

—Nó.

—Ya veis—repuso Lagartija, señalando al emparrado que no recordamos si hemos dicho que se estendia bajo las ventanas que daban al patio.—Desde ahí no es difícil enganchar la escala.

—Otra dificultad me ocurre.

—Sepamos cual es.

—Que el narcótico dará al agua color y lo conocerán.

—Eso está previsto, y ningun color tomará el agua.

Largo rato siguieron hablando, comiendo y bebiendo, y ya el sol tocaba á su ocaso, cuando dijo el bachiller:

—Señor, no debeis esperar á mas tarde.

—Manos á la obra y que Satanás me guie puesto que Satanás os inspiró el proyecto.

—Fué una botella de Jerez.

—Ahora nadie nos observa.

—Todos los huéspedes están fuera de casa, y éste es el mejor momento.

El vizconde y Lagartija se levantaron, y despues de mirar á las ventanas y de convencerse de que nadie los observaba, acercáronse al emparrado.

—Ea—dijo el bachiller—subid sobre mis espaldas y trepad.

Ejecutólo así el mancebo, y con una agilidad envidiable, se encaramó sobre la parra en pocos momentos.

Una vez allí, sacó de debajo de su colete la escala de que ya hemos hablado, y tuvo tal fortuna que logró engancharla á una ventana á la primera vez que la tiró.

—Buen viaje, señor—dijo entonces el bachiller.

—Hasta mañana, señor Lagartija—contestó el mancebo que en su semblante daba claras muestras de la emoción alegre que sentía.

Y trepó ligeramente por la escala, encontrándose bien pronto en el interior del aposento.

Entonces Lagartija volvió á sentarse junto á la mesa, disponiéndose á dar fin de los restos de la comida.

Aunque no habia cerrado la noche, quedó el patio completamente á oscuras porque sus elevadas paredes no permitian á los crepúsculos entrar en su interior.

Pasó una media hora y ya el bachiller, á punto de perder la paciencia pensaba en salir, cuando oyó algunos golpes dados á la puerta.

—Ya han venido—murmuró.

Y despues de dar tiempo á que maese Mancioni se hubiese alejado, salió en tan buena ocasion que llegó al zaguan sin que nadie lo viese.

Entonces se sentó tranquilamente, y pensando en la manera de terminar mejor el asunto que le ocupaba, esperó á que llegase el momento oportuno.

No tardó en salir maese Mancioni para colocar en su sitio el farol que de noche alumbraba el zaguan, y al ver á Lagartija le dijo:

—¿Ya habeis concluido la comida?

—Claro está, porque sino aun estaríamos en el patio.

—¿Y el señor vizconde?

—Se ha ido, y yo estoy descansando y pronto haré lo mismo.

—Pues yo voy á preparar la cena para la dama que tanto os dá que hacer, porque segun me ha dicho quiere acostarse temprano.

El hostelero entró en la cocina, y el bachiller murmuró:

—Se acerca el momento decisivo.

Y despues de resgistrar bajo su coletto y de asegurarse que no habia perdido el narcótico y que podia sacarlo con prontitud y disimulo, se cruzó de brazos y volvió á meditar.

Cerca de media hora pasó, y ya Lagartija empezaba á impacientarse, cuando volvió á salir maese llevando algunos platos, manteles y cubiertos.

—¿Todavía por aquí?—le dijo á Lagartija.

—Es tal el frio que he cojido en ese maldito patio, que no me atrevo á moverme.

—Raro capricho ha sido—repuso el hostelero mientras tomaba escalera arriba.

—Manos á la obra—dijo para sí el bachiller.—A la otra vez que pase llevará la cena y el agua.

Efectivamente, maese Mancioni volvió á la cocina, y luego salió otra vez con la cena y un jarro lleno de agua.

—Aquí de mi ingenio—murmuro Lagartija.

Y levantándose, exhaló un doloroso grito, encojió una pierna y se apoyó en la mesa en tanto que su movible rostro se contraia, haciendo un horrible y lastimoso gesto.

—¿Qué os sucede?—le preguntó sorprendido el hostelero.

—Venid—repuso el bachiller con voz entrecortada.—¡Por Dios!... ¡Ay! ay!... ¡Venid!....

—¿Pero qué es ello?—volvió á decir maese acercándose al asesino.

—Un... ¡ay!... un calambre... tirad de esta pierna... pronto... ¡ay.... ay!... ¡Cien legiones!... ¡Pronto!... ¡ay!

El hostelero, turbado por la sorpresa, dejó en la mesa el jarro y la fuente, hincóse de rodillas y cojió con ambas ma-

nos el pié que Lagartija habia levantado y que intentó bajar hasta el suelo.

—¡Ay!.... ¡ay!....—volvió á gritar el bachiller.

Y mientras que el panzudo maese se esforzaba para es-  
tirar la contraida pierna, sacó el pomito y vertió el narcótico  
en el agua.

En esto se oyó la voz de Zamareta que desde arriba gri-  
taba diciendo:

—¿No subís la cena?.... Daos prisa.

—Voy corriendo....

—¡Ay!.... ¡Tirad con fuerza!.... ¡vive Dios!.... ¡Ay!....

—¡Lleve el diablo vuestra pierna que parece de hierro!—  
exclamó Mancioni, sudando y medio ahogado de fatiga.

—¿Acabareis de subir?—volvió á gritar la esclava.

—Entre todos me volvereis loco....

—¡Ay!.... Ya pasa.... otro estiron.... ¡Uf!.... ¡Gracias á  
Dios!—dijo el bachiller, exhalando un suspiro.

El hostelero se levantó aturdido, y tomando la cena y el  
jarro, subió la escalera con una ligereza que nadie le hubiera  
supuesto.

Zamareta continuaba dando prisa.

El bachiller no pudo contener una careajada burlona, y  
con aire de triunfo salió de la hosteria.

—¡Voto á!....—se oyó exclamar al mismo tiempo á maese  
Mancioni que sin duda se enfadó con la esclava porque le ha-  
cia correr á pesar de su abultada barriga.

—Negocio hecho—dijo Lagartija cuando se encontró en la  
plaza.

Y parándose debajo del balcon del aposento de Zoraida,  
imitó por tres veces el canto de la lechuza que era la señal  
para que el vizconde supiese que el narcótico habia sido puesto  
en el agua.

—Poco estaremos en ella, pues, según doña Leonor le ha

### CAPITULO XII.

Del resultado que dió el plan del bachiller Lagartija.



A berberisca y su esclava concluyeron de cenar y se dispusieron á acostarse, muy ajenas de que el vizconde estaba escondido debajo de una cama, esperando el momento tan deseado.

—¿Está bien cerrada la puerta?  
—preguntó Zoraida en lengua berberisca.

—Si, señora mia—le contestó Zamareta;—puedes acostarte con toda tranquilidad.

—Desde el desagradable suceso del otro dia, no vivo con sosiego en esta casa porque desconfio de todos sus habitantes.

—Poco estaremos en ella, pues, segun doña Leonor te ha

prometido, mañana quizás quedará srreglado el ajuste de la nueva vivienda.

—Quiéralo el cielo porque aeguramente el hostelero está vendido á ese mancebo que me persigue con sus amorosas pretensiones.

—Tal creo, segun lo que se ha visto.

—Desnúdame —repuso Zoraida, entrando en el aposento inmediato.

Zamareta la siguió, llevando la bujía con que se alumbraban, y pocos momentos despues, la hermosa berberisca estaba en su lecho y rezaba fervorosamente.

El movimiento de sus lábios fué haciéndose mas leve cada vez, sus ojos fueron cerrándose insensiblemente, y antes de un cuarto de hora quedó completamente dormida.

Los ténues resplandores de la bujía se derramaban sobre el lecho y permitian que se viese el rostro encantador de la berberisca dilatado por una sonrisa leve, producida tal vez por algun ensueño dulce de amor. Descubriase parte de su levantado pecho y uno de sus torneados brazos sobre el cual descansaba la cabeza, resaltando sobre su nacarada blancura el negro brillante de las sedosas crenchas de sus cabellos, que se esparcian sobre la almohada. Sus rojos lábios, entreabiertos por la sonrisa, dejaban ver parte de las perlas que encubrian, y por entre ellos se escapaba un aliento suave y perfumado como el ambiente que acaricia en la callada noche á la blanca azucena y le roba el aroma de su cáliz.

¡Qué hermosa estaba!

Los encantos de su rara belleza interesaban mas con el natural descuido de su sueño, y como toda mujer hermosa, eran mas arrebatadores, mas irresistibles sus atractivos estando dormida. Es verdad que entonces se ocultaban sus negros y rasgados ojos, con sus ardientes pupilas, con sus miradas llenas de ternura y de pasion; pero quizás por lo mismo que esto se adivinaba bajo sus largas pestañas y sus son-

rosados párpados de azuladas y finas venas, crecía mas el deseo de abrirlos para que dejasen escapar sus centellas de amor ó sus miradas de pudorosa timidez.

Si el poeta la hubiese visto entonces y hubiese comparado aquel negro reluciente de su sedosa cabellera con el oro de los rizos de doña Isabel, y el tranquilo pecho de la una con el agitado de la otra, y la espresion de ardientes pasiones que revelaba el rostro de la berberisca con la dulce y de tiernísimo amor de la portuguesa, se hubiese decidido... No sabemos por cual, porque nosotros, siquiera por hacer un sacrificio á la galantería, nos habríamos decidido por las dos, y probablemente cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Empero es la verdad, y verdad harto triste para Zoraida, que esta no inspiró nunca á Cervantes la pasión que doña Isabel.

Largo rato pasó, y en medio del silencio profundo que allí reinaba, no se percibió mas que la respiración igual y pausada de la mora que seguía durmiendo tranquilamente.

El vizconde estaba oculto debajo de la cama de la negra en el inmediato aposento, y sin duda habia esperado sin salir antes de su escondite para poder hacerlo con mayor seguridad. Pero al fin se decidió, y sin hacer el menor ruido, dirigióse con pasos lentos y silenciosos al dormitorio de Zoraida.

La luz de la bujía dió de lleno en el rostro del enamorado vizconde, y entonces pudo verse la descompostura de sus facciones y el brillo extraordinario de sus pupilas que parecían dos luces fosfóricas. Su pecho estaba en extremo agitado, y eran tan fuertes y desiguales los látidos de su corazón, que parecia que iba á saltarle del pecho. La palidez de sus mejillas, el ligero temblor de sus miembros, y la como temerosa incertidumbre de sus pasos, daban claras muestras de las emociones que agitaban su espíritu.

Quando se acercó al lecho y su mirada afanosa se fijó en la berberisca, la palidez de su rostro se trocó en carmin y sin-

tió circular por sus venas la sangre como una corriente de fuego.

—¡Ah!—murmuró con acento ahogado. Y no pudo proseguir porque le faltó el aliento por algunos instantes y sintió el pecho abrasado y oprimido como por un enorme peso.

—Va á ser mia—volvió á murmurar con débil acento.— Va á ser mia... nadie podrá estorbármelo.... ¡Qué hermosa es!.... ¡Oh!.... No despiertes, no despiertes porque al abrir tus ojos cerraria la muerte los míos; me verías morir á impulsos de la desesperacion.... ¡Qué hermosa es!.... Las houris prometidas á los de su raza envidiarán tanta belleza!... ¡Cuánta es mi felicidad!....

Estravióse la mirada del mancebo, su tersa frente se contrajo, formando largas arrugas, y sus facciones se descompusieron mas de lo que estaban, y hasta tal punto, que le dieron á su rostro una espresion repugnante, haciéndole perder completamente todo el encanto de su no comun belleza varonil.

Sin saber por qué dejaba perder el tiempo, estuvo largo rato sin moverse, contemplando á Zoraida y conteniendo los arrebatados impulsos de su pasion.

—¿A qué espero?—dijo al fin.—Nada tengo que temer porque no puede defenderse, ni llamar en su auxilio, ni siquiera apercibirse de lo que le pasa porque no despertará de ese pesado sueño con que duerme. Cada instante que se pierde es un mundo de goces y de felicidad que tengo en mis manos y dejo escapar sin saber lo que vale.... ¡Ah!....

El vizconde dió un paso mas y se acercó al lecho sin que Zoraida despertase.

El bachiller habia tenido razon al asegurar que el narcótico era de confianza.

—¡Desdichada!... ¿Qué iba á ser de ella? Habia caído en el lazo mas infame que el hombre puede tender; iba á ser

victima de la traicion mas fea, mas repugnante que puede cometerse. ¿Quién acudiria en su ayuda? ¿Quién la salvaria de aquel peligro? Nadie: ni su esclava podia socorrerla ni los habitantes de la hosteria sospechaban que en aquel momento iba á cometerse tan villana accion.

¡Infeliz Zoraida!

— La mas dulce sonrisa seguia vagando aun sobre sus entreabiertos lábios, envidia del coral por su color, y de la rosa por su frescura. ¡Qué tranquilo y descuidado era su sueño! Su blanco y mórbido pecho se levantaba suavemente á impulsos de su respiracion, y su hermosa cabeza descansaba aun sobre el torneado brazo enteramente desnudo.

— ¡Mia! — exclamó el vizconde con todo el arrebato de su pasion, con todo el frenesí de sus ardientes deseos.

Y con los ojos relucientes como dos ascuas, y con los labios entreabiertos, se inclinó hácia la berberisca....

Empero Zoraida abrió repentinamente los ojos y dejó escapar un grito desgarrador de espanto mientras que aceleradamente escondia la cabeza entre las ropas de la cama.

Tras aquel grito se oyó una blasfemia horrible pronunciada por el doncel, y luego otro grito lanzado por Zamareta que apareció medio desnuda á la puerta del aposento.

Reinó por algunos instantes un profundo silencio.

La berberisca permaneció oculta bajo las ropas del lecho sin que la dejase moverse el espanto de que estaba poseida.

El doncel apretaba los puños hasta hacer saltar con las uñas la sangre de sus manos, rechinaba los dientes y levantaba al cielo una mirada de acusadora desesperacion y que podia traducirse por una blasfemia mas horrible que la que salió de su boca. Estaba su frente contraida, pálido su rostro y la rábida hacia temblar todos sus miembros.

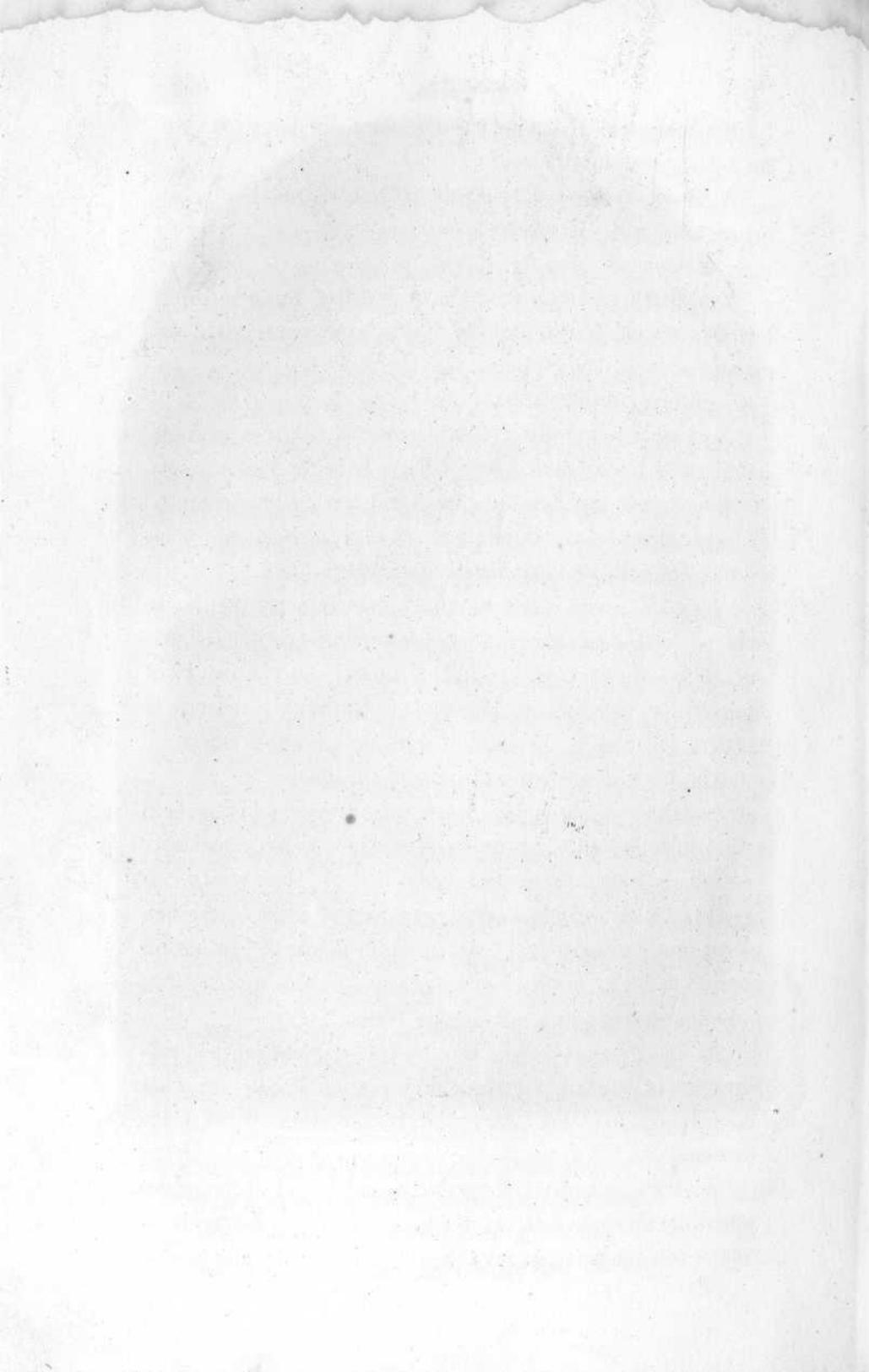
Zamareta, sin cuidarse de ocultar su desnudez, miraba al vizconde con espanto, y en su aturdimiento, ni acertaba á moverse ni á gritar para pedir socorro.



Zarza dib<sup>o</sup> y lit<sup>o</sup>

Lit<sup>o</sup> Heraldica.

.....Zoraida abrió repentinamente los ojos y dejó escapar un grito desgarrador de espanto.



Situacion mas violenta ni penosa no podia darse para todos tres. ¿Cómo terminaria?

Al fin el vizconde, despues de exhalar un rugido de cólera, exclamó con voz reconcentrada:

—¡Maldicion!

Esta palabra pareció despertar á la negra de su medroso letargo, y con descompasadas voces comenzó á gritar diciendo:

—¡Socorro, socorro, favor!

No quedaba con esto al doncel mas que salvarse huyendo porque toda tentativa de hacer callar á la negra hubiera sido comprometerse mas: así fué que, sin detenerse un instante, dió un brinco hácia la puerta que abrió presurosamente y se lanzó fuera del aposento, dirigiéndose á la escalera.

Maese Mancioni subia en aquel momento porque habia oido las voces de Zamareta, y encontrándose con el vizconde que no se detuvo en su precipitada huida, dió contra él tan fuerte golpe, que ambos, perdiendo el equilibrio, rodaron la escalera y con ellos el candil de garabato que subia maese.

Allí fué la confusion y el espanto sin igual.

Zamareta seguia dando desaforadas voces y el hostelero gritos de dolor, mientras que el vizconde juraba y maldecia con toda la fuerza de sus pulmones.

Despues de inauditos esfuerzos, pudo el doncel sacar una pierna que en la caida le habia cojido maese debajo de su enorme barriga, y logró salir de la casa antes que llegasen otros huéspedes que acudian á las voces.

Al fin, y como siempre sucede, tras la agitacion y el ruido, vino la quietud y el silencio, y mas sosegados los unos y recobrados los otros comenzaron las preguntas y las esplicaciones.

Y ahora, mientras que maese Mancioni exhala gritos lastimeros y dice que está reventado, y Zoraida y Zamareta se visten con intencion de no volver á acostarse aquella noche,

esplicaremos por qué casualidad no habia servido de nada el narcótico.

Ya saben nuestros lectores que el hostelero, despues de estirar la pierna á Lagartija, subió la escalera apresuradamente porque no cesaba de llamarlo la esclava, y tambien saben que al llegar arriba se le oyó exclamar. « ¡Voto á! .... »: pues bien, aquella exclamacion que creimos hija de un arrebató de cólera, fué producida por un tropezon que en su aturdimiento y no acostumbrada prisa dió maese, lo cual hizo que el jarro se le escapase de las manos y se derramase el agua que contenia el narcótico. Tal fué la casualidad que salvó á Zoraida.

El vizconde, ébrio de coraje, creyó que el bachiller lo habia engañado, y juró hacerle pagar con la vida tan ofensiva burla; pero no pudo encontrarlo en ninguna parte por mas que recorrió de extremo á extremo toda la villa sin dejar taberna ni lugar sospechoso que no registrase.

Alí fué la confusion y el espanto sin igual. Xamareta se grito dando desoladoras voces y el hostelero gritos de dolor, mientras que el vizconde juraba y maldecía con toda la fuerza de sus pulmones.

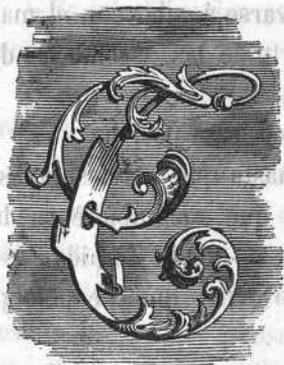
Después de inauditos esfuerzos, pudo el doncel sacar una piedra que en la caída le habia cogido maese debajo de su enorme barbiga, y logró salir de la casa antes que llegasen otros huéspedes que oñian á las voces.

Al fin, y como siempre sucede, tras la agitación y el ruido, vino la quietud y el silencio, y mas sossegados los unos y recordados los otros comenzaron las preguntas y las esplicaciones.

Y ahora, mientras que maese Mancoñi exhala gritos lastimeros y dice que está revoltado, y Zoraida y Xamareta se visten con intencion de no volver á acostarse aquella noche,

### CAPITULO XIII.

#### De cómo los unos huyen y los otros persiguen.



AL fué el espanto de Zoraida, que en ninguna parte creyó que podría estar segura, y mayor hubiera sido, á saber que sin la casualidad de deramarse el agua que contenia el narcótico, el vizconde habria conseguido su intento.

Apenas eran las ocho de la mañana del siguiente dia, quando la atribulada berberisca, despues de haber pagado á maese Mancioni, se cobijó con un largo manto, mandó á Zamareta que tomase el equipaje, y ambas salieron de la hosteria y se dirigieron precipitadamente á casa de doña Leonor.

Grande fué la sorpresa de esta al enterarse de lo ocurrido,

y con su cariñosa solicitud ofreció á Zoraida que se quedase allí mientras encontraba alojamiento seguro.

—¡Oh, nó!—exclamó la convertida con acento que demostraba el miedo de que se hallaba poseida.—Ni en vuestra casa ni en ninguna otra estaré tranquila, porque el hombre que me persigue, ayudado de sus riquezas, encontrará el medio de incomodarme sin cesar.

—No sucederá así si se guarda la mayor reserva sobre vuestro paradero—replicó la viuda.

—Y entretanto—añadió Andrea—que se encuentra un hospedaje de confianza, permanecéis á nuestro lado.

—Todo será inútil: ya veis como ha logrado llegar hasta mi mismo lecho.

—¿Qué hareis, pues, si en ninguna parte habeis de vivir tranquila?

—Una idea me ha ocurrido—repuso la berberisca—que no sé si podrá realizarse, porque no conozco los usos y costumbres de este pais; pero si pudiese llevarse á cabo con el mayor secreto, me consideraria á cubierto de las asechanzas de ese hombre.

—Explicaos, señora, que tal vez sea cosa posible.

—Quisiera vivir en un convento hasta que volviese vuestro hijo, y si la desgracia fuese tal que sucumbiese en la guerra.... ¡Oh!.... No hablemos de eso—añadió Zoraida, estremeciéndose.—Por ahora solo deseo evitar que me persiga ese mancebo.

—No habeis pensado mal—repuso doña Leonor.—Ningun inconveniente hay para que os admitan en un convento, y de esta manera tambien podreis recibir la instruccion religiosa de que tanto necesitais. Teneis medios de indemnizar á la comunidad del gasto que le ocasioneis, y allí, en el sagrado recinto de la casa de Dios, no se atreverá á penetrar vuestro seductor infame.

—De todo es capaz, señora, pero en un convento será mas

fácil guardar el secreto de mi retiro. ¡Ah, qué tranquilos pasaré los días, rogando á Dios por vuestra felicidad, acrecentando mi fé y haciéndome digna del hombre á quien tanto amo! No quiero perder un momento, hoy mismo, antes del medio día si pudiera ser....

—Si tan decidida estais, antes de una hora será, porque cerca de aquí hay un convento cuya superiora es amiga mia desde la infancia, y no me negará el favor de que permanezcáis allí.

—Gracias, señora, gracias—repuso la berberisca con acento de alegría.

—En ninguna parte estariais mejor.

—¿Y podré veros allí?

—Iremos á visitaros con frecuencia y á daros noticias de mi hijo Miguel.

—¡Cuánta es vuestra bondad!—exclamó Zoraida.—¡Cuánto os debo!....

—Es mi obligacion protejeros porque á nadie conoceis, no tenéis ningun amparo.

—Dispuesta estoy para marchar, y solo espero vuestras órdenes.

—Ahora mismo—repuso doña Leonor.

Y mandó á su hija que se vistiese, y ella se dispuso á hacer otro tanto.

Zoraida se sintió mas tranquila porque creia que era imposible que se averiguase su paradero, guardando el secreto, como lo guardarian cuidadosamente, doña Leonor y Andrea.

Empero mientras esto sucedia en casa de Cervantes, en la del vizconde entraba el bachiller Lagartija con rostro alegre y con aire de triunfo, y hacia que lo anunciassen.

—Tal vez—le dijo un criado—no os reciba su señoria, porque se ha retirado á la madrugada y con muestras de estar sumamente fatigado.

—¡Ya lo creo!—repuso el bachiller, dejando escapar una

sonrisa maliciosa.—Vos, amigo mio, no sabeis de la misa la media. Precisamente porque llegó muy fatigado y tan á deshora me veis contento como nunca, y por lo mismo tambien me recibirá con los brazos abiertos. Lo mismo sucederá de aquí en adelante por espacio de quince dias lo menos, y aunque veais que enflaquece, no os dé cuidado, que ya recobrará las carnes cuando.... Pero dejemos este asunto que ya os esplicaré mas despacio, y no perdais un momento en decirle que estoy aquí porque de esta entrevista está pendiente mi fortuna.

El sirviente no quedó convencido del todo porque habia advertido en su señor cierto gesto desagradable y le habia oido jurar y blasfemar al tiempo de acostarse; pero como tenia órden de avisar á cualquier hora que llegase Lagartija, hizolo así sin meterse en mas averiguaciones.

Acababa de vestirse el mancebo, y no bien se le presentó Lagartija con su alegre semblante, levantóse con aire colérico y exclamó:

—¡Miserable! ¿Y teneis valor de poneros en mi presencia?... Me alegro porque vais á pagar lo que me debéis.

No era el bachiller hombre que se turbaba fácilmente, pero sin embargo, tan inesperada acogida le hizo detenerse y murmurar:

—Está visto que los enamorados se vuelven locos ó tontos.

—¡Vive el cielo, señor tunante, que no ha de quedar sin su merecido la burla que me habeis hecho!

—Señor—replicó Lagartija—ó vuestra señoría está soñando, ó yo he perdido el seso.

—Ya lo vereis cuando mis lacayos os muelan á palos las costillas.

—Señor....

—¡Silencio, bergante!

—¡Por quien soy, que esto es para volverse loco!

—¡Callad os digo!

—Bromas á un lado, señor—replicó el bachiller con algun enojo.

—¿Eso mas?

—Y mas aun, mal que pese á vuestra señoría, porque si es que no quiere darme lo prometido....

—¿Pero teneis valor?....

—¿Quereis explicaros? Aunque he cumplido lo que prometí, supongo que alguna desgracia imprevista....

—No me engañareis.

—Está visto que no acabaremos de entendernos.

—Todo se aclarará.

—¿En qué consiste mi delito, señor?

—¿Habré de explicaros lo que sabéis mejor que yo?

—Repito que nada sé.

—¿Hicisteis anoche la señal convenida para que yo supiese que habiais puesto el narcótico?

—Sí, señor.

—En eso, pues, consiste vuestra burla.

—No lo entiendo.

—La que debia dormir tan profundamente....

—¡Oh!—exclamó Lagartija.—El maldito viejo me ha engañado.... ¡Vive Dios! ....

—No hemos conseguido mas que armar un escándalo, y á estas horas no sé lo que sucederá porque todo el mundo me conoció anoche cuando me ví precisado á huir vergonzosamente como un ladron hasta del hostelero que me dió de cachetes y coces á su placer.... ¡Oh!....

—Esperadme—dijo el bachiller, interrumpiendo al vizconde.

Y mientras rechinaba los dientes y apretaba los puños, se lanzó fuera del aposento como un rayo.

—¿A dónde vais?—gritó el mancebo que á su vez fué el sorprendido.

Pero Lagartija no lo oyó, porque corria como un desespe-

rado, y sin detenerse un segundo se encaminó á la hostería con ánimo resuelto de aclarar el asunto y de vengarse del que hubiese frustrado su bien combinado plan.

No pensó el enfurecido bachiller que podia comprometerse presentándose á maese Mancioni; en aquel momento, ciego de cólera, solo trató de saber quien era la causa del desgraciado suceso que lo ponía en tan grande compromiso.

No hacia un cuarto de hora que habian salido de la hostería Zoraida y la negra, y que el hostelero maldecía á los autores de tamaña desgracia, cuando entró el bachiller agitado y con rostro sombrío.

Estaba maese Mancioni sentado en una silla, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada sobre el pecho, con tan melancólico rostro y tan distraido que no se apercibió de la llegada de Lagartija. De vez en cuando exhalaba un suspiro que parecia arrancado del alma, y hacia un gesto de amarga pesadumbre capaz de enternecer al corazon mas duro.

—Bien haceis—le dijo el bachiller— en encomendaros á Dios porque está cercano vuestro fin.

Levantó el hostelero la cabeza, fijó en el asesino una mirada de espanto, y exclamó:

—¡Santa Madona!

—¡Voto al infierno!—replicó Lagartija con tono de amenaza.—¿Qué hicisteis anoche, miserable?

—Téngase el menguado—contestó maese con cierto atrevimiento, porque pensó en que era su posicion mas ventajosa, toda vez que podia amenazar al bachiller con la justicia.—¿Qué quereis? ¿Asi os presentais en mi casa con ese descaro despues de haber comprometido mi reputacion y mis intereses?

—Bien, señor panzudo, muy bien—replicó el asesino á la vez que sonreía irónicamente, enseñando su desigual dentadura como el perro cuando va á morder.—Venid conmigo y disponeos á decir la verdad, porque estoy resuelto á no dejaros

con vida si me engañais. Ya me conoceis, y por consiguiente es inútil que os repita esto para dejaros convencido.

Maese Mancioni tembló, y sin oponer resistencia siguió al bachiller que lo arrastró por un brazo, haciéndole entrar en la sala del piso bajo, conocida ya de nuestros lectores.

—¿Qué intentais?—preguntó el infeliz hostelero cuando vió que el asesino cerraba la puerta y guardaba la llave.

—Nada mas que hacerós una pregunta.

—Pero....

—Silencio y escuchadme que tengo prisa.

—¡Santa!....

—Dejaos de lloriqueos.

—Bien, decid lo que os plazca: ya sabeis que siempre os he servido de buena voluntad....

—Sois falso como Judas, pero esto no me importa porque os conozco.

—Bien, paciencia—dijo el hostelero, cruzando las manos y dejándolas descansar sobre su enorme barriga.

—¿Por qué no ha dormido anoche la dama que habita arriba?

—¡Dormir!—contestó con extrañeza maese.—¿Eso preguntais? ¿Pues el lance fué acaso para que pudiese sosegar?

—Quiero decir, por qué no durmió antes de ese suceso.

—No os comprendo, amigo mio.

—¿Hablo en griego?.... ¡Por Satanás! que me hareis perder la paciencia.

—¡Pero, señor bachiller, por los clavos de Jesucristo!....

—Ya sabeis, y digo que lo sabeis porque sin duda me visteis poner el brebaje, que esas dos mujeres debian dormir sin que nada fuese bastante para despertarlas.

—¡Por Dios, amigo mio! decidme si me he vuelto loco ó vos lo estais, porque no entiendo una palabra de todo eso de brebaje, sueño pesado....

—¿Tódavia intentais engañarme? Decid francamente que

como sois tan estúpido pensásteis que se trataba de envenenarlas y que quisisteis estorbarlo.

Maese Mancioni hizo un gesto de desesperación; se llevó las manos á la cabeza, y con entonacion dolorosa exclamó:

—¡Dios mio, yo estoy loco!

Con tal acento de verdad dijo estas palabras, que Lagartija empezó á creer que el desdichado hostelero ninguna parte tenia en lo ocurrido la noche anterior.

—Yo os lo explicaré bien claro—repuso el bachiller;—pero como entienda que esas exclamaciones son puro fingimiento para burlar mi cólera ¡voto al mismo Satanás!....

—Ya lo vereis.... No os engaño, os lo juro....

—Anoche, delante de mí, subisteis la cena para esas mujeres.

—Sí.

—Llevábais un jarro lleno de agua....

—Y os dió el maldito calambre que me obligó á detenerme, lo cual fué causa de que la negra me llamase cien veces y de que yo, por subir corriendo, tropezase y dejase caer el jarro que se rompió....

—¿Por qué nó os habeis explicado así desde el principio?.... ¡Voto á cien legiones de condenados!.... Todo lo comprendo ahora....

—¡Gracias á Dios!—exclamó maese á la vez que exhalaba un suspiro.—¿Pero quereis explicarme qué significa todo ese enredo, cómo pudo el vizconde introducirse en el cuarto de la dama, y por qué me deciais que yo os habia engañado?

—Ya lo sabreis: lo que importa ahora es que me digais lo que piensa hacer la dama en cuestion.

—Lo ignoro.

—Cuidado, señor panzudo, que no se ha aplacado mi cólera.

—¿Cómo he de saberlo si no me ha hablado mas que para preguntarme el importe de su cuenta y ni siquiera me ha dicho adios al salir?

- ¿Pero ya no se alojan en vuestra casa?
- Hace media hora que se fueron para no volver....
- ¡Vive Dios!
- No volveré á hospedar gente que mejor pague y menos dé que hacer....
- ¿Y á dónde han ido á parar?
- No lo sé.
- ¿Y porqué no habeis hecho que la sigan?
- ¿Y con qué fin?
- Para decírmelo.
- No habiamos quedado en semejante cosa....
- Sois un estúpido.
- Cuanto os plazca, pero....
- No esperéis recibir ninguna recompensa del señor vizconde.

—Lo que le agradeceré mucho será que no vuelvo por aquí, y le perdono lo que me debe, que son ya mas de veinte escudos, porque con otro escándalo como el de anoche no habrá persona de vergüenza que entre en mi hostería.

—Maese Mancioni—repuso Lagartija despues de meditar algunos instantes—volveré á veros si necesito que me deis mas noticias; y si viniese el señor vizconde, contadle todo lo que sucedió cuando servisteis la cena.

Abrió el bachiller la puerta y salió sin detenerse á escuchar lo que iba á decirle el hostelero.

—¿Qué haré?—se preguntó cuando estuvo en la plaza.—¿A dónde habrán ido esas mujeres? Probablemente á casa de la viuda porque á nadie mas conocen en Madrid. Vamos allá, que poco he de valer ó antes que concluya la mañana he de saber lo que ha sido de ellas. ¡Fuego del infierno!

Con acelerados pasos llegó el bachiller á la Costanilla de San Pedro, despues de mirar y ver que nadie lo observaba, se ocultó en el hueco de una puerta desde donde podia ver quien entraba y salia en casa de Cervantes.

Esto sucedia precisamente cuando doña Leonor y Andrea se acababan de vestir, y se disponian á llevar al convento á Zoraida y á la negra; de modo que Lagartija no tuvo que esperar mucho tiempo, pues á los pocos minutos de estar en su escondite, vió salir de la casa á las cuatro mujeres.

Aunque iban cubiertas con anchos mantos, conociólas en seguida el asesino, y dejándolas que anduviesen buen trecho en direccion á Puerta de Moros, siguiólas, recatándose el rostro con la capa.

Nada de esto advirtieron ellas que iban harto preocupadas con sus tristes pensamientos, y así, descuidadamente anduvieron con ligero paso, y en pocos minutos entraron en la calle del Humilladero y llegaron al convento de monjas Trinitarias que estaba allí y que cerca de medio siglo despues se trasladó á la calle de Cantarranas.

—Bien—dijo para sí Lagartija;—sin duda ha determinado encerrarse en este nido de palomas para huir de las garras del milano; pero no sabe que yo aprendí lo mismo á entrar en un convento que en una hostería.

En seguida se situó el asesino frente al templo con intencion de esperar para convencerse de si quedaba en el convento la berberisca.

Entonces hubo de tener mas paciencia porque la visita fué larga; pero empleó bien el tiempo, meditando sobre los medios de dar un segundo golpe, pues ya era, no solamente cuestion de intereses, sino de amor propio el salir triunfante en la amorosa empresa.

Media hora transcurrió, y al cabo, doña Leonor y su hija salieron del convento, enjugando aun las últimas lágrimas del llanto que habia corrido por sus megillas al despedirse de Zoraida.

—No me equivoqué—murmuró Lagartija, frotándose alegremente las manos.—Este será negocio concluido antes de ocho dias. Bien, me agradan las aventuras en los conventos

porque son las más productivas y las que ofrecen más diversión.

Y luego, como ya no le importaba seguir á la viuda, encaminóse á casa del mancebo.

—He andado la mitad de la villa en menos de dos horas, y estoy quebrantado: si el enamorado vizconde no manda que me den de almorzar sin ponerme tasa en el vino, renuncio á servirlo más.

El mancebo esperaba al bachiller con toda la impaciencia que puede suponerse, y cuando supo la causa de que la noche anterior se hubiesen frustrado sus planes, y que Zoraida y la negra habían abandonado la hostería, desesperóse hasta el último extremo; pero Lagartija lo tranquilizó, diciéndole:

—Sosiéguese vuestra señoría que todo saldrá á medida de su deseo. Mucho he tenido que correr, pero ya sé en donde se encuentra la dama.

—¿Dónde está?—preguntó afanosamente el doncel.

—En el convento de Trinitarias del Humilladero.

—Pues bien, señor Lagartija ó señor demonio, es preciso ir al convento.

—Lo mismo he pensado, señor, pero como allí no puede entrarse con la facilidad que en la hostería, tenemos que meditar muy despacio sobre este punto.

—Pero siempre encontraremos un inconveniente.

—¿Cuál?

—Ese maldito soldado poeta, ese amante á quien el infierno confunda.

—Si con quitarlo de en medio se consiguiese todo lo demás....

—Todo, pero no quiero que se cometa un crimen—replicó el vizconde que, aunque de tan malos instintos, no era lo suficientemente cobarde para apelar al medio de un asesinato.

—Advierta vuestra señoría que no estamos en el caso de

andar con escrúpulos, porque entonces vale mas que renunciemos á luchar.

—Haré cuanto sea necesario, pero atentar contra la vida de un hombre por medio de una accion villana, jamás. Si lo encontrasé, lo retaria y cruzaria con él mi espada para matarlo ó morir, pero no otra cosa indigna de quien soy.

—Bien, bien, entonces vuestra señoría dirá lo que quiere hacer, y ejecutaré sus órdenes.

El mancebo quedó pensativo por algunos instantes, y luego dijo:

—¿Quereis acompañarme á Portugal?

—¡A Portugal!—replicó admirado Lagartija.

—Sí.

—¿Qué piensa hacer vuestra señoría?

—Ya lo vereis.

—Sea lo que fuere, desde luego digo que no debemos separarnos de Madrid. ¿Qué adelantareis con tener un duelo con el tal amante? Si la suerte lo favorece, vuestra señoría quedará peor que ahora, y si sucumbe, será su muerte un motivo mas de aborrecimiento que os tenga la dama.

—No intento matar á su amante.

—¿Entonces?....

—Mi plan es otro mas seguro.

—Iremos á Portugal, pero en mi opinion, señor, lo que debe hacerse es sacarla del convento, y una vez en vuestro poder, con mas ó menos trabajo....

—Eso es casi imposible.

—No para mí que ya me he visto en lances semejantes.

—No desisto de mi plan.

—Pues manos á la obra, que la responsabilidad de su resultado no ha de ser mia.

—Dentro de ocho dias marcharemos, y entre tanto, puede hacerse aquí alguna tentativa para aprovechar el tiempo; pero no confio.

—Entonces con permiso de vuestra señoría, voy á almorzar y volveré á la tarde para convenir en lo que deba hacerse.

El bachiller salió, y el vizconde se entregó á profundas meditaciones.

¿Qué nuevo peligro amenazaba á Zoraida? ¿Qué pensaba hacer el mancebo que tanta seguridad le daba del triunfo?

Lo veremos mas adelante, y para ello, antes que el vizconde, nos trasladaremos á Lisboa, pues hace mucho tiempo que tenemos abandonado á nuestro poeta.



haber reunido nuevas fuerzas, habia llegado hasta Coimbra. El tercio de don Lope de Figueroa fué uno de los que tomaron parte de aquella nueva expedicion, y Cervantes tuvo que separarse de la comandada portuguesa. Como no es nuestro ánimo escribir una historia de la conquista de Portugal, escusaremos hacer repetidas descripciones de batallas y asaltos, y solo diremos que las tropas

**CAPITULO XIV.**

Nuevas intrigas.



ocos días disfrutó Cervantes del sosiego y felicidad que le proporcionaban la estancia en casa de doña Isabel y los cariñosos cuidados de esta. La mayor parte del ejército español tuvo que salir de Lisboa para combatir al prior don Antonio que, después de haber reunido nuevas fuerzas, había llegado hasta Coimbra.

El tercio de don Lope de Figueroa fué uno de los que formaron parte de aquella nueva expedición, y Cervantes tuvo que separarse de la enamorada portuguesa.

Como no es nuestro ánimo escribir una historia de la conquista de Portugal, escusaremos hacer repetidas descripciones de batallas y asaltos, y solo diremos que las tropas es-

pañolas marcharon en busca del ejército enemigo, tomando á su paso las plazas de Coimbra, Montemayor, Aveiro y otras de menos importancia, y derrotando, en fin, á don Antonio que tuvo que huir con algunos caballeros para salvar la vida.

Cervantes, como siempre, se distinguió entre todos por su valor heróico y su serenidad, y como siempre tambien recojió gran cosecha de alabanzas y promesas que debian ser otros tantos desengaños al convertirse en humo.

El ejército vencedor se retiró de nuevo hasta Aveiro con el fin de descansar mientras se recibian órdenes del duque de Alba, y allí vamos á llevar al lector aunque nos espongamos á no encontrar alojamiento.

Eran las cuatro de la tarde, y por una de las calles de la poblacion caminaban dos hombres, jóven y hermoso el uno, de mas edad, flaco y de elevada estatura el otro. El primero, de maneras distinguidas, vestia colete de terciopelo azul oscuro, gregüescos de lo mismo, botas de ante con espuelas de plata, y capa de finisimo paño verde. Llevaba espada con empuñadura de acero cincelado, y por sus guantes de fina piel de gamuza y el broche de oro y esmeraldas de su sombrero, conocíase que era persona de calidad. El segundo vestia todo de paño verde oscuro y tambien calzaba botas con espuelas de acero, y aunque ceñia larga tizona, ni llevaba guantes, ni broche en el sombrero, lo que inclina á creer que fuesé escudero del jóven, á pesar de que, en vez de seguirlo á respetuosa distancia, iba á su lado y ambos sostenian una animada conversacion.

—Me canso ya de idas y venidas—decia el de menos edad—y os aseguro que casi voy arrepintiéndome de no haber tomado vuestro consejo.

—Y lo peor de todo será—le contestó el otro—que después de haber corrido mil peligros y gastado mucho dinero, tengamos que volver á España lo mismo que vinimos.

— ¡Eso nó, vive el cielo!

— ¿Qué hareis si la traza de que vamos á servirnos ahora nos da el mismo resultado que las anteriores, que ha sido cansarnos en valde?

— Por esta vez creo que podemos contar por nuestro el triunfo.

— Completo hubiera sido á seguir mi consejo sin necesidad de venir á esta maldita tierra donde no se encuentra que comer ni que beber, ni aun casa donde dormir en muchas ocasiones porque todo lo ocupan los soldados. Y gracias, señor, que en medio de esta broma no hayamos tenido que lamentar alguna desgracia.

— Os vais haciendo demasiado prudente.

— No tal, señor, sino que cuando las cosas pueden hacerse con comodidad y sin riesgo, no hay para qué buscar el peligro y los malos ratos. Vos teneis ahora la sangre hirviendo, y yo, como mas viejo no me arrebato por nada.

— Bien, pues ya lo hecho no puede deshacerse, y como creo que al fin encontraremos la recompensa de nuestras fatigas, no me pesa. Vos sois, de cualquier modo, el que menos debe quejarse, pues ni que salgamos bien ni mal de nuestra empresa, tendreis lo prometido, y entretanto, os dais buena vida y no estais aquí, como allá, temeroso á todas horas de que un corchete os tome por su cuenta.

— No soy tan egoista que no mire por vos.

— Lo que sois, y no os atreveréis á negármelo, es un tu-nante sin igual.

— Me lleno de orgullo con que reconozcáis que soy maestro en mi oficio.

— Lo veremos dentro de poco.

— ¡Voto al infierno con todos sus habitantes! ¡Por mi abuela, señor!...

— Ya comenzais á hacerlo mal.

— ¿Por qué?

—Con tales juramentos y palabras groseras no habrá quien os tome por un escudero bien educado y respetuoso, como debe serlo el de una persona de mi porte.

—Ciertamente, señor, pero cuando llegue el caso no sucederá lo mismo, y os convenceréis de que sé representar mejor mi papel que vos el vuestro.

—¿Y decid, señor escudero de nuevo cuño, tenemos aún mucho que andar?

—Otro tanto camino del que hemos dejado.

—Lo siento.

—Ya os he dicho que la casa está á un extremo de la poblacion, precisamente el opuesto del en que se encuentra nuestra posada.

—Adelante, pues.

—Es muy temprano aun, y bueno será llegar á hora bastante avanzada de la tarde.

—¿Estais seguro de no haberos equivocado?

—Ademas de los informes que tomé, los he visto entrar en la casa.

—Si hubiesen salido....

—Nos costaria mas trabajo conseguir nuestro intento, y aun tal vez tendríamos que formar nuevo plan.

—Ciertamente, porque no podríamos llegar segunda vez sin hacernos sospechosos.

—¿Y no perderíamos la paciencia?

—Jamás.

—Amor es el vuestro que bien merece ser correspondido.

—Es la primera vez que el amor me ha dominado, y para daros una idea de la intensidad de mi pasion, os diré solamente que esa mujer puede hacerme renunciar á todas las locuras de mi agitada vida, hacerme el hombre mas virtuoso del mundo.

—Mas que eso aun, pues segun me dijisteis en otra oca-

sion, hasta os casariais, por lo cual tuve de vos gran lástima y pedí á Dios que os devolviese el juicio.

Sonrióse el apuesto mancebo, y suspendiendo por algunos instantes la plática, continuaron su camino.

Calles y mas calles dejaron atrás, y como habia dicho el uno de ellos, no pararon hasta llegar á una, sucia y estrecha, situada á un extremo de la poblacion, en cuya mitad próximamente se veia una casa de pobre apariéncia.

En el interior de aquella casa, que era bien reducido, no habia mas que un oscuro zaguan, la cocina, y otros dos ó tres aposentos, en uno de los cuales estaban dos hombres sentados en las dos únicas sillas que en él habia.

Eran Miguel de Cervantes y su hermano Rodrigo, que bien demostraban las peligrosas fatigas que acababan de pasar, en lo tostado de sus rostros y en lo estropeado de sus vestidos. Habíanlos alojado allí donde no tenian mas que una cama para los dos, y se consideraban muy afortunados, pues otros muchos no habian podido lograr semejante comodidad.

—Ya puede asegurarse—decia el poeta—que ha terminado la guerra, y muy pronto nos será fácil enviar una carta á nuestra buena madre que aun ignora nuestra suerte, y recibir noticias tuyas.

—Mucho deseo saber—contestó Rodrigo—lo que ha sido de ella y de nuestra hermana, pues aun cuándo no sea mas que el cuidado que por nuestra suerte tendrán, ha de producirles el mayor disgusto. Ademas, tambien deseo saber, como á tí te sucederá, si al fin la infeliz Zoraida....

—No habrá logrado su deseo—interrumpió el poeta cuya frente se contrajo ligeraménte.

—¿Y si lo ha conseguido? En verdad, hermano, que no sé lo que harás con ella en Madrid; y aquí doña Isabel, ambas enamoradas y ambas merecedoras de tu cariño.

—No me atrevo á pensar en semejante cosa, Rodrigo, porque me pone de muy mal humor. Ya sabes que nunca me ha

interesado Zoraida sino como un capricho pasajero, y sabes tambien que nada le he prometido que me obligue á guardarle amorosa fé: esto escusa mi proceder porque yo era libre; pero sin embargo, considero que será para la berberisca un golpe mortal el saber que amo á otra que ha puesto en mi honor el suyo y que tiene derecho á ser la preferida. Vi á doña Isabel, la amé con locura, y llegó un momento en que me olvidé de Zoraida.... No hablemos de esto, Rodrigo, porque me atormenta el pensar que puede suceder algun dia que yo, sin intencion dañada, haga infeliz á una mujer que todo lo ha sacrificado por mí, que ha sufrido mucho, y que fundaba en mi amor sus esperanzas todas. Tiempo me queda de padecer si Zoraida ha logrado escaparse de su prision, y si no ha sucedido así, es en vano atormentarse ahora con suposiciones que quizás estén muy distantes de la realidad. Lo que nos importa mucho es saber de nuestra familia y que sepan de nosotros: hasta ahora ha sido imposible enviar ni recibir cartas, pero ya que las comunicaciones han quedado libres, procuremos cumplir con nuestro deber y llenar los deseos de nuestro corazon.

Esto decia Miguel, cuando llamaron á la puerta de la casa los dos hombres á quienes ya hemos visto. Abrió el ama, que era una vieja gruñona, y al encontrarse con ellos, les preguntó:

—¿Qué quereis?

—Buena mujer—le dijo el mancebo—tenemos que pasar la noche en la poblacion, y á duras penas y pagándolo generosamente, hemos podido encontrar un rincon de cuadra donde acomodar nuestras cabalgaduras, pero ni por un ojo de la cara hemos conseguido para nosotros ni un desvan donde recojernos. No conocemos á nadie, y á la ventura andamos de un lado para otro, llamando á todas las puertas, ofreciendo escudos de oro en cambio de un aposento donde dormir aunque sea sentados en una silla; pero todo ha sido en vano, y ya

molidos y sin aliento; llegamos aquí y os hacemos la misma petición. Este que veis es mi escudero que se contentará con estar debajo de techado, y yo lo mismo si otra cosa no puede ser.

—Mucho me duele vuestra mala ventura—contestó la vieja—y temo que ha de ser mayor, pues en mi casa, á pesar de que estais dispuesto á pagarlo bien, no podeis alojaros.

—Estrecha será—replicó el mancebo,—pero no faltará un rincón donde siquiera pueda uno sentarse.

—Cama no tengo mas que la mia.

—No importa, si por dinero no quereis cedérmela, os pagaré y dormiré en el suelo.

—Pero tengo dos soldados que me maltratarian si hiciese por vos lo que no he querido hacer por ellos.

—¿No hay mas que ese inconveniente?

—¿Os parece poco?

—Me parece nada.

—Yo puedo pasar una mala noche y cederos mi cama por ganar los escudos que me ofrecéis, pero arriesgarme á sufrir malos tratamientos....

—Todo puede remediarse.

—¿Cómo?

—Yo hablaré á esos soldados y con su licencia me quedaré.

—Mo me atrevo.

—Decidles que un caballero español desea verlos, que yo arreglaré lo demás.

—¿Y si se enfadan?

—Nos iremos.

—¿Cuánto ganaré?

—Vos lo direis.

Los ojos de la vieja brillaron.

—Tres escudos de oro—repuso.

—Os daré seis.

—¿Seis!...

—En otras tantas monedas.

—¿No me engañais? replicó la huéspedada que no habia sido nunca dueña de semejante cantidad.

—Os pagaré adelantado.... ahora mismo.

—El mancebo sacó los seis escudos.

—Entrad, noble señor—repuso la vieja á la vez que tomaba el dinero y le daba vueltas y vueltas entre las manos.

—Gracias, buena mujer.

—Esperad aquí que voy á darles aviso.

La vieja entró en el aposento donde estaban Miguel y Rodrigo: y les dijo:

—Un caballero español que viene con su escudero, quiere hablaros.

—Hacedle entrar—contestó el poeta.—¿Nos traerá noticias de nuestra madre?

Pocos momentos despues se presentó el mancebo, y como ya sabia que no iba á tratar con dos soldados groseros, sino con hidalgos, saludólos con la mas delicada cortesania.

—Sentaos, caballero—dijo el poeta al recién llegado.

—Gracias, señores: perdonadme si me tomo la libertad de incomodaros pidiéndoos un favor.

—¡No trae cartas ni noticias de nuestra madre!—pensaron los dos hermanos.

—Vuestra huéspedada—prosiguió el jóven—no se atreve á dejarme pasar la noche en un rincon cualquiera de esta casa si vosotros no otorgais vuestra licencia. Todo el dia lo he pasado llamando de puerta en puerta sin lograr que á precio ninguno me den hospitalidad, y estoy rendido por el cansancio y tendré que pasar la noche al aire libre si tampoco aquí puedo quedarme.

—Pero sentaos, caballero—volvió á decir el poeta que habia dejado su silla, no pudiendo menos que tratar con toda consideracion al jóven, cuyo aspecto le hizo conocer que era persona de calidad.—Sentaos y descansad: no temais pasar la

noche al aire libre si para evitarlo es suficiente nuestro permiso.

—No os molestaré mucho tiempo porque al amanecer pienso salir para continuar mi viaje á España.

—¡España!—murmuró tristemente Miguel de Cervantes.—Dichoso vos que vais allá.

—Comprendo vuestra envidia: ya estareis cansados de sangre y horrores, de peligros y desvelos....

—Mas que eso aun—dijo entonces Rodrigo—nos llama á nuestra patria el deseo de saber de nuestra familia y de que sepan de nosotros, pues ninguna noticia hemos podido darles ni recibir desde que comenzó la guerra.

—¿A lo que parece sois hermanos?

—Sí, caballero.

—Natural es vuestro deseo, y á mi vez os envidio la fortuna de tener un padre ó una madre....

—Madre no más y una hermana.

—Pues yo estoy solo en el mundo: un solo pariente tenia y hace tres meses que murió aquí en Portugal, lo que ha dado motivo á mi viaje para arreglar los asuntos de la herencia que me ha dejado.

Lo primero que se ocurrió á Miguel y á Rodrigo fué que el mancebo podía encargarse de llevar una carta á doña Leonor, lo cual era para ellos la mayor fortuna que el cielo podía enviarles entonces.

—Perdonad mi indiscrecion—dijo el poeta—pero la excusa mi natural y buen deseo: ¿vais á Madrid?

—Allí tengo mi solitaria casa; y digo solitaria porque los sirvientes no son los que quisiera ver á mi lado, sino á mi familia.

—Entonces....

—¿Teneis á vuestra madre en Madrid?

—Sí, caballero.

—Adivino lo que deseais, y tendré mucho gusto en servi-

ros: dadme una carta, y apenas llegue á Madrid, iré á visitar á vuestra madre y le hablaré de vosotros, con lo cual estoy seguro de hacerla feliz siquiera por algunos momentos.

—¡Oh!.... ¡sí, sí, caballero!—exclamaron á la vez los dos hermanos.—Ningun favor mas señalado podeis hacernos.

—Será pagaros el que acabais de otorgarme: sin vuestra condescendencia me hubiese visto obligado á dormir en la calle.

—Nada hemos hecho por vos porque no es nuestra la casa....

—Pero su dueña temia que llevaseis á mal el que me cediese su cama, no habiéndolo hecho con vosotros antes.

—Sin duda nos ha tomado por dos soldados pendencieros.... Yo mismo le diré que os prepare la cama y cuanto necesiteis.

—No puedo permitir que lleveis hasta tal punto vuestras atenciones: fuera está mi escudero que hará cuanto necesario fuese.... ¡Fortun!—gritó el mancebo.

El hombre flaco entró.

—Dí á la huéspedea que estos señores desean que me quede aquí.

—Bien, señor.

—Luego irás á la posada y verás si han dado de comer á nuestros caballos que mañana han de hacer una buena jornada.

—¿Dónde cenará vuestra señoría?

—Me habia olvidado de la cena.... Otro favor tengo que pedir—dijo el mancebo á Miguel y á Rodrigo.

—Cuánto os plazca.

—Que me acompañeis á cenar.

—Vos á nosotros, porque sois el forastero.

—Los tres lo somos aquí, y el derecho de convidaros es mio porque hablé el primero. Aceptad y os quedaré agradecido, obligándome á corresponder del mismo modo cuando vais á España.

—Estamos á vuestras órdenes.

Pensaba el mancebo, á quien nuestros lectores habrán conocido ya, sacar mucho partido de la cena, haciendo de modo

que Miguel de Cervantes se esplicase con respecto á Zoraida, lo cual no llegó á conseguir, y solo pudo convencerse de que el poeta era un rival temible por su vivo y fecundo ingenio y por su valor.

Sin embargo, el enamorado vizconde habia tendido á su rival un lazo en que este habia caído ya y que debia producir los mas tristes resultados.

En animada conversacion siguieron largo rato, sin que el poeta sospechase que aquel gallardo jóven que le ofrecia su amistad, era su mayor enemigo, y cuando llegó la hora convenida, cenaron tan alegremente, se trataron con tanta franqueza como si ya se conociesen desde mucho tiempo.

—Ved cómo—dijo el vizcondé despues de terminada la cena—cuando yo pensaba pasar una noche cruel, la he tenido del mayor contento. ¡Feliz casualidad la de haberos conocido en tan oportuna ocasion!

—Feliz para todos—contestó Cervantes, —pues cuando lamentábamos la desgracia de no poder tranquilizar á nuestra madre, vinísteis como enviado del cielo.

—Creo que seremos buenos amigos.

—Mientras vivamos.

—El recuerdo de esta noche no se borrará de mi memoria.

—Es demasiado grato para que se olvide.

—Vaya, pues, mis buenos amigos—repuso el mancebo—brindemos por última vez.

Llenaron los vasos con el resto de las botellas que habian estado llenas de rico Oporto, y el vizconde dijo:

—¡Por los ojos negros como el azabache de una dama blanca como las perlas!

—¡Por mi madre!—exclamó el poeta que no quiso preferir en su brindis ni á Zoraida ni á doña Isabel.

—¡Por mi buena hermana!—dijo á su vez Rodrigo!

—Ahora—repuso Miguel—debeis retiraros á descansar, puesto que habreis de salir muy de mañana.

—¿Y la carta?—preguntó el mancebo.

—Dos son, porque yo tambien quiero escribir—añadió Rodrigo.

—Dadme dos ó doscientos, que el mismo trabajo ha de costarme entregar una que muchas.

—Pues bien aguardad un momento.

Miguel y Rodrigo se pusieron á escribir, y sin duda por no detener al vizconde que habia dicho estar muy fatigado, no dijeron á su madre otra cosa sino que se hallaban en completa salud.

Cuando el mancebo tomó las cartas, palideció su rostro y tembló su mano: pero nada advirtieron nuestros amigos.

—¡Cuánto os agradecerá nuestra madre este favor!

—No sabeis—replicó el vizconde—cuan señalado me lo habeis hecho.

Si Miguel de Cervantes hubiese comprendido lo que significaban estas palabras, seguramente su primer pensamiento hubiera sido el de echar mano á la espada para castigar la villana traicion de que acababa de ser objeto y de que seria victima la desdichada Zoraida.



amigos hubiesen podido hacerlo, entró en el aposento de es-

tos á desquitarse.

—Esperad, amigo mio—dijo el poeta al vizconde—que poco

le vamos en salir de la cama.

—Si vuestra intencion—replicó el jóven—es la de venir á

desquitarme, es lo prohibido, pues no quiero causas semejantes

te incomodidad.

## CAPITULO XV.

Y Para lo que habian de servir las cartas de Miguel y de Rodrigo de Cervantes.



la mañana siguiente al despuntar el dia, el fingido escudero, es decir, el bachiller Lagartija, despertó al vizconde en tanto que tambien sacudian el sueño los dos hermanos.

El mancebo se vistió con estremada lijereza, y antes que nuestros amigos hubiesen podido hacerlo, entró en el aposento de estos á despedirse.

—Esperad, amigo mio—dijo el poeta al vizconde—que poco tardamos en salir de la cama.

—Si vuestra intencion—replicó el jóven—es la de venir á despedirme, os lo prohibo, pues no quiero causaros semejante incomodidad.

—Al contrario, tendremos un rato de placer.

—Os digo que no quiero.

—Dejadnos que no es caso de que á la despedida nos nequeis una cosa que nada os cuesta y vale mucho para nosotros.

—Os ruego que os quedeis.

—Imposible.

—Dareis lugar á que me vaya sin apretaros la mano.

—Pero semejante obstinacion....

—Está en su lugar.

—Pues no lo consiento.

—Decídale la suerte.

—¿Cómo?

El vizconde sacó su bolsillo, y mostrándolo al poeta, le dijo:

—Pedid.

—Pares—contestó Miguel.

—No direis que en esto puede haber trampa—repuso el mancebo.

Y vaciando sobre la cama el bolsillo, contaron las monedas y vieron que habia treinta y siete.

—Habeis perdido.

—Pero....

—No repliqueis: era convenio aceptado por vos y tenéis que someteros al fallo de la suerte.

—Mal empieza el dia.

—Bien para mí.

—¿Con qué no quereis ceder vuestro derecho?

—Nó.

—Entonces aprovechad el tiempo.

—Adios, amigos míos—dijo el vizconde á la vez que con mano convulsiva apretaba las de Miguel y Rodrigo.

—Me vengaré—dijo el poeta con tono de chanza.

—No quiera el cielo que la ocasion se os ponga delante—contestó el mancebo que á su pesar se estremeció.

Y luego salió de la casa, y en compañía del bachiller, atravesó las mismas calles que la tarde anterior, llegando á una posada donde tenia su alojamiento.

Cuando entraron en su habitacion, sentóse el vizconde, y el bachiller le dijo:

—Dadme las cartas.

Hizolo así el jónen, y Lagartija, dejando á un lado la de Miguel, se puso á examinar atentamente la de Rodrigo.

—Bien, es cosa hecha—dijo despues de largo rato.

—¿Os parece fácil?

—Sencillísimo para mi rara habilidad.

—Sois muy vanidoso.

—Soy de mucho provecho para estos lances.

—Vamos, señor bachiller, manos á la obra y que Satanás dé á vuestras manos tino.

Lagartija se sonrió, y sentándose delante de una mesa, se dispuso á escribir.

El vizconde palideció porque de la habilidad del bachiller dependia el éxito de su criminal empresa.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales escribió el asesino, imitando con la mayor exactitud la letra de Rodrigo de Cervantes.

—¡Bien!—exclamó.—Si concluyo lo mismo que he comenzado, quedareis satisfecho.

—No olvideis que en la pluma llevais mi vida.

—Perded cuidado.... ¡Voto al infierno!

—¿Os habeis equivocado?—preguntó afanosamente el doncel.

—Es una exclamacion de entusiasmo.

—No hableis.

—Descuidad que.... ¡Magnífico!.... Habreis de hacerme un buen regalo:....

—Veamos....

—Nó, señor; cuando esté concluido.... Poco falta.

— Esperaré.

Largo rato transcurrió.

El vizconde, con la mirada fija en el bachiller parecia esperar su sentencia de vida ó muerte.

— Ya está—dijo al fin Lagartija.

Y entregó al mancebo el escrito falsificado que era ni mas ni menos que una carta dirigida á doña Leonor y que debia sustituir á la de Rodrigo, en la cual habia puesto el bachiller lo siguiente:

«Madre mia, os escribo con el corazon transido de dolor: ayer tuvimos un encuentro con las tropas del Prior, y mi querido hermano Miguel... ¡Esto es horrible, madre mia!... No puedo escribiros mas porque estoy trastornado.... ¡Pobre hermano mio!... No puedo resignarme con esta desgracia. Rogad por él.... ¡Dios os consuele!... ¡Cuánto diera por enjugar vuestras lágrimas y abrazaros vuestro hijo»

«Rodrigo.»

—¿Qué tal?—preguntó el bachiller.—¿Hay diferencia entre esa letra y esta?

El vizconde examinó la carta verdadera y la falsa, y luego dijo:

—Ninguna, y estoy seguro de que nada sospecharán. No creí que llegase vuestra habilidad á tanto.

—Porque me teneis por un cualquiera, sin creer, como ya os he dicho otras veces, que estudié tres años en Alcalá de Henares y que soy un hidalgo bien nacido, como lo indica mi nombre.

—Aun no sé cómo os llamais.

—Diego de Cisneros, señor; pero los que me conocieron de estudiante dieron en llamarme bachiller, y al fin sucederá que yo mismo olvide mi verdadero nombre.

—Ya veis que todo sale á medida de mi deseo.

—Ciertamente, señor, pero temo que no ha de suceder lo mismo despues.

—¿No os habeis convencido de lo bien combinado de mi plan?

—Sigo creyendo lo mismo que antes, que es descabellado.

—Lo veremos,

—¿Sabeis el efecto que va á producir esta carta?

—¿Cuál?

—Llanto y lamentaciones por parte de la familia de vuestro rival, y la desesperacion de la dama que os tiene vuelto el juicio.

—Pero cuando ya no tenga esperanza....

—Se enamorará de cualquier otro que no seais vos, ó lo que es lo mismo, sembrareis y otro cojerá, lo que es bien triste.

—No tal ¡vive el cielo!—exclamó arrebatadamente el vizconde.—Eso lo estorbaré.

—Mentira parece que no conozeais el mundo, y sobre todo lo que son las mujeres.

—En buen hora, señor bachiller: dejadme con mi ilusion, que por esta vez os equivocais. ¿Qué se hubiera adelantado con sacar del convento á la dama? Un escándalo y no mas.

—Bien, señor vizconde; no quiero quitaros vuestra ilusion: adelante, y ya veremos quien acierta. Romped esas cartas que solo pueden servir para comprometernos, y guardad la que acabo de escribir.

Rompió el vizconde las cartas de Miguel y de Rodrigo, y luego repuso:

—Que ensillen nuestros caballos.

—Al momento, señor.

Un cuarto de hora despues salian de la poblacion á buen paso, pues el vizconde estaba ansioso de llegar á Madrid.

Entretanto, otro ginete se apeaba á la puerta del alojamiento del poeta, y entregaba á este una carta escrita en portugués y que decia:

«He pasado la noche orando para dar gracias á Dios que

te ha librado de la muerte. ¡Cuánto he llorado desde que te separastes de mí!.... Soy la mujer mas desgraciada y mas feliz.... Miguel, vuelve á mi lado, vuelve al lado de la que lleva en sus entrañas el recuerdo vivo de su amor....»

Al leer estas palabras palideció Cervantes, temblaron sus manos y exhaló un grito:

—¡Madre!—exclamó.

Luego se dejó caer en una silla, y hasta despues de algunos instantes no pudo continuar leyendo. A su viva imaginacion se agolparon á la vez muchas y muy tristes ideas. Su situacion no podia ser mas crítica: el amor vehemente que profesaba á doña Isabel, y el derecho que esta tenia á que se reparase su honor, hacian imposible todo medio de satisfacer las aspiraciones de Zoraida, y cuando esta lo habia sacrificado tódo por su cautivo, cuando arriesgando la vida habia abandonado su casa, su patria y sus riquezas para ir á ofrecerle el tesoro de su inagotable y tiernísimo amor, tendria que pagarle con el mas cruel desden, tendria que decirle, «mi corazon es de otra, nada tengo para tí sino un sentimiento de lástima, para tí que fuistes en mi larga noche de cautiverio la estrella que alumbró mis ojos, el bálsamo que cerró todas mis heridas, el consuelo de todos mis pesares.» El inmortal ingenio sintió que lo acusaba su conciencia; pensó que sino amaba tanto á Zoraida como á doña Isabel, el amor de esta debió haber sido sacrificado á la gratitud que la berberisca merecia.

Pensando de esta manera, atormentado por el temor de lo que pudiera suceder, pasó gran parte del dia sin que á tranquilizarlo ni aliviar su pesadumbre fuesen bastantes los fraternales consuelos de Rodrigo.

Dos dias despues, Cervantes escribia otra carta á su madre porque habia encontrado nueva proporcion de remitírsela con un compañero que regresaba á su casa porque habia perdido un brazo y no podia continuar al servicio del rey. En aquella carta decia entre otras cosas el poeta:

31 «Madre mia, soy muy desgraciado. Hace dos dias que os escribí, y ahora os repito lo mismo que decia entonces: ¿qué sabeis de la pobre Zoraida? ¿Ha logrado escaparse? ¿Tiene esperanza de ver cumplidos sus amorosos deseos, siendo mi esposa? Contestadme sin perder un momento porque está interesada la felicidad de toda mi vida. He corrido los peligros mas espantosos y no ha temblado mi corazon, y ahora tiembla cuando pienso que puedo ser la causa de la desdicha de esa mujer: he visto correr la sangre á torrentes sin que se oprima mi pecho, y no tendré fuerzas para ver asomar una lágrima de dolor á los ojos de Zoraida.»

El mutilado compañero de Cervantes salió de Aveiro, llevando la carta; pero no iba á caballo como el vizconde, ni aceleraba sus pasos el aguijon de una amorosa esperanza.

## CAPITULO XVI.

La carta falsa empieza á producir sus efectos.



AN pasado quince dias desde que el vizconde salió de Aveiro provisto de la carta que debia decidir de la suerte de la infeliz berberisca.

Eran las once de la mañana.

Grandes y negros nubarrones encapotaban el cielo y ocultaban el sol.

Los habitantes de la coronada villa atravesaban presurosamente las calles y buscaban sus viviendas para ponerse á cubierto de la lluvia que amenazaba.

El aire no era frio, pero soplaba con fuerza y levantaba en espesos remolinos la tierra de las calles que en aquella época no estaban empedradas.

Tampoco entonces era conocido el paraguas, cuya feliz

invencion debió ser hija del caletre de algun pobre para bien de los que tenemos derecho á llamarnos lo mismo.

Huyamos, pues, de la tormenta que amenaza y del viento que sopla y sin respeto ninguno levanta lo mismo la capa de un hidalgo que la basquiña de una dama, y refugiémonos en casa de doña Leonor de Cortinas para saber lo que allí sucede.

La madre de Cervantes y Andrea estaban sentadas en el aposento donde las vimos recibir á la berberisca, y cerca del balcon, sin cuidarse de las nubes ni del viento, cosian afanosamente y sin pronunciar una palabra.

Cerca de ellas y entretenida en acariciar á un gatazo rubio, habia una niña que apenas tendria tres años, hija de doña Leonor y de su segundo marido. En el pálido semblante de aquella tierna criatura y en la mirada de sus pardos y redondos ojos, veíase una espresion de tristeza agena de sus pocos años, y cuando su infantil entretenimiento le daba ocasion para alguna sonrisa, no era esta expansiva como lo es siempre la de la niñez. Su contestura era delicada, y en sus movimientos se advertia una languidez que arrancaba á su madre suspiros dolorosos porque le hacia temer para su hija una muerte cercana ó una existencia débil y penosa. Era de carácter apacible y buenas inclinaciones, y sin duda estaba llamada á ser una de esas criaturas cuya existencia se resbala apaciblemente á través de los años sin que despierten sus pasiones ni se abran los ojos de su entendimiento para examinar el corazon de la sociedad, de esas criaturas que comprenden y practican todas las virtudes sin comprender que existan todas las maldades.

Largo rato transcurrió sin que el silencio que reinaba fuese interrumpido mas que por los silbidos del viento ó por el ruido que producian algunas gruesas gotas de agua que comenzaban á azotar los vidrios del balcon.

Doña Leonor y Andrea continuaban su costura, la inocente Magdalena acariciaba su paciente gato, y asi hubieran se-

guido algunas horas si la luz de un relámpago no obligase á las dos primeras á exclamar:

—¡Jesús!

Respondió á los pocos segundos el eco del trueno, quejóse el huracan con lastimero y prolongado silbido, y la tierna Magdalena, asustada y temblando, corrió precipitadamente y escondió la cabeza en el regazo de su cariñosa madre.

—Andrea —dijo doña Leonor —enciende la vela del Santísimo.

La hermana del poeta se levantó, y sacando del cajon de una mesa un trozo de vela de cera amarilla, lo encendió y puso en un candelero.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar —dijo á la vez que se santiguaba.

—Por siempre alabado y bendito —contestó doña Leonor con toda la fé de sus puras creencias religiosas.

Ambas volvieron á su trabajo y en voz baja murmuraron algunas oraciones.

La lluvia comenzó á espesar.

—A buena hora empieza á llover—dijo al fin Andrea.

—Tal vez aclare para la hora en que debes salir.

—¿A cómo estamos, madre mia?

—A siete.

—¡Cuánto tiempo ha transcurrido!

—Mucho, hija mia; á lo menos para nosotras es un siglo cada dia—contestó doña Leonor que habia adivinado el pensamiento de Andrea.

—Pero tengo esperanzas de que salgamos pronto de esta cruel incertidumbre.

—Si como dicen, es cierto que el pretendiente don Antonio ha quedado completamente derrotado, no tardaremos en recibir noticias.

—¡El cielo nos las envíe consoladoras!

—Dios los habrá protegido.

—Hace algunos días—repuso Andrea estremeciéndose—que tengo presentimientos tan tristes que me atormentan mucho.

—Yo también, hija mía; pero comprendo que son producidos por mi cariño que en fuerza de ser mucho está dominado por incesantes temores.

—Lo mismo me sucedía cuando estaban en Arjel, y ninguno de mis presentimientos se realizó.

Brilló un segundo relámpago y crujió el trueno.

—Tengo miedo—dijo Andrea.—Nunca la tormenta me ha causado tanto horror.... ¡Ah!....

Y cubriéndose el rostro con las manos dió libre curso á sus lágrimas.

—¿Por qué lloras?—le preguntó su madre.

—No lo sé.... estoy triste.... ¡Dios mío, protejed á mis hermanos!

Doña Leonor sintió oprimido su pecho, y muy trabajosamente pudo contener sus lágrimas para no aumentar la tristeza de su hija.

—Desecha esos temores, Andrea. ¿No ha velado siempre Dios por ellos y por nosotras?

Iba Andrea á contestar, pero exhaló un ogudo grito al oír que llamaban á la puerta del cuarto.

—¿Quién puede ser?—dijo doña Leonor.

—No contesteis, madre mía; tengo miedo....

—Es preciso ver quien es....

—Esperad....

—¿Qué puede sucedernos? ¿Acaso no llaman con frecuencia y tú misma corres á abrir?

—Sí, pero ahora....

—Nada temas—replicó doña Leonor.

Y tomando en brazos á Magdalena que estaba poseída del mayor espanto, se dirigió á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó á la vez que miraba por la rejilla que daba á la escalera.

—¿No vive aquí—dijeron desde afuera—doña Leonor de Cortinas?

—Sí, caballero.

—Pues si á bien lo teneis, decidle que deseo verla.

—¿Quién sois?

—Inútil es que le digais cómo me llamo porque no me conoce; pero no tendrá inconveniente en recibirme cuando sepa que vengo de Portugal.

Doña Leonor dejó escapar un grito de alegría y abrió la puerta.

—Entrad, caballero.... venid por aquí.... ¡Andrea, Andrea!

El vizconde pasó adelante y tomó asiento en una silla que le ofreció solícitamente la madre del poeta.

—¡Hablad, caballero!....

—¿Los habeis visto?—preguntó afanosamente Andrea.

—No hace muchos dias—contestó con embarazo el mancebo.—Después de una batalla....

—¡Gracias, Dios mio!—exclamaron á la vez la madre y la hija, llorando de júbilo.

El vizconde se estremeció, y á pesar de su perversidad y de su amor á la berberisca, vaciló antes de herir el corazón de aquellas infelices mujeres. Les habia hecho concebir risueñas esperanzas y llorar de alegría, y no tenia suficiente valor para engañarlas.

—Habladnos de ellos....

—Os diré—repuso el mancebo con cierto embarazo—ví á vuestro hijo Rodrigo....

—¿Y Miguel?....

—Ese.... fué imposible....

—Os turbais—replicó doña Leonor.—¿Por qué palideceis?

—Tranquilizaos, señora.... pero la vida del soldado tiene un riesgo en cada paso que dá....

—¿Traeis alguna carta?

- Sí, señora.
- ¡Oh!.... dádme la....
- Antes os advierto....
- Algo ha sucedido á mi hijo....
- Explicaos....
- Os daré la carta, pero ya os he dicho que....
- La carta, la carta—interrumpió afanosamente doña Leonor que apenas podia sostenerse.
- El vizconde puso la mano en el bolsillo interior de su colete, pero la conciencia volvió á gritarle y se detuvo.
- ¿A qué esperais?—dijo Andrea cuya frente palideció.
- Os veo tan agitadas....
- No estaremos tranquilas hasta leer la carta.
- Antes quisiera que me escuchaseis.
- Bastante significa vuestra vacilacion.... ¡Oh!.... ¡La carta, la carta!.... ¿Qué ha sucedido?
- Dios—repuso el vizconde—nos manda resignarnos....
- ¿Qué ha sido de mi hijo?—replicó doña Leonor cuyos ojos estremadamente abiertos fijaron en el doncel una mirada de espanto.
- Señora—repuso el mancebo turbado hasta el punto de no acertar á pronunciar una sílaba.—Señora.... os confieso que solo el deseo de servir á vuestro hijo, ha podido decidirme....
- ¡Dios mio!—exclamó Andrea con acento ahogado.
- ¡Esta incertidumbre es horrible!.... ¡Dadme esa carta!—gritó la dolorida madre con acento de desesperacion.

Y se acercó al vizconde como para arrancarle el papel á viva fuerza.

El mancebo palideció, se agitaron sus miembros, corrieron por su frente algunas gotas de frio sudor, y dudó aun. Empero ya era tarde para retroceder; era preciso entregar la carta ó confesar el crimen que habia intentado cometer. Entonces se acordó de Zoraida, y buscó en su pasion, en su amor